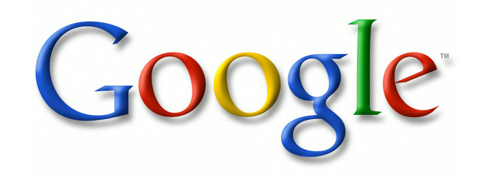
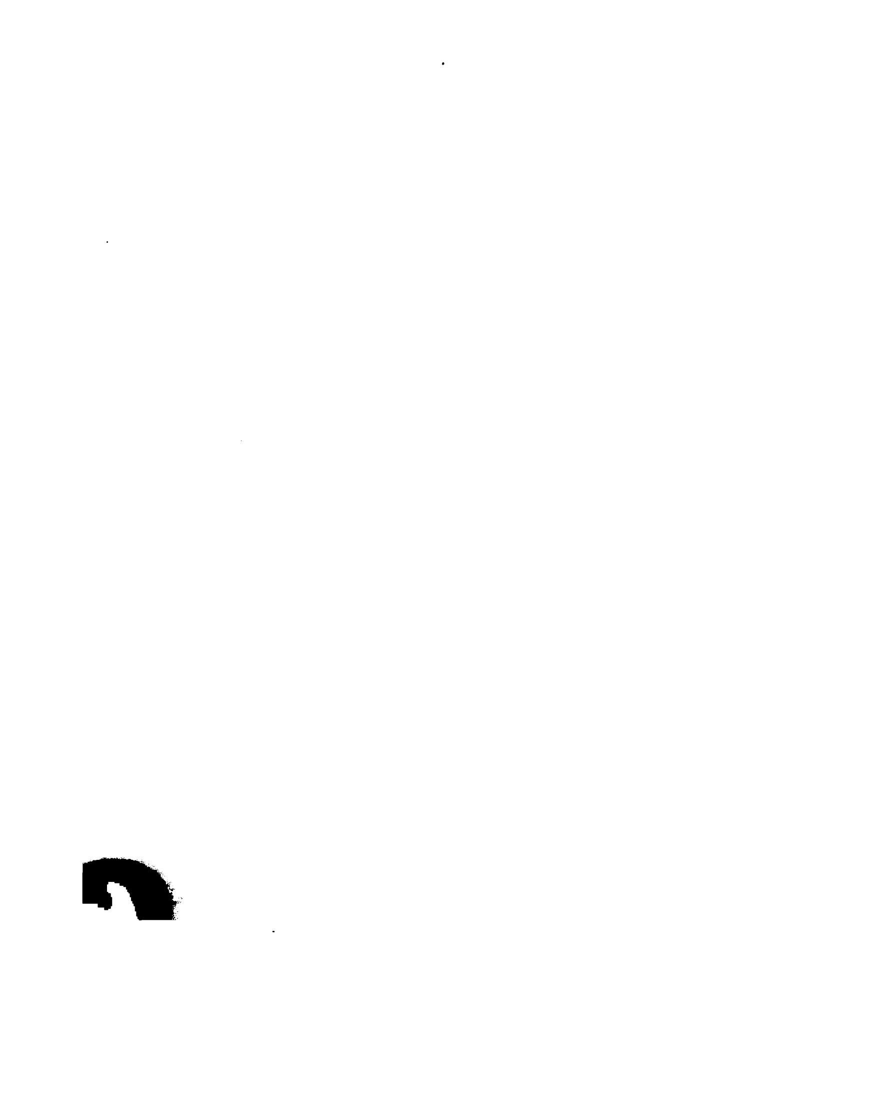






BIBLIOTECA ESPAÑOLA

[illegible]

[illegible]

A. [illegible]

EL PULSO DE ESPAÑA



LUIS MOROTE

El pulso de España

(INTERVIEWS POLÍTICAS PUBLICADAS
EN
Heraldo de Madrid Y *El Mundo* DE LA HABANA)



MADRID
EST. TIPOGRÁFICO DE RICARDO FÉ
Calle del Olmo, núm. 4

1904

ADVERTENCIA

No pensaba coleccionar en un tomo las *interviews* políticas publicadas este verano último en el *Heraldo de Madrid*. Tenía y tengo por cosa averiguada que la *actualidad* del artículo de un periódico dura apenas las horas que tarda en salir á la calle el número del siguiente día. Además, y siendo el asunto de estas *interviews* las declaraciones de los prohombres del Gobierno ó de la oposición, su interés, su vida, suelen resultar muy efímeros, casi momentáneos. Primero, porque su importancia va unida á los sucesos presentes y no á los sucesos pretéritos; segundo, porque no es precisamente la consecuencia la nota culminante del carácter de nuestros políticos, y tercero, porque cambian de tal modo los Gobiernos en España que al hablar de la crisis de Julio parece referirse el cronista á hechos del siglo pasado.

Y sin embargo, aquí están reunidas todas aquellas *confesiones* que entretuvieron al público durante los meses de Agosto y Septiembre, de un

verano en calma, en el que no pasaba nada.—¿Por qué las saco á luz nuevamente, sin reflexionar que no alcanzarán jamás—ni aun agotada esta edición, ni aun forjándome las cándidas ilusiones de todo autor,—la publicidad y la resonancia que entonces lograron? Las publico rindiéndome á las instancias de muchos amigos y á las exhortaciones de incógnitos admiradores de este género periodístico tan puesto en boga. No quiero privar á los unos y á los otros, que honran con inmerecido aplauso mis pobres escritos, de la posibilidad de guardar esos datos que bien pudieran llamarse históricos, atendiendo á los *confesados*, no al confesor.

Acabaron de convencerme y vencieron mis justos recelos, determinándome á dar á la estampa esta modesta obra, dos razones principales. Es la primera, que á pesar del tiempo transcurrido—más de medio año—las *interviews* conservan, salvo algún detalle, idéntico interés que en el preciso momento en que fueron publicadas. Habrá cambiado el Gobierno, presidirá el Gabinete Maura y no Villaverde, no ocupará alguna minoría gubernamental la misma posición que ocupaba, se habrán ahondado las diferencias interiores y los gérmenes disolventes de los partidos *de tanda;* pero los que no han variado en un ápice—porque no adelantaron nada en su solución—son los *problemas* que en las *confesiones* se tratan. El sanea-

miento de la moneda sin resolver; la defensa nacional con su obligado acompañamiento de proyecto de escuadra convertido en la categoría de *mito;* el problema religioso y el problema social sin abordar siquiera, constituyendo una perpetua amenaza para la paz del país; la legalidad ó ilegalidad de los partidos que combaten el régimen puesta á la orden del día como en los peores tiempos de la crisis oriental y en los comienzos de la Restauración; el régimen local ó sea la vida de los municipios, tan amagados de muerte segura como al pronunciar Maura su famosa frase del *descuaje*, y, en fin, la regeneración de la patria por la cultura, por la escuela, siendo hoy como ayer hipótesis remota... Si no variaron las enfermedades que á la nación aquejan, ¿por qué han de perder oportunidad ó interés, su diagnóstico, pronóstico y tratamiento?

Es la segunda razón dominadora de mis escrúpulos, la de que tuve la fortuna de no ser en toda la larga campaña rectificado, no obstante llamar á tantas puertas, traducir al papel tan opuestos pensamientos, sin tomar una sola vez notas, confiándolo todo á la memoria. Unicamente el Sr. Silvela se creyó obligado, y no por propio impulso, sino requerido por el Sr. Villaverde, á «hacer algunas pequeñas rectificaciones de errores que personalmente le importaban y en los cuales nada de particular tiene que incurriese el Sr. Morote, dado lo

extenso del trabajo y la importancia de las declaraciones principales.» Tales fueron las palabras del Sr. Silvela, y sin entrar á discutir con tan insigne personaje, si se equivocó él ó me equivoqué yo, mantengo todas y cada una de las palabras que en el artículo *El Testamento político* constan, porque luego han sido ratificadas y confirmadas plenamente en su discurso de Octubre en el Congreso. Esta ausencia de rectificaciones da un carácter de autenticidad á las *interviews,* que es su único mérito á falta de otros más relevantes. Son ellos, los políticos, los que hablan, los que piensan en alta voz...

En el libro no figuran sólo las *interviews* del *Heraldo;* figuran también algunos otros artículos, insertos en el periódico de la Habana, de que soy corresponsal, en *El Mundo.* Unos y otros los escribí durante la campaña veraniega. Constituyen, pues, una unidad perfecta, por el asunto, el lugar y el tiempo en que fueron concebidos. Casi, casi, la *triple unidad* que recomiendan los clásicos.

El tomo se abre y cierra con cartas publicadas en *El Mundo*, formando luego el total de su contenido, lo nutrido del texto, las cartas del *Heraldo.* La primera de todas, habla de Giner de los Ríos y de su frase que es todo un programa de política nacional, pedagógica, *La Historia corre para todos;* la última, juzga el magistral discurso

de Salmerón, pronunciado la víspera de cerrarse el verano pasado las Cortes, en 17 de Julio. De esta suerte rindo culto á mis convencimientos arraigados y en los comienzos y al fin de la obra, dejo de ser por un instante placa fotográfica, cilindro de fonógrafo, para decir por mi cuenta, aunque mal y torpemente, algo de lo que pienso acerca de los que fueron y son mis maestros, en filosofía y en política. Es el menor de los desahogos que se puede permitir quien procuró reflejar fielmente las opiniones ajenas con absoluta impersonalidad, aunque por punto general contrariaban las propias.

Iba ya muy adelantada la impresión de este libro, cuando comenzaron á asaltarme dudas respecto del título. O no entiendo nada de estas cosas, y mi oficio de periodista me obliga á entender de ellas, ó el título de una obra como de un artículo, debe ser expresión compendiada de la materia sobre que versa. Por eso, tras muchas vacilaciones, me he decidido á poner al frente de estas páginas lo que en mi humilde concepto las califica: EL PULSO DE ESPAÑA. Y la razón de este rótulo general de las *interviews* queda justificada con solo exponerla: se contienen aquí las opiniones de todos los partidos, desde Canalejas á Nocedal, desde Salmerón y Azcárate hasta Silvela y Maura, desde los socialistas de Bilbao hasta el individualista Echegaray, es decir, cuanto alienta en

el país, cuanto por su pensamiento ó por su acción tiene derecho á la vida.

¡El *pulso* de España! Silvela dudó que existiera; llegó á negar que fuese posible encontrarle el pulso á nuestra patria, y por eso, sin duda, su negro pesimismo llevóle á la retirada de la política, pretendiendo enterrar con él la nación que no quiso ó no supo gobernar. Contradiciendo tales desmayos, negándole razón para sentirlos, se ofrece en este modesto libro la prueba plena de que España tiene salvación y doctores hábiles capaces de curarla. Hombres ilustres, los más ilustres de mi país, declaran á una su fe en las energías inmortales del pueblo español. Declaran además que la salud de España será cosa cierta y positiva el día en que actúe por sí misma en el poder, en el Gobierno, en la soberanía, dejando de confiar su rehabilitación ansiada á los que carecen de poesía en el alma, de esperanza en el porvenir.

¡El *pulso* de España! Ocasión propicia es ésta para recordarlo. Mientras que aquí, en el viejo solar de la patria, hay quien duda de su existencia y considera poco menos que moribunda á la nacionalidad, allá en América, los hijos emancipados de la metrópoli nos hacen justicia, afirmando por órgano de escritores insignes, no sólo que España vive, sino que su civilización está llamada á realizar grandes empresas en orden á los supremos intereses humanos. Así, el catedrático de la Universidad de

Montevideo, el notable sociólogo Rodó, escribe para nuestro consuelo, hablando de España: «Gran civilización, gran pueblo, en la acepción que tiene valor para la historia, es aquel que aún anublada su grandeza, deja vibrante para siempre la melodía surgida de su espíritu y hace persistir en la posteridad su legado imperecedero.» Y otro americano, Letelier, el ilustre profesor de la Universidad de Santiago de Chile, acaricia la esperanza de que, continuando como ha empezado en estos últimos años el renacimiento científico de España, «virtualmente establecerá en América una hegemonía intelectual, que por cierto será más provechosa para el mundo que la simple dominación política.»

Hagamos votos porque estos pronósticos de ventura se cumplan y aquellos otros augurios de muerte ó ruina se conjuren, porque España, que ha encontrado *su pulso*, teniendo conciencia de su fuerza, realice los altos deberes á que parece aún destinada en el orbe, vibrando cada día más potente «la melodía surgida de su espíritu».

LUIS MOROTE

5 Marzo 1904



LA HISTORIA CORRE PARA TODOS

I

D. Francisco Giner de los Ríos publicó en la revista *La Lectura* del mes de Agosto, un artículo con el título de *Problemas urgentes de nuestra educación nacional.* El artículo, á pesar de ser una obra única y magistral en la materia, apenas ha sido leído por una docena de aficionados á las cuestiones pedagógicas; de seguro que no lo conocen ni el gran público, ni mucho menos nuestros gobernantes. El gran público está harto distraído estos días con el relato de crímenes sensacionales que le hacen clamar contra la barbarie imperante, sin perjuicio de que cada hijo de vecino se vaya, después de lanzar al viento ayes de amargura y clamores de protesta, á ver los toros, escuela natural de toda degeneración y regreso al salvajismo primitivo. En cuanto á nuestros gobernantes no hay que pedirles sosiego para que reflexionen cinco minutos seguidos en que *la*

cuestión de España está como la de Francia en 1870 en las aulas y no en los cuarteles, en las cátedras de ciencia positiva y experimental y no en nuestros refulgentes Parlamentos y espléndidas paradas oratorias... y no hay que pedirles eso, porque están ocupados en pensar sobre el grave tema de la próxima crisis, del turno en el poder de nuestros partidos de recambio y de tanda, cosas todas que maldito si harán mudar en un ápice la estructura interna del país y casi ni siquiera su faz exterior.

D. Francisco Giner es un hombre absolutamente refractario á las alabanzas. Si él supiera que estoy escribiendo algo que con mis torpes medios de expresión, tiende á ensalzar, á iluminar su figura, y no tanto como se debe, me lo prohibiría con aquel ascendiente y autoridad que tiene y le reconocemos y consagramos cuantos fuimos, dignos ó indignos, sus discípulos. No hace aún ocho días le comunicaba yo mi entusiasmo por su trabajo de *La Lectura* y mi propósito de escribir acerca de él. Me contestó en los siguientes términos que transcribo porque le retratan de cuerpo entero, porque pintan á maravilla lo que es su alma grande y superior, ajena á las vanidades del mundo.

Es necesario advertir con el fin de comprender bien su carta que, *El Imparcial* de Madrid en su número del 28 de Agosto, si mal no recuerdo, dedicaba su editorial á prodigar justos elogios al insigne profesor de Derecho. Y haciendo alusión á este laudatorio escrito me decía Giner respondiendo á mi consulta:

«Pero querido amigo, ¡qué me he de enfadar porque hable usted del artículo de *La Lectura!* Al contrario! Lo que me enfada es que hable del autor, poco ni mucho. Ya ve usted *El Imparcial:* han copiado unos párrafos de *literatura* que sin duda les cayeron en gracia, han dado con el mazo en el bombo y *laus Deo,* cuando lo derecho era discutir las cosas que el artículo propone y ver de ayudar á las que le merecieran aprobación. Si usted repite la gracia no me hará ninguna. Se escribe por ver si la gente cae en pensar, ¿verdad? sobre las cosas; no para que lo llamen á uno persona notable... y las cosas sigan como están.»

II

Y al pasar los ojos por su carta, la del querido y venerado maestro, venían á mi mente sin poderlo remediar, los años felices de estudiante. Vine yo á Madrid por primera vez desde Valencia ya licenciado en Derecho y como aspirante á vestir las borlas de doctor. Las asignaturas del doctorado eran: Filosofía del Derecho que explicaba Giner; Historia del Derecho que explicaba Azcárate; Derecho Internacional que explicaba el Marqués de Vadillo, é Historia Eclesiástica que explicaba el presbítero Palou.

Era el primer año en que los catedráticos amantes de la santa y necesaria independencia de la enseñanza, volvían á sus cátedras por virtud de la famosa circular de Albareda que los restituyó en la posesión

de un derecho que arbitrariamente les arrancara el primer Gobierno de la Restauración.

¿Quién no lo recuerda? ¿Quién ha podido olvidar en la historia de nuestras desventuras y vergüenzas políticas, aquel decreto del ministro Orovio, de 26 de Febrero de 1875, por el que se violaban á un mismo tiempo las leyes de la Patria y las de la Humanidad? Por él se pretendía que el profesor no pudiera exponer principio alguno «que no esté dentro del dogma católico, de la sana moral y de los fundamentos de la monarquía constitucional», ni enseñara nada «que conduzca á funestos errores sociales». La *sana moral*, que se recomendaba, era la del Gobierno, la de un Gobierno engendrado por la fuerza en una sublevación militar; y los *funestos errores sociales*, que se condenaban, eran todas las verdades derivadas de la libre investigación de la ciencia.

Reproducía en suma—ya lo dijo Azcárate—por su espíritu y casi hasta por su letra, el draconiano decreto de Calomarde en 14 de Octubre de 1824.

Contra la injusta medida de Orovio, á cuyo solo recuerdo se inundan el rostro de rubor y el alma de ira, se alzaron en enérgica protesta los sabios catedráticos D. Augusto González de Linares, D. Laureano Calderón, D. Francisco Giner de los Ríos, D. Nicolás Salmerón, D. Gumersindo de Azcárate y D. Tomás Andrés. Por tamaño delito—la defensa de su conciencia inviolable—fueron *separados* de la enseñanza y los tres primeros reducidos á prisión.

Contra ese decreto protestó también cuanto había de ilustre ó de notable en el profesorado español:

D. Emilio Castelar, D. Eugenio Montero Ríos, don Laureano Figuerola, D. Segismundo Moret, D. Jacinto Mesía y D. Antonio del Val, hicieron *renuncia de sus cátedras*; D. Manuel Varela de la Iglesia, don José Muro, D. Salvador Calderón, D. Eduardo Soler y D. Hermenegildo Giner de los Ríos, quedaron *suspensos* provisional ó indefinidamente... Y llegó á tal grado la protesta, que el Gobierno no se atrevió á proceder contra los que la secundaron en análogos términos de severidad y de energía, tales como los Sres. González Serrano, Méndez Caballero, Morayta, Merelo, Canalejas (D. Francisco de Paula), Comas, Ruiz Chamorro, Pérez Pujol, Villó, Fuster, Castro (D. Federico), Sales y Ferré, Millet, Machado, Barnés, Alfaro, Catena, Piernas y Hurtado, Serrano Fatigati, Ares y Sanz, etc., etc.

Hay que advertir, por fin, que entre todos, uno de los que más se distinguió en la virulencia de la protesta, en la adhesión á los acuerdos de sus compañeros, en velar por la libertad de la cátedra, fué D. Luis Silvela (de ilustre familia conservadora), quien se declaraba *alfonsino*, pero reprobaba la inaudita, bárbara conducta del Gobierno alfonsino. Fué aquél un movimiento hermoso de solidaridad, en el que para consuelo de la ciencia y de la cultura del país, para honra de la sagrada investidura del catedrático, figuraron hombres de todas las ideas, de todas las escuelas, de todos los partidos.

D. Francisco Giner fué de los que más padecieron, y eso le enaltecerá siempre, en aquella general persecución. No él, sino Varela de la Iglesia, pro-

fesor de la Coruña, lo contaba diciendo: «El Dr. Giner de los Ríos ha sido violentamente y de un modo inhumano, arrancado del seno de su familia, para ser conducido enfermo y entre soldados y mujeres públicas, á una cárcel del litoral; y porque los doctores G. Linares y Calderón protestaron contra este hecho, calificando como se merece semejante conducta, han sido encerrados en un castillo que en medio del mar se levanta aislado sobre unas rocas. Los tribunales de justicia no han intervenido en estos actos. El Gobierno los ha dispuesto y la policía y la guardia civil los han ejecutado á las altas horas de la noche.»

¡Qué cosas han pasado en España! ¡Qué cosas pretenden algunos que vuelvan á pasar, arremetiendo un día y otro día en las Cortes contra los catedráticos que por su saber, por su independencia, por su concepto del carácter augusto del magisterio que ejercen, no han de someterse nunca á la condición de meros funcionarios públicos! Giner, dijo entonces—y todavía tienen hoy actualidad—verdades sencillas, pero que resultaban admirables por lo olvidadas. Dijo que declaraba como el 67 al ser separados D. Julian Sánz del Río, D. Fernando de Castro y D. Nicolás Salmerón: «que jamás consentirá en someter su enseñanza á otro criterio *que al de su conciencia*; sobre que de esta suerte sirve harto mejor á la sociedad y al Estado, y no doblegándose á complacencias impropias de quien ha consagrado á la verdad su vida; que sería dar menguado ejemplo para la juventud, á cuya sana educación pretende

contribuir y vender la confianza que en su probidad y severidad de principios ha puesto la nación.»

Y más adelante, al contestar al rector de la Universidad de Madrid, el difunto D. Vicente de la Fuente, quien pretendía ver en la Revolución de Septiembre un movimiento efímero y pasajero, un acto de rebelión inicua que constituyó un Gobierno de hecho, pero no de derecho, añadía Giner: «... Y sobre todo aplaudo la libertad del pensamiento y de la conciencia religiosa, irrevocablemente establecida ya en España, para que dejemos algún día de ser el *servum pecus* del mundo civilizado.»

Al contemplar ahora como un suceso increíble lo ocurrido en el 75, al apreciar los progresos que en la sociedad más aún que en el Estado van introduciendo la independencia del maestro y la neutralidad de la enseñanza, confírmase la exactitud de la frase de Giner que sirve de título á este artículo: «la historia corre para todos.» Pese al decreto regresivo y anacrónico del marqués de Orovio que prohibía á los catedráticos enseñar conforme á su conciencia y á las verdades científicas que libremente indagaran; pese al absurdo propósito de imponerles un dogma oficial religioso y por añadidura monárquico; los expulsados, los desposeídos violentamente de lo que era suyo, volvieron á explicar, volvieron á su antiguo apostolado. Y con ellos quedaron reintegrados en sus cátedras dimisionarios y suspensos, aunque no todos se dignaran ocupar de nuevo su tribuna universitaria, el teatro de sus triunfos. Lo que no podrá suceder ya más es que se repita la obra expoliadora

del 67 y del 75, á menos de querer que se alce el país en un movimiento de protesta y de indignación, nunca presenciado, conturbando la paz pública en una medida tal, que no bastaran á restablecerla simples cambios de Gobierno y de política, como los que originaron la Circular famosa de Albareda. Hace veintitrés años, no nosotros pobres estudiantes, pero sí todos los espíritus serenos y pensadores, comprendían bien que la orden calomardesca de la Restauración contra la enseñanza, quedaba como sumida, perdida en las lejanías de la historia...

III

Nuestro primer movimiento en aquel mes de Octubre de 1882—éramos casi todos unos mocosos de diecisiete ó dieciocho años—fué de mera curiosidad. No nos movía el santo amor al estudio por el estudio, sin otro móvil ajeno á ese puramente substancial. Acudíamos allí como al Ateneo ó á la Academia, á admirar á los maestros en moda, especie de *divos* de la ciencia. Y nos apelotonábamos á la puerta de la clase unos trescientos futuros catedráticos, políticos, periodistas, ministros, gobernadores, etc., etc., que en lo que menos pensábamos era en la seriedad y gravedad de lo que íbamos á oir y lo que íbamos á aprender, el que lo aprendiese.

Giner de los Ríos tenía su clase á las ocho de la mañana. El que haya estado en Madrid ó siquiera

haya oído hablar de su clima, comprenderá que la hora era la más á propósito para ahuyentar poco á poco á los que tuvieran por único móvil ese subalterno móvil de la curiosidad. Así que al mes éramos en el aula de Filosofía del Derecho de los primeros trescientos tan sólo unos cien mal contados, á los dos meses quedábamos reducidos á cincuenta, y después de las vacaciones de Navidad no pasábamos de una docena el número de habituales, de alumnos fijos y devotos al adoctrinamiento prodigioso de don Francisco.

Verdad es, que no era únicamente el frío, el terrible frío de Madrid á las ocho de la mañana en invierno la causa única de la general deserción y de nuestra espantosa soledad, por otro lado tan cómoda y conveniente. Fué que Giner de los Ríos el primer día de sus explicaciones en cátedra nos anunció su propósito de no pasar lista, de no examinarnos y de no tener para nada en cuenta la falta de asistencia. Añadió que él no quería allí simples oyentes ó curiosos, ni mucho menos alumnos que tuvieran la poco ideal intención de ganar curso. Si esa era como presumía la razón que impulsaba á los más á entrar en aquel recinto, podían desde luego desalojarlo, que ni él lo había de sentir ni nosotros tampoco. Era absolutamente necio, vano y pueril, en su concepto, que malgastáramos el tiempo pensando en la preparación para el examen. A ese fin nos bastaba y sobraba con estudiar cualquier tratado ó epítome de Filosofía del Derecho. Nos citó unos cuantos, omitiendo naturalmente el suyo, el que con Alfredo

Calderón publicó años antes tocante al Derecho Natural. La mayoría de los matriculados siguieron al pie de la letra los consejos del sabio maestro y no volvieron á comparecer por allí. Su clase perdió de esta suerte en número; pero ganó en intensidad de estudio y de trabajo. Había menos cuerpos, pero más almas.

Uno de los primeros días de Octubre al salir del aula de Giner que estaba arriba en el piso principal, al entrar á mano derecha, nos detuvimos unos cuantos y entablamos una discusión por todo lo hondo y trascendental acerca de la *coacción* como nota distintiva del derecho que lo separa y diferencia de la moral, de la ciencia, del arte, de cualquiera otra esfera de la actividad humana. Yo no me acuerdo si decíamos cosas atinadas ó tonterías, me figuro que serían tonterías con humos de trascendentes y sus golpes correspondientes de erudición. Calculo que la pedantesca condición propia de aquella edad nos haría desbarrar de lo lindo.

Pero por lo menos demostrábamos afición, interés, amor al estudio, ganas vivísimas de saber. Y ello era bastante más recomendable que hablar de toros ó comentar las gracias de la tiple en boga en los teatros por horas.

Así debió entenderlo Giner de los Ríos, porque pasando por junto á nosotros en la sazón de que discutíamos, se detuvo, nos interrogó. Aquella mañana y las siguientes nos fuimos con él, acompañándole á la Institución Libre de Enseñanza, que por entonces estaba en la calle de las Infantas y no como aho-



ra en el paseo del Obelisco.—Cuento y menciono este detalle porque probablemente no le hubiéramos seguido tan lejos.—Le acompañamos y continuamos con él nuestro debate. Ya no se interrumpió más, si no que se reanudó en su clase. Allí todos los días, invariablemente se entablaba *un diálogo*, entre el profesor y uno de los alumnos—por regla general éramos siempre los mismos los preferidos ó los osados—acerca de todos los problemas de Filosofía del Derecho *et de ailleurs*. Porque tratábamos de ciencia, de arte, de lo humano y de lo divino.

No se me olvidarán nunca las discusiones públicas que desde mi insignificancia mantuve con Giner. Uno de los días me atreví á exponer la doctrina de Spencer, á propósito de lo *incognoscible*, de la idea de Dios. Yo acababa de leer los *Primeros Principios* de Spencer y estaba tan ufano con mi ciencia de aluvión. Y recuerdo muy bien que don Francisco pronunció con tal motivo uno de los mejores discursos que yo he oído en mi vida. Nos quedamos todos —porque es uno de los mayores oradores de España—, atónitos, suspensos, sin ánimo ni para respirar por no perder ni una sola de sus palabras é ideas que bebíamos, bebíamos con la sed inagotable de saber. Y me acuerdo que cuando llegó al grado más agudo, intenso, extraordinario, nuestra emoción y embobamiento, don Francisco suspendió el discurso y como despertándose de un sueño preguntó: «¿Donde estábamos? Perdonen ustedes que me haya perdido en una divagación retórica». Abominaba entonces y abomina ahora de las funciones oratorias y nada

existe, según él, más contrario al verdadero estudio, á la ciencia verdadera...

Pues bien:—y perdonen también mis lectores esta digresión,—el artículo de Giner revive todos aquellos días dichosos en que aprendíamos á discurrir, á pensar por cuenta propia y en que se formaba en nosotros lo que los ingleses llaman el *self-help*, la aptitud para el combate y la lucha por la existencia.— ¡Oh! ¡Con cuánto amor, con cuánto gusto asistíamos los pocos *iniciados* á sus enseñanzas maravillosas! No faltábamos un solo día, así nevara, así las terribles heladas de Madrid nos introdujeran el frío en los huesos. Y asistíamos con la devoción, con el culto, con el recogimiento con que un creyente participa de los misterios sagrados y profundos de su religión. Y salíamos del aula, abandonábamos los bancos con tristeza, porque se acababa tan pronto y con ira y protesta contra el bedel que nos interrumpía á lo mejor, exclamando: «Señor, la hora». Aquella hora nos parecía un soplo en la cátedra de Giner de los Ríos y un siglo en otras...

Tan cierto es esto, que los habituales de la clase de Giner no perdimos ni una explicación del muy venerado y querido maestro, y en cambio nos pasamos meses enteros sin recalar por la Historia Eclesiástica y Derecho Internacional. En éstas pasaban lista casi diariamente, nos ponían faltas, nos amenazaban con la pérdida de curso y además eran á horas cómodas, por la tarde, en pleno sol. ¡Qué importa! Nuestro espíritu se iba tras de las incomodidades físicas de aprender Filosofía del Derecho, en cambio

de los placeres espirituales, inefables de oir la palabra de un profesor único. Todo el año estuve estudiando, discurriendo, leyendo filosofía y en una tarde *me preparé* para examinarme de Historia Eclesiástica. ¡Y lo que son los exámenes! Yo que sabía Filosofía del Derecho casi como un profesor, obtuve *Notable* nada más en esta asignatura y me dieron, me regalaron un *Sobresaliente* como una casa en la *Historia de la Iglesia,* que desconocía más que el último de los acólitos que ayudan á misa.

Giner no examinaba. El último día de Mayo se despedía de nosotros hasta el mes de Octubre siguiente y muchos volvíamos sin obligación ninguna, ya aprobados á estudiar la materia cara á nuestros gustos, grata al alma. La interrupción artificial del curso, la pared puesta en el tiempo por la organización burocrática universitaria es un absurdo al que no nos sometíamos. Y doctores en derecho, catedráticos, compañeros suyos de la Universidad, colegas de claustro, han ocupado y ocupan los bancos aquellos de su aula confundidos entre los alumnos principiantes. Ese es el mejor elogio de su sugestiva educación y enseñanza.

IV

Giner de los Ríos en ese artículo truena contra los exámenes, truena contra las oposiciones, truena contra todo el ritualismo vergonzoso de nuestras Universidades é Institutos. ¡Y en qué términos! Va-

len la pena por su elocuencia y profundidad y acierto, de ser copiados:

«Pues así es—dice—la arquitectura de nuestra educación y enseñanza. En lo exterior, en lo ornamental, en sus rótulos, en la distribución de todos ellos por el edificio, se parece poco más ó menos, á lo que puede verse en cualquier parte. Pero allí ese edificio está habitado por el espíritu del hombre; ¡y aquí tan desierto!... Latín, griego, sanscrito, árabe, hebreo, lenguas y literaturas vivas y *muertas;* historia, física, zoología, derecho, comercio, astronomía, filosofía, matemáticas, música, medicina, ingeniería, arqueología, gimnasia; enseñanza primaria, secundaria, terciaria, y no sé si cuaternaria; general y profesional, pura y aplicada, ideal y técnica: todo como en las naciones próceres. Menudeamos los exámenes más que en ninguna, es decir, salvo en China; nuestros maestros de todas jerarquías se reclutan nada menos que por solemne, reñida y archiescolástica oposición, en que mutuamente se llenan de improperios; y nuestros diplomas tienen el valor que todos sabemos, ó mejor (es decir, peor), que no sólo sabemos nosotros, los de casa, sino todo el mundo fuera de ella.»

Giner de los Ríos cree que no estamos para perder el tiempo y puesto que no tenemos más que la fachada del edificio, cosa que en verdad no le recomienda como habitable, es necesario que lo amueblemos y lo vistamos decentemente por el interior. Hay que valerse de los procedimientos rápidos, ejecutivos, simultáneos, usuales en todos los pueblos



que sienten la necesidad de ganar tiempo: Inglaterra, Francia, Italia, Japón, Austria, Nueva Zelanda, donde el 80 por 100 de la población ya sabe leer y escribir, mientras que en España no llega al 29; Cuba cuyas 900 escuelas, con unos 36.000 niños que teníamos antes de la guerra, se habían convertido en Abril de 1900, en 3.000 con 130.000 alumnos, que hoy son ya unos 200.000. Malo es echar el vino nuevo en los odres viejos; peor aún, echarlo gota á gota. Lo cual quiere decir, sin rodeos: hagamos todo lo posible por nuestras instituciones pedagógicas actuales, colocándolas en condiciones que, ciertamente, á nadie arrastrarán á aprovecharlas, como no crearán una vocación y un sentido del deber donde no exista; pero que servirán para sostener las vocaciones, fácilmente rendidas ante la impotencia y la tentación combinadas. «Mas á la par, y sobre todo, y como fundamento para el porvenir, hay que formar *gente nueva*, por otro método mejor que el que hemos logrado en nuestro tiempo nosotros; y después, agruparla en pequeños organismos homogéneos, libres de una tradición dolorosa y obscura, ante la cual toda novedad es un escándalo, donde aún queriéndolo, no podrá excusar su iniciativa para crear laboriosamente un cuerpo vivo, sin otras luchas que la de la experiencia».

Como prueba de nuestra incuria, de nuestro abandono y de nuestra injusticia, cita Giner un caso verdaderamente curioso, que de sobra conocerán mis lectores, pero que no está demás el recordarlo. En 1863, el gobierno español percibió de la isla de Cuba

unos 30 millones de pesos, de los cuales no destinó á la educación un solo centavo; en 1901, el gobierno norteamericano sólo obtuvo unos 17 millones, de los cuales gastó en educación 3; sin contar con otros esfuerzos, como la excursión de los 1.200 y tantos maestros á Harvard, ejemplo único tal vez en el mundo.

Coincidiendo completamente con nuestro Giner dice el gran escritor italiano Sergi en una de sus mejores obras la *Decadencia de las Naciones Latinas*, que éstas se distinguen por el contraste brutal entre los presupuestos de Guerra y Marina y Deudas y Clases Pasivas y Clero de un lado, y los presupuestos de Instrucción Pública de otro lado. Aquéllos constituyen un enorme despilfarro, en éstos no hay ni siquiera lo estrictamente necesario. La sola ciudad de Nueva York gasta oficialmente—fuera de lo que gasta la iniciativa privada allí tan poderosa—más, mucho más que todo lo que invierte en la península entera el gobierno español. Esa comparación podría explicar muchas cosas, y entre otras nuestra derrota, que pese á un mal entendido patriotismo, era un hecho físico, mecánico, absoluta y fatalmente necesario.

Sergi escribe páginas elocuentes, vibrantes, señalando los resultados funestos de semejante política en Italia. La Triple Alianza impuso á Italia gastos enormes, superiores á sus fuerzas en armamento, en número de soldados, en barcos de guerra. ¿Y para qué le sirvió todo eso? Le sirvió para ir á parar ignominiosamente al desastre de Abisinia, tumba de

su vano é inútil orgullo militar. Hubiérase cuidado de educar, de instruir á sus millones de analfabetos y otro sería el papel que hiciera en el mundo, y acaso hubiérase ahorrado la vergüenza de Adua: Pero no lo entendió así Crispi, y derrumbó á la patria italiana, á la patria de Garibaldi á los pies del *Negus*. Como ese vestido ¡ay! tenemos nosotros los españoles todo un museo. Y es que en los pueblos no puede existir fuerza material, la coacción nota distintiva del derecho, como decíamos en la cátedra de Giner, sin la fuerza moral que nace de la inteligencia y de la instrucción.

Giner no es un excéptico, ni un pesimista ni un desesperado de nuestro porvenir. Muy al contrario, afirma en su artículo que abriga tanta confianza en el porvenir como desconfianza en el presente. «Confianza—dice—porque al fin y al cabo, temprano ó tarde, la *historia corre para todos*, incluso para el Japón, que ha querido civilizarse, y para la China, que se civiliza sin quererlo; y así también nos llegará nuestra hora, en una ú en otra forma, y seremos arrastrados por la corriente universal de la vida.»

La historia corre para todos.

¡Cuán verdad es! Aquí estábamos cerrados á piedra y lodo á toda comunicación con el exterior, ignorando lo que pasaba por el mundo. Y, sin embargo, cuando estalló la revolución del 68, iluminó con sus resplandores, sacada á la luz de la cueva obscura en que vivía, toda una intelectualidad, que no se sabe cómo se había formado. Economía política, ciencia jurídica y natural, progreso en las costum-

bres, industria, trabajo, todo eso se reveló de repente cual si los días de la revolución fuesen días bíblicos, de una enorme *palingenesis* social. ¿Quién no recuerda, quién no conoce, quién ha olvidado, aquel luminoso despertar que tan lejos nos hubiera llevado de no interponerse la Restauración en su camino?

La historia corre para todos. Lo malo es que para unos corre con velocidad de tren exprés y para otros con el lento andar de los bueyes de una carreta. Lo malo es, que aunque alcanzáramos un día la velocidad de un tren rápido, ya no podríamos llegar ni adelantarnos á las demás naciones, que durante siglos corrieron sin detenerse. Lo malo es, que ignoramos la fórmula de ponernos en marcha. Y aquí estamos esperando no una voz interior que sacuda nuestra pereza, sino un látigo exterior que disipe nuestra holgazanería. Á dar esa fórmula en términos claros, explícitos, no imposibles de practicar tiende el artículo ya famoso del maestro Giner. Por lo cual, bien puede decirse que es con respecto á nuestra economía nacional el artículo del sabio profesor lo que fueron los *Discursos á la nación alemana*, de Fichte, tras de la catástrofe de Jena.

V

Y aunque muy tarde ya, al final de estos renglones, caigo en la cuenta de que he incurrido en lo que censura mi maestro, hablando del *autor* y no de su *obra*. Sírvame de excusa, si la hay á mi pecado, lo

que él mismo dice, la importancia ahora y siempre que para toda tarea de regeneración tienen las personas.

Sí, él mismo lo dice: «Cuanto al modo de realizar estos fines, tan árduos ya y complejos, cada día se hace más profunda en todas partes la convicción de que las leyes y decretos, en que el paternal absolutismo de los reyes filántropos y el de la revolución liberal ponían de consuno toda su esperanza, carecen del poder mágico que la imaginación les atribuía, y no son sino declaraciones negativas de propósitos más ó menos discretos, cuyo logro pende de los hombres que en ello ponen mano y del auxilio que en los demás encuentran. No es producto de un mecanismo, sino fruto vivo de una colaboración de personas. *En todas partes van siendo éstas ya el único órgano en cuya virtud se confía: la mejor ley, sin ellas, nada importa, y al contrario.*»

Tan profunda es mi convicción en el valor de las personas, que la mayor parte, si no todos los *problemas urgentes de nuestra educación nacional*, se resolverían, si fuese posible, que no lo es, haciendo que los 18 millones de españoles pasaran un día siquiera por la cátedra de Giner, y allí oyeran el verbo fecundo y elocuente del maestro de maestros...



UN DÍA EN LEON

LAS VIDRIERAS DE LA CATEDRAL

ego á León, y mi primer cuidado es preguntar
). Gumersindo de Azcárate. Se lo pregunto al
› de la estación que descarga el equipaje, al co-
› que me conduce á la fonda, al dueño de ésta,
chiquillos que van por la calle ansiosos de ser-
ɜ *ciceroni* al forastero en sus visitas á la Cate-
á San Isidoro y á San Marcos: á mi amigo Tri-
ɜl escultor laureado, que está aquí; á cuan-
ncuentro. Todos, naturalmente, conocen al di-
lo por León, al insigne catedrático: pero todos
ɜsponden: «Puede que se halle en la ciudad, y
ɜ haberse marchado á algún pueblecito cercano.
avisa á nadie. No envía sueltos á los periódi-
ıunciando ni su llegada ni su salida.»
ı las siete de la mañana cuando llamo en la
ría del domicilio del Sr. Azcárate, que es, en
, el de sus hermanas.
ɜe marchó el lunes de esta semana...
Y dónde?



—Espere usted, que arriba se lo dirán...»

Y arriba, efectivamente, una señora, su sobrina, me da al fin la noticia de que emprendió el viaje á Liérganes, y ya no volverá hasta mediados ó fines de Agosto, para irse en seguida en viaje de propaganda por Galicia y Asturias, á pesar de las órdenes de Gobernación, que impiden celebrar mitins...

Ante este caso de fuerza mayor me resigno y espero tropezar con Azcárate cualquier día, cuando menos lo piense, en una de mis múltiples idas y venidas por el encantador Noroeste de España. Porque ya lo saben mis lectores: tengo mi programa, un programa vasto y fecundo en proyectos, como el del Gobierno. Ellos irán saliendo adelante con la ayuda del tren, del barco y hasta del automóvil.

Y el caso es que, como no podía partir en seguimiento de D. Gumersindo ni continuar mi marcha hacia Galicia hasta mañana, quedéme veinticuatro horas por aquí, por esta tierra simpática y agradable, cuya estancia en ella no me ha pesado. Vale la pena de hacer el viaje, aunque sea de muy lejos, con tal de ver la Catedral y *sus vidrieras*, sobre todo sus vidrieras; lo que más impresiona á un profano.

La Catedral no la describo; ¿para qué? ¿Quién no la ha visto fotografiada en todos los periódicos, cuando el año pasado *resucitó*, después de unas obras magnas, espléndidas, maravillosas, que duraron nada menos que de 1847 á 1902? ¿Quién no sabe que es una de las primeras iglesias del mundo, solo comparable á las Catedrales de Chartres, París, Reims, Tours y Rouen, en Francia; Strasburgo, Munster y

Colonia, en Alemania; Salisbury y Cantorbery en Inglaterra, compitiendo con las de Burgos y Toledo, y aun en parte aventajándolas en *sotileza*? ¿Quién ignora que D. Juan Madrazo, egregio artista, la salvó á esta insigne fábrica y maravilla de su segura ruina? ¿Quién no ha oído hablar de aquel andamiaje de reparación, que fué un prodigio de arte, de ingenio y de sabiduría?

Para compendiar en pocas palabras lo que es la Catedral de León, yo me atengo al soberbio dístico esculpido en un pilar del antiguo pretil, y que escrito en latín decía así:

Sint licet Hispaniis dittissima pulchraque templa,
Hoc tamen egregiis omnibus arte prius.

Egregiis omnibus arte prius... es un inmenso fanal, una linterna mágica construída por un coloso. Realiza el supremo ideal de la arquitectura gótica, es decir, prescinde de los macizos. Por eso se la ha comparado con el ave Fénix, sin igual en España y se la reputó por todos, nacionales y extranjeros, como más perfecta y gentil que el célebre Domo de Milán, glorioso timbre de Italia.

Tiene la Catedral de León ciento veinte ventanas gemelas, agrupadas de dos en dos, de tres en tres y hasta de cuatro en cuatro, sin contar los huecos laterales ó costadillos de todas ellas, y tres grandes rosas, inferior, media y alta, las cuales ventanas representan la enorme cifra de 1.770 metros cuadrados de vidriería artística.



¡Qué vidrieras! Parece la Catedral hecha para ellas y no ellas para la Catedral. Y es que en ningún templo del mundo, tal vez, se ha llevado el ideal sublime de la arquitectura gótica á tan inconcebibles extremos como aquí. Bien lo dice uno de los historiadores de León, el catedrático Sr. Mingote, en un notable libro: «Las hiladas de piedra, más que elementos fundamentales de la construcción, semejan levantadas para servir de marco al cristal ó simples bastidores que sujetan las vidrieras, las cuales constituyen el verdadero cerramiento de los hastiales, de los muros laterales, de los brazos del crucero y del ábside.»

Cada vidriera es un cuadro. Es una orgía de color, de orlas ó festones de flores, hojarascas, lises, leones castillos, veneras y franjas cuajadas de piedras preciosas. Forman las vidrieras un museo ideal construído por las manos de artífices en imaginería, en decoración. Y todo eso que allá en las alturas, derramando una luz opaca matizada con todos los colores del arco iris, produce la impresión de linterna mágica, está hecho de pedacitos menudos, menudos, sutiles, sutiles, de vidrios pintados.

Y claro, no me contenté con contemplar las vidrieras en la Catedral; quise ver como se hacen. Durante horas estuve embobado, ensimismado, en el taller de vidriería artística, dirigido ahora por el señor Bolinaga y que aquí en León fundó hace años el expertísimo arquitecto Sr. Lázaro, el que acabó, con gloria para él y para España, la restauración, ó mejor dicho, resurrección de la Catedral. Actualmen-



te, un artista de la competencia de D. Alberto González Gutiérrez, tan inteligente como modesto, dibuja los que han de ser futuros cuadros de vidrio.

Contemplé, miré extasiado á los obreros cogiendo trocitos minúsculos de vidrio pintado y cocido al fuego y uniéndolos con una increíble paciencia con soldaduras de plomo. Aquello, extendido sobre una mesa, parecía un juego infantil, un arte, por lo primoroso y pacienzudo de chinos y japoneses. Al cabo de horas, lo que eran fragmentos inverosímiles de vidrio, algunos del tamaño de una avellana, los más grandes como un pañuelo doblado en varios dobleces, se transfigura, se ilumina, se convierte en vidriera colosal. Y luego á la luz, aparecen ideales jardines, fantásticas batallas, figuras de hombres y de ángeles, todo un museo ideal. La vidriera, una vez concluída, tiene una solidez y al propio tiempo una elasticidad que maravillan. Ante ellas se detiene el sol encantado y va acercándose con mimos y caricias de mujer enamorada, filtrándose á través de los pedacitos de vidrio en cambiantes, múltiples, infinitos efectos de color.

Y he vuelto después á la Catedral. He mirado arriba, á la ventana central del ábside. Surgen de los pedacitos de vidrio diez figuras de reyes, reinas, santos y profetas que se destacan dentro de otros lóbulos pisciformes, rameados. Así pensaba yo, son incluso las grandes figuras de la Historia, las que más se han adorado en su grandeza y majestad: compuestas de los esfuerzos de miles y miles de ciudadanos anónimos y obscuros, que porque ellos tra-

bajan, viven y mueren, llegan á formar unas cuantas personalidades de primera magnitud... Y luego nadie ve la soldadura de los hechos, de los trabajos minúsculos de los ciudadanos de su tiempo, y aun de tiempos anteriores... Cuando se rompen, porque al fin son de vidro, todo el mundo ve los pedazos insignificantes soldados también con plomo, con el plomo que anima ó barre á las multitudes constructoras de la civilización y del progreso...

INDUSTRIAS.—LA MINA «LA PROFUNDA» Y LA FÁBRICA DE PAPEL

Fuera cuento de nunca acabar describir á San Isidoro y á San Marcos. San Isidoro, joya de arte románico, con su panteón de Reyes de León, al estar en el cual dijérase que entra uno en las Catacumbas; San Marcos, magnífico edificio perteneciente al siglo XVI, ó sea al estilo llamado plateresco, necesitaban de la pluma de un artista, de un Saint-Aubin, para ser tratados y descriptos como se merecen. En San Marcos está el rico, el esplendoroso Museo Arqueológico de la provincia de León, y junto á él, ocupando lo más del edificio, un depósito de sementales... Y no hay que escandalizarse mucho, pues según todas las versiones, ahora es cuando San Marcos, gracias á nuestro Ejército, está bien conservado. El temor á los soldados de caballería impide á los chicos entretenerse en la piadosa tarea de desnarigar ó decapitar á los Reyes de León. A los chi-

cos y á los grandes, pues es fama que más de una estatua desapareció de su hornacina de piedra... Los tiempos no están para muchos respetos... Ni estos ni los anteriores, pues si no léase lo que escribió Quevedo, preso en San Marcos por comentar las hazañas del conde-duque de Olivares.

Y como me atraían otras Catedrales, las de la época moderna, que se llaman fábricas, dediqué buena parte del día á visitar la Papelera y á instruirme acerca de lo que representa la industria minera en esta provincia, rica en carbón, en hierro, en cobre, en cobalto, en níquel. Existen actualmente expedidos títulos de propiedad minera por una extensión superficial de 25.000 hectáreas; de ellas, 20.000 para la explotación de carbón de piedra y 5.000 para la de oro, plata, cobre, hierro, zinc, antimonio y mercurio. Las minas que pagan su canon al Tesoro ascienden á 410.

Pasaba yo, de vuelta á la estación, por un ancho paseo. Llamóme la atención un hotel que bien podía ostentar su grandeza en la Castellana, de Madrid, Pregunté, y me dijeron:—Es de D. Ruperto Sanz, dueño de «La Profunda».—¿Y qué es «La Profunda»?—«La Profunda» es una de las principales minas de la provincia de León, de las que se pueden citar al lado de las grandes explotaciones de Bilbao. Al principio le producía á su dueño la friolera de 17.000 reales diarios líquidos, es decir, deducidos todos los gastos. Se extrajeron 26.500 toneladas de mineral, cobre, cobalto y níquel. ¡Y toda esta riqueza se contiene en una demarcación de 12 hectá-

reas! Hoy, cuando ya está archiexplotada la mina, agotado el subsuelo, sacada toda su substancia á «La Profunda», todavía de los detritus le pagan al Sr. Sanz un dineral.

Bien es verdad que la riqueza minera de León data de atrás, de muy lejos. Y si no que lo diga el *Mons Medullius*, de la época romana, con sus rompimientos, desmontes, cavernas y galerías, que parece mentira sean obra de hombres de otros siglos y no producto de terremotos ó de catástrofes naturales.

Y cuando, todavía suspenso de oir contar tales maravillas, entré en la fábrica de papel «La Leonesa», quedé asombrado ante el limpio, aseado salón donde se mueve una máquina de 500 caballos de fuerza. El Sr. Merino, uno de los principales accionistas de esta fábrica, me aseguraba que con ella tal vez se resuelva, en plazo no muy remoto, el grave problema de los periódicos de Madrid, vendidos á cinco céntimos y sometidos al implacable *trust* papelero. Entre tanto se resuelve el problema, y no se asusten mucho los sindicatos, la fábrica «La Leonesa» surte á mercados como la Habana y Santiago de Cuba.

Y no hablo de la fábrica de productos químicos y farmacéuticos, porque entonces tendría que decir, ofendiendo la modestia del Sr. Merino, que por tal industria ocupa León el primer lugar en España.

UN «BRIN» DE POLÍTICA

De sobremesa no dimos paz á la lengua y, naturalmente, nos ocupamos de política. El que hablaba no se podía figurar que iban á salir á la estampa sus opiniones. Yo tampoco les doy carácter de interview. Si lo hiciera se me aparecería como un remordimiento el atractivo, simpático, semblante de la señora de la casa, que por haber pasado todos los años de su vida junto al que gobernó más en España, siente un santo horror á la cosa pública. ¡Padeció tanto por ella, en su cariño filial, la discretísima dama!

Pero ahí van, cogidos al vuelo, fragmentos de diálogo:

—La crisis última continúa sin explicación. Los periódicos le han dado la única que tiene, y que deja bastante malparados á los Gobiernos parlamentarios, al régimen que debiera presidirlos. Lo que es en las Cortes no nació ese Gobierno. ¿Dónde? ¿Cómo? ¿Por qué? En Octubre nos lo dirán, si nos lo dicen.

—¿.....?

Yo no sé nada: yo no puedo tener opinión fuera de las grandes respetabilidades que dirigen el partido. Si pudiera manifestar y hacerre pvalecer mi opinión, tenga por seguro mi voto en contra. De ninguna manera deben los liberales acudir á la lucha aliados con los conservadores en las próximas elecciones municipales, entre otras razones, porque dado

el caso de que las perdiera el Gobierno actual luchando contra los republicanos, y eso promoviera una crisis, ¿con qué derecho, á qué título, sustituirían los liberales á los conservadores, si su derrota era común?

—¿.....?

Yo tampoco lo sé, ni abrigo ningún género de preferencias... Y véase como la crisis última nos ha perjudicado á todos, enmarañando el problema de la jefatura del partido liberal. Si rigiera el sistema de los Gobiernos parlamentarios, el problema resultaría fácil de resolver. En las Cortes se decidiría el pleito una vez ú otra. No rige, se debe á otras causas la exaltación de un Presidente del Consejo de Ministros. Y entonces, ¿quién es capaz de profetizar lo que sucederá? Por de pronto, para los conservadores y los liberales, para todos, es un mal de graves consecuencias cifrarlo todo en ganar las elecciones municipales, lo mismo si el Gobierno resulta vencedor que vencido. Si lo primero, ¿á cambio de qué daños, de qué perturbación? Si lo segundo, ¿qué no dirán los triunfadores?



EN MONDARIZ

EX MINISTROS LIBERALES

PUIGCERVER Y MONTILLA

Llegamos molidos á la estación de Salvatierra. Allí esperaban á los viajeros que se dirigen á Mondariz una nube de chiquillos y de mujeres, que se disputaban nuestras maletas, nuestros baúles, nuestros sacos de viaje.

Aquello era una verdadera caravana de vehículos de todas clases, fechas y cataduras: diligencias, cestos, *charrettes* de lujo y carretas de bueyes. La gente, al irse acomodando, producía un ruido ensordecedor.

Vaya, ¡en marcha! Y salieron las diligencias y los cestos escapados, conduciendo una romería de enfermos, y otros, los menos, que no lo éramos, en dirección á Mondariz, el paraíso de los diabéticos, de los dispépsicos, de los reumáticos, de los dolientes del hígado. Yo tuve la suerte incomparable de encontrar un ideal medio de transporte. Mi buena estrella me deparó en Monforte el encuentro con un

paisano mío, el Sr. Pardo, comerciante en maderas, que compra aquí, en toda la provincia de Pontevedra, y las envía á Alcira, á su fábrica, á su serrería mecánica. Pardo me ofreció un asiento, que acepté sin titubear, en cómodo *dog-cart*, tirado por dos briosos caballos. *¡Chaparro! ¡Perico!* Y la tralla resonaba, mientras corríamos veloces, dejando atrás, muy atrás, á todos los *cestos* que encontrábamos por el camino.

Y en un vuelo llegamos á Puenteáreas, patria de uno de tantos ministros de Instrucción pública. Y dimos una vuelta triunfal por el pueblo, deteniéndonos un momento en la calle de Cánovas, y arriba otra vez, en marcha para Mondariz.

A lo lejos, en el crepúsculo, se distinguían, á nuestra espalda, las montañas de Portugal, envueltas entre nubes, como esfumadas y perdidas en el horizonte. Durante el camino en ferrocarril no habíamos cesado de contemplar el Miño, cuyas aguas dividen por una línea ideal las dos naciones hermanas, Lusitania y España, hermanas por la Naturaleza y separadas por la Historia y las luchas de los hombres. Delante de nosotros se extendía una campiña verde, accidentada y hermosísima. El paisaje, que á la propia Suiza deja tamaña, es un encanto, un prodigio, una maravilla. La tierra de Galicia no ha hurtado su fama de bella, riente, subyugadora de los sentidos y del alma.

Las luces eléctricas del balneario hacían brotar de entre las sombras un palacio encantado, en que se movían centenares de figuras...

Abrazos, apretones de mano, exclamaciones de gozo, todo el alboroto propio de una llegada. Allí saludé en seguida, en cuanto me hube apeado, al simpático ex ministro D. Juan Montilla, al grave Puigcerver, á los conocidos diputados de la mayoría Díez Macuso y Cordobés, á los doctores Ortega Morejón (padre é hijo), al ilustre ex periodista Mellado, que conmigo vino desde Monforte; al magistrado del Supremo y diputado romerista Sr. Roldán, y á otros muchos que ya citaré conforme vaya contando en sucesivas cartas lo que es la vida de este espléndido Mondariz.

***

—El otro día—decíame el Sr. Puigcerver, mientras tomábamos café apartados un tanto del bullicio de los salones del balneario—estuvimos Montilla y yo y otros amigos en Lourizán visitando al ex presidente del Senado. Le encontramos muy animado, batallador, dispuesto á reivindicar todas las soluciones democráticas del partido liberal, frente á los conservadores, divididos en opuestos bandos, y frente á este Gobierno de circunstancias, venido no se sabe por dónde ni á qué.

Puesto que usted—añadió Puigcerver—se propone ir á Lourizán mañana no tengo por qué declarar nada. Lo que le diga D. Eugenio, eso es lo que nosotros pensamos y queremos: afirmar nuestra personalidad liberal, avanzada, progresiva, democrática, y prepararnos para sustituir á los maltrechos con-

servadores, que en pocos meses cuentan con dos jefes de Gobierno y un tercer candidato á la dirección del partido y de la política de la mayoría. De los tres, de Silvela, Villaverde y Maura, el último es el que me parece en mejores condiciones para conducir á la hueste ministerial, identificada con él, con sus arrebatos elocuentes, y casi místicos, en defensa de las Congregaciones religiosas. Allí en las Cortes, en los debates del Senado y del Congreso, el verdadero vencedor, triunfante por el talento, por el programa y por la palabra, ha sido Maura. Se comprende que él ocupara el primer puesto, por ser el verbo, el *principio de vida*, de acción y de pensamiento, del partido conservador. Su delicadeza, los rozamientos con las personas que estaban disgustadas por el éxito de los republicanos el 26 de Abril, le eliminaron del Gobierno. Pero parlamentariamente, en el gran palenque de la discusión, donde se ganan ó se pierden las batallas, él la ganó, y fué muy sonada.

Yo no creo que este Gobierno se atreva á abrir las Cortes antes de las elecciones municipales; pienso que no podría vivir un día con el Parlamento en función y en víspera de lucha. No sé lo que sucederá en las elecciones de Noviembre: pero es de temer que, con la victoria ó sin ella, en ambos casos el Gobierno no pueda arrostrar las dificultades de un encuentro público con todos los partidos de oposición y *con la mayoría*. La mayoría, por disciplina, por obedecer las órdenes de Silvela y de Maura, por instinto de conservación, estará, sin duda, dispuesta al sacrificio de sostener á un Gobierno formado sin su

voto y contra su voto. Pero los apoyos de la mayoría no son eficaces más que cuando son incondicionales, producto de la fe y del entusiasmo. ¿Es que hay *satisfacción interior* en el ánimo de la mayoría? Aunque muy prudentes y muy discretos y reservados, usted vea la cara que ponen los diputados ministeriales aquí residentes, y que proceden, como quien dice, del riñón de la mayoría, cuando de propósito ó por incidencia se habla de este Gobierno.

Yo no sé lo que hará mi partido en las venideras y ya próximas elecciones municipales. Me inclino á pensar y á creer que no se nos obligará á votar del brazo de los conservadores, nuestros adversarios naturales en todo; pero singularmente en el problema religioso, que están agravando con sus torpezas, comprometiendo la soberanía y la independencia del Estado. Además, este Gobierno ha venido á ganar las elecciones municipales, ó no vino á nada, y nosotros no podemos hacernos responsables de los atropellos al Derecho que cometan, porque indudablemente, los cometerán. Jamás fuí partidario en la lucha de Abril de que fuéramos aliados con el Gobierno. Así nos derrotaron juntos; fuimos los monárquicos los que perdimos, y se hizo una *cuestión de régimen* lo que nunca debió serlo. Aparte de que la batalla se entabla, no en toda la capital, sino en los distritos en que se halla dividido Madrid, y yo espero que triunfaremos contra los republicanos en varios distritos de la villa y corte.

Planteada la crisis en Noviembre, y es de temer que no pueda conjurarla el Gabinete actual, es im-

posible pensar en un cambio substancial, fundamental, de política. Hay que aprobar los presupuestos, y entonces se impone un Gobierno de coalición parlamentaria, sea el que sea, para aprobar y legalizar la situación económica. Y después, Dios dirá; pero sin ser profeta ya puede asegurarse que la vida de los conservadores no se dilatará mucho en el tiempo.

Sobre que no espero que el Gobierno haga milagros en aquello que es uno de los motivos de su advenimiento al Poder. No he leído del folleto del señor Villaverde respecto de los cambios más que la parte dispositiva, no los razonamientos. Mi primera impresión es que tales proyectos no resuelven nada fundamental y no harán variar nuestro estado de cosas angustioso y deplorable.

Los cambios están á 37; la Bolsa abandonó sus primeros entusiasmos y volvió la espalda á las confianzas artificiales en prodigios de la taumaturgia económica. El presidente del Consejo de ministros estudia mucho, tiene toda la buena voluntad del mundo; el nuevo ministro de Hacienda es un infatigable, celoso, trabajador... Pero ni nuestros males económicos se resuelven con decretos, ni el tiempo de que dispondrá este Gobierno, si por acaso va á las Cortes, es suficientemente holgado para desarrollar una política reformadora en Hacienda. Recuérdese lo que se necesitó en 1899 y 1900 para al fin aprobar los presupuestos de la liquidación de las guerras. ¿Y ahora se dispone de un año por delante para hacer cosas maravillosas, profundas, eficaces y duraderas?

Eso sin contar que si los actuales gobernantes ex-

treman los procedimientos electorales contra los republicanos, acaso empujen á éstos á actitudes de violencia, al retraimiento... Y eso sería altamente peligroso, cien veces más peligroso que su triunfo en los Ayuntamientos de unas cuantas capitales...



Mientras las hermosas muchachas del balneario bailaban en el salón confesaba yo al Sr. Montilla.

Estuvo explícito, franco, decidor, conmigo desde el primer instante, como hombre á quien no le cuesta trabajo vaciar su alma, llena de arraigados convencimientos liberales. Me confirmó lo dicho por Puigcerver respecto á los buenos ánimos de pelea del Sr. Montero Ríos. Me dijo que el martes nos encontraremos en el Castillo de Mos, porque el noble Marqués de la Vega de Armijo le ha escrito invitándole reiteradamente á visitarle. Pero no ocultó el amigo Montilla el disgusto que le causa el actual estado de indefinición, viviendo en una *acefalia* prolongada del partido liberal.

Así no podemos seguir; es imposible la vida. Nos hace falta un jefe; necesitamos elegir un Papa. Y en seguida, cuanto antes, mejor; provocando una reunión de diputados y senadores, una asamblea del partido, si se cree necesario. Allí elevar sobre el pavés á nuestro caudillo. Sin cabeza no vamos á ninguna parte.

¡El jefe! Yo no creo que nadie en su sano juicio se niegue á que lo elijamos. Cierto que hay varios

papables; pero eso no es una dificultad; ejemplo, el Cónclave de cardenales en Roma. Designar un Papa es un negocio harto más arduo que elegir jefe de un partido. Y á nosotros no nos ha de faltar la gracia del Espíritu Santo, incluso para encontrar un Sarto que nos saque de estos mortales atrancos.

La gracia del Espíritu Santo debe ser para el partido liberal inspirarse en la democracia, en el sentido más *radical* y progresivo de la política española, en el programa de los republicanos sin República. Y el programa, sus líneas generales, sus orientaciones bien acentuadas, están en aquel pacto de Marzo de 1902, que pudo y debió presidir por unos cuantos años, no por meses, los principios del nuevo reinado de Alfonso XIII. Lo más avanzado, lo más radical, lo más progresivo, lo más democrático, desde lo religioso y lo social, es la *gracia* para el partido liberal.

Y qué, ¿no hay nadie en el partido liberal que pueda merecer la consagración de jefe por sus ideas democráticas? Si no lo hubiera, que sí lo hay, valiera más que pensáramos desde luego en disolvernos.

Los liberales tienen todavía mucho que hacer en la política española. Ellos son los que, respondiendo á sus tradiciones, á sus compromisos, á las esperanzas que despiertan en el país, han de salvarle. Si no lo creyera así, yo no sería monárquico. Si no le quedara á la Monarquía un partido capaz, con sus obras, de hacer innecesario el cambio revolucionario de régimen, de instituciones, podíamos prepararnos todos á presenciar ó á intervenir en sucesos muy graves y



muy dolorosos. Somos la reserva activa de los grandes días de lucha, que con pocas crisis como la del 20 de Julio se echarían sobre la pobre patria á más andar.

Ir contra los republicanos en las elecciones municipales, eso nunca, jamás. Los republicanos en los Ayuntamientos y en las Cortes no son un peligro; lo son fuera, perseguidos, anatematizados, eliminados de la administración de los pueblos.

La fuerza de los republicanos está en que se les declare ilegales, en que se les arroje al monte ó á la barricada. ¿Qué mal hay en que pronuncien discursos en el Parlamento ó en los Consistorios? El mal estaría en que no se les dejara otro recurso que la revolución. Y las revoluciones no se hacen en los Parlamentos. En Italia, en Inglaterra, en el propio Portugal, los republicanos son colaboradores en el Gobierno y en las Cortes. Mandan sus ideas, y muchas veces hasta sus personas. Por eso allí está la Monarquía segura, y nadie piensa en la insensatez, en el *delito nacional*, de derribarla.

Yo creo, contra el parecer de otros, para mí muy respetable, que el Gobierno abrirá las Cortes en Octubre, y que allí debemos darle la batalla, combatirle con oposición fiera y radical.

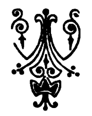
Nosotros tenemos como partido gubernamental la obligación de votar los presupuestos, pero no á este Gobierno, sino á un Gobierno producto de la voluntad de las Cortes.

Y después, allí, en el Congreso, animados todos de un gran altruísmo y sacrificio de desconfianzas, rece-

los, ambiciones, pequeñeces, hacer la concentración democrática, la nueva *fusión* de cuanto haya en el país de liberal, avanzado y progresivo, desde los antiguos constitucionales á la derecha del republicanismo, á Canalejas sobre todo, personalidad eminente, que no puede estar sola y reñida con el resto del partido liberal. Papa é Iglesia; eso es lo que nos hace falta. Papa é Iglesia, inspirados en la democracia, que dió y aun puede dar días de gloria á España...

***

Así habló el ex ministro de Gracia y Justicia señor Montilla. ¡Quién había de pensar, oyendo sus planes, viéndole tan animoso, que le iba á sorprender la muerte tan pronto y en lo mejor de sus esperanzas!



EN MONDARIZ

PORTUGAL Y ESPAÑA

En la noche del sábado, cuando llegué á Mondariz, lo primero que me llamó la atención fué un anuncio puesto en lugar preferente, que decía así:

MATINÉE

Los señores que componen la distinguida colonia portuguesa, presididos por el Excmo. Sr. Obispo de Coimbra, conde de Arganil, obsequian á la respetable colonia española, mañana domingo, 9, de tres y media á cinco y media de la tarde, con una *matinée*, conforme al siguiente programa:

PARTE PRIMERA

1.º Cuarteto.—Sinfonía, preludio, Lohengrin.
2.º Canto.—Zortzicos, señorita Flora Guzmán.
3.º Recitado.—D. Manuel Rois.
4.º Vals.—Impronto, Listz; señorita Concha Aparicio.
5.º Discurso, por D. Francisco Patricio, predicador del Rey de Portugal.

PARTE SEGUNDA

1.º Piano.—Rapsodia húngara, Listz; señorita María Rodrigo.
2.º Canto.—Guajiras, señorita Carmen Aparicio.
3.º Baile.—Sevillanas, señoritas Rosario Mansi y Dolores Oliva.
4.º Monólogo *Matemáticas*, Sr. Paiba.
5.º Versos, por D. Francisco Patricio, predicador del Rey de Portugal.

El programa era harto sugestivo y atrayente para que no esperásemos todos con gran curiosidad que llegase la tarde del domingo. No es cosa que se ve todos los días una fiesta artística, laica y mundana, presidida por un obispo, y en la que iba á hablar en portugués, y de asuntos profanos un sacerdote que, por añadidura, es diputado á Cortes en su país. Cuando menos eso revela un indicio de tolerancia, de espíritu libre, emancipado de ciertas preocupaciones, no muy común en el clero de otras partes. Ir por la tierra ejerciendo la cura de almas, pero sin asustar constantemente á las gentes con las penas del infierno ni achacar todos los males que ocurren en el planeta á la Revolución francesa y al liberalismo moderno, es de un mérito extraordinario, nuevo en España y digno de ser agradecido.

*
* *

Paso por alto los primeros números de la *matinée*. Todos merecían aplausos, damas y caballeros. Pero yo no estaba allí más que para oir el sermón laico, y civil, y ciudadano, del P. Patricio. Abrigaba una duda, que de antemano mortificábame mucho. ¿Entenderé yo el portugués? me decía. Porque escrito lo entiendo, lo traduzco ó, cuando menos, lo adivino. Desde los libros serios del gran Oliveira Martins, hasta las novelas de Eça de Queiroz, el más torpe de los españoles leemos de corrido.

Fortificaba tal duda el hecho de que los expresivos monólogos del caballero Rois habían pasado an-

te mis oídos como si estuvieran hablados en griego. Declaro mi incapacidad, de la que no era yo solo el único ejemplar del salón de fiestas. Nos quedábamos con un palmo de boca abierta, sin comprender una palabra. Aplaudíamos al actor; sorprendíamos á veces en la vibración del gesto el significado de las cosas que recitaba con mucho arte. Pero nada más.

Y llegó el momento en que se presentó en el escenario el P. Patricio predicador del Rey de Portugal. Su figura predispone en favor del simpático cura diputado. No viste traje talar ni tiene casi nada de eclesiástico en su aspecto y semblante, fuera de que lo lleve rapado. Con su largo gabán y su peto rojo, más parece un conspirador de la clase de patriotas que un sacerdote. La figura es airosa, y vistiendo de paisano no produce el efecto de que vaya disfrazado, como suele acontecer en España. No; muy al contrario... Se descubre al legislador y al tribuno.

A los cinco minutos de estar hablando ya se había conquistado al auditorio castellano, y no con vanas, falaces, declamaciones sobre la necesidad de vivir unidos, sino con los fundamentales argumentos del que no comprende que conozcamos y amemos á los franceses ó italianos más que á los portugueses. Nadie, al pensar en francés, se le pasa por las mientes suprimir nuestra independencia ó la independencia de la República vecina. Son dos pueblos y dos Estados: España y Portugal; pero no tiene sentido común que, para nosotros, ellos vivan poco menos que con un continente por en medio.

Todo esto lo decía el buen padre con extraordina-

ria elocuencia, y, cosa asombrosa para mí, yo lo entendía muy bien, admirablemente, sin perder una sílaba. Entre aplausos ruidosos hablaba de la fraternidad hispanolusitana ó viceversa, y aquellas palabras no sonaban á hueco, porque salían tanto del corazón como de la cabeza. Verdad es que el diputado y cura no es un hombre nuevo, desconocido, entre españoles. Fué á Madrid cuando las fiestas del centenario de Calderón de la Barca, y habló en la corte y produjo gran efecto. Era amigo de Castelar, de Figueras, de muchos de nuestros republicanos. Y en su boca, la frase libertad y democracia para España y Portugal no es retórica...

Un admirable símil le sirvió para expresar su pensamiento. Dijo que la familia en que no hay *velhos* y *crianzas*, viejos y niños, no es una familia perfecta. Falta: con los primeros, el recuerdo; con los segundos, la esperanza. Pues de la misma manera, la raza, la familia nacional, aunque dividida en Estados, en la que no hay las memorias comunes de la historia y la esperanza de renovarlas en generaciones ulteriores, fundidas por el amor, por el ideal común, es que algo se quebró en la raza, y aunque exista no vive. Hijos y viejos pueden ir cada uno por su camino; pero reuniéndose bajo la techumbre de la civilización, que á todos los cubre y los ampara.

Y aun habló de las banderas de España y Portugal entrelazadas. El que conserven su distinción de colores no es motivo de que no se den un beso de fraternal cariño, bajo la protectora cruz. Y de todos los pechos, al oir al P. Patricio, se escapó un himno

de entusiasmo y una tempestad de aplausos y aclamaciones.

Acabó la fiesta con un rasgo muy delicado, que renovó el júbilo de la concurrencia y el agradecimiento á la cortesía lusitana. Y fué que, habiendo hace tiempo concedido el Gobierno de Portugal el título de comendador de la Orden del Cristo al hijo del dueño del balneario, sus huéspedes lusitanos adquirieron por su cuenta las insignias y se las pusieron en el pecho al agraciado. El Sr. Peinador tenía motivos para estar satisfecho, y todos se acercaban á él, dándole la enhorabuena más cordial.

—¡Viva Portugal!—dijimos nosotros.

—¡Viva España!—contestaron ellos, y por tres veces lo repitieron en clamoroso estruendo.

Y yo no diré que con eso se haga la imposible unidad ibérica, á menos de rehacer la historia; pero ya se puede asegurar que acercándonos y conociéndonos no perdemos nada. Cuando menos, unos y otros aprenderemos á hacernos justicia, que ya es hora, destruyendo leyendas ridículas, prevenciones inauditas por lo inmotivadas, recelos infantiles, que no pueden perdurar en el cultísimo Portugal.

Cultísimo Portugal, sí, pues para persuadirse de ello basta con charlar un rato, como yo lo hice después con el P. Patricio. Es un católico, un miembro del clero militante, como lo puedan ser en los Estados Unidos, sin sombra de oposición á las libertades modernas y al espíritu de los tiempos. Dijérase que aprendió en la escuela de los Gibbons y de los Ireland.

Y lo mismo es aplicable al obispo de Coimbra, conde de Arganil. Su alta estatura, tan elevada que casi es un gigante, hacía de él en lo físico una personalidad preeminente que destacaba sobre toda la concurrencia de varones y hembras. Y su ser moral é intelectual corre parejas con la figura, porque nada hay tan simpático, tan sugestivo, tan insinuante, como un obispo que discurre y piensa y habla sin afectación, como un demócrata.

No es un mundano en la equívoca expresión de la palabra, sino algo más, un hombre superior, cuyo carácter cristiano y sacerdotal no lo lleva en los hábitos, sino en el pensamiento y en la conducta. Hace falta ir á Portugal para aprender libertad y tolerancia, no encontrando sombra de fanatismo clerical. Verdad es que por algo se puso en contacto de Inglaterra, de la libre Inglaterra, que emancipó ha tiempo la conciencia...

Pero como una *matinée* artístico-internacional no es para tantas filosofías, la reunión se disolvió, con su obispo de Coimbra á la cabeza, entrando en el *buffet*, donde se servía espléndido *lunch*. El obispo-conde seguía siendo la primera figura de la fiesta, y alguien dijo, en tono de alegre chanza:

—Ya sabemos por qué aún no ha venido á Mondariz este año D. Alberto Aguilera. Teme que le haga sombra el obispo de Coimbra...

UN CUENTO DE MELLADO

VILLAVERDE, PRESIDENTE

Cada vez que intentaba *confesar* á Mellado, celebrar una interview con él, y lo he intentado reiteradamente, se me escapaba de las manos.

Deliciosamente transcurren las horas al lado de Mellado, y hasta no le guarda uno rencor por no prestarse á la interview. Y es que, además de su gran cultura, de todas sus cualidades, que han labrado merecidamente su fama, es un conversacionista, un *causseur* de mérito, tan fino, espiritual, irónico. Así se comprende que estimasen su amistad y compañía Cánovas y Castelar, que hacían de la conversación un verdadero arte: el arte de decir muchas y muy buenas cosas burla burlando.

Un párrafo por aquí, otro por allá, se va hilvanando ella sola la ansiada, la interesante interview.

***

La política española padecía del mal de una incógnita financiera, económica, y siendo en la actualidad las cuestiones de Hacienda las que se llevan la palma, la primacía, claro es que el sufrimiento tenía que resultar muy agudo. Había una persona de significación, que se atribuía á sí misma la panacea de nuestros males. En su poder estaba el secreto, el talismán con que curarnos en un santiamén. Y hasta tal punto era ese el convencimiento del ilustre hacendista, que, colocado en una posición de confianza por su partido, en el alto sitial de Presidente del Congreso, no temió dañar á sus amigos y á sus fraternales jefes en el Gobierno, dejando entrever bien claramente que si el país continuaba doliente era á causa de que á él no se le encomendaba la dirección, la jefatura suprema de los negocios públicos. Y en verdad que resultaba una lástima verdadera lo que venía ocurriendo: tener un hombre, *el hombre* capaz de salvar á la patria, y no aprovechar sus servicios en puesto activo, rector, de la política.

El Sr. Villaverde quiso desembarazarse de su secreto, de su misterioso, hondo y transcendental plan en la materia ardua de los cambios, de lo que se llama el saneamiento de la moneda. Así, sin aguardar á ser Presidente del Consejo, á pesar de que los fautores de la conjura le decían al oído todos los días «tú serás jefe, y mandarás», estuvo á punto de presentar en forma de proposición de ley, como de iniciativa del diputado Villaverde, lo que hoy se ha publicado y circula en calidad de proyecto ministerial. Una proposición de ley sobre los cambios, pre-

sentada por Villaverde, enfrente, en contra ó, por lo menos, fuera de los planes del Gobierno, era un acto de oposición formidable, la caída del Gabinete, si no del partido. Le convencieron; le pusieron delante los peligros de tan arriesgado paso, y cedió. La proposición, hoy proyecto ministerial, no fué depositada en la Mesa del Congreso.

Pero no por ello se desvaneció la tormenta. La espina continuaba clavada en el corazón del partido y del Gobierno. Un hombre, *el hombre* poseedor del secreto de nuestra regeneración financiera y económica, seguía ausente del banco azul. Era preciso á toda costa arrancarse la espina, despejar la incógnita, entregar el Poder al médico único de nuestros males. ¿Qué haría una familia en cuyo seno hay un enfermo grave, si supiera que existe un doctor que dice y jura ha de salvarlo? Llamarlo á escape, que no quede por ella la curación del sér querido.

En tal sentido, á mí me parece de perlas la crisis, cualquiera que haya sido su origen y causa. Ya tenemos al médico insustituíble á la cabecera del postrado y dolorido país. Ahora veremos si acierta, si cura, si emplea emolientes ó corta de raíz el mal, incluso cortando y sajando, si hace falta. La ocasión es decisiva, y todos iremos ganando con la prueba: España, si consigue curarla; los liberales, en el caso de la demostración concluyente de que no está vinculada en los conservadores la solución de los problemas palpitantes en el orden económico.

La incógnita quedará eliminada, y ojalá que fuese para bien del puéblo español. ¿Qué daño hay en

eso para los otros partidos? Podríamos dedicarnos más tranquilamente á resolver cuestiones tan graves como la de Hacienda, paralizadas hace tiempo, bajo la pesadilla de ese misterioso talismán que una mano posee y no puede ó no le dejan emplearlo.

Pero nótese que el médico ó cirujano ha venido en condiciones peores de las que á él, á su partido y á España convenían. Villaverde es presidente del Consejo, y como tal, por la índole de su cargo, por las circunstancias que lo elevaron, por el estado de la mayoría y de sus naturales jefes, tendrá inevitablemente que perder el tiempo y la paciencia y las energías templando gaitas, transigiendo con unos y con otros, acudiendo aquí y allá para evitar una disidencia, para hacerse perdonar por los ortodoxos, él heterodoxo, él representante de una conjura que triunfa.

Antes, el Sr. Villaverde, encastillado en el ministerio de Hacienda, podía ser un dictador, el árbitro de la situación, el que impusiera condiciones; ahora, el Sr. Villaverde es un sometido, ó por lo menos un tolerado, que tiene que maniobrar para que le perdonen la vida, cuanto más para que le dejen hacer y triunfar en sus planes. Antes, el Sr. Villaverde tenía en su mano la mecha, y á cada obstáculo que partiera de la resistencia, de la oposición de sus otros compañeros, amenazaba con prender fuego á la santabárbara, con lo cual, es claro, que todo caía rendido é inutilizado á sus plantas; ahora, no; ahora el Sr. Villaverde está pendiente de una cuerda, de la que á voludtad tira ó no el Sr. Maura, haciéndole

la gracia de indultarle ó condenándole á irremediable fracaso, á muerte obscura, en la encrucijada de cualquier Comisión, del voto más baladí. Antes era el amo; ahora es, cuando más sea, un *liberto* de Maura y de Silvela.

¿Se comprende la diferencia esencial, fundamental, de las dos respectivas situaciones? ¿Se comprende que la pasión ciegue, al punto de no ver que el dictador no es tal al no poseer la libertad de sus actos? Y que no los posee, ¿hay alguien á estas fechas en España que lo dude? Aunque Silvela y Maura fueran héroes de la lealtad y del sacrificio en pro del Sr. Villaverde, no se podría evitar que éste naufragara. El naufragio es inevitable en las circunstancias terribles en que se apoderó del timón, porque el timón está roto, no rige.

Y hay que pensar quién es y lo que vale y representa en el partido, ante la mayoría, el que tiene la cuerda de la cual pende el actual presidente del Consejo de ministros. Es Maura; es el que dió alma y vida al partido conservador; es el que engendró estas Cortes, que no se olvidarán tan fácilmente de su paternidad; es el que acertó á ser voz de todos, voz elocuente y vibrante, en cuyas palabras iba envuelto, hecho carne, el verbo de la mayoría.

Dijérase que en cada uno de los representantes ministeriales del país, hay una gota de sangre del cuerpo divino del Señor, y que todos comulgan en su seno. Se ha hecho la transubstanciación en los últimos debates parlamentarios, y á la hora actual el Mesías no está por venir para los conservadores;

el Mesías es Maura, y lo adoran prosternados. Añádase á esto la calidad y el temperamento de la persona, á la cual, un poco agravado, es aplicable lo que se decía de Cánovas. De Cánovas se decía que le guardaba cierto resentimiento á Dios porque había hecho el mundo. Y todavía hay quien á eso gane al propio D. Antonio. Maura cree que el mundo lo hizo él...

*
* *

No se puede negar, fuera injusticia negar que los planes de Villaverde, en su esencia, en su conjunto, son buenos. Todo el secreto de nuestra situación financiera estriba en eso, en adquirir oro y en desmonetizar la plata.

Mientras no se consiga lo primero será inútil pensar en ir saliendo del atranco presente. Y la cosa no tiene el mérito siquiera de la novedad: divulgado se halla hace tiempo en todas las gacetas nacionales y extranjeras. No habrá economista en el mundo que no nos haya aconsejado proceder de esa suerte. En multitud de discursos se ha dicho y repetido.

Pero salvar nuestra situación financiera no es todo el problema de España, en su aspecto económico y en los demás gravísimos aspectos. Es el principio, es entrar en el buen camino, ¡y queda después tanto por hacer! Aun dentro de los proyectos del Sr. Villaverde todo el toque de su éxito ó de su fracaso consiste en la manera como se apliquen, en la severidad con que se acuda al procedimiento de los em-

préstitos, en la acertada ó errónea conducta con que se proceda. Pueden salvarnos y pueden matarnos, realzar nuestro crédito y hundirlo por completo.

Un particular cuyos negocios andan mal acude al empréstito. Bien está, y no tiene otro remedio si ha de ponerse á flote. Ahora, que su salvación no depende tanto del préstamo, sino del empleo que haga del préstamo; porque si prosigue haciendo trampas y contrayendo deudas y malbaratando hacienda y crédito, el resultado final será un inmenso desastre, bastante mayor que si no hubiera dispuesto de dinero. ¿Empréstito con la base de las minas de Almadén? Perfectamente, si se hace en buenas condiciones. ¿Oficina de cambio? Muy bien, si no resulta que á la operación de cambiar no preside un gran tino y medida.

Y aquí entra lo que decía antes; es á saber: que para cualquiera dificultad, desde la más menuda á la más grande, Villaverde ha de tropezar con su falta de libérrima acción. Es un prisionero, y los prisioneros no ganan batallas.

A los hechos hay que atenerse. ¿En los comienzos de Agosto infunde el presidente del Consejo al crédito público la confianza que inspiró á su subida al Poder á mediados de Julio? ¿Se sostiene el alza de los valores, ó ha bajado el cambio? No ha bajado el cambio, ni siquiera en la medida modesta en que puede hacerlo bajar, cuando y como quiera, cualquier ministro de Hacienda sin poseer planes secretos curativos.

El por qué de esa actitud del crédito público es

bien claro. Es que no ha visto en el Sr. Villaverde al ministro de Hacienda de 1899; es porque se ha enterado en seguida, con la rápida, luminosa visión que da el negocio y el interés, de que ese es un dictador que tiene la vida pendiente de una cuerda, de la que otros tiran. Ya no inspira confianza ilimitada, ciega; ya no puede hacer subir y bajar la Bolsa con sólo que respire.

Pero además, la situación del Gabinete todo, y de Villaverde en particular, se complica de un modo que asusta. Su existencia ministerial no depende únicamente de la voluntad de la mayoría y de sus jefes naturales Silvela y Maura, sino que va unida, por una insigne torpeza, á las elecciones municipales. Ahí se echa toda la carne en el asador, comprometiendo acaso, incluso la paz pública en vencer á los republicanos. Y ahora ponga cada uno la mano en su pecho: ¿es que se puede hacer Hacienda y política económica fundamental y salvadora enredándose los pies en semejantes piedras y atrancos? El 99, Villaverde era ministro de un departamento, y el resto de la acción del Estado no le estorbaba para nada, no le impedía trabajar, no le preocupaba un solo instante. Libre de cuidados, atendía con alma, cuerpo y vida á su tarea. En 1903 es presidente del Consejo, con la misión de *ganar unas elecciones*. ¡Valiente independencia de espíritu!

*
* *

Unos Gabinetes se suceden á otros, sin razón suficiente que explique el cambio, y no hay nada duradero, estable, continuo, con espíritu de *suite*. Se pactan coaliciones y fusiones, y sin embargo, los dos partidos turnantes suben y bajan cada vez con menor cohesión de sus elementos. Hoy está más disuelto el partido conservador que el partido liberal, que al fin guarda la fe y la esperanza de reorganizarse. Los conservadores tienen tres jefes actuando, los liberales no tienen ninguno; por lo cual es más fácil que al fin obedezcan al caudillo de pelea y de gobierno que imponga, como tendrá que imponerlo, el asentimiento universal. Y es que siempre falta por atar el cabo más principal, el de un programa único, ante el que todas las individuales opiniones se rindan.

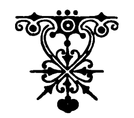
Y esto me trae á la memoria un cuento, un sucedido, algo que pasó en la época tormentosa del 73. Disputábanse en Málaga el poder dos facciones, dos partidos republicanos, en competencia de implantar cuanto antes la federal.

Al frente de un partido estaba el tío Palomo, y al frente del otro partido el compadre Gilito. Uno de ellos telegrafió al Gobierno que había proclamado el cantón *del orden*, y, naturalmente, éste no parecía por ninguna parte. Cansados de bregar, obedeciendo las órdenes del Gobierno y los buenos consejos de las personas sensatas que mediaron, el tío Palomo y el compadre Gilito reuniéronse un día para zanjar sus discordias, sus fratricidas luchas. Como buenos hermanos se repartieron todos los cargos y

todas las varas: Diputación provincial, Ayuntamiento, Alcaldía, jueces municipales y hasta empleados... Y ya, contentos y satisfechos, iban á separarse dejando arreglado el mundo, cuando el tío Palomo cayó en la cuenta de que todo no estaba hecho, que faltaba el principal cabo por atar. Volvióse el tío Palomo á su rival, y con solo una pregunta tornó á encender la guerra civil:

—*Compare Gilito:* ¿y qué hacemos del culto y clero?...

Como el compadre Gilito suelen estar la mayoría de nuestros más flamantes partidos políticos...



EN LOURIZAN

LO QUE DICE MONTERO RÍOS

He estado en Lourizán y no he visto Lourizán. Tengo, sí, fija en la retina una visión como en sueños de la grandeza, magnificencia, de esta posesión real, esplendorosa. He pasado entre los árboles de un bosque inmenso, con sus frondosidades de selvas vírgenes; he bajado ante un palacio; he permanecido en sus salones, ricos, lujosos, durante tres ó cuatro horas; he vuelto á salir en coche, descubriendo aquí una estatua, allá una torre, admirado, abrumado, de la grandiosa vegetación americana, como no hollada por la planta del hombre, y me encuentro camino de Pontevedra, sin saber á punto fijo si estoy despierto ó dormido... Pero he hablado con Montero Ríos; tengo mucho que escribir. A la tarea; basta de digresiones.

***

Entraron en el despacho los marineros, los pescadores, que esperaban en la antesala. Ni aun en un día como aquel, fiesta de *La Peregrina*, dejaban en paz al castellano de Lourizán, porque es un castillo señorial y una finca regia. Era una comisión de *jeiteros*, implorando protección, contando sus cuitas, en el eterno pleito de la pobreza y del hambre con el negocio, del trabajo con el capital. Montero Ríos les dirigió á los de Sequeiros frases de consuelo, los trató paternalmente, estrechó sus manos callosas.

Nos sentamos á la mesa: Montero Ríos entre sus dos simpáticas y bellas hijas; yo, al lado, á la derecha de la esposa de D. Eugenio y en torno los Sres. Martínez del Campo y García Prieto, Eugenio y Avelino Montero, y cinco nietos. Aquella mesa sugería el recuerdo de la familia romana, rodeado el tronco añoso, pero firme, de las fecundas ramas, de los numerosos vástagos. Y el *pater-familias,* con su venerable cabeza plateada, presidía la reunión de sus frutos amados, sintiendo el regocijo del que ha hecho obra buena y duradera en el mundo.

—Vengo á confesarle á usted, á que me diga cuanto piensa y cree, espera ó teme de la política actual y venidera...

—Lo siento mucho; pero aquí no encontrará usted *penitente*. A otra puerta.

Habíamos acabado de almorzar, y declaro que creí fracasado mi intento de interview. Un color se me iba y otro se me venía, sin saber qué partido tomar, si debía insistir ó callarme, perplejo y confuso. Ya pensaba yo qué diría al público y cómo convencería á mis



lectores de que estuve en Lourizán, cuando Montero Rios se levantó y nos fuimos á otro salón.

—Pregunte usted—me dijo, y, fumando cigarrillos, comenzó la conversación.

Yo era todo oídos. A la primera interrogación quedé como mero fonógrafo. D. Eugenio hablaba, hablaba, y yo entretanto hacía esfuerzos para que no se me escapase una sola idea, una sola palabra. Allá va la interview, en la que suprimo, á sus instancias, recuerdos interesantísimos de hechos pasados durante el año terrible, el de 1898, el del desastre. Si algún día se pueden publicar, y me autoriza para publicarlos resultarán un capítulo de la historia verdadera de la *debacle,* historia que está por escribir.

***

—Yo le debo á usted—me decía Montero Ríos al empezar recordando una famosa interview que con él celebré, famosa por lo que á él respecta, no por mí—la fama de Sancho Panza de que por ahí disfruto. Aquel cuento de la muerte de *Meco,* que usted publicó, me lo han echado muchas veces en cara creyéndolo exagerado ó injusto, porque universalizaba y extendia á todos las culpas de las catástrofes nacionales. En ello me ratifico, y no me pesa la fama de Sancho. Al cabo, falta hace que alguno lo sea en este país de tantos Quijotes, con la realidad viviente reñidos, que andan por el mundo en busca de aventuras, mientras la menguada hacienda individual y

colectiva se pierde por pelear con gigantes y endriagos.

No; no me pesa esa fama. El Sancho de la política española va á hablar, interpretando los hechos públicos con el simple buen sentido de un campesino de estos andurriales. El Sancho dice que no entiende lo que pasa, que ignora en su rudo, pero práctico, caletre cómo y de qué manera nos van á regenerar los que hoy nos gobiernan, los que se disponen á salvarnos con sus sabios planes de Hacienda, cuya sabiduria y eficacia no alcanzo á comprender.

Por anticipado me resigno á que se interpreten cual dislates, cual cosas sin fundamento, cuanto yo diga. Es la cuenta de la lavandera, hecha con los dedos, sin grandes especulaciones científicas. Pero verá usted cómo desgraciadamente acierto.

Calculo que las Cortes se abrirán en los comienzos de Noviembre; que allí en el Parlamento se harán los imposibles por que queden aprobados los presupuestos, de cualquier manera, obedeciendo, aunque tarde y mal, al precepto de la Constitución. Por desdicha nuestra, de todos los Gobiernos, de algún tiempo á esta parte, sólo tenemos una apariencia constitucional, y lo que la ley del Estado quiso que fuese una excepción para casos extraordinarios, de fuerza mayor, se ha convertido en la regla constante, sempiterna. Sólo cada dos años se hacen presupuestos, y los de un ejercicio se prorrogan para otro, con evidente escándalo, trocada en ley una corruptela. Los presupuestos que ahora se voten servirán probablemente para más de un año, como actual-

mente vivimos de los del año anterior, y puede decirse que desde 1899, la primera época de Villaverde, no se han hecho presupuestos.

¿Es eso vivir en un régimen representativo, constitucional? ¿Es que la función de las Cortes de todos los tiempos y de todos los países no fué primordialmente, fundamentalmente, examinar y votar los impuestos? ¿Por qué se originaron tantos males en nuestra historia, sino por el olvido del derecho de los ciudadanos á intervenir como amos en eso, que es lo primero en la vida de todo un pueblo? La Constitución, perdurablemente infringida, nos trae al *impasse* actual. De fracasar este Gobierno ú otro que viniera, y no aprobase los presupuestos, no se podrían cobrar legalmente las contribuciones, y hasta las prerrogativas del jefe de Estado se hallan como detenidas, con el veto que impone la realidad. ¿Se ha pensado en lo grave de esta situación?

Después, después de votados los presupuestos, descartada *la carta* de Villaverde, descubierto el enigma financiero que está pesando sobre toda la política española, se intentará que venga un Gobierno presidido por Silvela ó por Maura, en el deseo natural de la voluntad suprema que rige al país de que duren estas Cortes el mayor tiempo posible, de que no se hagan en plazo tan breve nuevas elecciones, que trastornan tan hondamente al pueblo y que serían capaces de perder la nación mejor constituída, cuanto más nuestra España.

Ahora, que hay que pensar en las dificultades de esa tentativa, con la mayoría quebrantada, con el fra-

caso de Villaverde, que ha de repercutir en todo el partido. Si en el día le faltan á este Gobierno los elementos necesarios de existencia desahogada y libre en el Parlamento, el mismo caso se puede reproducir á la inversa, se reproducirá seguramente al salir Villaverde de la presidencia del Consejo. El se hallará entonces, respecto de Silvela y Maura, en idéntica actitud que Silvela y Maura se encuentran hoy. Y los apoyos que mutuamente se prestan forman en el número de los cariños que matan. Lo niegue quien lo niegue, el paso por el Poder en tiempo breve de dos ó más jefes de Gobierno debilita, por no decir que disuelve, á la colectividad que padece esa desgracia. Siempre habrá vencedores y vencidos, aun suponiendo que estos últimos figuren, por lo abnegados y altruístas, en el martirologio cristiano.

***

¿Por qué fracasará Villaverde? Reconozco su buena fe, su excelente intención, todas sus cualidades de hombre de talento, de carácter y de voluntad, con una idea fija, con un pensamiento rectilíneo, que va derechamente á su obra, á su cosa. Precisamente en esa idea fija estriba la causa y raíz de su fracaso. Villaverde, como Camacho, como tantos otros ilustres hacendistas, sufren las obsesiones de los técnicos, que, por regla general, no alcanzan al resto de los mortales, á los demás políticos. Y esa obsesión no necesito decir cuál es, todo el mundo la conoce, aun-

que algunos hagan de ella su mérito glorioso y otros su capital defecto.

Es la obsesión de hacerlo depender todo del crédito, al igual de Camacho, de tantos otros ilustres hacendistas. El crédito es una gran cosa, el aire nacional y, aun mundial, que necesitan respirar los pulmones de un Estado. Pero el crédito no es todo en la vida de un país, ni mucho menos se debe caer en el torpe error de imaginar que el crédito se inventa, se fabrica con algunas operaciones rentísticas, por sabiamente combinadas que estén.

El crédito de una nación, como el de un particular, consiste, no sólo en pagar todas sus atenciones, sino en no adquirir otros compromisos, mayores compromisos, que aquellos que, naturalmente y sin violencia del país puedan satisfacerse.

El Sr. Villaverde ha cometido en su gestión financiera, cuyos méritos ahora no discuto, dos errores fundamentales: primero, reconocer la Deuda de Cuba y de Filipinas, á que por el Tratado de París no veníamos de ninguna suerte obligados, y reconocerla en oro, cuando la de Filipinas al menos tenía taxativamente pactado su pago en pesetas; y segundo, el emitir Deuda al 5 por 100, cuando nuestro tipo era el 4 por 100, afortunadamente conseguido desde los tiempos de Camacho.

Cierto que los Estados Unidos no quisieron, se negaron al reconocimiento de la Deuda originada por las dos guerras coloniales. Pero de ahí no se deduce que cargáramos nosotros con el peso de tan aplastante obligación.

No son interpretaciones mías, que al fin podría invocar como auténticas; son textos del Tratado de París. El que lo dude, el que quiera convencerse, puede leer el *Libro Rojo*. Y tan es así, que á mí vinieron á verme varias veces Comisiones de tenedores de la Deuda colonial á suplicarme que trabajase por conquistar el Derecho de que los Estados Unidos les pagasen. Ellos mismos descartaban hasta la hipótesis de que España tuviese el deber remoto de responder de tales obligaciones. Véanse ahora las consecuencias de la idea fija, del pensamiento rectilíneo, dirigido á salvar ante todo el crédito. Pagamos lo que el propio deudor no creía percibir, y lo satisfacemos en oro. ¿Tenemos por eso mayor honra financiera en el mundo? Díganlo los cambios, díganlo nuestros apuros.

El 1.° de Enero, el 1.° de Abril, el 1.° de Julio y el 1.° de Octubre de cada año tenemos que pagar una cantidad respetable de millones: los intereses de la deuda, no reconocida, no sancionada, en el Tratado de París, y, por añadidura, que pagarla en oro. Y así vivimos á merced de los agiotistas, que le hacen la forzosa á España, que le ponen un dogal al cuello.

Si el Tesoro se procura oro con mucha anticipación, le resulta un mal negocio, y si lo adquiere en los trances de la agonía, en la proximidad del vencimiento de los plazos, el negocio es todavía peor. Si lo primero, tiene un capital paralizado; si lo segundo, sucumbe á las exigencias del mercado, que especula con nuestros apuros. En cualquier caso, una situación desastrosa.

Pero ahora se va á remediar todo eso; ahora se van á realizar dos empréstitos para tener oro y no sucumbir á las exigencias del mercado, que especula con nuestros apuros. Y lo que es no ser sabio, ser simplemente un Sancho, á mí no se me alcanza la ventaja, el provecho de tan prodigioso remedio. Pienso que es un mal mayor; afirmo que se nos produce un daño inmenso, inaudito, inconcebible. No me cabe en la cabeza que nadie apruebe, ni siquiera tolere, la consumación de una falta que resultaría enorme, de perpetrarse.

Actualmente pagamos el 2 por 100 de 700 millones que le debemos al Banco; mañana, el día en que se aprobaran los proyectos de Villaverde, pagaríamos el 5 por 100 de 700 millones. Es decir, que en lugar de 14 millones tendríamos que satisfacer 35 millones. La cuenta de la lavandera, la que se saca por los dedos, me dice á mí, y le dice á todo el mundo, que ese es un negocio ruinoso, que 35 son más que 14. Y todavía el plan resultaría admisible si con la nueva carga que echábamos sobre nuestros hombros se resolviera en definitiva nuestra situación desastrosa. ¿Es que por eso no continuarán nuestras obligaciones, y se aumentará la riqueza del país, y nadaremos en la abundancia, y España será un Eldorado? ¿Quién lo asegura?

Está bien. Se devuelven al Banco los 700 millones que le adeudamos. ¿Y después? ¿Qué hace el Banco con esos millones? ¿A qué los aplica? ¿Quién se los toma? Porque todo el mundo sabe que en el día, ni aun abriendo la mano ni aun cerrando los

ojos á la más que posible insolvencia, hay forma humana de que encuentren salida, colocación, en la industria, en la agricultura. ¿Qué sucederá con 700 millones más de que disponer, sin manera de emplearlos? ¡Como no los inmovilice ó los tire al mar el Banco!

Es frecuente, pecado común, en los políticos y en la Prensa cerrar contra el Banco de España, acusándole de todos nuestros desastres y ruinas. Se propalan horrores, y pasan como en autoridad de cosa juzgada. Y sin embargo, el Banco de España prestó á la patria el inmenso servicio de librarnos del curso forzoso, de los males sin cuento del curso forzoso, por el cual, en más ó en menos, pasaron todas las naciones en la hora del desastre. ¡Y para librarse de la deuda de ese Banco tan beneficiosa al 2 por 100 se intenta contraer otra nueva al 5 por 100! ¡Y estando abarrotados de dinero, porque la industria y la agricultura no pueden tomar más, no pueden responder de más, se lanza á la inmovilización la cantidad de 700 millones! ¿Es eso un plan de Hacienda? Según Sancho, no; D. Quijote, que sale de aventuras, delirará cuanto le venga en gana...

***

En vano es pensar en la construcción de una escuadra poderosa. Ni tenemos recursos para ello, ni nos hace falta.

¡Recursos para lo que se llama restauración del poder naval! ¿Dónde están? Supongo que no se ha

de insistir en la absurda suposición de que hay sobrantes en el presupuesto y de que esos sobrantes son suficientes para tan magna empresa. El propio Sr. Villaverde demostró hasta la evidencia la insensatez de confiar en ellos: primero, porque su exigua importancia no permite forjarse ilusiones, y luego, porque no parece sino que ya se han liquidado todas las atenciones y no existen compromisos á los que hacer frente.

Pero, además, no necesitamos una escuadra agresora, ofensiva, compuesta de grandes acorazados, presta á entrar en peleas internacionales. Por muchos acorazados que tuviésemos, quedándonos en cueros vivos, ¿cuándo, dónde, poder competir con la flota de la Inglaterra, de la Francia, de la Alemania, de la Italia, de la Rusia? ¿Es que la fuerza militar en tierra ó mar se improvisa? ¿No es eso obra de años, y aun de siglos? ¿No es acaso la resultante y no la creadora de las energías del país? ¿Qué hemos hecho por la instrucción del ejército, en tanto tiempo, desde el desastre? ¿Qué garantías de enmienda ofrecemos para lo porvenir? ¿Es que Prusia dijo: yo quiero ser fuerte, grande, poderosa, vencedora, y lo fué por arte de encantamiento? Esos son los inconvenientes de ser Sancho, que no nos convencen los milagros de la taumaturgia política.

Una escuadra agresora, ofensiva, no; una escuadra defensiva, modestamente protectora de nuestras costas, sí. Lo que ha sucedido puede volver á suceder en la Historia, cuando no han cambiado sino para agravarlas nuestras condiciones de debilidad.

España está geográficamente donde estaba, y es más pobre de lo que era antes. Las islas Baleares, las islas Canarias, las costas de Galicia, corren peligro, como en otro tiempo, como siempre. La prolongación de Gibraltar, adelantándose tierra adentro, es una amenaza constante. Después de todo, ¿sería nuevo que las Baleares cayeran en poder de los ingleses? ¿Pues no lo estuvieron?

Mas para atender á esas necesidades nacionales, patrióticas, basta con cruceros, torpederos, barcos pequeños y modestos, que la ciencia naval determinará. Esa flota defensiva debe apoyarse, ayudarse, con las fortificaciones terrestres. Y en eso poner todo el entusiasmo, la fe, que es preciso para salvar á España de contingencias más que probables. No perder, por Dios, el tiempo en sueños de imposible grandeza. Sería lo mismo que querer hacer ejército disputando sobre las zonas y regiones, sobre cosas minúsculas á puro de ser sabias. Y en eso emplear, no los fantásticos sobrantes, sino los recursos naturales, ordinarios, del presupuesto general. Reconocerlo como una atención urgente, imprescindible, é ir á ello de frente, con la visera levantada, diciéndole al país la verdad: que la nueva carga de una escuadra defensiva es absolutamente sagrada y no puede ni debe sustraerse á ella.

***

No comprendo, en mi humilde mentalidad de Sancho de la política, por qué se da tan singular al-

cance, tan suprema importancia, á que el Gobierno triunfe ó resulte vencido en las elecciones municipales.

¿Qué mal hay en que los Ayuntamientos de unas cuantas capitales de España, las principales, si se quiere, sean republicanos? Pues qué, ¿el Municipio de Berlín no es socialista? Pues qué, ¿el Municipio de París no fué hasta ahora, durante muchos años, socialista y hasta anarquista, y actualmente es nacionalista y monárquico, es decir, siempre enemigo de los Poderes constituídos? ¿Qué pasa en Alemania porque el Municipio de Berlín resulte adversario del Imperio? ¿En qué la República francesa vió nunca cuartearse su edificio nacional al empuje de los ediles anarquistas de París? Todo eso, sin ofender á nadie, son empeños insubstanciales.

Más importancia tenía la ley nueva de Administración local. En el Senado la discutimos; pero ni el público político y neutro nos hizo caso, ni la Prensa tampoco. Allí logramos convencer á la Comisión de la necesidad de alterar el texto del proyecto; pero no persuadir al ministro. Nos proponíamos dar el derecho pasivo electoral, es decir, la calidad de elegibles, á los obreros asociados; pero no el derecho activo, porque entonces se va contra el principio mismo de la ley del Sufragio, desnaturalizándolo, violentándolo.

Con lo primero hacíamos obra de justicia, porque es imposible mantener la desigualdad entre los ciudadanos según la clase social á que pertenezcan, evitando de paso la seria, gravísima, amenaza de las

Sociedades de resistencia convertidas en cuerpo electoral. La elección de los Municipios confiada, entre otros, á los libertarios no es una perspectiva para animar á ningún gobernante. Los mismos republicanos tendrían al cabo que agradecernos la reforma, si es que no se quieren ver eliminados ó absorbidos en el seno proceloso de las predicaciones y de los actos contra todo orden establecido, incluso el orden de una revolución política.

Ya es sabido cómo pienso en la cuestión social, como son conocidas mis opiniones en el llamado problema religioso. Demócrata de siempre, de toda la vida, mantengo ayer, como hoy y como mañana, los puntos de vista de mi discurso del Senado. No tengo que rectificar una tilde de mi programa. El derecho para todos, y claro es que no me han de asustar las reformas sociales posibles y necesarias, que atiendan á los obreros en sus justas, urgentes, reivindicaciones; pero sin hacer de ellos una clase privilegiada.

Repito una vez más el final de mi discurso del Senado, no por ser mío, sino por considerarlo esencia del credo liberal: todo el programa republicano, en sus substancias reformadoras, jurídicas, progresivas, y aun un poco más de ese programa, puede y debe realizarse por nuestro partido. Se realiza en Inglaterra, que es una Monarquía.

Y para abordar patrióticamente esa obra, el partido liberal cuenta con una unidad y una cohesión con que quizás no contó nunca. En todo él, pero especialmente en las masas, en las filas, impera el



entusiasmo y la fe, y hasta el convencimiento inquebrantable de que se nos unirán los elementos valiosos que andan dispersos, y que no poseen otro hogar natural donde guarecerse, para bien de ellos y nuestro...

***

Y ahí dió término la interview, pues que veía yo que la razón positiva y práctica del que á sí mismo se llama Sancho inclinábase también á confiar demasiado en lo futuro, á revestir, aunque fuese por un instante, las armas de D. Quijote, saliendo por los campos de Montiel. Las seguridades de la cohesión y de la unidad del partido liberal se me antojaron á mí algo como los molinos de viento tomados por castillos. Pero, en fin, en estos quehaceres periodísticos yo soy un cilindro fonográfico. No pongo nada de mi parte, y estoy seguro de haber reproducido fielmente las declaraciones de Montero Ríos. En ellas hay una afirmación rotunda: el fracaso de Villaverde y de los conservadores. Lo demás es una enorme interrogante.

¿Qué sucederá después del fracaso de Villaverde? Montero Ríos no me lo dijo, y camino de Pontevedra iba yo pensando que la solución de la charada no me la darán probablemente ninguno de los políticos turnantes, tan fracasados como el propio Villaverde...

EN EL CASTILLO DE MOS

EL MARQUÉS DE LA VEGA DE ARMIJO

Llovía abundantemente, sin parar, como llueve en Galicia cuando se pone á hacerlo, que se pone muchas veces al año. No era una lluvia de verano, como la que se suele ver en otras partes en este tiempo, que descarga de pronto en forma de tormenta y de diluvio, y luego se despeja el cielo, se serena la atmósfera y luce el sol. No; era una lluvia pertinaz, menudita, la que cala los huesos. De cuando en cuando venía una ráfaga de viento, y á pesar de ir herméticamente cerrado el coche, con las cortinillas tiradas, azotaba el rostro. El aire era fresco, y aun frío, de un frío muy agradable después de tantos días de calor desde mi salida de Madrid. Me arrebujé en el gabán, y no teniendo otra cosa que hacer más urgente me dormí, confieso mi pecado, sin contemplar la hermosura de estas rías, pasmo de los sentidos, encanto del alma. En un sueño pasé el camino, las dos ó tres horas de camino á partir de Pontevedra.

Desperté, preguntando al cochero:

—¿Falta mucho?

—Estamos entrando en la finca del marqués...

El cesto se detuvo ante la verja y me apeé, y vino á mi encuentro un criado distinguido, como de casa grande.

—¿Han llegado los señores Puigcerver y Montilla?

—Sí, señor.

Atravesé el jardín, protegiéndome malamente de la lluvia, que apretaba de firme; pasé el puente levadizo; penetré por una portezuela, especie de perforación en la piedra, con todo el carácter de los siglos remotos en que se construyó el castillo, y subí la escalera en demanda del castellano.

—Están dando una vuelta por la posesión los señores—me dijo otro criado.

Llovía, llovía mucho, con gotas menuditas, finas, cortantes como un cuchillo, y me guarecí en un cenador con techumbre de paja y cómodos sillones de madera labrada. Ni desde allí distinguía gran cosa á través de la lluvia espesa, ni yo me cuidaba más que de secarme. La paz que reinaba en el ambiente era absoluta, y no se percibía otro ruido que el del agua, cayendo poco á poco, monotonamente, sobre la techumbre. Un gluglú persistente me indicaba que cerca de allí había un manantial ó cascada. La impresión de soledad tranquila de aquel lugar, predisponía el ánimo al recogimiento y al silencio. Enfrente, y al descorrerse la cortina de la lluvia, tenaz, continua, surgía el castillo, grande, majestuoso, impo-

nente. No me atrevía á gritar ni á moverme, en muda y absorta contemplación de tanta maravilla. De pronto oí voces muy cercanas, como si emergiesen de la tierra. Eran el marqués de la Vega de Armijo, López Puigcerver y su hijo político el Sr. Aleixandre, Montilla y el presidente de la Audiencia de La Coruña.

Salí de mi retiro corriendo y mojándome; saludé; me incorporé á su compañía. Cambiamos las preguntas obligadas tocantes á nuestro respectivo viaje. Y el marqués me riñó cariñosamente por no haberle avisado, y hubieran ido en mi busca al tren.—¡Pero si vengo en coche!—Pues peor que peor; aquí hay caballos de sobra, que huelgan, y nos hacen un favor si nos piden vehículo que traslade á nuestros huéspedes desde Arcade. Además tenemos en el castillo una oficina de telégrafos permanente durante todo el verano, y es, por consiguiente, fácil y cómodo el avisar, el ponerse en comunicación. Se hubiera usted ahorrado un buen rato de travesía y de lluvia. De Arcade á Mos sólo hay seis kilómetros.

Como ellos ya habían visto el magnífico panorama que se descubre desde cualquiera de los altos de la finca, el marqués de la Vega de Armijo hizo que un criado me guiara hasta la casa de vacas, observatorio magnífico y sorprendente. La niebla y la lluvia impedían ver totalmente el campo; pero aun así se contemplaba un delicioso paisaje desde el castillo de Mos, por todo el valle de Sotomayor.

De vuelta al castillo, una mujer guapa, esbelta, joven, con talle de avispa y pelo rubio, que parece se-

da, se destacaba como una aparición en lo alto de la escalera, haciendo los honores de la morada regia. Era la simpática, inteligente y *leída* marquesa de Ayerbe. El marqués, su marido, me explicó que el castillo de Mos, en tiempos bien cercanos, dada su antigüedad, de revueltas y trastornos, se salvó gracias á haberlo destinado á escuela. Y los vestigios de la pintura roja de la escuela se conservan en la terraza que da acceso á la biblioteca. Esto avalora sus méritos. La fábrica de la dominación feudal protegida por un modesto dómine de aldea.

Desde la terraza de la torre hay que cerrar al pronto los ojos para no verse deslumbrado por tanto prodigio. Arboles en cuyo tronco podrían guarecerse cómodamente media docena de personas. Magnolias, hortensias, á granel, contrastando la blancura amarillenta de las primeras con el azul rabioso de las segundas. Confieso que yo no había visto nunca hortensias así, de ese color y tan grandes como un sombrero. Yo suelo confundir los nombres de los árboles, aunque me los designen cien veces; de suerte que no estoy muy seguro de lo que veía. Creo que había de todo: plátanos, castaños, nogales, abedules, limoneros, álamos. ¿Qué se yo? Una infinita y rica variedad. Y todos de tamaño extraordinario, en lucha de gigantes que se propusieran escalar el cielo. Baste decir que los limones parecían meloncitos. Entre el bosque, por el castillo de Mos, esparcidos artísticamente, una porción de jardinillos, de parterres ingleses, con fuentes de lustrosas tazas, sobre las que caen, produciendo burbujas, los chorros de agua.

Aquello forma un contraste hermosamente brutal con las colosales pirámides de árboles.

Y luego un teatro pequeñito y elegante, la oficina permanente de telégrafos, el pabellón de habitaciones, como para alojar á un regimiento. En el castillo, las torres y almenas tienen el color y el sabor de la época. Eso por fuera, que por dentro las amplias, lujosas y coquetonas salas parecen arrancadas de las Tullerías. Tan pronto se ven, en el fondo del castillo, calabozos profundos y obscuros, mazmorras resucitando la Edad Media, como un comedor ó despacho dignos, por su arte y coquetería, de Trianón. A la hora de comer, junto á la mesa, dos grandes osos, disecados, con una bandeja en los brazos, parecían ofrecernos los platos de la suculenta comida. Todos los *mets,* todos los vinos, propiedad del castillo.

Conveníamos á una los huéspedes del marqués de la Vega de Armijo en que no hay otro castillo de Mos igual en España, y muy pocos en el Extranjero que sean capaces de rivalizar con él. De esta misma opinión—nos replicó el marqués—han sido los embajadores que por aquí han recalado varias veces. Y en el despacho había algo que lo certificaba. Monsieur Cambon pintó en un lienzo el castillo, y debajo puso la fecha de su visita, en testimonio de sincera admiración.

* * *

Hablamos. El marqués evocaba recuerdos de otros tiempos, apareciendo siempre el liberal y demócrata

que transpira aquella figura airosa, de tan distinguido porte, de un noble de raza.

De casta le viene al galgo... El marqués de la Vega de Armijo pertenece á aquella generación de hombres notables que ponían el Poder civil, el Poder ministerial, sobre todas las cosas. No es, no ha sido nunca un cortesano, un palatino. Está en la sangre suya y de sus antepasados alzarse dignamente, con la conciencia del propio valer histórico, ante toda majestad. Y no hay que olvidar que nuestra nobleza entabló rudas batallas por asentar sus fueros y sus derechos, y que muchas veces, en alianza con el pueblo, supo contener las intrusiones y demasías de una realeza absoluta. Eso realza su carácter, su buena cepa de aristócrata liberal.

De sobremesa, en su castillo de Mos, nos contó el marqués lo siguiente:

Acompañaba á la Reina Isabel II en su viaje por Andalucía. Una noche recibió la visita de un prójimo, entre paleto y señorito.

—Vengo—le dijo aquel individuo—á preguntarle á V. E. si la Reina irá á hospedarse en casa del duque de Valencia, el célebre general Narváez, de famosa memoria por sus arbitrariedades y violencias.

—No lo sé—respondió el marqués;—porque lo único que conozco es mi resolución de no aposentarme en tal casa. Y usted, ¿quién es?—le preguntó el marqués de la Vega de Armijo á su extraño y decidido interpelante.

—Yo soy Pérez del Alamo... Es decir, el de los sucesos de Loja, el primero que en España inten-

tó, con mala fortuna, la revolución social agraria.

—¿Y usted no sabe que le puedo mandar detener inmediatamente?...

—Lo sé, y en su probada hidalguía confío. Nadie que se entrega voluntariamente á la caballerosidad del marqués de la Vega de Armijo, puede dormir en la cárcel ó ir camino de presidio.

—Me convenció y me desarmó—contábanos el noble prócer.—Supe por Pérez del Alamo que tenían los proletarios agrícolas muy bien tomadas sus medidas.

Si la Reina se hospedaba en la casa del duque de Valencia, no bajarían de la Sierra. Se quedarían allí, contemplando su paso en actitud de protesta silenciosa. Si no se hospedaba en el domicilio del general Narváez, atendiendo sus ruegos é indicaciones, le harían una ovación como nunca se había visto otra igual.

La Reina optó por lo primero, en tanto que yo me dirigía á Bobadilla. Se cumplieron al pie de la letra los vaticinios de Pérez del Alamo. La gente del campo coronó la Sierra; pero no bajó al llano.

Y poco después me escribía la Reina diciéndome: «¡Cuánta razón tenías, marqués! No pude asomarme al balcón de casa de Narváez porque no hallé en aquellos pueblos quien me saludara...»

—Y yo no soy—añadía el noble marqués de la Vega de Armijo,—ni un teorizante, ni un platónico. Yo practico, predico con el ejemplo, con la enseñanza de los hechos. Tenía en Bobadilla varios cortijos. ¿Saben ustedes lo que hice, á lo que me he atrevi-

do? Partí los cortijos en casas, y los he dado en arrendamiento. ¿Qué no me pagan? Bueno; pero conste que no tengo *latifundios*. Con razón Canalejas hablaba contra ellos, queriendo transformar jurídicamente, es claro, aquella propiedad.

En la cuestión social, como en todas, soy más liberal y avanzado que nadie. Ahí tienen ustedes mi discurso, ante la Reina, de 1902. Ahí tienen ustedes mi discurso, las pocas palabras que pronuncié la última vez en el Congreso (Julio de 1903). Entonces dije que á los liberales no se nos dejó infaustamente realizar nuestra obra, muy adelantada y progresiva: ley de huelgas, ley de Consejos de conciliación, ley de Canalejas creando el Instituto del Trabajo, que comprendía un vasto plan de reformas, tales como la inspección industrial, las pensiones á los obreros viejos é inválidos, que ahora tanto se preconiza; reglamentación de la jornada, etc. Todo eso lo apoyábamos nosotros y lo seguiremos apoyando.

Para resolver la cuestión social agraria no se nos venga con la muletilla de los *foros* de Galicia, porque los foros de Galicia no son aplicables á las tierras de Andalucía, ni acaso, acaso y á la larga, á estos mismos campos. El *foro* no está inscrito por punto general en el Registro de la propiedad, porque nadie que lo posee es capaz de fijar sus límites, transmitido de padres á hijos por ministerio de la simple buena fe, sin documentos ni papeles. El *foro* no se puede cobrar con nada en caso de insolvencia, de falta de pago. ¿Cómo cobro yo un real de canon ó un medio pollo de canon? ¡A ver, que me digan el medio!

aro que todo eso necesita de urgente solu·
. á mí me duelen prendas, ni yo me he plan·
ɔr fortuna, en el concepto democrático de
a democracia, de entonces acá, anduvo mu·
ıino, y yo con ella. Yo no soy un liberal que
:a, se petrifica.

*
* *

ctubre, á principios ó á mediados de Octu·
reuniremos ambas minorías del partido libe-
el Congreso y la del Senado, y allí acordare-
:a de conducta, en vista de los proyectos del
o, que hoy se desconocen ó se conocen mal.
erno está muerto desde que empiece la elec·
Mesa en la Cámara popular. Su salvación só·
aría en que eligiese presidente del Congreso
.. Si no hace esto, el Gabinete de Villaverde
ıtrará perdido completamente, desahuciado
ɔinión y por la misma mayoría ministerial,
ıa de tolerar el triunfo de los *azules,* siendo
verdes, es decir, los ortodoxos.
e pida usted que haga crítica detallada de
del Gobierno. Me lo vedan razones que ya
ınzan, ocupando como ocupa un ministerio
de la cual me separan litigios, contiendas
desagradables.
ngo por qué decir mi opinión acerca de la
risis, hecha sin el consejo ni la voluntad del
nto.
ıeralizó la conversación al llegar á este pun·

to. Todos, quién más, quién menos, convinieron en que la cosa no es nueva. Vamos de tumbo en tumbo y perdiendo terreno desde 1890. Entonces, á deshora, se llamó al Poder á los conservadores, sin aguardar á que se cumpliera la vida legal de las Cortes, sin que se disolviera el mandato de los liberales en el seno de la Representación nacional, como pedía y quería Castelar. A partir de 1890, y como consecuencia de un error funesto, ninguna vez se llamó á su tiempo ni á liberales ni á conservadores. Estos entraron en el Poder por la crisis de la *corazonada*, y corazonadas han sido después casi todas las mudanzas inexplicables de Gobierno. El partido conservador duró desde Julio de 1890 hasta Diciembre de 1892, en que la disidencia de Silvela lo mató. El partido liberal duró desde Diciembre de 1892 hasta Marzo de 1895, en que una algarada militar lo arrojó del Poder.

El partido conservador, quebrantado, fué el árbitro de la guerra, hasta que nos entregó el mando, muerto Cánovas, en trance de perderse Cuba, en Octubre de 1897. Y caímos sin razón en 1899 los liberales, para levantarnos en 1901 y volver á desaparecer, sin tiempo de realizar cosas grandes, en Diciembre de 1902. Gobiernos de año y medio, de dos años. ¿Cómo hacer patria, y Hacienda, y Ejército, y Marina, con tan inopinados cambios? ¿No hubiéramos acaso resuelto la cuestión religiosa, venciendo al clericalismo, de disponer de tiempo? Nuestro deber era ése. Y á los labios de Vega de Armijo se asomaba el *Es evidente* con que comentara las decla-

raciones de Canalejas respecto al decreto concordado, que tal vez no exista en ninguna parte...

*
* *

Estábamos en la torre, y un instante que el cielo despejó, cesando de llover, vimos rápidamente el panorama. ¡Qué panorama! Un valle que se despeña desde el castillo, rodando, rodando, al abismo. Sotomayor abajo, con sus entonaciones de un verde exultante y lujurioso. Y allá á lo lejos, limitando el horizonte, la ría de Vigo.

¡Las rías! Las rías no son tales; son brazos de mar que se entran por la tierra, para fecundarla en besos de amor. En el principio de las cosas, esto no cabe duda, quizás todo el término de Pontevedra debió ser mar, y más tarde, siglos de siglos más tarde—¿quién sabe la edad de la Humanidad?—el mar se fué secando, secando. Sus hijas las rías emancipadas del padre, se han quedado viviendo vida semi-independiente entre estos montes y valles. Se han casado con la tierra, y los nietos son las rías más pequeñitas. El abuelo mar sigue bramando y llamándolas...

Confirma la hipótesis el hecho de que cuarenta años atrás se construyó en Pontevedra, en el sitio donde se levanta un puente, una fragata de alto bordo, bautizada primero con el nombre de *Nodales* y después con el de *Méndez Núñez*. La fragata se botó al agua en el lugar de su construcción, y desde allí salió al mar navegando. Hoy no podrían llegar

los más humildes faluchos hasta el puente en que se hizo la *Nodales* cuarenta años atrás.

A media tarde engancharon la *charrette*. La marquesa de Ayerbe guiaba. Trotó y galopó la jaca sin ningún percance. Nos apeamos para subir á un *dolmen*, una piedra que está descansando por milagro sobre otras piedras. Allí se celebraban los sacrificios de los druidas como quiere la tradición. El dios Odín vió inmoladas sus víctimas.

De vuelta, la jaca, que es de mucha sangre y coraje, se enganchó una pata trasera en los tirantes. Queriendo sacudirse las moscas, se quedó coja. Empezó á cocear y á desbocarse. No nos precipitó desde una altura de 30 ó 40 metros merced á la serenidad de la marquesa de Ayerbe, que, sin inmutarse, sin alterársele un músculo del rostro, la contuvo. Aquella bravura tranquila, sin duda por ir unida al peligro que corrimos, es para mí uno de los recuerdos más indelebles del magnífico, soberbio, imponente, castillo de Mos... Por algo ha dicho Costa que en España las mujeres valen más que los hombres.



EN VIGO

—

HABLANDO CON URZAIZ

Paseo arriba, paseo abajo, por la frondosa alameda de su linda finca de Nigrán, hablábamos Urzáiz y yo. Y lo digo en plural, pues el ex ministro de Hacienda comenzó por pedirme que le pusiera al corriente del estado de la opinión en la villa y corte á partir del 20 de Julio, fecha de la crisis y también de la salida de Urzáiz de Madrid. Luego que se hubo enterado de esto y de lo demás allá, que me hizo especificar las declaraciones de los Sres. Montero Ríos y marqués de la Vega de Armijo, que á la hora de nuestra conversación no habían llegado aquí, entró á discurrir por su cuenta y con mucha amplitud sobre todos los problemas pendientes. Ya el diálogo se convirtió en monólogo y yo lo reproduzco al pie de la letra, creyéndolo de verdadero interés.

***

¿Qué juzgar de la política y de las cuestiones nacionales, si estamos cogidos todos entre un suceso pasado y un suceso venidero, que atan al Gobierno, le privan de libertad de acción y anulan toda la marcha natural, racional y lógica de las cosas públicas? Estamos en un momento absurdo, que, por lo absurdo, debe ser interino, contingente, algo así como un paréntesis de consecuencias funestas en la vida constitucional y civilizada de España; estamos entre *una falta*, la crisis, y *su castigo ó escarmiento*, que se ejecutará al abrirse las Cortes ó al hacerse las elecciones municipales. Del 15 de Noviembre—puesto que las elecciones forzosamente se han de efectuar en uno de los domingos de la primera quincena de ese mes—no puede pasar la sanción de aquella enorme falta cometida con la crisis del 20 de Julio.

¡La crisis! Yo no sé si se ha dicho cuanto era necesario decir en condenación de la crisis. He leído juicios muy acertados, elocuentes y demostrativos, en el *Heraldo,* en *El Liberal,* en *El País*, en *El Correo,* en periódicos de provincias y, últimamente, en el notable artículo de Salvador Canals. Todos ellos han revelado el carácter anticonstitucional, antiparlamentario, *oriental*—en esta sola frase se encierra, como en síntesis, lo que hay de caprichoso, arbitrario y sin sentido en una mudanza de Gobierno, como pudiera efectuarse en pueblo regido por el Sultán de Turquía—y añadieron que el efecto producido por las elecciones del 26 de Abril fué la *causa* de la crisis, y su *objeto* ganar las elecciones de

Noviembre. Causa y objeto no pueden ser, como propósito de un Estado, más lastimosos y deplorables.

Pero aun habiéndose dicho todas esas cosas, yo creo de necesidad absoluta repetirlas un día y otro día, porque nada me parece bastante para flagelar á sus autores, condenar sus daños y evitar su reproducción. La Prensa tiene, como principal fin, constituir opinión, y de ninguna manera mejor se forja que insistiendo en los mismos conceptos. Ya dijo Cornely, un gran periodista, que todo el secreto de este régimen de opinión está en repetir una idea hasta que quede grabada en todos los cerebros y en todos los corazones.

No se podía haber elegido, ni aun por los propios enemigos de la Monarquía, interesados en desacreditarla, un ejemplo más malo de educación constitucional para un Rey empezando á reinar, en los albores de su juventud, con el ánimo abierto á todas las buenas intenciones, que el ejemplo de la última crisis. A los diecisiete años, nadie, á no ser un monstruo, y mucho menos quien fué aleccionado en enseñanzas de austera probidad, virtud y corrección, ha de inclinarse espontáneamente á las malas prácticas en el gobierno de su país. Por eso hay que achacar las culpas de lo sucedido á los consejeros de perdición, á los que mirando á su interés, ambiciones ó impaciencias, determinaron el inconcebible desenlace de la tragicomedia que empezó el 25 de Marzo y tuvo su instante álgido el 20 de Julio. Vuelvo á decir que yo no comprendo ese consejo más que en adversarios de la Monarquía.

No en un pueblo civilizado, sino que ni siquiera en un pueblo *á medio civilizar* se conciben tan extrañas crisis. Eso es echar á cara ó cruz la suerte de una nación. Eso es interrumpir una obra de orden, de paz, de tranquilidad, que á costa de inmensos sacrificios realizamos en España, durante un cuarto de siglo todos los partidos: los de gobierno y los de oposición. Eso es introducir un elemento extraño á las Cortes y á la voluntad nacional en la dirección suprema de los negocios públicos. No encuentro palabras lo suficientemente enérgicas para reprobar la crisis oriental. En otro país cualquiera, acostumbrado al respeto de la ley y de la lógica, vibrarían clamorosas las indignaciones universales. El régimen no es el patrimonio de nadie. Es un bien común, compuesto de derechos y deberes, que ha ido ahorrando, fundando y construyendo España después de un siglo de luchas, de sangre á raudales vertida. Y ahora, de repente, volcando las cosas en un peligroso juego de dados, lo aventura todo, lo compromete todo.

Y la culpa de la absurda solución de la crisis del 20 de Julio no es imputable sólo á los que escalaron el Poder por un golpe de *conjura* de los llamados á recoger en todos los países libres, sino que la culpa es también, y aun en un grado mayor, de los que se dejaron arrebatar el gobierno en esa fecha infausta. ¿Por qué lo abandonaron? Viviendo unas Cortes, las Cortes de su partido, en el comienzo de su función, ellas, y nada más que ellas, tienen autoridad para determinar con sus votos la salida de un Gabinete.



Y se da el caso de que la mayoría, con su votación nutrida de 189 por 85, sancionó, aprobó, hizo buena la obra total, en todos los órdenes de la actividad política, electoral, económica, social, religiosa, militar, del Ministerio que salió.

Entonces, ¿qué? La discusión del mensaje fué una comedia. Se enardeció á la mayoría, se la hizo aplaudir y votar, con el fin de abandonarla en seguida á un grupo de cuarenta disidentes, diciendo «ahí queda eso». ¿Diciéndolo con el propósito de ver si se reventaba Villaverde, para tener luego libre el camino de obstáculos y compromisos? Eso no se puede hacer dignamente, sin sufrir el castigo de tamaña deserción de su puesto de honor y de batalla. ¿Diciéndolo por una cuestión de delicadeza, para no echar por la borda á un ministro de la Gobernación, alma del partido, verbo de la mayoría? Eso tampoco es admisible, porque un gobernante constitucional no puede ni debe consentir que se le planteen tales cuestiones, á no ser con el fin de aconsejar un cambio total de política.

En todas las hipótesis constitucionalmente admisibles, el Sr. Silvela, ni debió presentar la dimisión, ni debieron admitírsela. No hay más que un caso en que sea lícito hacer eso: el caso de enfermedad ó de retirada total y absoluta de la política. Fuera de ese extremo, no existen razones personales, egoístas, de tranquilidad, de cuidado de los intereses propios, que aconsejen ó toleren una salida del Gobierno que es huída, deserción del deber. El amor al Estado, el amor al Poder, es la primera cualidad de un gober-

nante. Si en ello hay sacrificio, pérdida del sosiego, de la hacienda y hasta de la salud, téngase en cuenta antes de entrar en la vida pública, en la que se exige el holocausto de todo lo personal ante las imposiciones impersonales del patriotismo.

El amor al Poder no es todo, por cuanto debe ir acompañado del acierto; pero es algo sin lo que el estadista carece de su condición más elemental. Hacer otra cosa, sacrificar al país para que un rival futuro se estrelle antes de tiempo, ó para descansar de las fatigas del gobierno, ó para curarse las heridas del amor propio, es incurrir en responsabilidades tremendas.



Y es sensible lo que pasa, incluso por el Sr. Villaverde, quien por sus condiciones de talento y laboriosidad, por haber tenido la fortuna de encontrarse á raíz de la catástrofe en el ministerio de Hacienda, poseía un capital, que ahora lo malbarata, lo tira por la ventana en una aventura obscura, esclavo de la falta del 20 de Julio, candidato al castigo de Noviembre próximo. Poseía, sí, un capital de popularidad, de confianza en la opinión nacional y extranjera, que se disipará como el humo. Y no hay derecho á hacer mal uso de un capital de ese género, que no es suyo, que es de todos los que hemos contribuído á formarlo. Yo soy algo, y aun mucho, un socialista, y no tengo el concepto del Estado común á gran parte de nuestros políticos. No se gobierna para ser-

vir á un partido, ni siquiera á unas instituciones; se gobierna en virtud de un mandato público, tácito ó expreso, y para servir al país.

El Sr. Villaverde se equivocaría si creyese que sube la Bolsa ó baja la Bolsa al compás de sus palabras ó porque entra ó sale del Gobierno. Esa es una presunción tal vez desmedida, pero al fin explicable, de la confianza del crédito, en una porción de condiciones y de circunstancias que, al reunirse en su persona, provocan el alza. Pero si las condiciones faltan y las circunstancias varían, de nada servirá que la persona quede, aunque sea presidente del Consejo de ministros. Eso es fruto de una seriedad en el propósito que ahora no se descubre por ninguna parte.

La seriedad ya se iba quebrantando. El 7 de Noviembre del año pasado se levantaba el Sr. Silvela y, como una de las fiestas de su boda con el señor Maura, declaraba dos cosas importantes, igualmente falsas y negadas después por los hechos: primero, decía que el presupuesto de los liberales se liquidaría con un déficit de 35 á 40 millones; segundo, pedía el Poder, porque no era lícito esperar un momento, si habían de discutirse y aprobarse los presupuestos de 1903.

El déficit del presupuesto liberal, afirmado por el Sr Silvela con evidente injusticia é inexactitud, se convirtió á principios de Enero en un sobrante de 48 millones. ¡Y el Sr. Villaverde, que debía saberlo, el Sr. Villaverde, que se sentaba detrás del Sr. Silvela cuando éste agraviaba á la realidad y calumnia-

ba á los hechos en un negocio público, de interés común á todos los partidos, se calló, dejó decir!

Los presupuestos de 1903, necesidad urgente, urgentísima, que obligaba á Silvela á pedir el Poder *por la tremenda*—según frase del inolvidable Sagasta—esos presupuestos están sin aprobar y aun sin discutir, pendientes del castigo de Noviembre, de que entonces pueda venir ó no otro Gobierno á discutirlos y aprobarlos. ¡Y es, para mayor dolor é ironía de las cosas, presidente del Consejo de ministros el Sr. Villaverde, autoridad económica y financiera, la mayor de los conservadores, quien ha venido á sancionar con su crisis la carencia de presupuestos!

Véase cómo la seriedad, quebrantada, ya, está en trance de perderse por completo. No entiendo yo que el presupuesto es todo, ni siquiera algo más que el saber lo que se cobra y lo que se paga. El *régimen económico* del país, y no el presupuesto, es lo que importa. A ese fin deben tender todos los cuidados de un estadista financiero digno de ese nombre. ¡Recaudar más! ¿Y qué mérito, qué título de gloria hay en ello? Si fuera, efectivamente título de gloria, correspondería por entero al pueblo español, no al que le extrae su sangre y su vida.

Si el régimen económico en que vivimos es malo, poco importará que se recaude mucho, acusando, al contrario, la recaudación brillante un malestar positivo en España. Sería lo mismo que si considerásemos como un triunfo de la energía personal el que un hombre levantase un gran peso hallándose encor-



vado y á punto de romperse las costillas. No; el hombre será más fuerte y trabajará más para su salud si derechamente, cómodamente, en igual y proporcionada tensión de sus músculos, levanta el mismo ó menor peso. El país, desde 1899, está como el individuo del ejemplo: abrumado, sudoroso, en trance de caerse ó desmayarse, ó de que estallen sus arterias, porque no puede más con la carga inaudita que el aumento mal ordenado de los impuestos echó sobre él.

Que el régimen económico actual es malísimo, torpísimo, inicuo y hasta infame, á la vista está; no necesita demostraciones. Basta fijarse en lo que son en los pueblos los impuestos de Consumos y de cédulas personales, el *reparto* de los Consumos y de las cédulas personales. Todo eso, entregado al caciquismo, convertido en arma de los oligarcas chicos y grandes, es simplemente un horror, que asusta é indigna. Con razón es aplicable aquí lo que decía un autor, parodiando la célebre frase sobre el absolutismo, sistema de tiranía templado por el asesinato. Ese autor decía que el impuesto es la *confiscación de los bienes de los ciudadanos, templada por el favoritismo.* Y yo no quiero pensar siquiera en la tremenda, horrible, responsabilidad que nos alcanza á todos, por consentir que perdure semejante favoritismo templando la confiscación, es decir, agravándola. Antes existía un turno de confiscadores y confiscados; al presente se lo han arreglado los caciques, convenidos de manera que los confiscados son siempre los mismos y los confiscadores también. Y la

masa de infelices, desvalidos, miserables, es la que sufre lo más oneroso de las cargas públicas.

Un régimen económico digno de ese nombre, propio de un país culto, civilizado, será aquel que tienda á lograr que paguen más los que más tienen y paguen menos los que menos tienen ó carecen de todo. En la actualidad es todo lo contrario, porque la Hacienda crea el impuesto, lo reparte y lo cobra en vista de una noción *burguesa* de la sociedad y de sus deberes. Yo creo que urge variar de rumbo y de sistema, democratizando, socializando, el Estado; pensando en los más, que son los pobres, los obreros, los trabajadores; repartiendo la carga contributiva de un modo equitativo. Si el impuesto es confiscación, que no se confisque al que poco ó nada posee. El sufragio universal, el Jurado, toda la extensión de los derechos políticos, obliga á un cambio profundo y radical en la Hacienda. Y eso con reformas fiscales, que no ha intentado el señor Villaverde más que en los discursos, no en los hechos. El sabe y cita en sus Memorias ó proyectos cuanto se hizo en Austria, Inglaterra, Francia, Italia, etc. Lo que nadie sabe es lo que hizo él...

*
* *

Cierto que el Sr. Villaverde tiene el mérito, á diferencia de muchos hombres políticos, y ya es algo, de tratar *con respeto* la cuestión monetaria, concediéndole toda la suprema importancia que debe concedérsele. Se ha conseguido por fin—no diré con in-



modestia que contribuí mucho á ello—que no se hable más del premio de los francos sino de la depreciación de la peseta. En los principios parecía que lo mismo daba una cosa que otra. ¿Cómo va á dar lo mismo equivocarse en el diagnóstico de una enfermedad, si de eso depende su curación? La peseta es la que está enferma; mala de remate, y por ello es necesario hablar del *saneamiento de la moneda.*

Se ha conseguido también, y no es poco, que no se mire con indiferencia la cuestión y se propale el absurdo de que en cierta medida y para ciertos ramos de la producción nos conviene que la peseta se halle enferma, produciendo el alza de los cambios. Se empieza á percibir el desprestigio, el deshonor, de esta situación en el mundo, y sufrimos como las Repúblicas americanas cuando se habla de sus crisis monetarias. Que esta es una cuestión de gobierno, fundamental, esencial, *primera,* lo prueba que en los Estados Unidos se han hecho tres elecciones de presidente teniendo por único programa, por única *plataforma,* la solución del problema monetario, batallando entre sí bimetalistas y monometalistas. ¿Qué duda puede caber de que nos interesa en España, pobre, lo que interesa en los Estados Unidos, ricos?

Lo que hay es que el Sr. Villaverde, por desgracia, y otros muchos también, no han llegado á formarse opinión. El, en la Memoria de la Academia de Ciencias Morales y Políticas, expuso todos los argumentos de uno y otro sistema del monometalismo y bimetalismo, guardándose muy mucho de exponer su criterio definitivo. Poseemos más de un indicio

de que es partidario del patrón único, y ese que sea el oro; pero de las conjeturas no pasamos. A la hora actual no hay un solo proyecto de Villaverde que indique la solución que da al asunto.

Establece en sus famosos proyectos de los cambios, no una oficina, como él la llama, sino *una tienda de oro*, *una Lonja del Almidón del oro*, en la que el cambiante es el Banco de España, sin compromiso alguno, y el Gobierno, desde su casa es el que responde, el que está á las resultas. La tienda de oro, sin más, agravará la cuestión, en vez de resolverla favorablemente, en tanto no se vaya á otras medidas, á cercenar, á limitar la facultad de emisión del Banco. No es manía, no es enamoramiento de mis planes; pero yo creo honradamente que es preciso ir á lo que yo propuse en mi ley. El caciquismo confiscador, no sólo existe en los que reparten los impuestos. Hay otro género de caciquismo, que trasciende intensamente al orden económico, y ese caciquismo es el del Banco de España. Mientras no se toque á él, difícil será que entremos en un buen régimen de Hacienda.

¿Pero á qué hablar de todas estas cosas, de régimen económico, sano y democrático, de equidad en el impuesto, de reformas fiscales, de saneamiento de la moneda, de reorganización de servicios? Nada de eso puede acometer quien nació á la vida del gobierno como engendro de la *falta* de Julio y está pendiente del *castigo* de Noviembre, castigo que le impondrán, ó la apertura de las Cortes, ó las elecciones municipales. No ya en un pueblo civilizado, sino que

ni siquiera en un pueblo *á medio civilizar*, se explican tan extrañas crisis. Eso es echar á cara ó cruz la suerte de una nación, jugarse sus destinos á los dados...

*
* *

El mal mayor no está en perder las elecciones municipales en unas cuantas ciudades importantes; el mal mayor puede estar *en ganarlas* por malos medios: con trampas, chanchullos y violencias. En ese sentido me parece admirable lo que dijo *El Correo*, y el puro evangelio lo que me cuenta usted que ha dicho el Sr. Montero Ríos respecto de los Municipios de París y Berlín. Hay derrotas que honran, por el respeto que suponen á la voluntad nacional, y victorias que, por lo menos, desprestigian, sino comprometen, la vida del que las alcanza. Ganar las elecciones á toda costa, y fuera de los medios lícitos de influencia en la opinión, yo no comprendo que pueda ser programa de ningún Gobierno. No lo sería en Inglaterra...

Si el Gobierno gobernase bien y acertara á resolver el problema de dotarnos de un régimen económico digno de tal nombre, no necesitaba preocuparse de ganar las elecciones. Las ganaría por la voluntad universal del país. Obsérvese un instante lo que pasa; fíjese la atención en ello con imparcialidad. Los republicanos no han ofrecido aún soluciones económicas, ni nuevas, ni claras, ni definidas. No tienen siquiera aquel programa de 1868 de ¡abajo

los Consumos! y de ¡abajo las quintas!, cosas ambas que, con justicia, entusiasmaban á la opinión.

Y, sin embargo, preciso es confesarlo: los republicanos han ganado mucho, si no en fuerzas, al menos en animación, en movimiento vibratorio de sus fuerzas. ¿Y por qué? Porque el país está cansado de que se le ofrezca y no se le cumpla; porque el país siente el peso abrumador del reparto inicuo de las cargas públicas; porque el país percibe lo que se podría hacer, y no se hace, en su régimen económico, entregado hoy al caciquismo fiero ó manso, pero siempre confiscador. Y entonces vuelve sus ojos á lo desconocido, creyendo que el cambio de forma de gobierno le remediará sus males. Expresión acabada, elocuente, de ese estado de conciencia de una parte de España se encuentra en las críticas, aunque no en las soluciones, de Costa. Ese es un gran talento, que, circunstancialmente, adventiciamente, es republicano; cifra esperanzas en lo que cree está por probar, porque de la prueba pasada ya se olvidó. Y nótese que Costa atiende preferentemente á lo económico, aun después de haberse separado de la Unión Nacional. Su error, en mi concepto, estriba en fiar que la mudanza de jefe del Estado pueda resolver cosa ninguna.

Error grande, porque puede decirse que el país—sus gobernantes y gobernados—perdió desde el año 37 la energía, el impulso y la capacidad para hacer una revolución económica. No se descubre por parte alguna un Mendizábal, y si existe, yo no lo conozco. Y cuenta que si entonces había una *mano*



muerta, también la hay hoy, en los días que corren, en el orden religioso y en el orden civil. Y cuenta que si entonces el impuesto era cosa gravosa, lo es hoy en proporciones aterradoras.

Del estado general de las cosas responda *La Epoca*, que afirmaba hace un mes, como la cosa más natural del mundo, que los tenedores de la Deuda exterior eran en su mayoría españoles. De los arrestos del Gobierno en todo respondan su aumento del contingente armado y la concesión de los créditos de Marina con la mano izquierda, cuando la derecha los ha negado.

¡Revolución económica! ¡Obra de la grandeza y fuerza de un Mendizábal! Ahora estamos muy ocupados en otra cosa: en hacer unas elecciones municipales que nos resarzan del 26 de Abril; muy ocupados en enseñar cómo se maquinan crisis á la *oriental;* muy ocupados en echar á cara ó cruz la suerte de la nación, quedando engranados entre la falta de Julio y el castigo de Noviembre. España, que espere.





EN VIGO

UN PASEO POR LA BAHÍA

—Usted no se puede ir de Vigo sin ver nuestra finca. Nuestra finca es la bahía—me dijo el Sr. Urzáiz.

Y á las tres y media de la tarde vinieron á buscarme mi amigo el fabricante D. José Barreras y el director de *La Concordia de Vigo,* el Sr. Fernández Lema. Al bajar del hotel, en la puerta frente á la estatua de Elduayen, hermoso monumento de Querol, cuyas figuras de mujeres de la base parece que están hablando, nos aguardaba el coche del Sr. Barreras.

Al coche subió también el diputado extremeño, por Mérida, D. Antonio Pacheco, y previas las presentaciones de rúbrica, entablamos animada conversación. Mis amigos me preguntaban si me había gustado la ciudad, cuáles eran las impresiones que llevaba de Vigo.

Impresiones muy agradables y simpáticas. Vigo es una ciudad bonita, esbelta, graciosa, vestida de

nuevo, con sus calles adoquinadas, anchas y limpias; con sus casas tan coquetas; con su Puerta del Sol, alegre y vivaracha; su calle del Príncipe, tan animada, que parece que suena como unos cascabeles. Vigo es una ciudad moderna, que crece y aumenta cada día, destinada á ser la primera capital europea, con vistas á Europa, de Galicia. Es como mujer hermosa, con los atavíos naturales de su belleza, sin afeites y pinturas.

De pie sobre la costa bien acicalada y peinada, con traje blanco y mantilla blanca, se mira en las aguas claras de su inmensa bahía, una de las más famosas del mundo, satisfecha de sí misma, orgullosa de que la visiten los ingleses; pero dispuesta á contener sus atrevidas caricias en cuanto se propasen de palabra ú obra.

Ya estamos en la Ribera, prontos á embarcar. Junto á la escalerilla del muelle, esperándonos, balanceando su gentil casco, está el vaporcito *Buenos Aires,* que flamea al aire su bandera y nos invita á entrar á bordo para el paseo por la bahía. Los pasajeros del *Buenos Aires,* propiedad del Sr. Rodríguez Valdés, tomamos asiento en los taburetes de popa. ¡Largo! ¡A navegar! La deliciosa expedición comienza deslizándonos suavemente al principio, sin ningún cabeceo; luego con una ligera inclinación de proa á popa de todo el barco, que, más que incómodo balanceo, parece un saludo que en nuestro nombre hace el vapor á la ilustre, coqueta, alegre, blanca ciudad de Vigo.

Los pasajeros del *Buenos Aires* somos los ya cita-

dos, y además el Sr. Urzáiz, el popular diputado sin oposición por Vigo, de todos respetado; D. Eduardo Iglesias, jefe del partido liberal de aquí, diputado provincial, hombre inteligente y emprendedor; don Alfredo Novoa, republicano, comerciante; el Sr. Villavicencio, redactor de *La Concordia;* el Sr. Senrá, viguense que en Madrid ejerce el periodismo escribiendo en el *Diario Universal,* y un su amigo cuyo nombre siento no recordar.

¡Ah!, se me olvidaba. También han entrado en el *Buenos Aires* dos portugueses, quienes, sombrero en mano y muy cortésmente, nos pidieron por favor ser de la compañía. Claro es que accedimos á la petición, y en aquella sociedad internacional nos largamos por la bahía.

Yo iba pensando cuántos y cuántos lazos de amistad, de buenas, excelentes, fraternales relaciones nos unen por acá con nuestros vecinos los lusitanos. Por la mañana del mismo día, y estando con el Sr. López Mora en la Puerta del Sol, de Vigo, ví pasar un curioso y animado cortejo, que llenaba de una regocijada muchedumbre toda la larga calle del Príncipe. Al frente, una música portuguesa; detrás, muchas, muchas banderas de Sociedades cooperativas, de gremios y oficios de Portugal. Comisiones de obreros del vecino reino, que vienen á visitar como su propia casa. Cerraba la comitiva una música española, y los sones de las marchas y de los himnos de una y otra nación se confundían, ratificando este cariño mutuo de hermanos. El cortejo se dirigió cuesta arriba hacia el Ayuntamiento, y allí se pronunciaron pa-

labras elocuentes de bienvenida, mientras las músicas tocaban, de los pechos salían vivas y los enanos y gigantones de Vigo daban saltos y piruetas en honor de tan estimables huéspedes, gente de una misma familia y sangre.

*
* *

Era todo ojos para ver el espléndido espectáculo. Desde tierra es imposible abarcar en su conjunto, en su extensión y grandeza de seis leguas de largo por una legua y media de ancho, la imponente y famosa bahía, una de las primeras del mundo, capaz de abrigar en su seno cómodamente todas las escuadras de Europa. Y su calado es tal, que los mayores barcos de guerra pueden entrarse sin recelo Vigo adentro, anclando en la proximidad de los muelles. Se comprende que los ingleses tengan tanta afición á la bahía y que la utilicen hasta ahora, con fines honestos, mucho más que los españoles. Se comprende que nos la envidien, como se envidia una joya de valor, de legítima ley, que denuncia la grandeza histórica de los que la poseen.

Desde tierra, digo, no se abarca en su conjunto la fastuosa extensión de la bahía; pero desde el agua el panorama es esplendoroso, incomparable. Dijérase que hemos penetrado de pronto en una vasta sala de teatro. A medida que nos vamos colocando, se encienden las luces, se da comienzo á la función y se iluminan con colores cambiantes los bastidores y el fondo, la ostentosa decoración de ciudad y de

campo. Lo que aparecía desdibujado, toma cuerpo y se anima; lo que era gris, es de un variado verde, amarillo y blanco.

El gran tramoyista del teatro es aquí, en medio de la bahía, la Naturaleza, una Naturaleza próvida, rica, que luce todos sus encantos, que no deja un repliegue de su manto en las sombras. El sol, reflejándose en las aguas, sirve de grandiosa batería del inmenso teatro. Y surgen cosas un momento antes ignoradas. La ciudad, coqueta, acicalada, nos enseña las mórbidas formas, las blancas carnes, en postura de bacante que, mientras baña el pie en el agua, recuesta su ondulante cabellera en el monte.

Una y otra costa, la de la derecha y la de la izquierda, se nos muestra toda entera, sin encubrir ni un solo secreto de su esplendidez y de su hermosura. El *Buenos Aires* se desliza silenciosamente, cortando, tajando, la apenas rizada superficie.

Vemos primero, en toda su magnitud, las obras enormes del puerto, emprendidas de pocos años á esta parte. Vemos una avenida, larga, de tres kilómetros, que como una cinta se desenreda ante nuestros ojos. Vemos los muelles y el astillero, en el que se probó hoy el vapor *Sel,* de 70 toneladas, el mayor barco construído hasta ahora en Vigo. Vemos la fábrica del Sr. Barreras y otras cinco más, todas de conservas, la gran industria de estos lugares, que enriquece la ciudad y hace surgir y crecer, su población, en fecunda colmena de trabajadoras abejas. Vemos las fábricas de refinación de petróleo y de aceite de semillas. Vemos el faro de la Guía; pero no los

cañones que allí estaban durante la guerra, y que un ministro se llevó, no se sabe bien por qué...

El *Buenos Aires* sigue, continúa, airoso y gentil, su marcha tajante de la apenas rizada superficie de las azules aguas. Ahora ya estamos en la ensenada de Ríos, donde hay también fábricas de salazón y conservas y un barrio en que viven numerosos pescadores, como lo indican las traiñas atracadas ó las traíñas que van y vienen. Pasamos después el estrecho de Rande, donde se hundieron en los comienzos del siglo XVIII los galeones que desde América traían rica carga de toda suerte de productos. La guerra de sucesión en España, la que entablara un Austria contra el primero de los Borbones, se señaló aquí con la imprevista catástrofe. Toda una flota se perdió, y es fama que desde entonces nadie atraviesa el estrecho de Rande sin mirar instintivamente al fondo de las aguas, profundo cementerio de una de nuestras últimas muestras de grandeza, por si ve y descubre los restos de los galeones. El agua para nosotros ha tenido siempre algo de sepulcro. Dígalo la flota de 1702 y la *Invencible*, y recientemente el *Reina Regente*.

A uno y otro lado de la ría se distinguen ruinas de castillos con sus cañones, y la vista queda enamorada y suspensa ante tanto prodigio de belleza como encierra la espléndida, exultante y lujuriosa verdura de la costa. Nos acercamos al lazareto de San Simón, en el fondo de la bahía, y damos una vuelta por el norte de la ría. Bordeamos los pueblos de San Adrián de los Cobres, de Domayo, de Meira, de Con

(donde estuvieron sepultados los restos de Méndez Núñez durante muchos años), de Moaña, Cangas y Balea. Las casitas blancas de todos esos pueblos, las casitas blancas que están diseminadas por todas partes, parecen juegos de niños, casas de nacimiento, que se hubieran colocado allí para delicia del navegante.

Atravesamos luego la ría, en su parte más estrecha, para ir á Alcabre, donde está la fábrica de conservas del Sr. Rodríguez Valdés, dueño del *Buenos Aires*. Es obra de momentos atracar y, echando pie á tierra, hacer una visita rápida á la fábrica. Después, otra vez á embarcarse y en marcha para Vigo. El vaporcito da unos cuantos pitidos de su máquina, y emprendemos el regreso pasando por Bouzas, el más importante núcleo de población pescadora. Allí hay 40 vapores pesqueros, con la particularidad, bien interesante en los días que corren de cuestión social, que todos los marineros, los que hacen la pesca, son propietarios de sus barcos.

Desde aquellas alturas del Alcabre, cuando ya ponemos la proa en dirección á Vigo, dejando á nuestras espaldas las islas Cíes, la bahía se contempla como una boca inmensa que se abriera para tragarnos. Y por aquella boca entran y salen traiñas, que se distinguen á lo lejos y no se confunden, por sus numerosos remos, que cadenciosamente se hunden en las aguas. Conducen las traiñas el rico producto, la sardina para hacer conserva, base de la riqueza y prosperidad de Vigo. Millones de millones de sardinas salen de esta bahía cada año, como si sus fauces fue-

ran vertedero inagotable de alimento suculento y sano.

Oigo al Sr. Barreras que, contestando á las preguntas del Sr. Urzáiz, dice que en lo que va de año, y en una sola fábrica de las suyas—porque tiene varias,—lleva despachadas, exportadas, principalmente para Francia y Alemania, 14.000 cajas. Y se está en el principio del trabajo, como quien dice, porque desde Agosto en adelante comienza el verdadero frenesí de la exportación. El año pasado, 36.000 cajas. Este llegarán á 40.000. Lo cual significa, ¡atención á la cifra!, *cuatro millones* de latas... Ahora calcúlese la cantidad fabulosa, incontable, de latas que arrojan al mundo las fábricas de conservas de Vigo. Y dígase si es una cuestión baladí no estorbar ni interrumpir esta industria floreciente.

Hay que advertir que Francia se defiende cuanto puede de la competencia. Tipo del arancel de entrada en España de las conservas que de la vecina República vienen: 80 céntimos. Tipo del arancel de entrada en Francia, que se agrava con los cambios, por la misma cantidad de conservas: 20 francos. De 80 céntimos á 20 francos va alguna diferencia, diferencia que se aumenta con el 37 por 100 de demérito de nuestra moneda. Afortunadamente, en Francia padece el primer producto, es decir, la sardina, no sé qué especie de epidemia, que les hace pedir y necesitar nuestras conservas.

En la vasta sala del teatro la función ha terminado, y se apagan las baterías de luz y se extingue la maravilla de color del decorado. El sol ya no ilumi-

na desde en medio de la bahía las rientes, espléndidas, costas. Ya todo es igual, todo gris ó pardo negruzco. Las aguas se han tragado las visiones de linterna mágica. El cinematógrafo cesa de funcionar, y ya no pasan ante nuestros ojos trozos inmensos de verdura, el enjambre de casitas de nacimiento de varios pueblos de la costa. El tramoyista se ha cansado, y queda nuestra alma impresionada para siempre con el espectáculo inolvidable de la bahía de Vigo, famosa entre las famosas, una de las primeras del mundo, joya de España que los ingleses nos envidian y acarician.

Nos acercamos á la Ribera; desembarcamos.

Al poco rato, una hilera, y otra hilera, y otra, y otra, de luces iluminan los contornos de la bahía, á lo largo de los muelles. Allí está la bahía de Vigo, convidando á todos los navegantes del mundo á descansar. Las costas echan el pecho fuera é invitan con sus senos palpitantes á un beso de amor, por encima de las azules ondas...

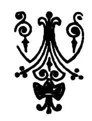
*
* *

Por tierra, y en coche, voy á visitar la magnífica fábrica de conservas, montada con los adelantos todos de la maquinaria moderna, de los Sres. Barreras y Massó. No caigo, aunque supiera, en la tentación de describirla, porque tratándose de latas toda prudencia es poca. Lo único que sí he de decir es que esta lata resulta emblema del trabajo, del progreso y

de la civilización, llevando una industria española á los confines del mundo.

Y por las calles de Vigo van los portugueses que he visto entrar esta mañana. Van cantando poéticos, melancólicos, arrulladores *fados*. No se encuentran en casa extraña, sino en su propio hogar, porque el *fado* triste, henchido de poesía, es como expresión del alma de esta tierra, de su eterna añoranza.

He visto la bahía, la finca de Vigo, y aun pudiera añadir que la finca más hermosa y codiciada de España.



BAYONA DE GALICIA

INTERVIEW FEMENINA

En la puerta del hotel se forman grupos para disfrutar del fresco de la noche, un fresco delicioso, propio del mes de Octubre. Las muchachas van con abrigos y capas; los mozos, con gabanes largos. Nada de sombreros de paja ni de pantalones blancos; gorra á la cabeza y traje de lana un poco recio, más que de entretiempo. Esto bastará como prueba de que resulta la justamente renombrada Bayona de Galicia una playa ideal por la temperatura.

El cielo estaba cargado de negros nubarrones, que amenazaban descargar sobre nosotros una respetable lluvia. Ni temerosos ni amedrentados, una docena de amigos y de amigas, con paraguas y sin ellos, seguíamos el camino del acantilado de la costa, riendo, bromeando, hablando.

Mi interlocutora era una gentil, esbelta, guapísima señorita. Iba arrebujada en su capa, y la capucha le cubría toda entera la cabeza, dejando ver sólo

los ojos, que brillaban á modo de luciérnagas en medio de la noche.

Entre los dos se entabló el siguiente diálogo, que copio porque él explicará mi presencia á tales horas y con semejante tiempo en Bayona de Galicia, y él irá también instruyendo á los lectores de cómo es y se vive en la playa, admirable, deliciosa, perdida en este rincón, á veintidós kilómetros de Vigo.

No hace falta decir quién es y cómo se llama mi interlocutora, mi interviewada. Se desprende de la conversacion, y torpe será quien no lo comprenda. Es mi tocaya; lleva un apellido notable en los fastos del periodismo.

*
* *

Mi tocaya.—Pero no salgo de mi asombro, de mi sorpresa... ¿Cuándo ha venido usted? ¿Por dónde ha venido usted? Aquí no hay ningún político á quien confesar, ni ex ministro, ni candidato á la jefatura de un partido, ni diputado á Cortes, ni siquiera cacique de pueblo. El veraneante de más categoría política que tenemos por acá es un ex alcalde...

Yo.—Cierto; no hay nadie á quien interrogar. Pero sobran mujeres bonitas con quienes echar un rato de sabroso palique. Y á eso vine, á celebrar una interview con usted, que no todo han de ser cartas serias, almidonadas, tiesas y estiradas... Llegué á Vigo á las seis; recordé lo que me habían dicho en encomio de Bayona de Galicia; supe que ustedes se hallaban veraneando por acá. Y á la ventura, sin sa-

ber á ciencia fija ni el camino, ni la distancia, ni la hora de llegada, me lancé en persecución de un coche que me quisiera trasladar á estos andurriales. Y aquí estoy, vivo con la presencia de usted, medio muerto con las fatigas y peripecias del viaje, en noche obscura, tormentosa, con unos caballos que tiraban del cesto con la lentitud de una carreta de bueyes.

Mi tocaya.—¿Pero cómo ha llegado usted tan tarde? Aquí la gente se acuesta muy temprano, porque se levanta muy temprano, al rayar el día. No hay diversiones; no hay teatros, y sólo de vez en cuando se organizan bailes en el Casino de Bayona. Después iremos, y lo verá usted; es muy bonito el Casino de Bayona. A las siete de la mañana estamos en pie, y á bañarnos en la playa, muy rústica y primitiva; pero tan fresca, tan aireada, tan de mar libre. El mar rompe en las rocas levantando espuma.

Yo.—Mañana me voy, á las nueve; tengo que estar en Vigo en punto de la una. De suerte que no me quedaba otro recurso para verlas á ustedes que aprovechar la noche...

Mi tocaya.—No, no se marcha usted; no le dejaremos irse; le secuestraremos. De este modo no ve nada, no puede contar ni de memoria lo que es Bayona de Galicia; eso es viajar como una maleta. Quédese usted, se lo suplicamos á coro cuantos aquí veraneamos.

Yo.—¡Ver á Bayona! ¿Para qué? Usted me lo dice todo, me lo cuenta todo en un santiamén, y persistirá así la sorpresa de la repentina, inopinada, llegada, y yo conservaré una impresión gratísima de este

paseo por la carretera, siguiendo el mar á lo largo de las rocas, en busca del rompeolas.

Mi tocaya.—Lo que por aquí sucede se cuenta pronto. Es la vida monotona y sana de una playa modesta, que no tiene ninguna exigencia, que no requiere que una se vista y sucumba á las leyes de la moda, que aprisionan, ahogan, convierten el verano en un tormento, siempre de punta en blanco, prendidas de veinticinco alfileres, en constante exhibición, prolongando, exagerada y aun agravada, la vida de Madrid. Aquí todos vamos así, de cualquier modo, como usted nos contempla. No necesitamos admirarnos los unos á los otros, como en las playas empingorotadas. Alguno encontraría mortificación en ello, no pudiendo lucirse como no sea para los pájaros del aire y los peces del mar. Pero crea usted que la falta de elegancias y de lujos, y hasta de comodidades, está suficientemente compensada con esta existencia deliciosa, tranquila, respirando salud á plenos pulmones... Y no crea usted que carezcamos de compañía distinguida, y hasta ilustre. Aquí están... Vaya usted apuntando: la señora viuda de Elduayen, las señoras de Ojeda, los generales Moltó y Araoz, el marqués de las Claras, el barón de Cortes, D. Federico Jacques, los señores Chao, Romea, González Rojas, Molins, Correa, doctor Lluria, Gallegos, Olózaga, Tragó, viuda de Araus, el ex alcalde de Astorga D. Manuel Miguélez é hija, etcétera, etc.

Yo.—Nombres de muchachas, nombres de muchachas...

Mi tocaya.—Espere usted, todo se andará... En la colonia qua veranea en Bayona de Galicia están las familias que ya dejo citadas, y si hiciera catálogo del elemento juvenil podría olvidar á alguno ó alguna... No me lo perdonaría. Podrían creer la omisión intencionada... Pero, en fin, ahí van: Hortensia Araoz, María Luisa y Aurora Araus, Lola Ahumada, María Iruretagoyena, María y Carmen González Palencia, Emma y Margot Molins, Gloria Chao, Luz Ojeda, Valentina Moltó, Gloria Reus... Si se me escapan de la lista, usted tiene la culpa... Ustedes los periodistas son terribles; todo lo quieren saber, apuntar, publicarlo... Y créame: lo que á esta playa más conviene en su placidez, tranquilidad y sosiego es que la dejen ignorada, como ella vive...

Yo.—No tan tranquila, no tan ignorada, no tan modesta. Ahí veo una porción de *chalets* y de villas, á la izquierda, y á la derecha contemplo un castillo.

Mi tocaya.—Sí, *chalets* muy lindos. Ve usted esa casita de madera tan original, tan bonita, pues es una casa construída en los Estados Unidos, y que desde allá se trajeron sus dueños los Sres. de Chao y Romea. El Dr. Lluria habita otra casa no menos linda. Y por ahí, esparcidas, verá usted moradas dignas de figurar en una estación veraniega más lujosa y elegante. Contemple si no los palacetes en que algunos viven. El castillo, el castillo de Monte Real ó de Monte Reel, que de las dos maneras lo decimos, tiene unas grandiosas murallas, de varios kilómetros de extensión. Y una vista única, un panorama admirable, portentoso. Valía la pena de que usted se

quedara mañana, sólo por verlo. Es de Elduayen, y tiene fama por todos estos contornos, y aun fuera de ellos. La casa del interior no es, como todo su aspecto parece indicar, un edificio señorial; pero sí moderno y muy bonito.

Yo.—Mañana me lo enseñarán.

Mi tocaya.—¡Y cómo, si usted se marcha á las nueve!... Esto no es ver las cosas á vista de pájaro, sino á vista de periodista, que aún es más rápida y volandera. Si se marcha, no estará á la hora del baño ni de las tertulias de la playa, que también se forman muy familiares, sin pretensiones, sin gemelos que traidoramente se asestan sobre las bañistas... Y luego, si permaneciese aquí siquiera veinticuatro horas, podríamos organizar una excursión por mar. Vería usted las islas Cíes de cerca. En un buen día, no hay cosa más hermosa, pintoresca, ideal, sin par, que un paseo por estas costas, siempre bordeándolas, en espectáculo constante de una naturaleza próvida y rica, á ninguna otra comparable. Galicia desde el mar, como desde tierra, es un paraíso.

Yo.—Sí, un paraíso, incluso con Adán... Porque los simpáticos, atractivos, amables y hospitalarios habitantes de esta región viven casi en la edad primitiva...

Mi tocaya.—¡Ah! Yo los defiendo, sobre todo á las mujeres. En pocos países del mundo hay tal cantidad de caras bonitas entre la masa popular, entre los más pobres aldeanos. Fíjese usted en ellas: sin adobos de ninguna clase, lucen unos rostros que ya los quisiéramos en la corte para los días de fiesta...

Yo.—Donde está usted...

Mi tocaya.—No le dejo proseguir su galantería. Nosotras, la belleza nuestra, es otra cosa. Los perifollos y galas son capaces de cualquier milagro. Yo hablo de la belleza natural, la que no conoció nunca tal vez más espejo que las puras, transparentes, aguas de la ría.

Yo.—Pues verá usted lo que son las cosas. Convengo en todo lo que me dice, y lo suscribo y aplaudo. Me gusta oir á una mujer aplaudir la hermosura de las demás mujeres. Es una prueba de superioridad y de buen gusto, propia de la que no teme entrar en comparaciones... Y á la prueba me remito... Llegué á Bayona, y entré en un hotel, y después en otro, y en otro. En ninguno me sabían dar razón de su existencia. Pronunciaba su apellido, y lo tergiversaban, quedaba hecho otro distinto. Anduve por todas las calles de Bayona, á la luz de mortecinos faroles, interrogando á todo el mundo, sin resultado. Ya me desesperaba de encontrarlas, á usted y á su hermana, cuando se me ocurrió dar unas señas, á mi parecer inconfundibles. Si no las reconocían por su nombre, las reconocerían por su belleza.—¡Son las chicas más guapas de todas las que viven en Bayona!...—Y entonces, sin vacilar, me condujeron á la puerta del hotel, donde se formaban grupos sorprendidos de mi inopinada llegada, sin ruido de coche á aquella hora, cual si descendiera de un *Santos Drumònt,* cuando este sistema de viajar sustituya á los actuales, incómodos, apestosos, cansadísimos, viajes.

El diálogo interrumpido se reanudó al cabo con las mismas cariñosas y reiteradas instancias para que yo prolongase mi visita á Bayona de Galicia. Yo le pedía á mi tocaya que me escribiesen la carta ellas, las veraneantes, poniendo cada una en tarjeta postal la idea, la impresión, el pensamiento, más vivos que en aquel instante se fijasen en sus cabecitas bellas, morenas y rubias. El conjunto hubiera sido un primor, una preciosidad, una cosa nueva. No quiso, y sin remilgos, sin frases de falsa modestia, me expuso muy atinadas razones, que imposibilitaban, hacían impracticable mi proyecto.

—No se nos ocurrirá nada—me decía;—pero, además, aunque se nos ocurriera no olvide usted que no estamos ni en Inglaterra ni en los Estados Unidos. La ley del recato y del pudor es en España muy otra que en esos países. ¡Dios sabe cómo lo interpretarían las gentes! Aquí, ni podemos *pensar* solas las solteras. Nuestra libertad es muy limitada. Si por algo me gusta Bayona de Galicia, aparte de su clima sin igual y de su existencia plácida, es porque nuestra condición de sometidas parece que se ensancha y se emancipa.

Me rendí ante la evidencia, y el diálogo concluyó con estas palabras.

*
* *

Pocas horas después, mientras los caballos del coche me conducían al trote camino de Vigo y caía un tremendo chaparrón, yo monologueaba recordando

palabra por palabra el diálogo de la noche anterior. Y no podía por menos de darle la razón en todo á mi distinguida tocaya, de comprender con cuánta lógica y justicia cantaba las bellezas de esas playas ignoradas, que dan al alma sosiego, que realizan el ideal del descanso, lejos del ruido del mundo, de las leyes de la moda, de las exigencias de la elegante vida que es un tormento, agravado, de la existencia cortesana. Para gozar, para reponer fuerzas, para tomar un baño de reconfortante salud y hacer naturaleza nueva, no hay nada como la abrupta costa que dejaba ahora á mi espalda.

Pero eso sólo se puede hallar en Galicia, en la Galicia encantadora, poética, sin par; el paraíso á que se refería mi tocaya. Un paraíso de verdura, de firmamentos cuyos colores se abrillantan por la luz de un sol que ilumina y no abrasa. ¡Galicia! ¡Galicia! Siento al abandonarte por ahora, prometiéndome el volver en años sucesivos, la añoranza, la morriña, que acongoja á tus hijos en cuanto se apartan de tu regazo amoroso. La morriña me acompaña, me persigue y cierra esta etapa del viaje, cual si dejase atrás la patria, la patria del espíritu, en sueños lejanos, de poesía infinita impregnados...





EN MARIN

OYENDO Á ECHEGARAY

Del hotel de los Placeres, en que tengo establecido mi cuartel general, al pueblo de Marín, donde vive Echegaray, no se tardan diez minutos en ir, ya en coche, ya en tranvía de vapor. Allá voy, porque fuera un cargo de conciencia el no verle, aun hallándose más lejos y aun con la duda torcedora, con la seguridad casi completa, de que no me va á querer decir cosa ninguna. La conversación del gran artista, con los destellos luminosos de su genio sin par, tan vario y tan intenso, han de darme tema, asunto, para escribir una carta, que mis lectores agradecerán. Y eso que prosa de Echegaray, llena de poesía, al través de la árida y humilde prosa mía, tiene por fuerza que palidecer, empequeñecerse.

Yo ignoraba dónde vivía en Marín el insigne dramaturgo. Pero no lo quise preguntar á nadie. Es imposible—decíame á mí mismo—que no haya algún signo externo revelador de la morada de D. José.

Ni aquí ni en parte alguna puede pasar inadvertido. Así se refugiara en el centro de la tierra, la cohorte de sus admiradores, que forman nación y que se extiende más allá de las fronteras, difundiendo su fama por todos los pueblos civilizados, habrían de descubrir su albergue. Y cuenta que para los efectos de descansar, de permanecer ausente del mundanal ruido, Marín, con ser un pueblo tan soberanamente bello, asentado sobre una ría, en una de las posiciones más deleitosas del mundo, es, á causa de su tranquilidad y sosiego, centro de la tierra.

Estoy delante de un *chalet* muy lindo. En su verja se lee *Villa Echegaray*. Llamo; entro, y una bocanada de aromas, de perfumes de flores, mezclada al sano, oxigenado, olor del mar, me inunda el rostro. Me hacen pasar á una salita elegante y coquetona, donde se ven coronas, cintas con dedicatorias, los laureles del triunfo. Por regla general, un literato de su fuste, con su incansable fecundidad, no alcanza otros testimonios del favor del público y del mérito de sus obras, que al Teatro español han dado vida hace más de un cuarto de siglo, que eso, cintajos y coronas. Se le hubiera de pagar su trabajo ó escribiera en otro país, y sería poderoso, millonario. Aquí posee una villa muy linda, sí, muy bien situada; pero en fin, débil recompensa, al cabo de los años, para un hombre que se llama Echegaray.

Sale D. José. Está como tonificado por los saludables aires de la ría. Sus ojos brillan; su tez es un poco más morena, no mucho. Lleva el inseparable abrigo, más tenue en verano, que no le abandona

nunca. Pero le lleva suelto, no abrochado; señal indudable de que se encuentra bien y no siente frío. El frío es la enfermedad del ilustre Echegaray.

Nos ponemos á hablar; me recibe con aquella bondadosa amabilidad que surge de todo su ser moral, grato y excelente. Me pide noticias del mundo, porque en aquel desierto—dice—apenas tiene tiempo de descansar y vive ajeno á otros cuidados que los del Arte y las Matemáticas, sus dos grandes pasiones, las musas de su inteligencia privilegiada.

Le cuento muchas cosas en desordenada relación, á la que me incita con sus múltiples preguntas.

Pero de pronto interrumpo la charla, haciéndole notar que allí he ido á oir, á recoger el precioso tesoro de sus palabras, ideas, pensamientos, planes.

***

—¡Qué le he de decir!—exclama Echegaray—. Siento un santo horror á las interviews, sean del género que quieran y por inofensivas que se me aparezcan en el primer instante. Soy gato escaldado. Las conferencias con periodistas suelen costarme caras, aun sin intención de parte del ilustre gremio. Mi amor y admiración hacia la Prensa se van poniendo á prueba, incluso en este retiro ignorado, en que sólo deseo paz y soledad.

Le referiré dos hechos, y usted juzgará si tengo motivos ó no de estar escarmentado. Hace obra de quince ó veinte días vino á visitarme un pintor sueco—creo que se llama Olhoms, porque no tengo á

mano la tarjeta—, y conversamos un rato. Iba el buen artista viajando por el mundo, y al saber que yo me encontraba aquí, tuvo la atención de detenerse, de permanecer más de una semana. Las visitas se repitieron, y en una de ellas le pregunté, oyendo sus naturales y encomiásticas alabanzas de este paraje delicioso, si había pintado, si trasladaba al lienzo las bellezas de Marín, su ría y sus contornos.

«Usted verá», me contestó; «apenas tengo tiempo de enterarme y de admirar. Soy todo ojos para esta Naturaleza prodigiosa... Pero además, aunque quisiera, no me dejarían... En Marín *hay muchos chicos* que siguen al que les parece extranjero como á una ave rara.»

Al día siguiente, un periódico de por acá publicaba un suelto ó artículo diciendo que D. José Echegaray le había contado que los extranjeros abominaban de Marín; proferían pestes, con justicia, de la incultura del país, del enjambre de chicos importunos que no dejaban pintar á los artistas. Y luego añadía reflexiones contra la falta de celo de las autoridades, que consentían tamaño exceso; reflexiones que lo mismo podían interpretarse como hechas por mí ó como hechas por el apreciable periódico. Y fué el caso origen del suelto ó artículo que, en efecto, yo conté á un *reporter*, sin darles intención ni trascendencia alguna, las palabras del pintor sueco.

¡Qué serie de disgustos, de malas interpretaciones después! Durante muchos días el pintor sueco y yo fuimos objeto de la defensa ó ataque de las buenas gentes de Marín, anduvimos en lenguas, se nos hizo

una leyenda. El alcalde del pueblo vino en súplica cortés á rogarme para que restableciera la verdad, ¡la mancha que había caído sobre Marín! Y estaba inconsolable, desolado. Le escribí una carta de plena rectificación.

Pues no paran ahí las contrariedades, no graves, pero, en fin, enojosas. Se ahogaron dos ó tres personas en un pozo de estos alrededores. Fué una lástima, una gran desgracia que todos lamentamos, compadecimos y lloramos, sin hacer comentarios, entre otras razones, porque yo desconocía, y aún desconozco la causa del siniestro. Oí en la carretera llanto y gritos de mujeres. Me asomé; me enteré de su aflicción, y participé de ella con toda el alma.

Al día siguiente, un periódico de por acá publicaba un suelto ó artículo diciendo que de la desgracia era culpabie la incultura de los habitantes de Marín. «Jamás», agregaba, «hubiera acontecido eso en Alemania, donde saben lo peligroso que es bajar á un pozo que está mucho tiempo cerrado. Eso nos lo ha «asegurado», añadía el periódico, «un sabio, un hombre de ciencia que reside en Marín y se halla enterado de lo que pasa en Alemania y en otros países.» Verde y con asas... Todos, haciéndome el favor de suponerme sabio, comenzaron á fijarse en mí, á sentirse dolidos de mis supuestos juicios acerca de su incultura, que no existe, yo declaro que no existe.

A nadie le dije nada, no abrí los labios. No sé lo que pasa en Alemania, ni en España, ni en parte alguna. Soy una tumba. Pero el caso es que ni aun callando me dejan en paz. ¡Líbreme Dios de hablar

de los chicos por cuenta del pintor sueco; líbreme Dios de juzgar ninguna catástrofe, chica ó grande; líbreme Dios de interviews con periodistas, á quienes amo y temo! Amo y temo sus propias alabanzas...

Si yo hablara de catástrofes, tomaría la palabra para otra cosa, para sacar las consecuencias que se derivan del horrible siniestro del Metropolitano en París. Sensibles, muy sensibles, esas desgracias. Ayer fué la tragedia del bazar de la Caridad; hoy la tragedia del Metropolitano. ¡Quién sabe mañana! Pero no hay que condenar por ello el progreso, no hay por qué poner por testimonio al cielo de las nuevas barbaries ó atrocidades de la civilización. Todavía así son mayores los bienes que los males que del progreso se derivan. Lo he leído en una estadística. Hace cien años, por cada 400.000 viajeros en diligencia había un muerto, una víctima. Ahora, por cada *45 millones* de viajeros hay un muerto, una víctima. No condenemos los grandes medios de locomoción, de comunicación modernos. La vida continúa y se aumenta, y 45 millones de viajeros son más, infinitamente más, que 400.000 viajeros.

Sólo que entonces las catástrofes permanecían en la obscuridad y el silencio. En el día, todo se sabe, se divulga, se lanza á los vientos de la publicidad insaciable. La Prensa cuenta los acontecimientos, hincha su magnitud y transcendencia. Pero no hablemos de la Prensa. ¡Los chicos del pintor sueco! ¡Los ahogados del pozo de Marín! Son sombras que me persiguen como una pesadilla...



—¿Y qué proyectos artísticos tengo, qué escribo, qué pienso, qué hago? No hago nada, no pienso nada, no escribo nada, no tengo proyectos artísticos. Lo repito, aquí me falta el tiempo para descansar, abismarme en el plácido sueño de la dormida ría.

Escribí y entregué *La desequilibrada* á los amigos Fernando y María. Ellos la representarán el próximo invierno en el teatro Español, ó donde crean conveniente, creo que en el Español. Y será un drama aplaudido ó silbado, no lo sé; pero en el que puse todos mis cinco sentidos, todo el entusiasmo de una idea acariciada con tesón.

Es, como su nombre lo indica, un tipo de mujer extraordinaria, en la que el cerebro hace funciones de corazón y se desintegra, se desequilibra, corriendo y despeñándose por el mundo, haciendo la infelicidad de los que la rodean, pero sobre todo su propia infelicidad. *La desequilibrada* no tiene madre que la cuide y enderece, guíe sus pasos por la vida. Su padre es un banquero muy rico, que procura, por cuantos medios están á su alcance, labrar la dicha de su hija. Le proporciona toda clase de maestros, la instruye en los rudimentos de todas las ciencias, la da un caudal rico de experiencias. Se cría en Inglaterra, perfecciona su educaclón en los Estados Unidos, pasa á Alemania.

Y aquellos medios de exuberante vida cerebral y emotiva acaban por trastornarla. No toca los linderos de la locura. Habla bien, raciocina bien, demasiado bien acaso. En el mundo, para la mujer al menos, el exceso de raciocinio es un mal. El desequili-

brio mental se acentúa, y acaba siendo desgraciada en sus tres estados de soltera, casada y viuda. Jamás logra satisfacer sus anhelos, sus sueños. Lleva en sí, por el destierro del mundo, en existencia agitada, la causa orgánica de su mal, el cerebro funcionando en vez de corazón. La mente suya, á puro de estar poblada de conocimientos y sabidurías, es un caos.

La desequilibrada tuvo ocasión de enmendar tantos yerros siendo á la postre feliz. La solicitaban dos novios, dos pretendientes. El uno, todo juicio, buen sentido, aplomo, serenidad, equilibrio; el otro, todo insensatez, aunque sin maldad, todo genialidades, todo fugas y escapes al ideal, todo aventuras. Y ella elige, por ley de afinidad electiva, al *detraqué* y no al ponderado, al enfermo y no al sano, al de alma gemela. El resultado del choque de dos desequilibrios es el infortunio. El marido muere...

Pero no le cuento más, porque entonces se sabría el argumento entero de la obra, y hay que guardar algún respeto á la virginidad de la escena. Acaso si refiriera más tuviera que sentir el peso, como con los chicos de Marín, de las reclamaciones de las muchas almas desequilibradas como por el mundo andan y se pasean y no lo parecen. El desequilibrio es algo así como la enfermedad moral del siglo, el exceso de vida, que á todos nos coge y nos arrebata y nos precipita en furioso vendaval. No lo condeno, no lo abomino; estudio un hecho ó serie de hechos, sin cuidarme de tesis, digan lo que digan los que me combaten. Soy de los que estudian la realidad, aunque se crea lo contrario, aunque se propale que mi Tea-



tro está sembrado de sombras y fantasmas vanos.

Lo prueba la comedia que tengo imaginada, pero no hecha: *Los dos Sindicatos*. ¿Referir su argumento? ¡No, por Dios! Ni yo mismo lo sé á punto fijo, porque no está ultimada su trama. Yo no procedo á escribir hasta saber cuanto ha de pasar en mis obras; nueva demostración de que no soy un puro imaginativo. En *Los dos Sindicatos* aparecerán muchos hombres y mujeres, muchos tipos sociales, una verdadera *teoría* de ideas y pasiones, que luchan encarnadas en personajes de carne y hueso, de los que todos conocemos y tratamos. Pero sería aventurado decir, como ya se ha dicho, que era un problema económico ó financiero, fiándose demasiado del título, lo que planteo en la comedia. Aún no han tomado cuerpo y vida en mi mente. Están en gestación...

Y luego, luego, muchas obras en el caletre, que no quiere, ni puede, descansar por completo, á pesar de estas prolongadas siestas de Marín, en que el alma duerme despierta...

*
* *

No sé cómo ni por dónde se suscitó el tema palpitante de la cuestión social. Yo defendía ciertas soluciones intervencionistas del Estado, y él, D. José, las contradecía hasta con una especie de furor, el furor que cabe, naturalmente, en un espíritu bueno, tranquilo, de acentuado carácter moral, misericordioso para con los que sufren y lloran injusticias sociales. Pero D. José es un creyente, con fervores mís-

ticos de creyente iluminado en la gracia, en la virtud, en la eficacia del individualismo. Habla él, y yo ni siquiera me atrevo á criticar, suspenso y atónito, únicamente de que en los tiempos que corren haya quien confiese esa fe sin que sean parte á convertirle los espectáculos terribles de la lucha, de la batalla social.

—No—decía D. José—, nada de socialismo, que no triunfará jamás; pero si triunfase, sepultaría en la Historia cuantos progresos hizo el siglo XIX y está en camino de realizar el siglo XX. El socialismo es el absolutismo en plena, suprema, expresión. Nunca un tirano llegó á suprimir *el individuo*, la libertad del individuo, bien entre los bienes, gloria entre las glorias de la civilización.

El socialismo ya se ha practitado, produciendo males inenarrables, sin cuento ni medida. En el tomo tercero del prodigioso libro de Taine, *Les origines de la France contemporaine*, hay un cúmulo inagotable de hechos que lo prueban. Los jacobinos aplicaron el sistema socialista, poniendo mano en todo, regulando desde las creencias al vestido, creando la brutal simetría del Estado moderno, cuyas huellas aún existen. ¿Y en qué paró el socialismo de los jacobinos, la locura igualitaria, el delirio de la simetría? Paró en la *dictadura militar*, en Napoleón, uno de los mayores amos que conoció la Humanidad, volviéndola algún tiempo á las cadenas de espantosa esclavitud.

En el socialismo desaparece el individuo, se anula el individuo, se suprime el individuo. Y la indivi-

dualidad, la *personalidad humana*, es la mayor conquista de la Revolución. Sin ella andaríamos todavía entre las tinieblas de la Edad Media, sin la luz del Derecho, que nos guía y nos hace tolerable la existencia en el planeta. El individuo es un santuario, un arca santa, á la que fuera profanación tocase el Estado.

Pasará la moda; se hundirá el socialismo en el descrédito de las utopias antinaturales. Habrá prestado, sin embargo, un buen servicio: habrá hecho obra buena como crítica. La crítica, aun la injusta, aun la que se practica de mala fe, es necesaria, útil y eficaz en este globo.

La crítica hará que se corrijan los defectos de nuestra sociedad, que caigan las cadenas que todavía aprietan y estrujan á la especie humana, cercenando una parte de su libertad, que no debe reconocer límites, ni arriba, ni abajo, ni en el poder ni en la multitud.

El socialismo, por de pronto, ha causado el bien inmenso de extender la asociación, de que ésta sea amada por sí misma. El ideal del porvenir es la *máxima asociación;* pero libre, espontánea, sin las trabas y ataderos inicuos de la ley. La máxima asociación logrará que aprendamos á socorrernos, á ayudarnos; pero conservando cada uno su libre, fiera, absoluta, independencia individual.

Recuérdese el ejemplo de los jacobinos, estrangulando la Revolución, entregándola á un César. Léanse despacio los hechos acumulados en su prodigioso libro por Taine. Apréndanse de memoria las ense-

ñanzas del tercer tomo de *Les origines de la France contemporaine*. No; el socialismo no es la asociación, ser como familia, que se ayuda libremente; sino ser como cuartel, en que ante la obediencia del Estado sucumben todas las majestuosas prerrogativas de la individualidad, de la personalidad. Yo no soy un número, una cifra; soy un espíritu libre, creador y distinto de los demás; como los demás son distintos á mí, y no iguales.

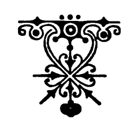
Y el semblante de D. José Echegaray se transformaba. Dijérase que en torno de su cabeza revoloteaba el halo de los confesores y de los mártires de una idea. Hablaba con la fe de un apóstol, no con el entendimiento de un pensador grande y extraordinario, como es él en todo el resto de las cuestiones humanas.

***

Me despidió cariñosamente, nos apretamos la mano, y yo seguí el camino del hotel de nombre *Los Placeres*, título simbólico, porque al oir tales himnos entusiastas, apasionados, vibrantes, elocuentes de Echegaray, nadie pensaría que la Humanidad no es perfecta y feliz, y que no goza á menudo, en su inmensa mayoría, la libertad, el derecho, á morirse de hambre...

Contemplaba yo, mientras me dirigía á *Los Placeres*, docenas, y hasta centenares, de madres é hijas de familia, que hundidas en el agua de la ría, unas hasta la rodilla, otras hasta la cintura, buscaban an-

siosas no sé qué clase de frutos del agua, que luego de muchas horas de fatiga y de peligro les producen unas cuantas míseras perriñas con que ayudar libremente, en plena soberanía de su personalidad humana, á la pobre sopa de pan de maíz de los hijos ó del esposo. El socialismo, según Echegaray, nos sumiría en la barbarie. Y en tanto cantemos los triunfos de la civilización individualista, que ofrece, y no es de los más dolorosos, espectáculos como el de la ría de Marín...



EN GIJON

—

LO QUE DICE AZCÁRATE

Acababa yo, como quien dice, de darme á luz en Gijón.

Paseaba por la calle Corrida, la elegante y moderna vía. Encontré primero á Ramos Carrión. Pasó en coche Vital Aza, que iba á Mieres y lo detuve. Al poco rato me reunía con Francos Rodríguez, Belaunde y otros varios amigos, que formábamos numerosa y alegre compañía, cuando oí que Francos Rodríguez exclamaba: «¡Ahí está Azcárate!» Y era, en efecto, D. Gumersindo, que también, como yo, resultaba huésped reciente de la coqueta, nueva y admirable, por sus rápidos, intensos, progresos, ciudad de Gijón. Azcárate venía de Santander, en coche y por la costa.

Quedó en el acto comprometido y acotado por mí para una *interview* el insigne Azcárate. Y á las cinco de la tarde paseaba yo con don Gumersindo por la arenosa, extensa y hermosa playa de Gijón, mientras él recordaba los años, hace ya cerca de cincuen-

ta, en que, siendo enteramente un rapaz, prohibíanle á él y á los de su edad que se bañasen en estos lugares. Los adelantos del tiempo han destruído infundadas preocupaciones, y hoy la playa, extensa y hermosa, es por los horizontes semejante al Sardinero. Un recuerdo evocaba otro en mi ilustre interlocutor. Referíame sus estudios en Oviedo. El sabio catedrático de la Central, el que goza una reputación jurídica de primera magnitud en España y fuera de ella, se matriculó antaño en la Facultad de Ciencias y en la Facultad de Derecho. Vino la ley Moyano, y tuvo que optar entre una ú otra carrera. Optó por la de Ciencias, y ahora se encontraría probablemente explicando Matemáticas, de no haberse suprimido en Oviedo la Facultad de Ciencias. Pocos conocerán ese detalle, que es sumamente instructivo. ¡De qué depende á las veces en nuestra patria la definitiva función en la vida de los hombres! Como en este caso modificó la ley, con ventaja para el Derecho, la vocación de un extraordinario talento, pudo matar en flor sus nativas aptitudes.

Entre chaparrón y chaparrón de agua, corriendo á refugiarnos y saliendo de nuestro escondite, transcurrieron varias horas. Al cabo la lluvia se convirtió en un tal aguacero, que tuvimos que albergarnos debajo del balneario. Y allí, desierta ya la playa, cubriéndolo todo á más andar las sombras de la noche, despeñándose canalones de agua que amenazaban inundarnos, ajeno á las inclemencias del cielo, discurría tranquilamente Azcárate sobre las circunstancias tristes de la política actual, con tanta abundan-

cia de ideas, observaciones y doctrina, que habré de condensar y reducir á una síntesis la notable conferencia sin testigos de D. Gumersindo, que merecía ser recogida por taquígrafos.

*
* *

En el mitin de Santander llevaba yo en el bolsillo—me decía Azcárate—el discurso magnífico y asombroso de Salmerón en el Congreso. Lo llevaba á prevención, dispuesto á leerlo de cabo á rabo si el delegado de la autoridad me ponía dificultades á la propaganda legal de las ideas republicanas. Afortunadamente, gobernador y delegado me dejaron decir lo que pensaba. Pero una excepción no hace regla ni la tolerancia es reconocimiento absoluto del derecho, y es imposible, no es digno ni honroso para nosotros, vivir á merced de las interpretaciones que den á las órdenes del Gobierno sus representantes.

Proponíame leer, á la menor dificultad, al más insignificante llamamiento al orden, el discurso de Salmerón, como prueba de que es lícito, de que debe ser lícito, criticar y combatir el régimen. El discurso de Salmerón no se podía prohibir. Está en el *Diario de las Sesiones de Cortes,* incorporado para siempre, y con caracteres perdurables, á la historia parlamentaria y constitucional de España. Denunciarle equivaldría á denunciar al ex presidente del Congreso, hoy presidente del Consejo, que no tuvo más remedio que oirlo, consagrarlo con sus propias interrup-

ciones. Y, sin embargo, es imposible imaginar un ataque más hondo, más grave, más formidable, á lo que se quiere convertir, contra la ley, el buen sentido y la razón, en intangible y sagrado.

El Gobierno que preside el Sr. Villaverde ha entrado francamente en las vías de una intolerable persecución contra la propaganda, legal y legítima, de los republicanos, que ahora como nunca debemos proseguir por todos los medios, no sólo en virtud de nuestras convicciones, sino hasta de nuestro propio honor. Todavía no ha desaparecido de mi alma el asombro, la protesta, que levantó en mí el hecho inaudito de ser denunciada la circular de Salmerón. ¿Qué había en la circular que pudiera constituir materia punible, ni siquiera censurable? ¿La recomendación de que en los mitins se hiciera preferentemente la crítica de las instituciones monárquicas? ¡Pero si ese es un derecho absoluto, natural, que no es lícito perseguir ni limitar! Eso es el fondo, el contenido, el asunto obligado de toda propaganda. Regularlo, cercenándolo, es tanto como suprimir la misma propaganda. Si á tales extremos de reacción, de salto atrás, se quiere llegar, dígase claramente, y no con la fútil excusa de proteger lo que es necesario, de todo punto necesario, criticar, so pena de suprimirnos y de eliminarnos de la existencia legal de los partidos españoles.

La plena demostración de lo absurdo del sistema que emprende el Gobierno está en el contraste de su conducta torpe é ilógica. No se denunció á los periódicos que insertaron íntegra la famosa carta de



Costa porque *iba firmada*. Pero, en cambio, han denunciado y denunciarán á todos los periódicos que publiquen la circular de Salmerón, no obstante, ó á causa de *ir también firmada*. ¿Por qué esa contradicción, por qué esa falta de consecuencia en tan breve lapso de tiempo? O un criterio ó el otro; pero no los dos á la vez. Aplicarlos juntamente supone que la idea, el impulso de los actos del Gobierno es el capricho, la arbitrariedad y la violencia, de funestísimas consecuencias para el régimen más fuerte y mejor constituído.

¡Denunciar la circular de Salmerón! ¿Pero es que no se puede hacer propaganda republicana y hemos remontado el curso de la Historia hasta volver á encontrarnos en los primeros años de la Restauración, perdiendo el terreno ganado durante la Regencia? ¿Es posible que tal cosa se piense y se haga? No hay más límite constitucional en los ataques á la Monarquía que el de los ataques á los actos personales del Rey. Fuera de eso, todo es absolutamente correcto, legal y permisible. ¿Predicar la negación de la Monarquía es delito? Pues entonces no pueden entrar en las Cortes, ni en los Municipios, ni en las Diputaciones provinciales, los republicanos; pues entonces estamos de sobra en el Congreso y en el Senado los que representamos la opinión republicana; pues entonces no se podría emitir el sufragio á nuestro favor, ó los votos emitidos tendrían que anularse una vez depositados en las urnas. ¿Qué representación es la nuestra? ¿Cómo defender nuestras ideas ante los electores, y cómo luego, ya en el Parla-

mento, responder al mandato, á la confianza, á la voluntad, del cuerpo electoral? Eso sería arrojarnos de las Cortes, y hasta ahora no lo había soñado ni el mismo Cánovas en sus comienzos de imperio y semidictadura.

Ya sé yo que el Sr. Villaverde, por un error inconcebible en su clara inteligencia y en quien procede de donde procede, del campo de la Revolución, se ha inclinado siempre á considerar la Monarquía vigente como una institución intangible. A pesar del respeto que le infunde Salmerón, recuérdese que en la última etapa legislativa, primera de estas Cortes, el Sr. Villaverde, como presidente del Congreso, intentó repetidamente hacer enmudecer á Salmerón. Claro es que no lo logró, y que el jefe de los republicanos dijo cuanto tenía que decir, cuanto era preciso y justo decir. Aquello fué un síntoma de las opiniones y de la actitud de Villaverde en vísperas de triunfar la *conjura* extraparlamentaria, y acaso constituyó un mérito, un título, para que triunfase, alegado donde podía valer como razón suprema del cambio de política.

Supongo yo, racionalmente pensando, que si se prohibe atacar á la Monarquía, se prohibirá atacar á la propiedad. Y entonces, ¿cómo realizar, cómo desenvolver, la propaganda socialista y anarquista, hasta ahora, por regla universal, y con justicia, reconocida en todas partes? A menos que la Monarquía se ponga por encima de la propiedad, del orden social establecido, cosa que con solo enunciarla resulta absurda, irracional. No ya los liberales, los propios conserva-

nsideraron en todos los tiempos que las ins-
:s sociales eran antes que las instituciones
. Lo uno es duradero, y lo otro, contingen-
o es substancia, y lo otro, forma; lo uno se
la vida de un pueblo en sus más íntimas
, y lo otro no pasa de la superficie...

*
* *

e la política, por desdicha de todos, á tomar
do que parecía desterrado de las esferas go-
:s. Vuelve la Monarquía á ser considerada
*oficio no enajenado, no revertido á la sobe-
:cional.* Y claro es que, profesando ese crite-
odas las partes del mundo civilizado y libre,
do, el ataque á la Monarquía se reputa fal-
, erróneamente—ya lo dije en el mitin de
er—,cual un ataque, un despojo, de la cha-
ue lleva uno puesta. Ese sentido, que des-
con las revoluciones del siglo XIX en todos
:s de Europa, engendrándose un derecho
cional, común, en el que la Corona es un
ajenado, revertido á la soberanía nacional,
se conserva en algunas partes es por el con-
nto tácito ó expreso de los pueblos, persiste
ña en el siglo XX, haciendo de la Monarquía
. aparte y distinta del resto del planeta. La
ıía patrimonial, casi de derecho divino, re-
ia privativa de España, y no han reflexiona-
los que así quieren que sea, el daño inmen-
iacen á lo que tratan de defender.

Así se va otra vez directamente á la erección en sistema de los *partidos legales* y de los *partidos ilegales*. El pecado original de esta crisis no ha sido sólo fraguarse á espaldas de las Cortes, sino el hacerse contra el régimen parlamentario, que al fin, y según la Constitución de 1876, las Cortes participan de la soberanía con el Rey. Se alza el siniestro espectro de la ilegalidad de los partidos, que por lo menos desde el año 1886, si no antes, estaba desvanecido y sepultado en el polvo del olvido. Tanto Cánovas como Sagasta reconocieron la legalidad del republicanismo en debates famosos. A partir de esa época se había consumado una revolución honda, aunque pacífica, en el derecho y en la práctica del derecho público en nuestro país. Ha bastado una crisis á destiempo, anticonstitucional, fraguada contra el Parlamento y la misma mayoría, para hundir ese concepto y resucitar los años de lucha y de pelea, allá por el 76 y el 77, cuando publicaba yo mi libro sobre la teoría de los partidos políticos y el *self-government*. ¡Quién había de pensar que al cabo del tiempo volverían á ser actuales las doctrinas, ataques y censuras en mi libro expuestos! ¡Quién había de pensar que existiese todavía la necesidad de reñir batallas por tal causa, que es como el prolegómeno y los rudimentos de toda constitución libre de un país civilizado!

Y no hay que decir que la noción política puede cambiar al compás de las necesidades públicas, á consecuencia del crecimiento de los republicanos. Podrá eso admitirse en sentido de adelanto; pero no



de retroceso. Yo digo y repito lo que el insigne Moreno Nieto respecto de la libertad de la enseñanza: «El esclavo, una vez emancipado, no se acostumbra de nuevo á la esclavitud.» Y que eso es la esclavitud, no cabe duda. Es una esclavitud infamante, en quien gozó la plenitud de sus derechos.

Con la particularidad de que valía la pena de que se consignara la nueva doctrina en una circular pública, á la faz del país, y no en una circular secreta de Gobernación. Tan fundamentales cambios no se pueden adoptar subrepticiamente. Nos interesa á todos enterarnos, que sepamos á qué atenernos y cómo de un golpe se nos elimina de la vida europea, constitucional, representativa y soberana.

De ahí que nos traten por fuera de España como un pueblo que no es serio, que tiene sus derechos en el papel. Un profesor de Gante estudiaba recientemente los diferentes sistemas políticos de Europa. Exponía el de nuestra patria, y al terminar decía: «Pero este constitucionalismo, esta libertad, son de mera apariencia y nombre. En España no rige, no impera la ley, sino el capricho de los Gobiernos.» Así aparecemos junto á los pueblos semicivilizados, en evidente deshonor de nuestra buena fama en el mundo.

Bastaría esto, como dije en el mitin del teatro Lírico, para trabajar por el pronto advenimiento de la República. Aparte del programa, de las soluciones que defendemos, distintas de las de los monárquicos en todos los órdenes de la acción del Estado, la República significaría el imperio de la *moralidad*, de la *legalidad* y de la *formalidad*.

Por eso hay que afirmar como una verdad incontrovertible que no es el mismo partido conservador el que rige actualmente. No es este Gabinete continuación del Gabinete anterior, ni siquiera del partido. ¿Cómo van á aceptar Maura y Silvela, aunque quisieran, aunque negaran su íntima personalidad, cómo van á aceptar ese sentido nuevo en la política española y entre los mismos conservadores? No es cuestión de procedimientos para ganar las elecciones; es cuestión de substancias, de principios, de esencias.

Es indudable el *progreso* señalado en la política electoral de Maura por Salmerón en su discurso del Congreso. El Sr. Maura se limitó á no consentir la violencia, el arrebato de su derecho á los republicanos. Y éstos fueron los que le ayudaron á mantener tal respeto. Si Maura no hizo más, es porque no pudo ó porque no le dejaron la herencia de malas artes electorales de los partidos turnantes. La mano de Maura no se encontró apenas en las elecciones del 26 de Abril. Y eso lo reconocimos honradamente los republicanos, y especialmente los que, como el señor Junoy, tuvieron que estudiar las actas.

Ahora, ya pasada la ocasión de discutirlo y probarlo, se dice gratuítamente, falsamente, que los republicanos triunfaron en las elecciones de las grandes capitales merced á la violencia, á la amenaza, al *garrote*... Es curioso el argumento. ¿Por qué no se discutieron en el Congreso las actas de Madrid, de Barcelona, de Valencia, etc.? Hablar de violencias, ó es un agravio manifiesto al Gobierno de Maura y

de Silvela, que las toleró, cuando todo Poder tiene la obligación de evitarlas á todo trance, ó es que se llama violencia á la propaganda republicana, al ejercicio del derecho republicano, y entonces estamos en las mismas: en la sanción definitiva de los *partidos legales é ilegales*. ¡Qué aberración, qué insensatez!

Cierto que aquí en España no estamos acostumbrados, no lo están los monárquicos, al triunfo del derecho, de los partidos de opinión, en las elecciones, y por eso se ha constituído un Gobierno para arrebatarnos las actas de concejales en Noviembre. Cuando en Francia el Gabinete Mac-Mahón perdió las elecciones generales y Gambetta pronunció su famosa frase *Ou se soumettre, ou se demettre,* hubo político español, muy puesto en candelero por aquellos tiempos, que, entrando en compasión del presidente de la República francesa, dijo: «Lo que es yo no hubiera perdido las elecciones.» Esa es la noción que por acá profesan los prohombres monárquicos gobernantes del respeto á las leyes y á la voluntad de los ciudadanos...



En principio, los proyectos financieros del Sr. Villaverde—yo digo siempre lo que pienso, resulte quienquiera favorecido—me parecen bien. Se debe pagar al Banco de España; es urgente y beneficioso al país pagar al Banco de España. Y no me convence el argumento aparatoso respecto á la pérdida que supone trocar el interés del 2 por 100 que ahora se

satisface por el interés del 5 por 100 que se habrá de satisfacer realizados los empréstitos de Villaverde.

Si eso fuera verdad, si realmente el interés del 2 por 100 fuera verdad, el argumento tendría fuerza. Pero actualmente el interés pagado al Banco es del 6 ó del 7 por 100, como durante la guerra era del 15 por 100. El 2 se trueca en 6 ó en 7 y el 5 se cambia en 15, porque lo quiere así el sistema total de relaciones entre el Banco y el Gobierno. Si se hubieran de hacer efectivos los billetes, la diferencia del valor de los billetes, les sobraría razón á los adversarios de los empréstitos. Pero ¡ah!, no, que el Banco negocia, se lucra con esas diferencias á expensas del país, sacando provechos enormes, provechos que son una granjería.

Yo no sé si esto constituirá, como se pretende, una manía en mí. Si así lo es, no tengo por qué arrepentirme, puesto que el error del Gobierno, y la explotación y el negocio del Banco continúan. Ya decía alguien que á mí me embargaban cuatro grandes y constantes preocupaciones: el Banco, el matrimonio civil, la cuestión colonial y el proteccionismo. De éstas, una ha desaparecido á costa de la ruina de la patria. ¡Quiera Dios que las otras no nos cuesten también hondos, irremediables quebrantos!

Pero pareciéndome bien los planes financieros del Sr. Villaverde, creo firmemente que fracasará, que no podrá salir adelante en su empeño. Lo que tiene de bueno el proyecto, de solución del pleito de los cambios será impopular, muy impopular. Aparecerá como que favorece al Banco pagándole, siendo así

que en realidad lo perjudica y defiende la causa del país. Villaverde á estas alturas carece de fuerzas para comprometerse en una campaña de impopularidad, frente á la opinión general.

Por sus impaciencias, por sus ambiciones á destiempo, está metido en un callejón sin salida. No podrá conseguir, atento á otras luchas, á la electoral con los republicanos, á la política con su propio partido, que le voten los proyectos financieros, y acaso tampoco los presupuestos. No podrá hacer la reorganización de servicios, tímidamente iniciada, porque está sobradamente preocupado con la nivelación. No podrá defenderse en las Cortes, ni tal vez abrirlas. Pendiente de las elecciones municipales, si las pierde en las grandes capitales cesa su razón de ser en el Gobierno y no habrá razón para haber cambiado los procedimientos y la política del 26 de Abril; si las gana, como no puede ganarlas sino á fuerza de arbitrariedades, el país le exigirá cuentas terribles. Y de todos modos su vida es precaria.

No son sólo los republicanos los que lucharán, sino los socialistas, los obreros con ellos. Y no admito la posibilidad de que el socialismo español, contra las máximas de Bebel, se divida en este punto. La mayoría que obtuvo la proposición Quejido lo prueba. Además Pablo Iglesias siempre dijo que prefería la República á la Monarquía. Es un dogma de la democracia social en el mundo, entre otras razones, porque la experiencia, contraria al proletariado en Imperios y Monarquías, está hecha. Dentro de la República, en el porvenir cercano, cabrá la

gran distinción, entre criterios liberales y progresivos y sentidos conservadores y templados, acerca de la oportunidad y amplitud revolucionaria de las reformas sociales. Pero la reforma social, la legislación obrera, como el laicismo del Estado, es un patrimonio común á todos los republicanos de la Tierra, aliados substancialmente con los socialistas... Así, unidos republicanos y socialistas, ¿cómo no triunfar, si vencimos solos?

* * *

Pero aunque Villaverde lograra el saneamiento de la moneda y la reorganización de los servicios, y arreglase la Hacienda de España, y venciera en las elecciones municipales, está del mismo modo fracasado, condenado á desaparecer en próximo plazo. Hay algo superior á todo eso, campo de batalla de todos los demócratas de nuestra patria, y es que á la constitución liberal, universalmente aceptada, ha sustituído Villaverde la imposible, inicua, absurda, retrógrada, noción de los *partidos legales é ilegales.*

No; por eso no se puede pasar. Es una cosa importante, decisiva, de una transcendencia tremenda. Yo le doy á tal cuestión el primer puesto en la política española de ahora, de antes y de siempre. Hasta los elementos ultramontanos, reaccionarios, neos, transigieron con lo que era una imposición formidable de la realidad. ¡Y es Villaverde quien nos hace

ntar el curso de la Historia, dar un salto atrás
Historia! El final de semejante aventura será
:roso, y no se olvide que las revoluciones se
can y se convierten en alzamientos nacionales
uel instante temido ó ansiado en que se cierra
nino de la ley, abriendo el de la fuerza...



EN OVIEDO

CUATRO MESES DE ENCIERRO

EL CASO ELECTORAL DE DON MANUEL URÍA

claro que llevóme á Oviedo, aparte del deseo, intenso, de visitar la histórica ciudad de Fruela, ɔle ciudad que, con el nombre de *Vetusta* grara siempre en nuestra imaginación *Clarín*, por ıl se la conoce y se la sabe uno de memoria aun de haberla visto, otra ansia más viva. Sentía anhelo de hablar con conocimiento de causa, si dijéramos, de *visu*, del largo encierro del ríа, esclareciendo y reparando, si á tanto alcanmi pluma de periodista, uno de los mayores, grasonados entuertos cometidos por la pasión polín la tormentosa historia de nuestras contiendas ɔrales. Es un asunto éste que, sobre el interés idual del que padeció y padece persecución de ticia, sufriendo un *veraneo* carcelario de cuatro s, como consecuencia de los dolorosos sucesos ɔ de Abril, tiene un interés público extraordina-

rio, que á todos nos afecta, que es necesario por la buena fama de España, de sus leyes, de su Constitución, de su orden jurídico, no dejar en las sombras.

Claro es que esta carta parece que ha perdido mucha de su actualidad desde el momento en que el Consejo Supremo de Guerra ha informado en favor de la libertad provisional de Uría, resolviendo lo que debió ser resuelto y concedido hace mucho tiempo, en los comienzos mismos del proceso. Pero la libertad provisional no significa que la causa haya terminado. Ese es un incidente muy importante, muy grave y fundamental, para el interesado, que se va á ver al fin libre, mas sólo un incidente. Queda el *caso electoral* de Uría; queda el Consejo de Guerra, que habrá de celebrarse alguna vez, juzgando de los hechos y de sus responsabilidades. Y, por lo tanto no ha perdido ni puede perder, hasta su definitiva solución, ese interés público á que antes aludía.

¡Ah! Queda también la sangre derramada en Infiesto, el recuerdo, que no se podrá borrar jamás de la mente de nadie en España, de los muertos y heridos, que han de figurar como una página negra en los anales, ya bastante turbios, de las elecciones en nuestra patria. Asturias, eso es cosa sabida de cuantos hayan estudiado la historia de la España constitucional en el instructivo texto de los tomos del *Diario de Sesiones*, ocupa por derecho propio un lugar preferente, el primero tal vez de todos, en la larga lista de los desmanes sin cuento que, por los blancos y los negros, los verdes y los azules, toda clase de partidos—y singularmente los reaccionarios,



únicos casi que han dominado, teniendo á esta región en feudo,—se consumaron *haciendo* elecciones, para escándalo y bochorno de la civilización y del derecho.

No escribo un capítulo del caciquismo en Asturias, voluminosa obra que está por escribir, sino que consigno, apunto, una verdad matemática, del orden de las probadas, de las incontrovertibles.

Pero con ser Asturias lo que es en esa materia, desde el año 1834, nunca llegó en sus hazañas, yo no lo sé al menos, al grado de gravedad, de ataque agudo al honor de las instituciones parlamentarias, en un país medianamente no más constituído, que alcanzó con los sucesos de Infiesto. Y es de público interés, vuelvo á repetirlo, aportar datos, hechos, reflexiones, que hagan luz, que en el porvenir, ya que no en el presente, determinen una sanción de la sangre vertida. Sé bien que ahora es imposible restablecer el derecho; sé bien que en ninguna ocasión es más aplicable aquello del «muerto al hoyo»... Aun sabiéndolo, creo censurable, cuando no punible, el silencio general hecho alrededor de lo de Infiesto, y por eso aporto, sirva de lo que sirva, un modesto elemento de juicio... Algún día nos avergonzaremos todos de que haya podido pasar lo que pasó sin un grito universal, clamoroso é insistente de protesta...

Juan Uría, hermano del preso, y preso él también por dos veces; Francos Rodríguez, Vigil, el más significado jefe de los socialistas ovetenses, y yo nos dirigimos desde la estación al hospital provincial. En la puerta había una guardia de soldados. Han temi-

do sin duda, y bien infundadamente por cierto, que se escapase de su encierro el candidato triunfante y derrotado, las dos cosas á un tiempo, por Infiesto. Y la guardia, que era, en concepto de todos, absolutamente innecesaria, ha servido para agravar la suerte de Manuel Uría. Desde que se estableció, ya no puede pasearse por el extenso jardín del hospital, y sucede que en la víspera de salir á la calle, pues es casi seguro que mañana saldrá del encierro, cuando el Consejo Supremo de la Guerra entiende que debe ser puesto en libertad provisional, cuando hay por lo menos una presunción de inocencia, la cárcel se hace más dura, la condición del encarcelado pasa á ser, fuera del calabozo y de los grillos, en el padecimiento moral, algo así como la de Mamed Casanova. El terrible criminal es vigilado, no obstante que no cabe en cabeza humana, por su propio interés y honra, que apele á la fuga.

Entramos en el hospital. Nos asomamos á un cuarto. Allí está leyendo periódicos, tal vez con la secreta esperanza de que entre sus líneas surja la noticia de la ansiada libertad, Manolo Uría. Nos abre sus brazos y charlamos.

Aparece ante nosotros, referida con mucha viveza y en ocasiones con gracia, su larga odisea. Primero, su viaje de Infiesto á Madrid, una original, atrevida, correría á caballo, á pie y en el tren hasta plantarse en la corte, adelantándose á todos en contar los sucesos del 30 de Abril y en pedir justicia, sustrayéndose también, es claro, á los cariñosos halagos del maüser de la Guardia civil. A caballo, á pie y en tren. ¡Qué



noche y qué día de tantas emociones! Desde Infiesto, á Nava; desde Nava, á Sama y á Mieres, y desde Mieres, por fin subiendo el puerto de Pajares á pie, á tomar el correo de Madrid. Sí, una verdadera odisea.

Al referirlo él parece que lo está uno viendo, y se le representa el cuadro de la audaz correría en toda su vibrante emoción. Pasó la noche del 30 en Nava, sin ocultarse, en contacto con la gente, incluso de las mujeres de los guardias.

Pero al hacerse de día, instruído de lo que le aguardaba, por las interesantes confidencias que hasta él llegaban por varios conductos, ordenó enganchar un coche, y lo preparó en la carretera y se dispuso á salir. En tanto que el coche seguía rumbo distinto, él montaba á caballo, corriendo á galope, devorando distancias.

Le vieron pasar por Mieres, y lo conocieron. Y un aldeano, que como toda esta gente del campo lo tratan como amigo y lo quieren, se dispuso á salvarlo, saliendo en su busca con dos yeguas. El aldeano corrió desalentado; llegó anhelante á Navidiello, en lo alto del puerto de Pajares. Pero ya Uría había subido al tren, adelantándose á éste en rápida ascensión á pie, mientras dejaba abajo los noventa y tantos túneles y la variedad de puentes de la magnífica, colosal, obra del ferrocarril, que salva montañas á una altura que es en la Perruca, en la cima, de 3.065 metros sobre el nivel del mar.

Después lo ha contado el aldeano. Llevaba las dos yeguas para facilitar la escapatoria de Uría, y aun la suya propia, ignorante de los proyectos del candida-

to, que con el natural afán se dirigía á Madrid. Y es fama que el hombre tenía bien tomadas las medidas.

—Con este traje mío—decía—y con la cédula de alcalde de barrio que yo le dejo, no le conoce nadie á D. Manuel.

Para el aldeano no había cosa superior á la dignidad de alcalde de barrio...

***

Hay un refrán que dice:

Si la hicisteis en Pajares,
pagaréisla en Campomanes.

Refrán es éste que recuerda una antigua tradición, la de que habiendo entrado en Asturias el Rey de Navarra, D. Sancho III *el Mayor*, conde de Castilla y restaurador de Palencia, para visitar las reliquias de la Cámara Santa de Oviedo y saludar al prelado Poncio, su pariente, fué muerto de un saetazo por un montañés, en ese lugar, en venganza de la muerte que días antes hizo dar á un deudo suyo en Pajares, según unos, ó del ultraje que infirió, según otros á una doncella ilustre.

Pero el refrán no tenía aplicación en este caso, á no ser en sentido contrario. Uría no había forzado al cuerpo electoral, y en cuanto á muertes, sólo se contaban las de sus mismos electores y partidarios. ¡Forzar el cuerpo electoral! El nos contaba la elección apoyándola en datos fehacientes. El distrito de Infiesto consta de 21 secciones ó Mesas electorales, que



corresponden: dos, al Concejo de Amieva; cinco, al de Cangas de Onís; cuatro, al de Parres; ocho, al de Piloña, y dos, al de Ponga.

Respecto á 14 secciones no hubo protesta ni reclamación alguna, tanto en el día de la votación como en el escrutinio general. La diferencia á favor de Uría en las 14 seciones es de 531 votos. Sólo en el Concejo de Piloña le votaron 1.446 electores. Con esta ventaja era materialmente imposible ser derrotado.

Pero quedaban siete secciones, tres de Cangas de Onís y una de Parres, que son las que la Junta de escrutinio no quiso recibir del alcalde, haciendo el recuento por las que presentaron los interventores del Sr. Gómez, y dos de Ponga y una de Amieva que requieren mayor explicación. Las tres de Cangas y una de Parres presentadas por los interventores del señor Gómez, y que se escrutaron, dan este resultado: *Gómez, 1.354; Uría, 54.* En la de Amieva, después de haber expedido la Mesa certificación en que consta que el resultado fué de 97 votos por 83, aparece el acta con 239 para el Sr. Gómez y tres para el señor Uría. Hay que advertir que la sección tiene 250 electores; de modo que sólo ¡ocho! dejaron de votar. Las dos secciones de Ponga tienen 685 electores, y aparecen votando 599 por Gómez y 13 por Uría, aunque la certificación de una de las secciones acusa una diferencia de seis votos no más á favor del señor Gómez.

Las secciones correspondientes á las 14 actas que no son motivo de protesta tienen un total de 5.665

electores, y aparecen tomando parte en la elección 3.575, ó sea **el 63 por 100.** Las secciones de las siete actas que dan al Sr. Gómez una mayoría de 2.122 votos tienen un total de 2.551 electores, y aparecen votando 2.262, ó sea **el 90 y pico por 100**.

Las cuatro actas presentadas por el Alcalde, y rechazadas por la Junta, estaban suscriptas por los tenientes de alcalde que habían sido nombrados para presidirlas, y levantadas en los locales designados para la elección, según consta en actas notariales.

Las presentadas por los interventores del Sr. Gómez están suscriptas por concejales á quienes no correspondía presidir, y en locales distintos á los publicados en los edictos y designados por el alcalde.

Escrutándose las cuatro actas presentadas por el alcalde á la Junta (las rechazadas), como de modo terminante dispone la ley electoral, el resultado es de 851 votos de mayoría á favor de D. Manuel Uría.

Estos son los hechos—nos decía él—; hechos que, si hasta ahora podían permanecer ocultos y no discutidos para la Comisión de Actas por no haber presentado á tiempo su credencial mi adversario, es preciso que en cuanto se abran las Cortes se esclarezcan, prevaleciendo la verdad, es decir, mi triunfo evidente.

Ni forzar el cuerpo electoral, ni determinar los sangrientos sucesos del día 30. Sobre cornudo, apaleado. Sobre asistir al despojo de mi derecho, allí en la plaza de Infiesto, en la escalinata del Ayuntamiento cayeron uno á uno 12 muertos é infinidad de heridos, que ciertamente no iban á arrebatar á na-



die nada, puesto que el escrutinio estaba hecho y proclamado diputado el Sr. Gómez.

El argumento no tiene vuelta de hoja. Podría creerse, concebirse, explicarse el supuesto ataque de los paisanos á la Guardia civil, y el más que fantástico é imaginario asalto á la Casa-Ayuntamiento, si los sucesos hubieran acontecido antes ó durante el escrutinio. Pero después, ¿para qué? ¿A qué fin el asaltar el Ayuntamiento teniendo la credencial en su bolsillo el candidato oficialmente, aunque no realmente vencedor? ¿Qué lograban los infelices vecinos del distrito de Infiesto con subir á la Casa Capitular? ¿Pues no habían bajado ya derrotados, mohinos obedeciendo inmediatamente y en paz la orden de expulsión del presidente de la Junta? Todo lo que no es racional no es real, y es irracional un ataque *á posteriori*, sin eficacia, sin virtualidad ninguna. Si la gente hubiera estado dispuesta á acometer, hiciéralo á su hora debida. Y á los asturianos, labradores ó no, se les podrá acusar de todo menos de ser torpes, legos y bobos en materia de elecciones.

No cabía otra cosa que la resignación más ó menos tranquila, más ó menos voluntaria, y fué la que adoptaron. Ahora, que la resignación de un pueblo no es, no puede ser, la de un filósofo, y se expresa en los rudos términos de su lenguaje, de su justa ira. Del descontento ó de la protesta á la agresión media un mundo, abismos de distancia. Y yo no sé que ni el candidato oficialmente triunfante, ni sus interventores, ni sus amigos, ni nadie, sufriera molestia alguna. ¿Es lógico pensar que no haya un herido ó un

contuso de la parte contraria y, sin embargo, la Guardia civil intervenga para protegerla? ¿No está claro, como la luz meridiana, que la intervención de la fuerza armada sólo se comprendía y se justificaba en el caso de una colisión, de una lucha, entre los bandos opuestos? ¿No es lícito afirmar que la jornada había terminado en paz, y es inaudito que terminase en guerra? ¿Qué asaltantes ó manifestantes son esos que siendo los más no hacen nada y se dejan matar por no haber hecho nada?

***

Con tristeza, con dolor inmenso, recuerda todo el mundo la infausta jornada del 30 de Abril. Aun en el supuesto imposible de que hubiera habido ataque no podía dirigirse contra la Guardia civil. ¿Por qué ni para qué? ¿Era aquél un motín de Consumos, una alteración del orden público, con los caracteres usuales? Si los aldeanos iban á pelear con alguien, ese alguien no estaba en la fuerza pública. Tropezaron con la Guardia civil, se interpuso la Guardia civil en su camino; pero no hubo jamás propósito voluntario, consciente, deliberado, de hacer armas contra ella. Y yo no sé de ningún artículo de la ley electoral que ordene proteger una operación de escrutinio con el fin de arrebatar una acta legalmente ganada.

Pero, además, ¿qué pelea y qué ataque es ése, en que los agresores, los terribles agresores, aparecen todos heridos por la espalda y ninguno de frente? ¿Acaso para atacar huían? ¿Acaso no hubiera habi-



do más víctimas, de ser aquello una agresión tumultuaria? ¿Acaso los muertos y los heridos, en la hipótesis de asalto y de combate ofensivo, hubiéranse hecho, como se hicieron, entre mujeres, muchachos é inocentes transeuntes, algunos forasteros, ajenos por completo á la contienda electoral? ¡Grandes combatientes, en verdad, mujeres, ancianas de ochenta años! ¡Formidables asaltantes los que están tranquilamente en un café, y tienen, como primera noticia de la elección de Infiesto, un balazo que los parte!

Aquí, en el hospital provincial, estaba uno de los heridos de Infiesto. Una bala le atravesó el sombrero. Otra le perforó la espalda de hombro á hombro. Otra le hirió en la parte posterior de un muslo. Y solo una, la última, recibida tal vez cuando estaba caído en tierra, rozóle la cintura por delante. Y como ése todos, absolutamente todos. La jornada se ganó á costa de los que huían y en el momento que se escondían, que pugnaban por refugiarse, sin posible salida, acorralados en la escalinata del Ayuntamiento. El recuerdo, el triste recuerdo de lo acaecido el 30 de Abril, sólo es comparable á aquellos terribles sucesos de Riotinto. Y todavía en Riotinto hubo un pueblo sublevado, aunque inerme, mientras en Infiesto hubo un pueblo inerme sin sublevarse...



Hablando, hablando Manolo Uría, hallábase una vaga, remota, explicación de los sucesos de Infiesto.

Antecedentes, cosas que habían pasado hacía meses sin relación alguna con las elecciones, provocaron estados de ánimo de la fuerza pública, á la que jamás se debe encomendar la guarda de una urna y de un escrutinio, creyendo ver en el que defiende su derecho un enemigo.

Un Ayuntamiento conservador estableció un impuesto sobre el maíz. Hacer pechar el maíz, es atentar directa y mortalmente á la hacienda y á la vida del pobre aldeano. El maíz es todo: es el pan, es la sopa, es la lumbre en el hogar, es la salvación para la mujer y para los hijos. Los que discurrieron semejante arbitrio legaron á sus sucesores una fuente de discordias y de motines.

Y así se realizó, en efecto. Vino al Poder en Infiesto un Ayuntamiento liberal, y éste, cumpliendo lo aprobado, utilizando los recursos legalmente votados, se dispuso á cobrar el impuesto. La gente se amotinó. Un día se presentaron en la plaza, frente al Ayuntamiento, todos los vecinos en actitud amenazadora. Llamado á escape el diputado del distrito, Manolo Uría, tuvo éste que hablar desde el balcón del Consistorio, aplacándoles, prometiéndoles dejar sin cumplir el oneroso tributo. Ni aun así se tranquilizaron, porque otro día, las mujeres, entrando en la sala Capitular, disponíanse á celebrar un auto de fe con todos los papeles, cuando Uría las detuvo con una reflexión que les llegó al alma: «¿Qué hacéis? Probablemente, por quemar eso, enviáis á un hijo de viuda al servicio militar.»

Se apaciguó al fin el tumulto; se derogó el im-

puesto, previos expedientes y formalidades... Pero quedó un rescoldo de prevención, de disgusto... La imprudencia está, la falta imperdonable y enormísima está en quien entrega los actos de las eleciones á la fuerza armada, sin preparación alguna, inclinándose forzosamente á la violencia. Nadie es héroe, nadie puede responder de su voluntad y de sus nervios... El culpable es el Gobierno...

***

Cuando acabó de hablar Uría, por una de las avenidas del jardín interior en que estábamos apareció su mujer, que no le abandona, que está pasando una cárcel voluntaria. En su rostro veíanse las huellas del pesar inconsolable, de las lágrimas, disgustos, angustias sin fin de cuatro meses mortales, de aquella vida en la incertidumbre, con el fantasma de un Consejo de guerra, que se presentaba, al menos en los primeros momentos, amenazador y terrible.

La libertad provisional acordada por el Consejo Supremo de la Guerra está para llegar, pero en tanto llega, los soldados de guardia en la puerta del hospital provincial impiden á Uría solazar su tedio en el jardín exterior, en su jardín del Vaticano... Y el caso electoral está por decidir, el caso del hombre que durante más tiempo en España purgó en la cárcel el haber triunfado realmente en unas elecciones...

CONVERSACIONES POLITICAS

LO QUE DICE LABRA

Lo encontré la otra noche en la tienda de Campomanes, en la calle de Uría, de Oviedo. Estaba don Rafael como el pez en el agua. Rodeado de amigos, charla que te charla, reflejándose en su rostro la íntima, la viva, satisfacción del que se halla entre los suyos. Hasta el mozo de la tienda había abandonado sus quehaceres, y apoyando el codo en el mostrador miraba á Labra con los ojos y la boca muy abiertos, embelesado, bebiendo sus palabras. Entraban las mujeres pidiendo cosas, y se iban por donde vinieron, con las manos vacías. El mozo, con tal de no perder la conversación, les decía por signos que allí no tenían nada.

Quedamos conformes en que al día siguiente nos veríamos en su finca de Abuli. Me envió su coche, y á la media hora paraba en la verja del espléndido jardín, donde se crían toda clase de árboles de Europa y de América, haciendo honor á la extraordinaria feracidad para el árbol y para el arbusto de esta tie-

rra de Astúrias. Hay allí de todo: setenta ú ochenta especies distintas. Sólo falta ver ramas rojas, pues existen de todos los colores.

La casa, un verdadero palacio, *palacio de Abuli* se llama, forma el centro de una vasta extensión de bosque, de monte y llano, con su correspondiente caserío. La finca era ya del padre de Labra, un asturiano á machamartillo, enamorado del campo. Y el hijo, D. Rafael, como le designan cariñosamente en toda la provincia, se ha gastado aquí una fortuna.

—Abuli me ha servido de mucho—decíame Labra. —Fué y es el gran consuelo y confortante. Me sirvió durante años, en la época del 70 al 73, y más tarde, en las proximidades de la segunda guerra colonial, y mientras se desarrollaba el triste drama de la pérdida de Cuba, como una patente de patriotismo, y para recobrar la salud física, y hasta moral, quebrantadísimas. Me llamaban á voz en cuello filibustero, traidor, enemigo de España, y el enemigo de España, el traidor, el filibustero, recogíase aquí todos los veranos, en el pedazo de tierra asturiana, donde he vivido y pienso morir, abrazado al suelo de la patria. Abuli hizo de bálsamo de las heridas abiertas en mi corazón, y en él hallé lenitivo á la terrible congoja, á la angustia mortal, del año 98.

De tal modo están mi vida y mi persona identificadas con este terruño, y todos los asturianos lo entienden así y lo proclaman, que en cierta ocasión, y como se corriera la voz por Abuli de que me habían preso, se desarrolló entre los obreros de la vecina fábrica de fusiles el siguiente diálogo:

—Dicen que D. Rafael va á entrar en la cárcel por motivos político-coloniales.

—Quita allá... Eso no puede ser...

—Te digo que es verdad...

—Pues non lo creo...

—Dígote que sí...

—Non lo creo... Cuando prendan á ése ya estará preso el obispo.

En tanto que Labra seguía hablando y me explicaba las tres clases de sidra que aquí hay, y cómo se conoce á los beodos si han bebido sidra ó vino, según están alegres ó foscos, nos sentábamos á la mesa. Su esposa, sus bellas hijas, daban un tono de simpático júbilo á la conversación, que iba y venía de la política á los temas del veraneo y de la vida del campo. El espléndido jardín de Abuli, su pomarada, su vasto bosque, envuelto ahora entre la bruma á causa de la lluvia, divisábanse al través de la galería de cristales, convirtiendo aquello en una mansión encantada. La interview se hizo por sí misma. Bastaba con dejar correr la clara y luminosa fuente de la elocuentísima charla de D. Rafael María de Labra. Su saber y su cultura extraordinarios no necesitan de grandes excitantes para mostrarse en todo su esplendor...

*
* *

No estoy enterado, ni quiero estar enterado de los asuntos de la suprema dirección del partido. Soldado de fila, como tal obedezco á los mandatos del jefe, y muy á mi gusto. Realmente la jefatura de Salmerón

es insustituíble. Es un gran caudillo, el único que podía serlo, por su representación, su carácter, las excelsas condiciones de su talento.

Salmerón es el solo ex presidente de la República y ex presidente de las Cortes que queda. Muertos Castelar y Pi, que le disputaban el primer puesto, hoy nadie está en aptitud de disputárselo, ni por la historia, ni por el saber, ni por la prudencia, ni, en fin, por su bravura para el ataque á las instituciones reinantes. El gran orador, el mayor orador del Parlamento actual, tiene una fe y un optimismo á nada comparables. Ante los reveses de la adversidad, su figura creció, se agigantó, y en el día que todos son triunfos, cuando se levanta á hablar, su cabeza parece que toca al cielo. Yo no conozco á nadie que le supere, ni casi que le iguale, en temperamento de luchador. Jamás se dobla; jamás se abate, y dijérase que la tempestad es la atmósfera que prefiere. Al atacar, las armas de su elocuencia majestuosa suenan á desastre y derrota del enemigo.

Pero si no influyo en poco ni en mucho en cuanto á los negocios de la suprema dirección del partido, y hasta me mantengo alejado de casi toda reunión de representantes en Cortes que se celebra, influyo, sí, todo lo que puedo en la tarea de estimularles á que estudien *cuestiones,* fijando criterio, porque el gobernar no es obra de simple crítica, y gobernaremos muy pronto.

Hay tres cuestiones importantísimas, de viva y palpitante actualidad: el problema internacional, el problema de enseñanza ó educación popular y el

problema social agrario. No desconozco que existen otras, tales como la económica, la religiosa, la del Ejército y la de la Marina, privados de recursos y de organización, etc. Pero las tres primeras son, en mi concepto, las fundamentales, quizás porque á ellas consagro de preferencia mis constantes estudios, escribiendo libros y folletos, pronunciando discursos.

La cuestión internacional es la primera y más grave. Lo fué antes, y durante la guerra de Cuba y Filipinas, y lo es hoy y lo será siempre, mientras no se resuelva de un modo acertado y, en lo posible, definitivo. Quizás el desenlace de la tremenda, dolorosa, contienda colonial no hubiera sido tan aciago de tener nosotros una política internacional, lazos en Europa que significaran algo más que las sencillas, rituales, relaciones de amistad entre pueblos civilizados. Carecimos de orientación, de buen consejo, de defensores, y el resultado final vino á encontrarnos solos en el mundo, á merced de la poderosa República norteamericana, que hizo oficios de Breno con la pobre España.

Necesitamos fijar nuestra posición en el mundo, tomar partido, afirmar nuestra personalidad. Sé bien que todas las alianzas, unas y otras, encierran peligrosos inconvenientes. ¿Con quién nos uniremos, hacia qué parte del mundo europeo caeremos? ¿Del lado de Francia? ¿Del lado de Inglaterra? Y no hablo de Alemania, de la *Tríplice,* porque ni nadie en serio nos lo propuso, ni podemos ser un factor de venganzas ó de amenazas, y, en último término,

de sueños de dominación universal, un nuevo Sacro Imperio, que se levante sobre las ruinas del viejo continente.

¿Con Inglaterra? ¿Con Francia? Todas las simpatías de raza, de ideas, de creencias, y hasta de virtudes y defectos, están con Francia. Ella es el vehículo intelectual por donde viene á este pueblo euroafricano, como diría Costa, la corriente de pensamiento y de actividad del planeta entero. Francia traduce para nosotros á Europa, y América y nosotros traducimos de Francia. Será el vehículo excelente ó tendrá deficiencias, no lo discuto, porque ello es que no tenemos otro, hoy por hoy. Además, los intereses de franceses y españoles en Marruecos son comunes, y deberían solucionarse de mutuo acuerdo.

Ahora es necesario que obremos según los dictados de la razón, y no del sentimiento. Francia es República, y parecía lo natural que al aliarse con España trabajase por nuestra República. Y, sin embargo, todas las señales son—digámoslo con sinceridad y sin asustarnos de la palabra, por cuanto no nos asustamos lo que debíamos del hecho—de que la alianza con Francia significa una garantía, una prenda, del sostenimiento del trono en España. Y entonces, no; entonces no queremos esa alianza, que sería *la segunda parte del Tratado de París,* consagrar el desastre del 98, cerrando todos los caminos á la esperanza.

Nos falta comunicación con el mundo. Por no saber nada de fronteras afuera, ignoramos cómo es y cómo vive Portugal. No vivimos en contacto con la

nación que debía ser nuestra primera hermana y amiga. Un lusitano ilustre me dijo una vez que allá, en Portugal, no conocían á casi ningún hombre político nuestro, y con dificultad á dos ó tres presidentes del Consejo de ministros. Póngase la oración por pasiva: confesemos que igual nos acontece por acá respecto de los portugueses, y el cuadro de la realidad tristísima será completo.

Ignoramos más de lo que fuera nuestra conveniencia lo que pasa en Inglaterra, que es indudablemente el país más libre del mundo, temible por su mano dura y dominadora, admirable por su libertad y civilización.

En tanto que agotamos el tema de los peligros inmensos que nos puede acarrear la amistad interesada de la Gran Bretaña, olvidamos la Historia, y la Historia nos enseña que siempre y en todas las épocas la unión con Francia nos fué fatal, nos acarreó innumerables desdichas.

Discuto, razono, no trato de imponer soluciones que corresponden, cual decía antes, á la suprema dirección del partido. Lo único que afirmo es que á los republicanos nos importa, y aun me atreviera á asegurar que á todos los partidos de España, medir las consecuencias y decidirse de una vez ó con Inglaterra ó con Francia. Así no se puede estar mucho tiempo; así recibiremos todos los golpes, y cuando queramos acordarnos, estaremos respecto de la seguridad interior de nuestra independencia como en 1898.

No es sólo la incomunicación oficial la que nos

ahoga; es también la falta de relaciones estrechas con el mundo intelectual directivo de Europa, imputable á nuestros políticos, á nuestros embajadores, á cuanto constituye la sociedad gobernante. En España abundan, más de lo que la gente cree, los hombres europeos, capaces de parearse con las notabilidades extranjeras. Lo que hay es que una larga educación de aislamiento, una hosca desconfianza, nos hace meternos en nuestro caparazón de tortuga y no asomar la cabeza. Este es un mal inmenso, que nos priva de medios para hacernos valer. Así, todo extraño que recala por aquí, en cualquier orden de la vida que sea, desde la industria al trabajo mental, tiene aire de conquistador. Nos *descubren;* no nos tratan, ni nos conocen...

*
* *

La segunda cuestión en importancia y en gravedad es la de enseñanza. Decir que todo está por hacer es decir poco. No está por hacer, está por empezar. La enseñanza primaria es un desastre, y un desastre también la enseñanza superior, la universitaria. No quiero apuntar la idea de que debieran suprimirse casi todas las Universidades, para que no lluevan sobre mí los anatemas y las protestas.

Lo principal, lo más urgente, es la enseñanza primaria, consagrar grandes cantidades en el presupuesto con destino al problema de los problemas: la educación popular. Lo demás vendrá después. Los Institutos y las Universidades, por precaria que

sea su existencia, pueden esperar mejores tiempos; las escuelas, no, porque las escuelas lo son todo en un país que pretenda ser algún día civilizado.

Elevar la cultura es elevar la fuerza nacional. Seremos más estimados en Europa cuanto más sepamos. De lo contrario, el peso muerto de nuestra historia será capaz de echar á pique la nave de la independencia. La soberanía, dentro de la comunidad civilizada, sólo se goza á título de la ilustración, del adelanto y del progreso, no á título de la ignorancia, del atraso en siglos, de la semibarbarie que padece la masa de la población española.

Además, la enseñanza, difundida, penetrando en las más obscuras capas del suelo y del subsuelo mental de nuestro pueblo ó de cualquier pueblo del mundo, *crea opinión*, hace de los rudos súbditos ciudadanos conscientes y libres, que cuando quieren una cosa la saben imponer.

Saber es querer; el que ignora no quiere nada. En la cuestión religiosa, en la económica, en la militar, en la municipal, en todas, el primer elemento de gobierno es contar con una opinión fuerte, resuelta, sabiendo donde va. Yo tengo una gran confianza en la conciencia pública; creo que es imposible, materialmente imposible, hacer cosas de provecho en un país si su conciencia se encuentra sin formar. España me produce constantemente la impresión de un niño que alarga sus manos al fuego y se quema. La catástrofe colonial nunca se hubiera producido de existir en el alma nacional un criterio, una voluntad. Caímos de tumbo en tumbo por no saber lo que

era la guerra de Cuba y por no saber lo que era la fuerza de los Estados Unidos.

Por tanto, todo es cuestión de enseñanza, de educación popular. ¿De qué sirve tener miles de universitarios muy sapientes, si la masa permanece dormida como en el Mediodía de Italia ó en el imperio ruso? ¿Cómo formar opinión con minorías? ¿Cómo pensar en nada sin ciudadanos? ¿Qué es la escuela, sino el termómetro de la temperatura moral é intelectual de una nación? Yo tengo una gran confianza en la opinión, que si su fuerza no es de efectos inmediatos, á la larga son sorprendentes. Las maravillas de la opinión están escritas con letras de oro en la historia de la raza sajona de Inglaterra y los Estados Unidos.

Ahora mismo tenemos sobre el tapete el problema de la Marina. Nunca, jamás, lo resolverá ningún Gobierno, ni éste, ni el anterior, ni ninguno, mientras no exista opinión. Los ministros son ejecutores de la voluntad de un país. Y la voluntad no se forja, no se provoca con palabras. La lleva ó no dentro de su espíritu la inmensa masa popular, por la acumulación de datos que deposita la enseñanza, la regeneradora educación.

Igual cabe decir de la cuestión económica, del problema del caciquismo, del militar... Los que se dedican á la Hacienda son en España seres excepcionales, poseedores de un filtro prodigioso. Si hubiera opinión no podrían engañarse ni engañarnos, y sus soluciones tendrían la fuerza del sufragio universal, del plebiscito. No hay secretos de arbitrista, de Dul-

ι financiero, capaces de sustituir el poder de cionalidad que quiere y sabe el remedio á sus

*
* *

ercera cuestión de importancia excepcional, ísima, es la social agraria, planteada en térmi- ιy agudos en Andalucía. La propiedad es con- ›ra y adquisitiva. Su influencia ó su predomi- ɔ pueden resultar beneficiosos á condición de · la tendencia excesivamente conservadora. nomento en que se acentúa ese carácter, sur- ɔblemas como el de Irlanda, que han conmo- mundo por el espectáculo de la lucha entre :al y el trabajo, por el cuadro de miserias que aquel proletariado agrícola.

ιndalucía, la cuestión es tan grave, porque ni ero puede vivir con lo que le dan ni el pro-) puede dar más. Por consiguiente, la solu- › está en el jornal; está en un cambio profun- ;ánico, del modo de producir y de poseer. ěrese un momento que en Asturias no hay agrario, y búsquese la razón de este fenóme- :l reparto no atómico, pero sí muy extendi- a propiedad. Aquí todo el mundo tiene algo, ›a de los bienes de la tierra, y no producien- más que un 2 por 100, viven gozosos, satis- millares de seres que apenas conocen de oí- ıambre y la miseria.

ιsturias se practican todos los adelantos de la tura, desde el abono en grandes cantidades

hasta la alternativa de las cosechas. El abono tiene en estas regiones la importancia capital que debe tener. Un refrán asturiano dice, como expresión compendiada de la sabiduría popular:

Dios y el CUCHO *pueen mucho; pero sobre todo el* CUCHO.

El cucho es el estiércol, y por extensión todo abono. Merced á él, la feracidad de estos campos es inagotable. Y luego es incalculable la importancia agrícola y social de la vaca. En Asturias debían levantarle un monumento imperecedero, por ser el primero y el más benéfico de los dioses lares. La vaca es todo en la familia de los astures: ella da la leche con que se alimentan los grandes y la leche con que se amamantan los pequeñuelos; ella labra la tierra y luego la fecunda con su estiércol; ella da calor al hogar, compañía al aldeano; ella, con su esquila y su acompasado andar, presta alegría á los campos; ella, hasta que se muere, es el consuelo de todas las desdichas del pobre, y cuando se muere todavía le sirve con su cuero de abrigo en el lecho... Una costumbre, universalmente practicada, hace que el labrador salude á la vaca que encuentra en su camino, diciendo: «Ayúdela Dios.» Sin esa bendición, el aldeano no se atrevería á pasar adelante; temería una desgracia, un maleficio, el mal de ojo...

Asturias es así por sus instituciones agrícolas, por su división y subdivisión de la propiedad. Pero Asturias es también industrial, minera, y aquí se plantean, como en todas partes, los graves aspectos de la cuestión social.

¡La cuestión social! No comprendo que se defiendan aún por el mundo doctrinas individualistas. No hay individualismo en el mundo, fuera de Spencer, y aun éste mitiga la crudeza de sus teorías con muchas concesiones. La lucha entre individualistas y socialistas es tan arcaica, tan ajena á toda realidad, como en el mundo del Arte la pelea entre el romanticismo y el naturalismo, ó en el mundo de la Ciencia la disputa entre dualistas y monistas. No hay más que deberes del Estado, y el individuo, que se encuentra con una sociedad formada, en la cual procura vivir lo mejor posible, con la mayor suma de justicia posible. El concepto de libertad, según lo entienden los pocos individualistas que quedan, sólo es compatible con la existencia del hombre en las selvas primitivas.

En cuanto á las soluciones, yo distingo, porque debo distinguir, y condenando el programa del colectivismo, entiendo que puede aceptarse todo, ó casi todo el programa de la Asociación general de trabadores, desde la absoluta legitimidad de las huelgas hasta el contrato colectivo del trabajo. Los republicanos no responderán á su misión si no concretan las soluciones al problema social.



El momento actual de la política es muy crítico. No lo es sólo para el Gobierno conservador, sino para el partido liberal. En todos los países del mundo los partidos liberales están disueltos, arruinados,

sin ideas y sin jefatura. Fáltales la finalidad de su función. La libertad fué una protesta que luchó contra el Poder. Conquistada hoy, se advierte la carencia de afirmaciones. Ya Gladstone lo predicaba al hablar de la política *constructiva,* y especialmente en el orden social. Los partidos liberales deben disolverse, es justo y conveniente que se disuelvan en la democracia social, que en nuestra patria tiene por fórmula única, y la más amplia, el republicanismo.

No se nos venga citando ejemplos del Extranjero respecto al socialismo. No es aplicable lo que acaece en Alemania. En Alemania, el socialismo es el único partido radical, avanzado, no sometido á las brutales exigencias del Imperio. Aquí existen los republicanos, y en su credo hallarán satisfacción todas las reivindicaciones de los obreros de la fábrica ó del campo.

Asistiendo á la muerte de los partidos turnantes; llevando en su seno la causa de su irremediable disolución, vegetan, que no viven, los conservadores. ¿Qué será una colectividad que depende de un gesto de Silvela ó de una palabra de Maura? ¿Qué hará Silvela? ¿Qué hará Maura? Y la creencia en sus propios planes y proyectos desvanécese ante esas dos interrogantes. Silvela, lo conozco bien, lo que hará es retirarse de la vida pública. Maura hubiera sido el jefe de los liberales, y aún podría serlo, sin su clericalismo acentuado.

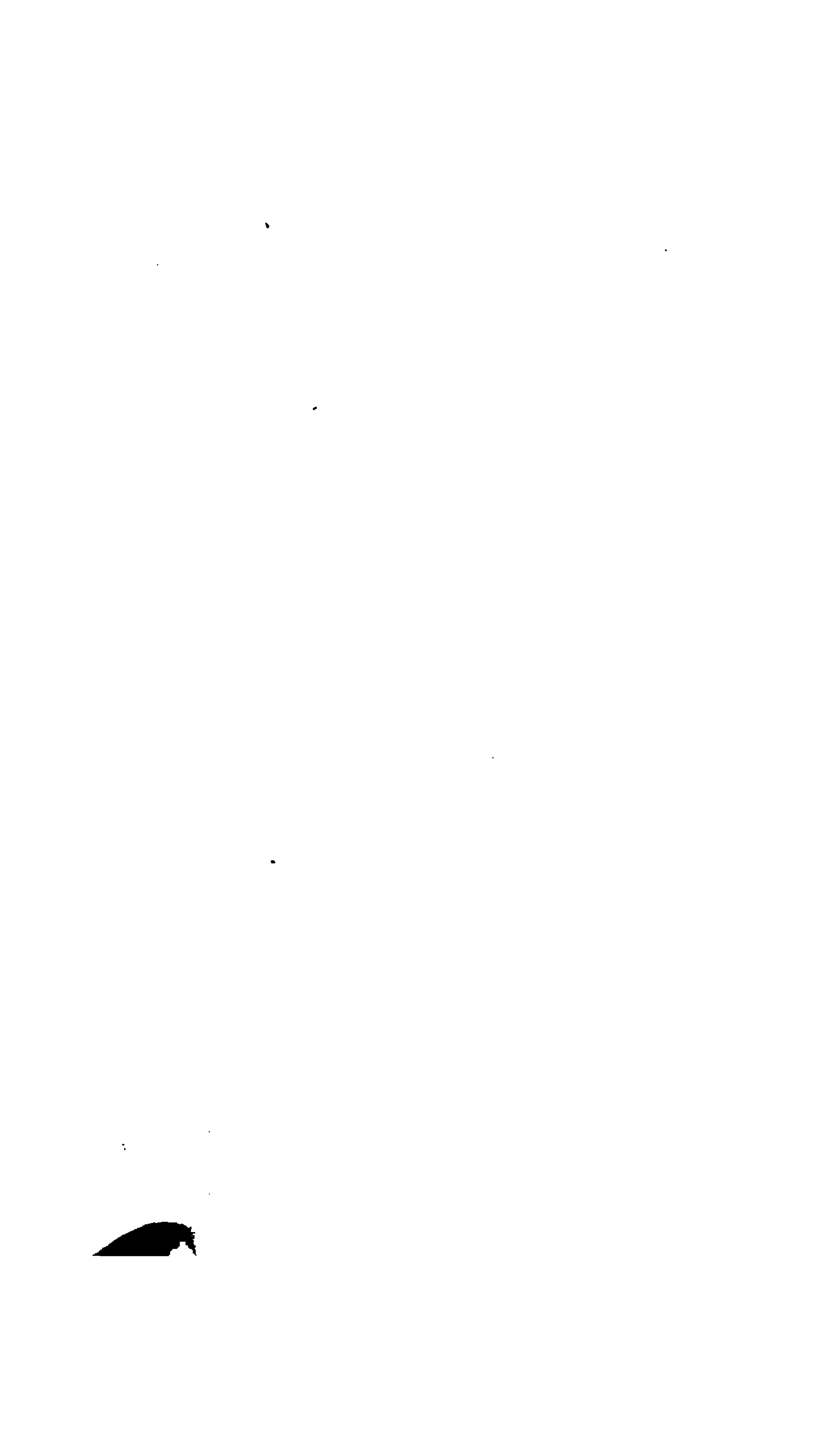
En España cunde más de lo que fuera de desear el ejemplo del insigne Floridablanca, que empezó siendo un revolucionario de su tiempo, el mayor de su tiempo, y acabó, paralizado su espíritu, soñando



en fantasmas. Vuélvase la vista á nuestros hombres públicos; contémplese un instante al orador, al hombre cultísimo, de una cultura extraordinaria, siempre leyendo y estudiando, con vistas á Europa, que se llama Moret, y el caso de Floridablanca se verá repetido, y aun agravado.

Nos están haciendo la cama los monárquicos, como vulgarmente se dice. Sus torpezas, sus desmanes, sus crisis, su agotamiento, como rectores de la cosa pública, trabajan para nosotros. Muerto Sagasta, el único capaz de sostener unas instituciones vacilantes, la República viene á más andar. ¿Cómo? Haciendo irrespirable la atmósfera en que vive la Monarquía, y esto con la propaganda, agitando la opinión, creándola, si fuera necesario, que ya no lo es. Lo demás se nos dará por añadidura. Los principales colaboradores de la República son los extintos, disueltos, aniquilados, partidos gobernantes. A fuerza de mantener un sistema de *irresponsabilidades*, pasando la esponja por todos los desastres, lograron que el país acusara de responsabilidad al régimen.





ASTURIAS

AVILÉS-SALINAS.—UNA MINA BAJO EL MAR

I

Estoy en Santander. Vengo de hacer un viaje rápido pero intenso por Asturias. De tener tiempo les hablaría á ustedes de Gijón, que está llamado á ser uno de los primeros puertos de España con su empuje y una fiebre de crecimiento solamente comparable á la gran urbe Barcelona; les hablaría á ustedes de Oviedo, la ciudad «vetusta» que pintó «Clarín» con caracteres casi inmortales; les hablaría á ustedes del Puerto de Pajares, de Covadonga, de Mieres, de cuanto me han dicho los prohombres políticos, y en especial los republicanos; les hablaría á ustedes del mar y sus arenas que contienen oro en forma de carbón, de riqueza minera...

Pero no, no les hablo de nada de eso. Van á bajar conmigo al fondo de una mina que penetra en el mar. Y antes, de aquello imprescindiblemente nece-

sario, con lo que tropezaremos en el camino: Avilés que es un pueblo de indianos; Salinas que es una playa encantadora y moderna; La Real Compañía Asturiana, que de todo tiene menos de asturiana á no ser el prohombre del consejo de administración, Pidal, quien cobrando pingües sueldos se ayuda á pasar esta triste vida...

A la diferencia que se nota entre el aspecto de la naturaleza en Asturias y Castilla, corresponde otra diferencia característica: la que se refiere á la constitución de sus ayuntamientos, pues que, mientras arriba en las planicies castellanas un solo pueblo forma generalmente un municipio, bastante numeroso, aquí se reunen dos ó tres villas, treinta lugares y multitud de caseríos para componerlo, alcanzando entre todos la cifra que allí suman un par de poblaciones regulares. Por esto mismo, no solo la configuración del suelo, sino la distribución de las viviendas, ofrece completo contraste. A las villas expuestas al claro cielo y al tórrido sol de las llanuras, oteros y páramos, suceden aquí las que se dilatan bajo brumoso horizonte, por las frescas y sombreadas vegas, en las orillas de los ríos y á lo largo de las carreteras; y á las despobladas cuestas y monotonas cordilleras, cortadas casi todas al mismo nivel, opónense aquí montes, colinas, agüerías y vallecitos sin cuento, en cuyas pendientes verdes, en cuyas cimas y entre cuyos repliegues parece que brotan las barriadas, los grupitos de viviendas y los caseríos más ó menos aislados, que hacen de las pintorescas vegas asturianas un solo y continuado pueblo. Aspera, mo-

notona y severa es aquella tierra de Castilla y risueña, suave y pintoresca la de Asturias. Sin embargo, la Naturaleza, que todo lo reparte equitativamente al parecer, hace que en los llanos poco estétitos de las mesetas del Carrión, del Pisuerga y del Duero se cojan grandes y ricas cosechas de trigo y de vino, y que aquí en las hondonadas del Caudal, del Nalón, del Navia, y del Sella sólo brote el humilde alimento de la escanda, del maíz y del castaño. Así están, pues, repartidas como siempre, la pintura y la poesía por un lado y el pan y la prosa por otro. El progreso, sin embargo, la industria con su poderoso impulso, y las vías férreas, con sus fraternales é igualitarias tendencias, han unido á ambas regiones, dando gran movimiento y riqueza á Asturias y modificando poco á poco, el estado rutinario de Castilla.

He vuelto á repasar el Puerto de Pajares, la grandiosísima fábrica de este ferrocarril de titanes. Desde Puente de los Fierros, suceden á las inclinadas gargantas de la sierra, los vallecitos, muy estrechos primero, más amplios después, y un tanto llanos y anchurosos en cuanto se penetra hacia los caudalosos ríos. Después de Puente los Fierros, se cruzan ochenta y tantos túneles en serie continua. ¡La travesía por los túneles produce el efecto de asfixia, de envenenamiento. Sale uno de allí con la cabeza mareada, la cara y las manos negras.

La Perruca, á 3.065 metros sobre el nivel del mar, hasta la estación de Puente los Fierros, á unos cuantos centenares de metros sobre el nivel del mar. Tal es la continuada cadena de montañas que se atra-

viesan en ferrocarril. La línea de Asturias ha debido y deberá siempre su fama á las titánicas obras que se han ejecutado para vencer las dificultades colosales del paso de la gran cordillera, á que da nombre al pueblecito de Pajares. En su descenso ocurre lo que en todos los de la gran divisoria del Pirineo cantábrico, unido por el Mediodía á las elevadas mesetas castellanas por suave declive, y por el Norte á las oceánicas playas por rápidas y espantosas laderas y accidentadísimo suelo. En el trayecto leonés-asturiano, trátase de bajar con la suave pendiente del dos, en su máximun, desde el alto de Busdongo y boca S. del túnel de la Perruca, á la estación de Puente los Fierros, situada á 768 metros más abajo. La carretera de Pajares, venciendo grandes y peligrosas rampas, salva esa altura con una línea de unos 18 kilómetros. El ferrocarril, en su difícil y admirable trazado, une ambos puntos con una vía de cuarenta y cuatro kilómetros, es decir, que el recorrido es dos veces y media más largo.

No puede darse el lector una idea de la gran campaña de penosos estudios de campo y de gabinete, de los variados proyectos y del caudal de talento, de actividad y de perseverancia que han sido necesarios, para abrir la gran vía por la que hoy circulan con toda comodidad los viajeros, sin apercibirse apenas de los detalles del terreno por donde pasan. Casi todo el ferrocarril es subterráneo. Sin embargo, en los claros, al mirar hacia el Poniente, no podrán menos los viajeros de admirarse del bonito cuadro que la naturaleza ofrece, en estos profundos valles,



que forman la estrecha cuenca del Pajares y de sus diversos afluentes. ¡Lástima grande, que tanto aquí, como en Galicia, no pueda el curioso disfrutar de la contemplación detenida de las grandes obras que se han realizado en la vía, de los gigantescos trabajos y de los bellísimos panoramas que en mil puntos distintos se presentan! Grato recuerdo de ellos conservan cuantos han recorrido estas grandes cordilleras, estas cuencas profundas, estos afamados puertos y estos escondidos pueblecitos, cuyos detalles pasarán desde hoy ignorados para el mundo que los atraviesa en alas del vapor...

II

Mi amigo Posada catedrático de Derecho Político en Oviedo, me esperaba en la estación de Avilés.

Avilés es un pueblo de «indianos», muy ricos, habitantes de buenas casas, pero por lo mismo es un pueblo casi muerto. Los indianos, personas excelentes pero sin duda cansados de trabajar, sólo se preocupan de cortar y cobrar el cupón. Su pereza é indolencia es tanta que ni siquiera se toman la molestia de ir á Oviedo al principio de cada trimestre, en 1.º de Enero, en 1.º de Abril, en 1.º de Julio y en 1.º de Octubre. Se quedan quietecitos y tranquilos en sus hoteles y envían á Oviedo, al cobro del cupón á una mujer que se llama de apodo la «Salubia». A la Salubia se reduce todo el orbe terráqueo de los apre-

ciables indianos. Que vuelva la Salubia cargada de dinero y ellos son felices. El día de la muerte de la Salubia será para los indianos, algo así como una revolución.

Posada y yo nos metemos por las calles tranquilas, muertas de Avilés, entre cuyos pedruscos crece la hierba. Vamos directamente al Ayuntamiento de Avilés, nos enseñan el «Fuero» conservado admirablemente en un tubo de hoja de lata. El Fuero ó la carta Puebla es de tiempos de Alfonso VII el Emperador, en 1155. Algunos suponen que es apócrifo. Era lo único que nos faltaba. Todo muerto en este pueblo hasta la leyenda.

Del Ayuntamiento nos vamos á una Iglesia en construcción. Allí está el Marqués de Teverga. Nos habla del partido liberal, de lo unido que está para la pelea próxima aunque el jefe no parece por parte alguna. Sonreímos, damos de mano á la interview con que nos brinda el bueno y simpático ex ministro y á escape al Parque, buscando el tranvía que nos lleve de Avilés á Salinas, del pueblo de indianos casi muerto á la playa moderna viva y deslumbrante de animación y belleza.

La duna que desde Avilés á Salinas se distingue desde el tranvía, es enteramente semejante á la de Holanda. En riqueza de vegetación no sólo la iguala sino que la aventaja. Díjerase que esta feracísima tierra quiere probar que no hay otra Asturias en España ni aun en Europa. Todo se debe á la lluvia y al abono.

Dejando aparte digresiones, sepan ustedes que lle-



gamos al cuarto de hora de la salida de Avilés, á la playa y pueblo veraniego de Salinas. Una porción de casitas y casas con su balconada que recuerda á Suiza, se extienden á la orilla del mar. Son moradas coquetas y algunas hasta elegantes y lujosas. Se vive allí bien. Invitan á quedarse en su paz, calma, aislamiento para escribir un libro.

Comemos rápidamente. Al tomar el café vienen por nosotros el ingeniero Ureña, un hermano de Posada, mi compañero Castillejo. Y todos juntos nos dirigimos á la mina de Arnao, que está «debajo del mar».

III

El pobre Luis Villate, hijo del general Valmaseda me habló mucho de esta mina. Villate, poco antes de morir de repente, traidoramente en Gijón, me escribía invitándome á ver la mina de Arnao. Así que en cuanto llegué á Salinas, lo primero que hice fué preguntar por la mina de Arnao que está «debajo del mar».

Pedimos permiso y otorgado—á muy pocos lo conceden—nos dispusimos á bajar, no quería nadie más que yo. Posada, su hermano, Castillejo y Ureña, se quedaron arriba, unos por haber visto el espectáculo, otros por no decidirse á verlo.

Los preparativos son terribles. Me quité toda la ropa que llevaba y el director de la mina, D. Julio

Monreal, mi acompañante de excursión y descenso, hizo lo propio. Y una vez desnudos, desposeyéndonos incluso de las prendas más íntimas, nos endosamos otro traje adecuado á las circunstancias. Blusa azul de minero, pantalón azul de minero, camisa basta de percal, y completando nuestra indumentaria, una boina á la cabeza y en los hombros una carrick ó capa corta. El ingeniero Sr. Monreal se puso unas botas altas de montar, yo unos zapatones de campo, con suela de cáñamo.—¡Ea, al avío!

El Sr. Monreal parecía un minero de verdad. El traje le sentaba á las mil maravillas, como hecho á la medida. Yo estaba fusilable. Me sobraban pantalones y mangas por todas partes. El difunto era mayor. En cambio la camisa me venía estrecha, reventando en el cuello y en los puños. Pero no había sino resignarse á aquel disfraz, so pena de no ver la mina. ¡Ea, al avío!

Nos dieron á cada uno un candil de aceite, que apestaba, que despedía humo infernal. Yo no acertaba á colocar el candil. Varias veces estuve á punto de prender fuego á mi compañero. El candil me ofendía el olfato, la vista y hasta el tacto. Me hubiera retratado de buena gana. El falso minero, que era yo, de seguro que haría reir en una fotografía.

Al entrar en el ascensor, por donde se baja y se sube á la mina, me dí un coscorrón en el techo. Aquello empezaba mal, con pésimo augurio. ¿Qué sería en el fondo, en las profundidades de la mina, debajo del mar? Ya me veía dando tropezones, cayendo y levantándome, rodando por el pozo ó el



plano inclinado. La sensación de vacío que causa el ascensor al bajar, es de las impresiones imborrables, permanentes, duraderas. Y luego, al minuto, las tinieblas se hicieron espesísimas. Estábamos en el centro de la tierra. Me acordaba, sin querer, de los delirios semi-científicos, semi-novelescos, de Julio Verne.

Bajando por un plano inclinado, ¡y tan inclinado!, agarrándome á las paredes, sudando la gota gorda, recibiendo en la cara gotas de lluvia del techo de carbón, medio ciego y del todo turulato, me sorprendió de pronto una inscripción á la derecha, en un agujero de la galería. Me detuve, y á la luz del candil leí lo siguiente:

«En 24 de Agosto de 1858 llegaron con ánimo jovial y resuelto á este lugar profundo y submarino, no visitado antes por mujer alguna, S. M. la Reina Isabel II y su augusto esposo D. Francisco.»

Eso del ánimo jovial y resuelto me pareció una adulación cortesana. Allí se podrá llegar resignado ó si acaso medio vencido el miedo por la curiosidad, ¡pero jovialmente! Sólo le pasan á los reyes tales cosas. Bien es verdad que á la Reina Isabel la bajarían probablemente en brazos, robustos obreros.

Mi compañero de descenso, el Sr. Monreal, me explicaba los orígenes y desarrollo de la mina. Comenzó la explotación carbonífera el año 38. Todavía vive uno de los fundadores de la Real Compañía Asturiana, el belga D. Julio Hauzeur. Los demás todos han muerto, después de enriquecerse con la prodigiosa

mina, digna de un cuento de las *Mil y una noches*.

Hoy la explotan los herederos y sucesores de aquellos belgas, belgas ellos también, que excepción hecha de uno ó dos, jamás vinieron por aquí. La explotan belgas, con máquinas belgas, pero la dirigen técnicamente dos españoles: el ingeniero D. Julio Monreal, director de la mina, y el ingeniero D. Pedro Pascual de Uhagón, director de la dependencia.

Continuamos bajando, bajando á la mina. Primero descendimos á lo que se llama el enganche inferior. Después fuimos hasta la máquina de extracción de 45 caballos de fuerza. Después bajamos por el plano inclinado «nuevo» hasta menos 155 metros. ¡155 metros bajo el mar en vertical! Allí estábamos como sepultados, sumidos en las honduras del Océano. Por arriba van los barcos y los peces. Por arriba se desencadenan tempestades, en tanto que allá abajo no se siente ni el rumor de las olas.

Subimos luego al nivel menos 103; pasamos el plano viejo hasta la placa de Isabel II; subimos otra vez hasta el enganche contemplando el freno automotor, y regresamos, en fin, á la boca de la mina. Los cientos de operarios no hacían ruido alguno. Se necesitaba llegar hasta lo más negro del abismo para percibir unas sombras que iban y venían, mineros arrastrando vagonetas de carbón, sin decir una palabra, sin mirarnos, despreciándonos. Veíase bien claro el efecto de la mina que mata el alma, que la impregna de aquellas espesas tinieblas sólo iluminadas por la luz tenue, fumosa, infecta del candil.

250 operarios arrancando diariamente carbón, re-

novándose por mitad, trabajando de día y de noche, producen 60.000 toneladas al año. Así se comprende que esta mina provea á la fábrica de zinc de Arnao y á las demás dependencias de la Compañía Real Asturiana: una fábrica de plomo, minio, albayalde de Rentería: las minas de calamina de Reocin (Santander) y además las minas de Comillas, de la Carolina, de...

El ingeniero Sr. Monreal, á preguntas mías, me explicaba con gran claridad las dos teorías de la formación del carbón: la teoría del acarreo y la de las aíces muertas de árboles seculares desprendidas de us troncos. Allá, siglos, muchos siglos atrás, en los randes períodos carboníferos, debió haber colosales rastres de bosques. Y citaba autores y autores. Me ecomendaba la instructiva lectura de la notabilísia Geología de Lappasent.

Yo no lo oía apenas. Estaba mirando una cabeza e rocín que se dibujaba fantásticamente en la paed allá abajo y á la luz de varios candiles oscilantes e mineros. Y se me representó el caballo de «Germinal», el inteligente caballo que valía por una perona ó por varias personas, tal era su talento, su revisión, su prudencia. El caballo de «Germinal», mbolo del sufrimiento en este trabajo de topos, no e hombres, de la mina. El caballo de «Germinal» ıbiendo y bajando por el ascensor en el que no se a abolido el miedo á pesar de la costumbre. El aballo de «Germinal» que trabaja con centenaes ó miles de seres conscientes, mientras los dueos huelgan, allá en el extranjero.

¿Cómo no ha de sentir miedo el caballo de «Germinal»? Los fuegos son frecuentes, el carbón arde espontáneamente. Hace poco hubo un incendio tan colosal, que tuvieron que inundar la mina de agua. Y yo me representaba lo que serían aquellas galerías ardiendo en llamas, enterrando quemados vivos á los obreros. Y yo me representaba lo que sería el aire irrespirable del incendio respirando el viento mefítico, saturado de miasmas humanos de las galerías de retorno. El aire viene por allí como una bocanada de peste, como una cloaca que respirase. ¡Pobres mineros!

Y ellos los mineros acostumbrados al tormento en vida, al sepulcro en vida de la mina, apenas sienten el inmenso dolor de su infortunio. De vez en cuando plantean una huelga y la ganan ó la pierden, á menudo la pierden, para volver á bajar al pozo más resignados que antes, más miserables que antes. No se quejan. En ellos se ha abolido hasta el sentimiento de sus propias desdichas. Máquinas humanas, máquinas negras buscan en el alcohol el consuelo á sus males. Si el alcohol apresura la muerte, mejor que mejor. ¿Qué más da dormir cuatro metros bajo tierra que vivir 300 metros bajo tierra y bajo el mar? La sensación de la protesta es como el incendio del carbón. Surge espontáneamente en agitaciones catastróficas cuando menos se piensa. En tanto son hileras de hormigas que el capital aplasta. Se separan un momento de las víctimas y siguen arrastrando vagonetas, picando el carbón... ¡Pobres mineros!



IV

La riqueza minera asturiana es tan cierta como legendaria; clásicos latinos ponderan el subsuelo de esta provincia y llaman «amarillos» á los astures enriquecidos con yacimientos de oro. Ya Felipe II otorgó á su célebre arquitecto Herrera el beneficio de minas de cobre y plomo en Asturias durante treinta años; y por el estilo hay noticias de concesiones y explotaciones de minas de todas clases, entre ellas de «mineral azul» á partir de una Real cédula de 1569.

Después, la explotación minera empieza en el último tercio del siglo XVIII, no al azar, sino dirigida por ilustres personalidades. A Casal, Toreno, P. Buenaga, Galeoti y á los primeros miembros de la Sociedad Económica de Asturias—á la cabeza de ellos el insigne Jovellanos, 1781, 1791—se debe el impulso que tomaron tales trabajos, con grandes esperanzas entonces, que hoy son venturosas realidades, para cambiar el modo de ser del antiguo Principado de Asturias.

Justo es confesar que el empuje nos vino de afuera, de algunos beneméritos extranjeros, que supieron inclinar iniciativas y capitales al desarrollo de la minería asturiana, atraídos por la riqueza hullera y de otras substancias metálicas y lapídeas, que se

encerraban en el seno pródigo de la bella «Suiza española».

Uno de estos iniciadores, de perdurable recordación, fué el docto francés, ingeniero de minas y geólogo D. Adriano Paillette, que vino á Asturias en 1839 y dirigió con sumo acierto labores de carbón en Llanera, Langreo, Mieres y Lena. También en buen hora, vino por entonces á la provincia el sabio alemán, después asturiano adoptivo D. Guillermo Schulz, la gran figura en el progreso y desarrollo modernos de la minería é industria de Asturias. Todos los días y á todas horas se recuerda en este país el nombre venerado de este insigne ingeniero á quien se debe por justicia indiscutible monumento de perenne gratitud. Nació cerca de Hesse Cassel, en 1800, donde dirigía unas minas su laborioso padre, y á esta circunstancia debió su inclinación á los trabajos mineros, en cuya historia está escrito su nombre con indelebles caracteres de oro. Fué alumno sobresaliente de la Universidad de Gotinga para ser ingeniero de minas, haciendo la práctica en explotaciones y fábricas de aquel pueblo, en Harz y Sajonia. Vino á España en 1826 para investigación y direcciones mineras en las Alpujarras y terminado su compromiso emprendió provechosos viajes por regiones industriales de España, Francia y Alemania, cuando ya sonaban su nombre y pericia por nuestra nación, y muchos industriales y mineros pensaban en él para acometer diferentes empresas. El memorable director general de minas Sr. Elluyar le consultó en 1830 para la nueva legislación del

amo en España, dándole además especiales comiiones para utilizar sus iniciativas en nuestro país, o que fué origen de nuevos estudios y trabajos del Sr. Schulz por naciones del centro de Europa con as consiguientes luminosas Memorias que consoliłaron su reputación.

Sus obras fueron muchas y asturianas principalnente; la más importante es la «Descripción Geológica de Asturias», que rasgó de un solo golpe la nie-la espesa que envolvía el génesis de estas monañas. En la Universidad Ovetense hay una galería le celebridades asturianas y con toda justicia allí stá, en sitio preferente, el retrato del inolvidable D. Guillermo Schulz.

V

El terreno carbonífero en Asturias es tanto, que Schulz, al estudiarlo, lo divide en varias regiones: caliza carbonera del Oeste; caliza carbonífera del Este de Asturias y terreno carbonífero del centro. Ponga y Amieva; Parres, Piloña, Caso y Sobrescobio, dan elementos industriales prodigiosos.

Se necesita tener el libro de Schulz delante para formarse una idea de lo que es esta riqueza. El resumen de los apéndices nos lo dirá en breves términos: en 31 de Diciembre de 1899 existían en esta provincia 1.894 concesiones con 58.372 pertenencias y 340 demasías en ellas comprendidas, representando

una superficie horizontal de 76.465 hectáreas. En 1.º de Enero de 1899 existían 1.822 concesiones con 54.804 pertenencias y 340 demasías, representando en junto una superficie horizontal de 72.908 hectáreas y 41 áreas; de lo cual resulta un aumento para 1899 de 72 concesiones con 3.568 pertenencias, equivalentes á 3.557 hectáreas. Eso en un año. Ahora, calcúlese lo que habrá aumentado del 99 acá, en los años en que vino el oro, el capital de América, en proporciones tremendas.

En el ramo de laboreo ascendió en 1899 el valor total de los minerales á boca-mina á 14.470.828 pesetas contra trece millones 43.673 que alcanzaron en 1898; resultando á favor del año 1899 un aumento de un millón 427.155 pesetas, el cual se debe, casi en su totalidad, al alza que experimentó la producción carbonera.

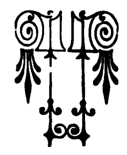
Representaron en 1899 en el ramo de beneficio los productos metalúrgicos, al pie de la fábrica, el valor de 18.226.085 pesetas contra 16.762.233 que alcanzó en el año anterior, resultando á favor de 1899 un aumento de 1.463.852 pesetas, debiéndose principalmente á los precios más elevados que alcanzaron el hierro laminado, alambres, puntas de París y el azogue.

En total, el valor de los productos mineros y metalúrgicos de Asturias en 1899 tuvo un aumento de 2.891.007 pesetas respecto de 1898.

En esto pensaba yo, cuando notamos que se nos iba el tranvía, que perdíamos el tranvía de Salinas á Avilés, en el cual forzosamente tenía que regresar



para coger el tren que me devolviese á Oviedo.— No lo alcanzamos por mucho que corrimos. Y á pie Posada y yo llegamos á Avilés, sudorosos y fatigados, más fatigado y sudoroso yo que una hora antes al bajar á la mina, en las profundidades del mar. Aquella desatentada carrera era como un símbolo del carácter español. Tiene á su alcance las cosas y siempre llega tarde á tomarlas. A no ser que un extranjero le enseñe el camino como el de las minas de Asturias enseñó el sabio Schulz, asturiano adoptivo...



CONVERSACIONES POLITICAS

LO QUE DICE MELQUIADES ALVAREZ

A todos los que le preguntaban, y á mí mismo, cuando le interrogué, contestaba que no sabía nada, que no tenía nada que decir. Y al insistir yo, replicó: «Ya ha hablado el maestro; ya ha oído usted á Azcárate.» No le sirvió de cosa alguna su plausible excusa, y contra su tenacidad de silencioso estaba mi terquedad de confesor veraniego de políticos ilustres. Con lo que me dijo, que fué mucho y bueno, no se podría componer una interview, según los cánones rituales de este género de trabajos, y en cambio se podrían escribir varios artículos.

Así es que no sabía yo cómo empezar mi artículo, y una tarde, encontrándome acompañado de mi antiguo amigo y condiscípulo el catedrático Sela, en la Universidad de Oviedo, de pronto se me apareció, hecha de una pieza, la interview, con un método y orden antes no conseguido. Lo atribuyo al estado de mi espíritu en aquel momento, al medio ambiente de luz, de claridad, que obraba poderosamente en

mí. Allí, en el salón rojo con dosel y profusión de retratos, veía yo las figuras de Campomanes, de Jovellanos, de Argüelles *el Divino*, del marqués de Santa Cruz de Marcenado, del primer marqués de Pidal y el primer conde de Toreno, de Posada Herrera, de fray Ceferino González, de Campoamor, del hacendista Mon, del general San Miguel, de Caveda (precursor ilustre del Instituto del Trabajo), de Pedregal, del Padre Feijóo, de Leopoldo Alas y, presidiéndolos á todos la cabeza del gran inquisidor de Felipe II, fundador de esta Escuela, gracias á la que se conserva en el mundo la fama intelectual de España y se renuevan las glorias de la antigua Salamanca.

La variedad y riqueza mental que denunciaban aquellos retratos, probando que Asturias caminó siempre á la vanguardia en la obra de cultura y buen gobierno de España, me sobrecogía de admiración, me dejaba atónito y suspenso, mudo de respeto. Pero al propio tiempo sentía la misteriosa influencia de la ponderación de espíritu, del orden en el pensar, que emana de tan insignes varones. Y reflexionaba yo que el que se formó á la vida de la cátedra, de la política y del Parlamento en esta Escuela, tenía que llevar impreso en su alma un poco de cada uno, y si aquéllos le incitaban á ser moderado, templadísimo y gubernamental en todas sus manifestaciones, éstos le conducían por fuerza á sanos, intensos, radicalismos. Campomanes y Jovellanos y Flórez Estrada y tantos otros que en el salón rojo se ven, no fueron precisamente hombres de ideas con-

servadoras; fueron todo lo contrario: *precursores de la Revolución...*

*
* *

Habla Melquiades Álvarez, y empieza por decir cosas substanciosas:

—La crisis última tiene sobre todos los defectos no para nosotros los republicanos, sino para los monárquicos, uno grave, gravísimo. Los conservadores, no obstante sus convicciones y hasta sus temperamentos cortesanos, han dejado completamente al descubierto á la Monarquía. La quisieron servir, complacer, y la han hecho el mayor y más inconcebible deservicio del mundo. Si su propósito era solucionar la crisis como al fin la han solucionado, debieron ser más cautos y prudentes, no provocar aquella votación nutrida á favor de Maura y de Silvela que ratificaba todo su programa, todo el discurso de la Corona, todos los discursos magníficamente elocuentes del anterior ministro de la Gobernación.

La cosa no puede ser más evidente, y parece mentira que no hayan caído en ella monárquicos y dinásticos tan fervientes. ¿Qué se proponían los jefes del tinglado ministerial? ¿Retirarse de la escena, mudar de decoración, que el traspunte facilitase la salida á las tablas del Sr. Villaverde? Pues entonces la lógica, la prudencia, la menor de las previsiones, aconsejaban producir de algún modo un acto parlamentario, discurso ó voto, prefiriendo el voto al discurso, con el que mostrar al país que una par-

te considerable ó no de la mayoría pensaba y quería con el presidente del Congreso y contra Maura y Silvela. Desde el instante en que eso no aconteció presentándose la mayoría compacta, nutrida, *una* y totalmente al lado de los que predicaban la construcción de la escuadra, el olvido, al menos momentáneo, de la política de nivelación y demás motivos públicos, no digo secretos, del disentimiento con Villaverde, lo constitucional, lo parlamentario, era que el Gabinete continuase conforme estaba organizado ó con leves mudanzas de personas, no de *leaders*.

La crisis estalló, sin embargo; las Cortes no la provocaron, no la quisieron; Maura y Silvela no la prepararon... ¿Quién puede evitar que todo el mundo crea que la iniciativa de esa solución viene de más altas esferas, de esferas extraparlamentarias? ¿Quién es capaz de impedir que todo el mundo vea la intervención del Poder real en el sorprendente desenlace? ¿Quién no conviene en que los monárquicos, por cubrirse ellos, han dejado al descubierto al Rey? Esa es la conducta de los que temen el triunfo de los republicanos en las elecciones y no temen su triunfo en la conciencia nacional por el espectáculo de semejantes crisis. Más republicanos, más enemigos del régimen, ha hecho esa crisis que toda una larga propaganda nuestra...



Pero, en fin, todavía los actuales gobernantes podrán hacerse perdonar, en parte, sus yerros realizan-

do cosas buenas, útiles al país. Los presupuestos aguardan, y en ellos cabe introducir serias, hondas, reformas. Del ministro de Agricultura, del Sr. Gasset, ya sabemos que presentará un proyecto nuevo, un plan de medidas renovadoras, obedeciendo á sus compromisos. Pero de los demás ministros ¿qué sabemos? ¿Dónde están sus programas, sus iniciativas, sus compromisos anteriores ó sus promesas presentes? ¿Qué hay de nuevo, de beneficioso, en la materia fundamental, *primordial,* de la enseñanza? ¿Cuál va á ser el presupuesto de Instrucción pública, las reformas de Instrucción pública?

Se ha llevado á ese ministerio á una persona excelente y digna, que hubiera hecho, sin duda alguna, un estimable ministro de Gracia y Justicia. ¿Por qué llevarlo á Instrucción pública? ¿Qué significa allí? ¿El retroceso reaccionario? ¿El *statu quo* ó la inacción? Pues ello equivale á ocupar mal el primer departamento del Gobierno de una nación ó dejarlo vacante. No sé qué será peor á la hora que es, cuando llevamos siglos de atraso en materia de enseñanza.

Repárese que tal conducta de desdén á los asuntos graves de la educación nacional no se explica en el Sr. Villaverde. Se opuso éste, sí, en su discurso ante las mayorías parlamentarias reunidas y en su discurso desde la presidencia del Congreso, al tomar posesión del cargo el 18 de Junio, al aumento de gastos por impaciencias reprensibles y *excesivas* en cuanto á la restauración del poder naval, á la Marina. Pero en cambio afirmó Villaverde que era justo

y necesario aumentar los gastos reproductivos de la enseñanza. ¡Y luego, al hacer efectivas sus palabras, deja vacante el ministerio de Instrucción pública, ó envía á él á quien carece de planes, de propósitos!

Falta la continuidad de la obra. Con tanto mudar de ministros y de planes, en un eterno tejer y destejer, es absolutamente imposible tener una sombra de educación nacional. El ministerio de Instrucción pública debía ser un ministerio *técnico*, inconmovible á las mudanzas de los partidos, ó, por lo menos, debía existir una Dirección general *técnica*, asistida de un Consejo de sabios profesores, tales como Giner, Azcárate, Cajal, Menéndez Pelayo... Estos, además de sus consejos, prestarían el inmenso servicio de infundir en el ánimo ministerial el amor á la reforma pedagógica, que es toda la cuestión de España, el problema del presente y del porvenir...

España, por culpa de los Gobiernos monárquicos, es el país más inculto de Europa, el que menos gasta en instrucción. De ahí males sin cuento, y no son los menos los que se originan con las exageraciones y las exaltaciones de los obreros, que no por sus demandas reivindicadoras en lo que tienen de justas, sino por su ineducación, constituyen un peligro permanente para la paz social.

Yo dije en las Cortes, en uno de mis primeros discursos, que la enseñanza oficial, que el profesorado oficial, eran una pura desdicha, salvo, contadas insignes excepciones. Y me ratifico en ello, no obstante que Nocedal y otros me lo echaron en cara, suponiendo que yo injuriaba á mis compañeros los cate-

dráticos. No; el profesorado oficial es malo, pero no tiene la culpa de serlo. Y aun siendo como es, resulta harto mejor que el personal docente congregacionista, que los jesuítas especialmente. El profesorado laico, el del Estado, vive sin recursos, pobre, miserablemente, ó sucumbiendo á la necesidad, ó forzado á dedicarse á otras cosas; los jesuítas viven administrando un caudal social pingüe, saneado, en constante producción. ¡Y el Estado no hace nada, se cruza de brazos! ¡Y es el Sr. Villaverde, regenerador de España, quien lo olvida y desatiende!



La República viene; la República será un hecho pronto en España. ¿Cómo? ¿Por qué? La República viene, convenciendo al país de que somos *un personal gobernante,* inspirándole confianza, convertida en la única solución nacional.

Yo no soy conservador, ni existe aquí ni fuera de aquí un republicanismo conservador. Basta llamarse republicano para rechazar ese epíteto. Soy *un gubernamental,* que quiere aplicar á cada momento de la historia de su país las soluciones que las circunstancias impongan y en la medida en que sean posibles, eficaces y duraderas. En este sentido nadie puede afirmar que no será lo que soy y como lo soy, á menos que sacrifique la vida de la República á sus personales opiniones é intereses.

Tengo un gran concepto de la autoridad; siento la necesidad vivísima de defender la República con-

tra todos sus enemigos, vengan de donde v
incluso con represiones sangrientas. El qu
crea así, y por escrúpulos de partido ó de ide
sucumbir el nuevo régimen, no sólo no serí
blicano, sino tampoco español, tampoco patr
patriotismo va unido estrechamente á la cc
ción, á toda costa de la República. Detrás de
tente está en un futuro muy cercano el r
nuestro, como solución nacional y salvadora.
nosotros fracasáramos, si nosotros fuéramos
dos, ¿detrás qué habría? ¿Quién iba á venir á
nos que no nos gobernara á expensas de la in
dencia española? ¿Sucumbe la Monarquía?
porta, porque queda la República y la patria
recibiría con los brazos abiertos. Pero, ¡ah!
otros pereciéramos...

Necesitamos inspirar confianza absoluta, p
pueblo español. Atraer á la clase media y n
el primer capítulo de nuestro programa. Des
Ejército se pondrá á nuestro lado, defendiend
quiere la conciencia pública, los intereses pe
tes de todos.

Y necesitamos combatir todas las exage
como la federal. Nada de cantones, nada de
revolucionarias, deponiéndose unas á otras
de desorden é indisciplina. Actuar desde e
día, desde el instante de ser proclamada la R
ca, como si toda la vida hubiéramos sido G
con la mano firme, resuelta y consciente de
director de pueblos, no dirigido por ellos

Yo no me asusto del radicalismo en los



cuando llegue su hora y esté afianzada la República. Lo que me asustan son los radicalismos de palabras, que perturban el orden é incitan á la sublevación contra los republicanos. ¡El radicalismo en los hechos! Ahí está Waldeck-Rousseau, un moderado, un gubernamental, que á su tiempo debido, y como garantía de vida para la clase neutra y media, hizo votar soluciones radicales en la cuestión social y en la cuestión religiosa. El no fué un romántico ni un lírico, que se contenta con declaraciones; tampoco fué un sectario. Precisamente su sentido conservador dió realidad á lo que no hubiera podido darla un radical profesional.

***

Y hablemos de la alianza entre socialistas y republicanos. Mi pensamiento acerca de este punto no necesito repetirlo; vivo está en discursos y propagandas, por ser míos modestos, pero reiterados y constantes. Hace años que recordé, que procuré estampar en la mente de los que me criticaban ó combatían, las ideas de Engels, el San Pablo del socialismo, cuando decía que al amparo de la República pueden y deben hacerse todas las reformas sociales, porque la República es como la *dictadura del proletariado,* en favor del proletariado.

Odio el colectivismo. La concepción de Karl Marx, que como crítica del régimen social presente me parece admirable, no resulta así como idea constructora de un nuevo sistema. Además, los hechos y los libros

lo dicen: el concepto catastrófico de Marx ha hecho su tiempo, está desacreditado, va desapareciendo, por fortuna, del mundo. Siempre prediqué que los socialistas estaban interesados en venir á nuestro campo, ó como hermanos, ó como simples aliados. La desgracia fué hasta ahora que el socialismo español estuviera petrificado en la fórmula de Guesde y no progresara, como Jaurés en Francia, y Turati en Italia, y Bebel en Alemania.

Admito, pienso firmemente, que la República debe realizar desde el primer momento reformas sociales. El programa es vasto, y sus capítulos iniciales pueden ser: el desarrollo de los Sindicatos profesionales, el fomento de las Sociedades cooperativas, y singularmente de las cooperativas de consumo, que educan al obrero y le preparan á gobernarse á sí mismo; el contrato colectivo de trabajo, en sustitución del contrato individual de trabajo, permitiendo así aplicar el arbitraje voluntario; el obligarse el Estado, como patrono, á ser el patrono modelo, creando las pensiones para sus obreros viejos é inválidos, dando un ejemplo de moralidad y de justicia...

Lo que el Estado debe hacer como patrón modelo no lo puede imponer en virtud de una ley, y con carácter obligatorio, á los demás. Imponiéndolo por una ley imposibilitaría la industria, la mataría seguramente. Véase si no lo que significaron en Alemania las pensiones de retiros á los viejos y á los inválidos. Representaban de 400 á 500 millones de marcos. ¿Está la industria española naciente, incipiente, para soportar una carga parecida ó siquiera menor ¿Puede

esa carga sostenerla el Estado, sustituído á la acción social? La legislación obrera, ¿debe tender á la muerte de la industria?

Fuí de los primeros en España en sostener la legitimidad, la licitud, de las huelgas. Eso que tanto asustaba, el derecho á la huelga, salió de estos labios pecadores. Y es injusticia notoria decir que los republicanos españoles nos hemos despreocupado de estos asuntos. ¿Cuándo hemos gobernado? Mientras no gobernábamos, ¿qué podíamos hacer sino lo que hemos hecho, llevar al Parlamento y á la Comisión de Reformas sociales un espíritu reformador, de progreso? ¿Es que la obra de un Azcárate no representa nada en la marcha de las ideas sociales en España?

No puede alegarse por los socialistas la necesidad de *diferenciarse* de nosotros. Caso de existir esa razón en períodos anteriores, lo cual niego, ya no existe. Hoy somos el único partido de gobierno capaz de dar satisfacción á sus necesidades. Continuar diferenciándose sería defender la teoría *de todo ó nada*, contraria al sentido de Bebel, de Jaurés, de Turati y hasta de los propios corifeos del socialismo español. Así es que yo no me explico lo que ha venido sucediendo. Los socialistas en España pudieron probar hace tiempo la política de Bebel. ¿Se trata de una circunscripción con dos puestos de mayoría? Pues á votar juntos con los republicanos. Eso no impedía contarse, pues de sobra sabrían cuáles eran sus fuerzas conociendo las del aliado. Así se hace en Alemania, donde se vota á un liberal cuando no hay can-

didato socialista, y no ya en las votaciones de *ballotage*, sino en las de escrutinio. Así se hace en Alemania, incluso tratándose de partidos afines que no son los republicanos...

*
* *

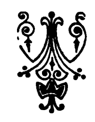
He concluído. Mi pensamiento, en suma, se encierra en esta fórmula: ante la proximidad de la República, debemos presentarnos muy unidos, ofreciendo soluciones claras, concretas, definidas, haciendo una campaña intensa al discutirse los presupuestos, para lograr cuanto aumento se pueda en la instrucción pública, y si esto no se logra, estar decididos á que no pase el presupuesto general. Si no se respeta la voluntad del país en las elecciones municipales, si se cometen atropellos, despojándonos de nuestro derecho, estará justificada la obstrucción á la obra económica.

El Gobierno se encuentra entre la espada y la pared. ¿Abre las Cortes antes de las elecciones de Noviembre y sigue su conducta de perdición al querer ganarlas á todo trance? No tendrá un momento de sosiego antes y después de esa fecha. ¿No las abre y espera el resultado de las elecciones de Noviembre? No tendrá, no es fácil que tenga, aprobados los presupuestos para el primero de año, según el precepto legal. De todos modos, es este período el más crítico de toda la historia de la política monárquica de treinta años á esta fecha.

Y para eso los republicanos estamos preparados,



todos queriendo lo mismo. El gran ejemplo
› al país por Salmerón, imponiendo discipli-
artido, haciéndose obedecer, nos capacita pa-
obra de gobierno inmediata, la que exigen
as demás soluciones agotadas, la que reco-
n las condiciones generales de la política en
.. El triunfo de la República, que yo conside-
ro, sólo depende de nosotros mismos, persua-
á España de que no representamos el desor-
la revolución, sino el orden en la revolución...



EN SANTANDER

HABLANDO CON MAURA

El mismo día de mi llegada á Santander fuí á casa de Maura. Estaba en Ontaneda, y ya me disponía á ir allá y aun á sitio más distante, al fin del mundo, para encontrarle, por creer que su palabra ó su silencio es lo de mayor interés en los actuales momentos de la política gobernante, cuando su yerno, el distinguido abogado Sr. Redonet, me hizo observar que mi viaje resultaría inútil.

—Le hallará usted, si lo halla, entregado á la pintura, recorriendo el campo... Imposible hablarle...

Y quedó en avisarme.

Esta mañana me despertaron con el siguiente recado:

Anuncian por teléfono, desde el Sardinero, que el Sr. Maura le espera; que puede usted ir cuando guste...

El tranvía de vapor me dejó frente á la espléndida terraza de la playa, y tomando á la izquierda por la

acera del Casino, en un instante me encontré en los altos del Sardinero, en el hermoso hotel, sin nombre, que es desde hace quince años la residencia veraniega del ex ministro de la Gobernación, del árbitro de los destinos del partido conservador.

Maura tampoco estaba. Había salido, no creyendo que me presentase yo tan temprano Aguardé en el jardín, bien soleado, respirando el aire puro del mar. *Pepín*, un precioso niño rubio, de dos años, se convirtió pronto en mi compañero y amigo. Esperaba la hora deseada de hablar con el ilustre orador, buscándole pechinas y cogiéndole flores á uno de sus nietos. Maura nos sorprendió á los dos en esta agradable, entretenida, operación, y no creo que debía tener yo aspecto muy belicoso de periodista que se dispara con una interview á quemarropa. *Pepín*, sin saberlo, fué mi ángel tutelar, intercedió por mí.

Y entramos en el hotel, encendimos un habano, comenzó la conversación. Desde el primer minuto Maura adoptó una parada de segura defensa.



—Nada le puedo decir de política—afirmaba él antes de que yo le preguntase cosa alguna—. Figúrese que no ha venido aquí; que no hemos hablado. Para hacerlo necesitaría, ante todo, enterarme de lo que hay; no he leído periódicos; ignoro cuanto pasa, si es que pasa algo. En este retiro, ajeno á todo ruido, libre de toda influencia, no percibo ni lo que se murmura por ahí fuera. El único eco de la vida exterior



que hasta mí llegó fué un número de *La Epoca,* que me enviaron días atrás, conteniendo el artículo en el que se contestaba con bastante acritud á lo dicho por el Sr. Montero Ríos en la entrevista de Lourizán, que creo publicó V. en el *Heraldo.*

No leo, no estudio, descanso. Me dedico á vivir y á pintar. He pintado en Ontaneda, y como no me importa hacerlo bien ó mal, desde luego mal, eso me abstrae, me aisla completamente del mundo y sus afanes y preocupaciones.

Mientras eso decía Maura, recordaba yo haber visto la tarde anterior en el despacho de Galdós una acuarela suya muy bonita. Le pedí contemplar lo que había pintado en Ontaneda. No comprendía yo que así desdeñase sus obras no políticas el que es de raza de artistas.

—No puedo, no las guardo, las rompo en seguida...

—Algo habrá usted hecho este verano...

—Nada, absolutamente nada, en mucho tiempo. Recientemente, en pocos días, en horas, he escrito el discurso de entrada en la Academia Española. Versa acerca del concepto de la *oratoria.* No he leído un libro, no tiene el trabajo ni una sola cita. Es un artículo de periódico, ó á lo más de revista. No trato de los oradores políticos, de ningún genéro de elocuencia en particular. Hablo de lo que es la oratoria, tal como la concibo, espontáneamente. Vea usted: escribí el discurso en Ontaneda... Ayer lo envié, y á esta hora ignoro quién me contestará...

Y luego, en Madrid, me esperan los pleitos, mis clientes, á los que remití para el mes de Octubre. Es

la vocación de toda mi vida; lo que me sirve de fundamental tarea, y aun diría que de deleite del espíritu.

***

¡Mi situación respecto del Gobierno! ¿Pero hay alguien que discuta ó dude cuál va á ser y debe ser? Nuestra obligación estrecha, el deber de todos, de los conservadores, de los liberales, de los republicanos incluso, es aprobar los presupuestos, analizándolos el que quiera cuanto estime preciso; pero votándolos. El Gobierno, por exigencia de la ley, el país, por su propio interés y conveniencia, necesitan tener aprobados unos presupuestos. No quiere esto decir—salgo al paso de erróneas interpretaciones—que yo piense siquiera que el actual Gobierno es un Gabinete de negocios y que no tenga nada más que hacer. En su programa van incluídas otras cosas, que cumplirá seguramente.

Y no le autorizo á usted á estampar en su periódico una palabra más, por mi cuenta, tocante á la política. Ni una palabra más.

Calló Maura y á sus instancias, á sus preguntas, cual de un hombre que despierta de un sueño, le referí puntualmente lo esencial de las declaraciones recogidas en el *Heraldo* este verano, desde lo dicho por el Sr. Montero Ríos hasta lo afirmado por el señor Azcárate y los republicanos. Lo oyó con atención pero sin comentarlo, impasible.

Al cabo de un rato era él quien hablaba. Pensaba

en alta voz, discurría con su elocuencia acostumbrada sobre los problemas fundamentales planteados al país. Terminó, y le interrogué si me otorgaba su venia para reproducir los conceptos vertidos por él en nuestra conversación. No se negó; pero protestando de que no valían la pena, careciendo de interés y de importancia. Los lectores fallarán. Yo, ni quito ni pongo rey, ni siquiera ayudo á nadie subrayando el sentido amargo, pesimista, de lo que dice Maura. Su estado de conciencia afecta, en mi humilde sentir, á algo más que un partido, este ó el otro Gobierno. Y como no hay derecho á sustituirse con glosas, por inocentes que sean, al pensamiento del ilustre orador, es él quien habla, y que cada uno juzgue como quiera.

***

El problema capital de la España de hoy es hondo y grave. De los derechos modernos, que hemos intentado incorporar á la Constitución del país, no hay nada más que las puras decoraciones, y las bambalinas de teatro. Los actores se mueven como si estuvieran en la vida, y están en la escena representando un papel.

España es una democracia, tal vez una de las mayores democracias del mundo, en el sentido de que no actúa aquí, ni nobleza privilegiada, ni clase media, ni ningún otro elemento director, fuera del pueblo. Es él quien á sí mismo se dirige, más ó menos inconscientemente, en el tanteo ó aprendizaje del

gobierno. En la propia Francia, constituída en República; en los Estados Unidos, fundados en el suelo de una civilización virgen, existe una clase media, poderosa y fuerte, que regenta la cosa pública. En nuestra patria no se descubre por parte alguna nada semejante.

Lo bueno ó lo malo que se haya de hacer es preciso basarlo en el pueblo, porque lo demás no es elemento constructivo, ni significa, ni influye, ni pesa en la dinámica social. Desde los tiempos de la guerra de la Independencia, en todo el período parlamentario que llevamos vivido, estamos así, de igual modo. Y operando sobre la masa popular, sufrida, resignada casi con su suerte, aparece la clase de los políticos, los cacicatos, negros y blancos, grandes y chicos, monárquicos y republicanos, neos y federales. Todo partido en España aspira, dándose ó no cuenta de ello, á mandar, á mangonear, á repartirse el botín de la dominación y del presupuesto, salvo excepciones meritorias, que se encuentran en todas las colectividades militantes y no son patrimonio exclusivo de comunión alguna. A ese carácter común, extensivo á todos los partidos, no escapa nadie, ni los de opiniones más extremas. El hombre ó el partido que tengan la representación más ideal y pregonen la reforma en un grado de mayor intensidad del orden existente, á la hora del gobierno harán perdurar nuestros vicios orgánicos, que llevamos en la sangre.

En cuanto le escribe á un personaje político cualquier *Pérez* del pueblo ó cualquier *Pérez* de la corte, ya puede darse por notificado de lo que quiere y



espera de él: espera, quiere, la patente para caciquear. Las ideas del partido en el cual ingresa constituyen la ropa, el disfraz, con que se asoma al balcón público; pero desnudándose al punto que se queda en su casa, en la intimidad de los favorecedores y de los favorecidos. Apreciarlo así no revela ningún mérito, es casi una vulgaridad, y los profesionales se ríen no poco de nuestros afanes por buscar programas y banderas.

En España, digámoslo con tristeza, pero con resolución, porque es así y no de otro modo, el que consigue algo por los caminos rectos del derecho se siente *humillado,* reducido á una condición inferior ante sus propios ojos. Cree que *es más señor* conquistarlo por el atajo de la recomendación, del favoritismo, forzando la justicia, no ganándola con un honesto y amoroso trato. El derecho se considera, por la mayoría inmensa de los españoles, como *estancia en el hospital* otorgada á título gracioso. Lo que forma al ciudadano, conciencia de su personalidad en las relaciones mutuas jurídicas, respecto al hogar y hacienda y libertad ajenos, nota distintiva de la ciudadanía en todos los países civilizados, eso no se conoce apenas, ni de oídas, por acá. Llega hasta predicarse como un tópico parlamentario ó académico; jamás á practicarse. Lo que en las elecciones de Abril sentía todo el mundo, quién más, quién menos, es no haber podido acogerse al resguardado asilo del Poder, al protectorado universal del Poder. Al guiño del gobernador civil complaciente con las oposiciones no resiste casi nadie.

Remediar todo esto por los sacudimientos de la fuerza es una pura ilusión; el ensayo se hizo cien veces en un siglo, con idéntico desastroso resultado. Alzábanse, pronunciábanse, los blancos ó los colorados alternativamente, y siempre perduraba el mismo mal. La revolución no se puede pedir como por *otrosí* de una demanda ordinaria. Eso aparte de que no funda democracia quien exalta á los sargentos á la categoría de artífices de la Revolución... No; como no existe nada, es necesario crearlo de arriba á abajo, haciendo unas elecciones sinceras, creando organizaciones celulares, Ayuntamientos naturales ó que se acerquen, en lo posible, á la obra de la Naturaleza. La enfermedad de España no está en el hueso; está diluída en los átomos de todo el cuerpo.

Estúdiese la organización política de Inglaterra, por ejemplo, y compárese con la de España. Allí, en definitiva, tanto monta que exista República ó Monarquía; la máquina seguirá funcionando lo mismo con un régimen que con otro, porque el buen gobierno no depende de su forma externa. Claro es que prefiero la Monarquía, incluso en Inglaterra, y me explico perfectamente su permanencia en aquella nación; es la *vértebra suprema* de todo un organismo social.

Pero aquí se quieren cambiar los motes sin cambiar las cosas, imaginando que eso es hacer revolución. Durante veinte años asisto al espectáculo; ejerzo, como cualquier otro político, de confesor de culpas ó, lo que es más grave, de confesor de *pasiones*, y no he visto progreso alguno. Se ha progresado en

administración, sobre todo en la de la Hacienda, que es casi lo único que en España está á medio organizar; se ha progresado en materia de orden público, ganando en la complexión de los partidos extremos, que cada día fían más en la opinión y menos en la fuerza; se ha progresado en intelectualidad de una minoría luminosa en todos los ramos del saber humano... En todo lo demás, en lo político, singularmente, no hay adelanto apreciable. Estamos donde estábamos, con idéntica noción del Poder que teníamos antes, dispuestos á asaltarlo y á conservarlo después como nuestra parte de botín en la alternada conquista...

***

¿De dónde vendrá el remedio? Ni erigiendo al sargento en artífice de democracia, ni tampoco volviendo la espalda á la obra de la Historia en el siglo XIX.

Uno de los seres más curiosos, de lo que podría llamarse sin ofensa de nadie zoología política, es, sin duda ninguna, el *tradicionalista*. Suponiendo por un momento, por un acaso imposible de la fortuna, que el tradicionalismo triunfase y la sociedad política se moldeara con arreglo á sus ideas históricas, yo no hago más que preguntarme: ¿de qué modo, conforme á qué sistema, gobernaría? El tradicionalista tendría que ser infiel á su programa ó resignarse á no mandar á la hora de la victoria. Su casa está vacía; el cuerpo de tal alma está ausente, y la percha de la

cual colgar la ropa es una percha pintada. Fatalmente, aplicaría los mismos procedimientos que ahora. No existe ya organismo tradicional; no hay más que pueblo, democracia, y los que profesan un concepto contrario al nuestro veríanse obligados á recurrir á la libre elección en las funciones altas y bajas del Estado.

Pero por lo mismo urge purificar el origen de toda la soberanía, urge volver á los *palotes* de la política, pensando seriamente, honradamente, en hacer voluntad, conciencia pública, sufragio. Cuando se discutía la actual ley del sufragio universal en 1889 y 1890, yo la voté como un compromiso de partido: pero con el secreto temor de que las realidades no correspondiesen á las esperanzas. Tras el ensayo de trece años y siete elecciones generales, los hechos me han dado la razón. Está por crear, por incorporar á nuestras costumbres cívicas, la verdad del voto. La casa política nuestra tiene una fachada espléndida, columnas de jaspe en el pórtico, mármoles en el dintel; pero dentro no hay nada. Sus muebles se reducen, á lo más, á accesorios supérfluos de la vida. Falta habitación y lecho, aunque suela haber incluso escupideras de plata...

No hay nada: ni, como en Inglaterra, aristocracia; ni, como en Francia y en los Estados Unidos, clase media; ni siquiera, como en Suiza, tradición social de gobierno. Si las cimas políticas están mal, calcúlese lo que sucederá en la base del cono. Contamos, sí, con el pueblo, del cual nos ha de venir nuestro remedio; pero á condición de que sea consciente de



sus derechos y deberes, y no consienta la imposición de la clase profesional gobernante, de los cacicatos blancos y negros, grandes y chicos, monárquicos y republicanos, neos y federales.

No soy tan vano que crea que con el ejemplo de las elecciones últimas se renovó ya el mundo de la política española y se han desterrado para siempre los viciosos procedimientos, los usuales desde hace un siglo. Estimo que ese era mi deber, el de coadyuvar á la libre expresión del sufragio, y que lo he cumplido. Pero no está hecho todo; nos encontramos en el principio del principio, y será fructífero si todos los Gobiernos continúan, como es de esperar, la obra esbozada.

Constituye el abecé de la política en España preocuparse, ante todo y sobre todo, de crear la célula, de hacer ciudadanos. Repito que no es el hueso el que se halla enfermo, sino los átomos, y en tanto que no se infunda en el cuerpo social sangre nueva, compuesta principalmente de verdad y de justicia, de sentimiento hondo, íntimo, del derecho y del deber, todo lo demás es decoración, bambalina ó fachada del edificio.

No discuto siquiera si es bueno ó si es malo que hayan desaparecido los organismos intermedios sociales, los nervios de esta gran máquina social. Taine, que era un escritor moderno, ni reaccionario, ni neo, ni clerical, condenaba la Revolución francesa por haber hecho tabla rasa de cuanto era tejido orgánico y vivo en el antiguo régimen. Pero, en fin, ¿á qué hablar de lo que no existe, de lo que no se ve que

pueda resucitar, de lo que se encuentra bien muerto? El hecho es que no hay nada entre el Estado y el pueblo, y que éste es la cantera de la que ha de salir el futuro edificio. Afirmo que, puesto que toda soberanía ha de tener forzosamente su fuente en la elección, debe tenderse, por cuantos medios estén á nuestro alcance, á que el agua se conserve clara y no turbia, á que el manantial no se ciegue.



Suspendió Maura el curso de sus pensamientos y salimos de la estancia, insistiendo todavía él en la falta de progreso apreciable en lo político, por cuanto subsisten iguales apetitos y concupiscencias del poder por el poder que antaño, de lo cual no hace responsable á partido alguno y los hace responsables á todos.

Allí, desde la galería de su hotel, se descubre el mar Cantábrico, y sólo con verle el expresivo rostro de Maura se animaba, olvidando anteriores pesimistas preocupaciones. Evocó los años primeros de su vida, en que se crió junto al mar en Mallorca. Y luego recordaba, á preguntas mías, su época de estudiante en Madrid, sus discursos en la Academia de Jurisprudencia, sus trabajos en el Foro, su entrada en las Cortes.

De uno en otro tema, el persistente en su imaginación era el de evocar su cuna y su gente, la familia natural y moral en que todo individuo se forma. Y en párrafos elocuentes, que yo no sabré repro-



ducir, con esa oratoria suya tan sugestiva y tan vibrante, decía, cual resumen de toda aquella conferencia:

—Lo que importa es que el pueblo puje, que el pueblo suba, puesto que no hay otra cosa. Así se han hecho en las Baleares y en Cataluña los hijos del pueblo, los seres sociales más humildes, los que no poseían nada, ni hacienda, ni posición, sólo sus manos, su fuerza potencial creadora. Y hoy influyen, son algo, tienen, constituyen un elemento propulsor social. Lo hicieron no ayudados por nadie, formándose, gobernándose á sí mismos. El tesoro de energías nacionales está sin descubrir; es grande al Mediodía y al Norte, al Este y al Oeste, en los ámbitos todos de la Península. ¡Quién sabe lo que aún puede reservarnos como revelaciones sorprendentes eso que está latente en la democracia española, una de las mayores del mundo! ¿Saldrá á su hora en lo político, como salió en lo económico y en lo industrial y en lo intelectivo? Apliquémonos á ampararlo, no á detenerlo. Atendamos á la célula, trabajando por sanarla. El mal está en que los que se imponen esa misión son tildados de retrógrados, y que á ese mismo pueblo, materia protoplasmática de nuestra redención, se le adula ó embaúca mintiéndole progresos que no alcanzó ni se halla en condiciones aún de alcanzar. No hay nada arriba ni en medio, y lo único que hay abajo, que es pueblo, democracia, no debe recibir malos ejemplos...

EN SANTANDER

OYENDO A PÉREZ GALDÓS

LA VIDA DEL MAESTRO

Secretario, el perrito de Galdós, un can negro, ni muy pequeño ni muy grande, inteligente y simpático, ya me conoce y me hace muchas zalemas y sin recelo se viene adonde estamos y se echa á mis pies. No tiene nada de extraño que haya yo ganado la confianza de *Secretario*, porque durante tres días consecutivos me he pasado casi la vida en la Magdalena, en la casa llamada de San Quintín, hablando con el autor de *Doña Perfecta* de lo humano y lo divino, oyéndole muchas cosas, unas para publicadas y otras para sabidas. La primera tarde fuí con el popularísimo director de *El Cantábrico*, el amigo Estrañi, que ha convertido en famosas sus *Pacotillas*, y luego he ido yo solo, entrando alternativamente por las dos puertas del hotel, la que está junto á la vía y la que da al paseo que conduce al Sardinero por una alameda de frondosos árboles y de *chalets*

preciosos. Empujaba la verja y me colaba dentro sin pedir permiso, como si fuese de la propia casa.

Galdós me lo advirtió: «Venga usted cuando quiera y esté aquí todo el tiempo que quiera; pero por la tarde, nunca por la mañana» Y allá me instalaba desde la hora de almorzar, hasta que las sombras de la noche nos privaban de la vista espléndida de la bahía, ocultándonos incluso la escuadra de *pataches* que parecen allí anclados para recibir órdenes del insigne, del grande, escritor, infatigable obrero de civilización, gloria de España, gala de nuestro siglo en todo el mundo.

Galdós trabaja por la mañana, y, naturalmente, no le gusta que le estorben ni le interrumpan. Se levanta á las cinco ó antes, con el día, entre dos luces. Pasea un rato por el jardín, toma su desayuno, y, á poco, se pone á escribir de recio, hasta la una ó una y media de la tarde, en que deja su labor fecunda, para reanudarla á la mañana siguiente, adelantándose al sol y pudiéndole reprender por su pereza. Son siete ú ocho horas de continuada tarea, que cunde, sin levantar apenas cabeza, salvo ligeros altos en que se asoma á la galería, ó baja á contemplar sus árboles, ó mira con largos anteojos la magnífica bahía, el entrar y salir de vapores por la esplendorosa costa cantábrica, y saturado de aire puro del mar, vibrando de inspiración con el espectáculo siempre impulsor de la Naturaleza, vuelve á las cuartillas...

El gran maestro escribe con lápiz, invariablemente, desde hace algunos años. Si es obra dramática aquello en que está trabajando, llena el papel



con firmes renglones de escritura clara, de alto á bajo, en sentido vertical, y si es novela lo que le ocupa, llena el papel en sentido horizontal. A medida que concluye cada cuartilla, la va dejando sobre un atril, al alcance de la mano, en la mesa del despacho, y así tiene delante, y puede leer sin gran esfuerzo, lo que ya escribió, para que el hilo de la composición no se pierda. Hombre de orden en todo, dijérase que sus cuartillas tienen todas las mismas líneas, con sus correspondientes tachaduras, que, como son de lápiz, no empañan de borrones la letra, legible á primera vista.

Galdós está en la Magdalena desde el 15 de Agosto, que volvió de Barcelona, y permanecerá allí hasta Octubre ó Noviembre, en que le llamen á Madrid perentorias ocupaciones. Se encuentra muy bien en su finca de San Quintín, como el pez en el agua, en su verdadero elemento. Al llegar, todos los años, se endosa el traje más viejo que tiene, y ya no se lo quita ni en el verano ni en el otoño. Es una ropa de faena, de campo, de existencia rústica, de interior de casa solitaria, y sobre las sencillas prendas caen manchas, sin que su dueño lo note ni le importe. Cuéntase que una vez, al principio de la temporada, llevaba un pantalón claro, y se lo manchó con la tinta de unos calamares. A todos cuantos iban á verle, les explicaba el percance para sincerarse; pero no se mudaba los pantalones. Y así está días y días, meses enteros, no sucio, pero sí despreocupado, á sus anchas, olvidándose—él no necesita mucho para no repararlo, ni siquiera en la corte—de que en el mundo se usan camisas planchadas, y corbatas, y

sombreros, y demás adminículos de la vida urbana. Con su boína azul á la cabeza y sus inverosímiles zapatones de suela de cáñamo, es el real y auténtico Galdós, el que pasa su existencia de laborioso obrero, de silencioso pensador, poblando la tierra con los innúmeros personajes de dramas y novelas.

Está en sus glorias, y esto se puede ver todos los días á la hora en que el sol templa sus rayos y empieza á esparcir la sombra por el jardín de la finca, en la Magdalena. Entonces Galdós empuña la regadera, una regadera muy grande y muy pesada, con que da de beber abundantemente á sus flores, á sus árboles frutales, á sus hortalizas, todo bien cuidado por los brazos diligentes de Rubín, el compañero inseparable del artista. Y después, hacha en mano, se aplica D. Benito á partir leña, en un alarde no buscado de fuerza, de robustez, de salud. La mayor parte de las tardes, su placer favorito, inocente ocupación, en que goza como un muchacho, consiste en hacer un gran montón de ramas, de yerbajos, de cajones y hasta de trastos viejos, y prenderle fuego. Arde la hoguera; sube una larga columna de humo hacia el cielo, y el ilustre novelista la contempla ensimismado, absorto, en plena bienaventuranza. A mí, no sé por qué, me producía el efecto de que se quemaran, al impulso de su fe en el progreso, de su pluma, que destruye rancias procupaciones, toda la yerba mala de fanatismos, hipocresías, vicios, que pueblan la historia de España, surgiendo de la hoguera una nueva vida y barriendo el aire de impuros gérmenes, de los miasmas de tanta reacción.



Le insté á que hablara, y poco á poco, con mucho trabajo, le fuí sacando, extrayendo, su opinión acerca de diversas cosas, y singularmente las literarias, que son las que le afectan en más alto grado. No quiere esto decir que no le preocupe la política, que no piense en los males de España. Pero se muestra receloso, tímido, creyendo que no ha llegado la hora, si llega para él alguna vez, de arrojarse con alma y vida en la lucha pública, dando y recibiendo golpes. Le asusta, y no sin razón, la idea de que eso interrumpiese su labor, privándole de tiempo.

—¡Tengo todavía tanto que hacer! —exclamaba pensativo y como soñador.

Ahí van sin orden sus palabras, á medida que discurría, espontáneamente, sin programa, respecto á los temas de actualidad.

Lo primero que solicitó su atención, fué el debatido pleito de la Sociedad de Autores.

—Creo—me dijo—que la Sociedad de Autores administra muy bien y que sería muy difícil sustituir con ventaja su gestión por otra. La constitución dada á la actual Sociedad no la discuto, ni me importa. Respondió en su origen, en sus Estatutos y hasta en sus procedimientos á necesidades jurídicas ineludibles, y estimo que, si algún defecto se advierte, no es culpa de los que la rigen, sino del derecho á que ha tenido que someterse, heredera de las Casas

editoriales, de las *galerías* dramáticas que antes existían.

En el punto concreto de si debe autorizarse al Ayuntamiento para representar traducciones en el teatro Español, pienso que, habiendo concedido la Sociedad de Autores iguales derechos á las obras traducidas que á las obras originales, debemos conservar en el Español la prohibición de representar versiones al castellano de toda clase de ingenios extranjeros, grandes y chicos. Sin embargo, Shakespeare, el primero de los dramaturgos de todos los tiempos, debe tener abiertas de par en par las puertas del teatro llamado nacional. Es más: opino que, no sólo es forzoso autorizar esta excepción, sino imponer á la Empresa que se ponga *una obra* de Shakespeare todos los años. Los autores extranjeros, grandes y chicos, gozan de libre acceso en los demás teatros de Madrid. Además, bien los dan á conocer las compañías italianas y francesas que constantemente actúan por acá: la gran Sarah, la Duse, la Mariani, la Réjane, la Bartet, Novelli, Zacconi, Coquelin, Le Bargy, Antoine; todos ellos nos han hecho familiar el arte contemporáneo del mundo entero.

ESCRIBIENDO UN DRAMA

Mientras Galdós hablaba, atraíame con sugestiva atracción el montoncito de cuartillas apiladas en el atril de la mesa de su despacho. Con lápiz negro escritos una porción de renglones no muy largos, y con lápiz rojo ó azul acotados unos nombres de per-

sonajes masculinos y femeninos. El diálogo que surgía del papel me obsesionaba, al punto de no dejarme oir lo que decía el autor de tantas maravillas novelescas y dramáticas.

Pero no me atrevía á preguntarle nada. Galdós advirtió mi turbación, y me dijo lo que era. Fuí todo oídos, queriendo sorprender lo que callaba.

—Es un drama lo que estoy escribiendo. Se titula *Bárbara*, que es un bonito nombre de mujer que se usó mucho en otro tiempo, y que no sé por qué no se usa más. Concebí el plan de esta obra antes que el de *Electra*, y hallando ciertas dificultades de mecanismo ó de composición, abandoné el asunto para emprender otros que me parecían más fáciles. Ultimamente, después de entregada *Mariucha*, decidí dar cima á esta *Bárbara*, que tantos desvelos me cuesta, por lo mismo que la amo de veras.

Aquí, en mi casa de la Magdalena, donde vivo ya quince años, he escrito casi todas las obras dramáticas, principalmente las últimas. *Electra*, *Alma y vida*, *Mariucha* y *Bárbara* son el trabajo de los veranos del 900, 901, 902 y 903. También escribí aquí *Doña Perfecta* y *Los condenados*.

Sí; volvamos á *Bárbara*. Es un drama en cuatro actos. Pasa en Sicilia, en 1812, en los tiempos en que era Rey de Nápoles Joaquín Murat. Pero no es histórica ni se propone en ella ninguna tesis política. No; *Bárbara* es más que eso...

No; no le digo nada respecto del asunto. Me lo vedan un sin fin de razones. Es muy prematuro contar lo que será la obra que se trae entre manos.

Sólo le diré que la trama se desarrolla en un país donde el paganismo ha dejado hondas huellas y raíces profundas; como que allí tienen su asiento muchos de los mitos de la teogonía griega, y de tal modo se han arraigado en el suelo, que las costumbres modernas no han podido desterrar el naturalismo pagano.

Y yo no sé si la ilusión me hacía leer, destacarse de las cuartillas del atril, párrafos elocuentes, vibrantes de pasión, en los que se descubrían luchas del alma por encontrar sosiego á las aspiraciones ultraterrenas. Surgían mitos, leyendas, la infinita poesía de una religión hecha á imagen del hombre, en que el hombre escaló el cielo y se convirtió en dios. Surgían, evocados por la pluma del maestro, las creaciones de Venus, de Proserpina, del infierno. Y, á modo de revelación inesperada, la Filosofía griega emancipábase, en sublimes adivinanzas, del naturalismo pagano, para abrir la senda de una moral nueva, en que Cristo es el eslabón último de la serie, la revolución del mundo romano...

Le comuniqué al maestro mis impresiones, y, con gran aflicción mía, me dijo que no era nada de eso. ¡En tiempos de Murat pensamientos de Sócrates! No; ya sabrá usted lo que es, y le convidaré á la lectura ó á los primeros ensayos. *Bárbara* no se representará hasta fines de Marzo ó comienzos de Abril, y es prematuro cuanto se diga. Le añadiré nada más que la época en que sitúo mi drama es de las más interesantes de la historia moderna. Es como un segundo Renacimiento, pletórico de pasiones por el



ideal y por el poder, época que se presta á las creaciones dramáticas y á las representaciones escénicas. Entonces vuelve la mujer á vestir la túnica griega. Sería demasiado saber decir si vuelve ó no á habitar en ella el alma helénica.

Y por la mesa del despacho y por los muebles veíanse esparcidos libros de Mitología en varias lenguas. Ahora, el lector imagínese lo que quiera. Acaso, por mucha que fuere su fantasía, no se imaginará toda la grandeza del asunto que pensó el autor.

—En Septiembre—prosiguió Galdós—empezaré *La revolución de Julio* (IV tomo de la cuarta serie de los «Episodios nacionales»), que se publicará en Diciembre. Á este tomo seguirá *O'Donnell* (V tomo de la cuarta serie de los «Episodios nacionales»), que se publicará en Abril.

Se levantó; salimos del despacho, y en un cuarto contiguo me enseñó un cajón lleno hasta el tope de periódicos.—¿Ve usted eso? Es la colección del primitivo *Heraldo*, que me ha dejado el conde de San Luis. Lo necesito para *La revolución de Julio,* el interesante sacudimiento de todo un pueblo que precedió al 68. En esa novela aparecen Cánovas, autor del manifiesto de Manzanares; Sagasta, ya diputado; Ríos Rosas; aquel loco de inmenso talento que se llamó Gonzalo Morón, y tantos otros. En esa novela se cuenta como *La revolución de Julio*, después del pronunciamiento de Vicálvaro, que quedó indeciso, estuvo totalmente fracasada y fué necesario, á fin de que España respondiera, dar el grito de ¡viva la Milicia nacional! En esa novela se relatan las discusio-

nes de aquellas Constituyentes tan famosas. En esa novela... Pero no continúo, que le digo demasiado. Estará escrita en forma de Memorias, como muchos de los «Episodios nacionales».

«MARIUCHA» Y LA CRÍTICA

—¿Gustará en Madrid *Mariucha?*

—No dudo que resultará lo mismo que en Barcelona. Se estrenará después de la obra inaugural, en los primeros días de Noviembre. Las opiniones de algunos críticos de Madrid que fueron á Barcelona al estreno de *Mariucha*, me parecieron ligeras, precipitadas y sin la necesaria madurez de juicio. Como todo el que trabaja para el teatro, deseo vivamente una renovación en el sistema de crítica literaria que hoy priva en los periódicos llamados *rotativos*. La fiebre de información produce anomalías grandes en los fallos casi inapelables de los inteligentes jueces. Un estreno viene á ser como un crimen. La Prensa actual, progresiva por muchos conceptos, necesita satisfacer los anhelos del público poniendo el menor espacio de tiempo entre la representación de la obra y la descripción de todos sus incidentes, argumento inclusive. Así se cuida, ante todo, de apuntar las llamadas á escena como el número de heridas en un crimen.

Y lo peor es que esa primera impresión, fugaz, precipitada y sin reflexión, viene á resultar duradera, inapelable é infalible, como un dogma. Los periódicos de la mañana y de la tarde glorifican ó des-

pedazan una obra en pocas palabras, sin que luego estas sentencias ó conclusiones teológicas de los santos padres puedan ser revocadas. Resulta, además, que el contrario influjo del género chico y de ese *argot*, aun más de pensamiento que de vocablo, que hoy se apega á todas las almas juveniles, perjudica notablemente á las obras serias, para las cuales se necesita preparación de cultura, de voluntad y de sentimiento.

El crítico responderá plenamente á su misión sustituyéndose á la persona del autor y juzgándole según es, por sus antecedentes ideales, por sus obras, por su temperamento de artista. Lo que se puede y debe pedir á un dramaturgo, como á un novelista, es que tenga lógica, que no altere su personalidad literaria, y que, en el caso de evolucionar, evolucione justificadamente. El error está en imaginarse el crítico que el autor es como él quiere que sea, atribuyéndole ideas, sentimientos, modos de ver las cosas ajenos á toda su historia y creencias. Del autor que lleva en la cabeza el crítico se hace lo que á uno se le antoja y se le pega de firme, impunemente, sin defensa para el atacado. Al teatro no se va sólo á discutir escuelas, sino dramas, comedias, verdad artística, belleza, emoción.

El autor influye en el público, y las ideas generales influyen en los autores, y el crítico debe ser el conductor de esa doble influencia. Si no lo es y se reduce á ser un órgano de minorías frívolas ó de profesionales de estrecho criterio, perturba al propio tiempo á autores y público, corrompiendo á éste y

apartando á aquéllos de una labor sincera. Esto aparte de los perjuicios que ocasiona el espíritu de *snobismo*, haciendo pasar por oro de ley mucho *similor* de los extranjeros.

¡Si gustará *Mariucha* en Madrid! Está gustando en todas partes. Acabo de recibir un telegrama de Buenos Aires, que dice así: «Estreno *Mariucha* teatro San Martín. Exito colosal. Cobeña, aclamadísima. Felicítanle entusiasmo.—*Velloso*, *Soria*, *Romera*, *Duque*, *Paradossi*, *Chiglioni*, *Oliver*, *Cuevas*, *Villagómez*.»

OPTIMISMOS POLÍTICOS

Suscité otra vez el tema de la política, y por toda contestación me contó lo que él suele hacer todos los años. Acompañado de su fiel Rubín, se va por el mundo en busca de aventuras, que no son andantes, pero sí contribuyen á dar la noción real de la Psicología viva, intensa, profunda, de un pueblo.

—Viajo en tercera, sin ninguna comodidad, en contacto con gentes humildes y sencillas, sufriendo las molestias de malos alojamientos. Oigo, observo y apunto en la mente, alguna vez en el papel. Entre esos rústicos suelo aprender mucho, sentencias de sabiduría popular, que asombran y maravillan. Y no crea usted, se hallan ejemplos de hidalguía, de la rancia y sana cortesía castellana, con las cuales no he tropezado, por regla general, en las calles y plazas de las grandes ciudades.

Así he recorrido varias provincias y pienso visitar

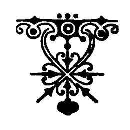
otras muchas. Así estuve en Aragón, y en Soria y en Palencia, y en innumerables partes más. Así escuché diagnósticos de Sancho, más sabios que los diagnósticos de Don Quijote, sobre los males de España. Así aprendí á amar á mi patria, no tan atrasada, no tan ignorante, no tan muerta, como se figuran que es y está los políticos del salón de conferencias, que reducen el mundo y sus anexos al abominable chismorreo de unos cuantos inútiles ó fracasados. Las Cortes, la política, la tribuna; una gran cosa, si no vivieran en tan absoluta incomunicación con el país, extraño ó enemigo de sus farándulas. De ahí, del fondo del alma nacional nos tiene que venir la cura. Médico de sí mismo, el pueblo español sanará. Las fuerzas, las energías de redención que atesora, bajo una capa de aparente indiferencia, serían bastantes á revolucionar otro país más desgraciado y perdido que el nuestro. Se levantará el pueblo, y ya camina, aunque sus pasos no se oigan; tan alejados estamos de él...



Dijo, y como sorprendido de haber hablado tanto, corrió á encender una hoguera. Era de ver á Galdós gozoso como un muchacho en la contemplación del humo. Tan muchacho, que se preparaba por sí mismo á asar unas patatas en el rescoldo de la hoguera. «Muchas tardes—me explicaba—esta es mi diversión. Espera las patatas como una golosina la linda hija de mi buen amigo D. José Ferrer.» Y, en

efecto; la chiquilla aguardaba, dando palmadas de gozo, mientras Galdós se entretenía descansando de la constante, ruda, labor de la mañana, que crece y crece en montones de cuartillas y de tomos.

A aquella hora del crepúsculo incipiente el sol se despedía de la Magdalena, de la bahía, del río de Cubas, bruñida la superficie como un espejo; de la escuadra de *pataches,* que parecían allí anclados para recibir órdenes del insigne, del grande, escritor, infatigable obrero de civilización, gloria de España, gala de nuestro siglo en todo el mundo.



LA CIENAGA DE SANTANDER

Nos embarcamos en el muelle, en un vaporcito de os llamados *Corconeras*. Formamos la expedición el director de la Estación de Biología marítima, D. Augusto G. de Linares, cuyo saber extraordinario sería ofensivo descubrir, porque lo conoce toda España; el ingenioso y popularísimo Estrañi; D. Gregorio Benet, jefe del partido democrático en esta región, persona de notable capacidad y de generales simpatías, el diputado provincial Sr. Martínez Conde, sobrino del insigne doctor Madrazo; Vicente Pereda, hijo del gran novelista del que escribió páginas castizas imborrables; el Sr. Meléndez, nuestro corresponsal; los inteligentes jóvenes Escobedo y González... Una compañía de gente escogidísima, que me alecciona sobre todas las cosas que voy viendo y que me hace pasar las horas como minutos con su charla amena é instructiva.

La tarde, espléndida, ni demasiado fresca—la sensación del frío otoñal la he tenido en Santander,—ni demasiado calurosa, á pesar del sol, que luce todas sus galas y ha limpiado de nubes y brumas el ho-

rizonte. Allá, al Oeste, se divisan los Picos de Europa (los Urrieles), la peña Sagra, la cordillera cantábrica. El panorama es un encanto. Tiene la grandiosidad de la montaña y del océano, en un abrazo de dos colosos que quisiesen proteger á la ciudad de traidores enemigos.

Dejamos atrás el sitio donde estalló en Noviembre de 1893 el *Machichaco,* de funesta memoria. Pasamos por delante del verde, limpio, bonito, lazareto de Pedrosa. Y mientras el vaporcito sigue su marcha rápida por la bahía habla D. Augusto Linares, con elocuencia que subyuga:

«Se están sacrificando á las minas las industrias del agua; se está perdiendo la bahía, polucionada por los residuos del hierro, convertida en vasto vertedero de basura; se está disponiendo, en beneficio de unos pocos, del capital social del presente y del capital social del porvenir. No hay derecho para eso; no lo hay á devorar ese tesoro con que la Naturaleza dotó providencialmente á Santander, á destruir lo que es de todos, como el aire y el agua, la parte de estética natural que cada ciudadano tiene en lote en la inmensa fábrica del planeta; no hay derecho en fin, á privar á las gentes del honesto, higiénico, solaz del baño, obligándolas á hundirse en un fango colorado que sustituye á la antes límpida, clara, corriente.

»Parece como si los hombres tomaran á empeño ser colaboradores de la tarea, ya por sí ciega de la Naturaleza. Como si no fuera bastante la obra del tiempo, secando paulatinamente las rías, privando



de ese respiradero al ardiente suelo, vienen los mineros, é infringiendo la ley, burlándose de las cláusulas de concesión, de Reales órdenes, olvidados de que existen autoridades en el mundo, por ahorrarse unas cuantas pesetas, por encontrarlo más cómodo, hacen de la bahía su acequia madre, su cloaca magna.

»Diríase que todos padecemos la obsesionante ilusión de que falta tierra y sobra mar, y en virtud de ese concepto falso, como si ya la Península estuviese toda ella cultivada y fuera un inmenso verjel, se reduce, se sorbe rápidamente el agua, y llegará un un día, próximo, al paso que vamos, en que la bahía desaparezca, tragada por los millones de toneladas de un polvo rojo inagotable, infinito.

»No comprendo lo que sucede. Miles de leguas forman la *zona polémica* á lo largo de la costa cantábrica. La autoridad militar tiene el deber de velar por su integridad. ¡Desgraciado del que la violara para otros fines! Y, sin embargo, ahí están los mineros alterando substancialmente la orografía del terreno, destruyendo lo que pudieran ser defensas naturales. ¿Es que resulta indiferente tamaña transgresión? ¿Es que la zona polémica se conserva con esos enormes barrizales, capaces de tragarse un ejército? ¿Es que las prohibiciones no han de rezar con los poderosos y privilegiados explotadores de las minas?

»Y después, á ciencia y paciencia de todos se elimina para siempre la posibilidad de las industrias del agua, fuente de riqueza y recreo del alma; se extingue la pesca, se mata la vida en el mar. La bahía resultará con el tiempo, un tiempo no muy lejano, un

enorme lodazal, un vasto pantano, á modo de sepulcro de miriadas de seres faltos del elemento natural de su existencia. ¡Qué tristeza, qué desolación, asistir al hundimiento, en un fango espesísimo, bajo una colosal capa de polvo rojo, de la hermosísima bahía de Santander! Sí; la belleza de las cosas tiene sus derechos, y no es justo que se trueque en estepa ferruginosa, infecunda, lo que era el espejo de la ciudad, el claro espejo de Santander...»



La elocuente, vibrante, defensa de la bahía, hecha por el sabio Linares, no resultaba un alarde retórico ó romántico. Todo cuanto veíamos venía á confirmar sus lamentaciones, y aun á dejarlas tamañas ante la brutalidad del espectáculo. Estábamos, no en el mar, si no en una balsa sucia, mal oliente, del color de chocolate. Estábamos no en la bahía, sino en la apestosa, insana, *ciénaga de Santander*.

Desembarcamos en El Astillero. Poco nos faltó para quedar varados, sin poder pasar ni adelante ni atrás, como en aquellas costas del sur de Cuba, en que encallan á menudo grandes y chicas embarcaciones. Los vapores que cargaban mineral hacían el efecto de estar empotrados en un banco de pasta arenosa, sin poder salir de allí más que remolcados. El que se arrojase á nadar en las aguas turbias de El Astillero se exponía á verse embebido, tragado, por aquella masa enormísima de barro.



Y allí, junto al *hotel de la Dolores,* que es su residencia veraniega, encontramos á Tomás Bretón. Me habló de lo mismo que Linares, con igual pasión elocuente, con idéntica tristeza ante las cosas que fueron y ya no serán más. «Nos han despojado—decía, —nos han destruído este Astillero, que era hace pocos años un rinconcito del Paraíso. Todos los días, invariablemente, vierten sobre la ría de 15 á 20.000 toneladas de polvo rojo, de fango de basura. Y así se aniquila, desaparece, lo que formaba el encanto de los sentidos y del espíritu. El Astillero se va, El Astillero languidece, se hunde, se lo traga la mina, como si legiones de demonios volcaran aquí cuanto contiene el centro de la Tierra.»

Y Bretón estaba inconsolable, pesaroso. Su hotel de la Dolores, donde escribió la ópera tomaba como todo el color rojo sucio de lo descargado por la mina. Un aire de ruina pasaba sobre personas y cosas, huyendo la vida, la alegría y la belleza de aquellos lugares en que el gran músico halló su inspiración. Continúa escribiendo, trabajando, no queriendo ver lo que él llama la vejez creciente de la hermosura de El Astillero. Allí, este verano, encerrado en el hotel, ha leído óperas y más óperas, como jurado de un concurso internacional.

Nos despedimos de Bretón, que tomó el tren para Solares, en tanto nosotros bajamos en la estación de Heras. A pocos pasos está el pintoresco pueblo que se llama Gajano. Nos salió al encuentro el Sr. Gallostra, que tiene una fábrica de yeso, que ve amenazada, sitiada, sin comunicación ya casi posible con He-

ras, si continúa el invasor enterramiento de lo incesantemente vertido por la mina.

Hablaba también el Sr. Gallostra como los señores Linares y Bretón; pero aun con mayor viveza, poseído de la vibrante protesta del que se ahoga y quiere vivir, tiene derecho á la vida, á la propiedad de lo que construyó con su trabajo.

«Iré á Madrid—decía—; hablaré á los ministros y á los diputados; incitaré á los de oposición á que interpelen al Gobierno. Siendo de ley lo que pido, ¿no hallaré un abogado de mi causa en toda España? La cosa es fácil de explicar, y torpe será quien cierre los ojos á la justicia. El hacer la sedimentación de las aguas, para devolverlas claras á sus cauces naturales, exige la compra de terrenos y obras sólidas para la contención de los fangos ó tierras, y esto cuesta dinero. Haciendo el lavado sin estos gastos se obtiene un rendimiento mayor, aunque, con ello se ponen en riesgo intereses muchísimo más importantes que los de la minería, como son la navegación, la pesca, la agricultura, el puerto y hasta las vidas de los habitantes.

»Las rías de la bahía están ya perdidas. No son navegables, como eran, ni en ellas queda ya pesca, pues hasta los ostreros han sido cubiertos por las arenillas del lavado de minerales. En El Astillero va quedando tan poco fondo, que entre ese pueblo y el lazareto de Pedrosa se hallaba varado un vapor cargado de hierro. Los fangos rojizos van disminuyendo el calado de la bahía. La Junta de obras del puerto lo confiesa.



»No defiendo mi causa; defiendo la de todos. Las rías desaparecerán. Ya las pinazas no pueden rebasar ría arriba de San Salvador, ya no hay medio de llegar al puente de Heras más que contados días del año, en que las mareas son más vivas. No basta para remediar el daño, ni convocar juntas, ni formar expedientes, que luego quedan sin resolución práctica. Lo que urge es hacer cumplir las condiciones de las concesiones, las leyes que regulan el derecho de todos y las especiales dictadas para las minas y lavaderos de minerales.»

Así hablaba y seguía hablando, presa de una violenta emoción, el Sr. Gallostra, y cuando al día siguiente le refería yo al Sr. Maura esta conversación, el ilustre orador añadía argumentos más convincentes.

«Lea usted—decía Maura—, si tiene acasión, el interesante folleto del Sr. Fernández de Velasco. Allí hallará trazada la figura de aquel benemérito patricio que se llamó D. Juan Isla, que á fines del siglo XVII dió poderoso, prodigiosísimo, impulso á El Astillero, ¡Ah!, léalo... Es fama que en estas aguas se construyó la famosa *Invencible* de Felipe II. Y ahora, ahora, repase con la memoria lo que oyó en labios de ese hombre de empuje, de Gallostra. Si él no sale bien de la aventura, no será por falta de medios, de energía...»

Llegamos al Puente de Gajano. El puente se derrumba, se cae á pedazos, constituyendo un perenne peligro para cuantos tienen que atravesarlo, para los obreros de la mina incluso. Por allí abajo circulaba

en tiempos un agua corriente y limpia, abundante en pesca, en ricos barbos. Llegaban los barcos pescadores, y anclaban junto á la escalera de la fábrica de yeso. Todo eso pertenece á la Historia, casi á la leyenda. La mina, en cinco años de explotación vertiendo su basura en la ría, se encargó de destruirlo. A un lado y á otro del puente, en una larga extensión, una capa roja de quince ó veinte metros de altura lo aprisiona, lo encaja, lo deshace y revienta. Se tira una piedra desde lo alto, y la piedra queda sepultada en el fango, sin producir una burbuja.

Detrás del puente soterrado, embebido por la catastrófica invasión de las basuras de la mina, vendrá el camino, y acaso el monte verde, á ser tragado. Si cinco años produjeron tanta ruina, ¿qué será dentro de dos ó tres lustros? ¿Qué no pueden hacer miles de toneladas de barro, de pasta maciza color de chocolate, vertidas todos los días y todas las noches sin cesar? La montaña, horadada por la mina, rebanada y mondada por la mina, cambiará de sitio, y en vez de levantarse enhiesta y pujante, sepultará tierras, fábricas, habitantes, Gajano entero.

En tanto contemplábamos con tristeza el puente, Gallostra nos lo contaba. «Cerca de aquí vive una señora que fué nodriza del Rey. Ha pasado por lo mismo que yo; pero con mejor fortuna, al cabo de muchos disgustos. La mina, sus basuras, se le tragaron también sus tierras. Puso pleito; se movió la pobre en demanda de justicia, y nadie le hacía caso, hasta que hizo un viaje á San Sebastián, y luego otro, y otro. A la postre le pagaron una indemniza-

ción, ganando el pleito, aunque se quedó sin las tierras.»

Nos apartamos del puente y entramos en Gajano. Un hermoso, un pintoresco pueblo de la montaña de Santander, como los descritos por Pereda en *El sabor de la tierruca*, como aquellos famosos de Cumbrales y Rinçoneda... Allí se ve una casa solariega en ruinas, un verdadero palacio, con magnífica fachada y grandes escudos. Allí está el solar, la casa de Perojo, el director de *Nuevo Mundo*. Allí, el panorama, más sencilla é intensamente bonito, seductor, en su sencillez de monte y valle, que cabe imaginar.

El hijo de Pereda se detiene, contempla las ruinas y dice:

—Yo lo conozco esto... En mi casa tengo una acuarela pintada por Maura... Es el castillo ó palacio en ruinas...

Y pienso yo que llegará un día en que, si sigue la mina purgándose á costa de la ría, desaparecerán, no ya el puente, y el camino, y el pueblo, sino hasta las ruinas del solar histórico, que el tiempo no acabó de destruir del todo.

Allá, en un arroyuelo, al bajar de las minas, hay unos niños mineros lavándose cara y manos teñidas del color rojo de la mina de hierro. Son unos pobres seres flacos, entecos, con la degeneración física que imprime su trabajo.

—¿Cuántos años tenéis?

—Yo, once; éste, trece...

—¿Y qué ganáis?

—Siete reales diarios, trabajando doce horas en una labor de hombres.

El rojo que los marca no se quita con agua, ni con jabón, ni con nada. Y mientras los miramos compasivamente, pensando que las leyes se promulgan en España para no cumplirse; que es inútil lo que Dato legisló sobre el trabajo de las mujeres y los niños, una centelleante visión de salud, fuerza y alegría nos deja atónitos. Por el camino vienen un mozo arrogante y una zagala esbelta y guapa arreando una carreta de bueyes. Ella tendrá unos catorce ó quince años, casi la edad de los niños mineros. Pero ¡qué diferencia! Es alta, grande, con apariencia de matrona, con senos abundantes y robustos. Lleva un ancho sombrero de paja. Se lo quita al pasar, y descubre una cabellera negra que le cae en cascada por la espalda. En mi mente surge y en ella se fija poderosamente, comprendiendo ahora su argumento, el recuerdo de *La aldea perdida*, de Armando Palacio Valdés. Era una palabra justa que faltaba por decir. La aldea se pierde, y también la bahía. La mina vierte su capa amenazadora, no sólo sobre las cosas, sino también sobre los hombres, preparando una generación cuya imagen triste son los niños del arroyuelo, desmedrados, entecos, enfermos, de por vida.

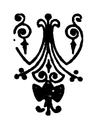
Hasta el cielo está triste y sucio. El ingenioso Estrañi encierra en una frase lo que todos pensamos:

—Eso no es cielo; es el reflejo de la basura de la bahía...

*
* *

Regresamos. La última etapa de la interesante expedición, después de comer unas sardinas frescas, sabrosas, admirables, en la alegre tabernucha de Heras, reservaba para mí otras impresiones no menos fuertes.

El tren se para á su llegada á Santander. Creo que es para hacer alguna maniobra, y permanezco sentado. Pero todos bajan. ¿Será un sueño, una pesadilla? Miro á todas partes, buscando la estación, algo como humilde apeadero, una barraca siquiera. Nada, ni estación, ni apeadero, ni barraca: la calle... Y allí en medio de la calle, descargan ó cargan los pasajeros sus maletas y baúles, teniendo que dar un peligroso salto para tocar el suelo. Y no hay manera de tomar billete ni de facturar. El que sale de Santander tiene que ir en busca de la estación próxima, llamada de mercancías, á una respetable distancia. ¡Y esto dura meses, años! Quemaron la estación, y quemada se quedó, sin reponerla. ¡Qué escándalo y qué vergüenza, con un tren tan bonito con una línea de tanto movimiento, una de las más productivas de España!



EL SANATORIO DEL DOCTOR MADRAZO

¿EL PUEBLO ESPAÑOL HA MUERTO?

I

No quise marcharme de Santander sin verlo. Todos me lo elogiaron como una de las joyas, la más valiosa que encierra la ciudad. Galdós, Maura, Menéndez Pelayo, Augusto Linares, Pepe Estrañi, todos aquellos con quienes hablé no acababan nunca de ensalzarlo. Pero sobre todo Linares, que cuando yo manifestaba deseos vivísimos de visitar su estación de Biología marítima, decíame:

—«No, la estación no se la enseño. Vaya usted al Sanatorio... Todo lo del Estado es precario y languidece. El Sanatorio es de fundación particular, debido á la iniciativa de un hombre de genio y por eso florece, es una de las primeras instituciones en su género de Europa.»

Y fuí á visitarlo acompañado del doctor Benet. Avisamos y nos citaron para aquella tarde. Durante la mañana tenían que hacer una operación.

Madrazo es lo que se llama una voluntad. Era catedrático de la Universidad de Barcelona, habiendo conquistado como tal una justa y extensa fama de sabio. Llegó un día en que sintió un profundo disgusto al notar la falta de medios para sus estudios y enseñanzas. Escribió al ministro y al director de Instrucción Pública pidiendo socorros con que mejorar su Clínica oficial. Sucedió lo que sucede en España. Le contestaron con excusas corteses, con promesas. No consiguió nada y entonces dejó la cátedra.

En España hay dos ó tres docenas de hombres que se pueden comparar con los que más valgan y sepan en el extranjero, ya sea en ciencias, ya en filosofía, ya en literatura, ya en el profesorado. Lo único de que estamos mal es de políticos. En lo demás podemos sufrir con ventaja la comparación con el resto de Europa. Uno de esos sabios dignos de pasar la frontera es el doctor Madrazo. Fundó primero un Sanatorio en su país natal, en el Valle de Pas. Pero como este lugar tan hermoso como apartado de toda comunicación resultaba bastante lejos á los enfermos, á los que necesitaban operarse, levantó el edificio que ahora tiene, el nuevo «Sanatorio Quirúrgico» en Santander. Su situación es admirable: resguardado de los vientos, en la proximidad del mar, á dos pasos de las vías principales que conducen á Madrid y á Bilbao.

Con las explicaciones de Augusto Linares y del doctor Benet, iba yo reconstruyendo la personalidad del sabio cirujano, espíritu de *élite,* una fuerza, una energía vital. Al principio Madrazo no sabía cómo



componérselas y atender él solo á sus múltiples operaciones. Pidió un ayudante de valía, de punta, á Alemania. Se lo enviaron pensando sin duda en la conocida receta de «Pour l-Espagne et le Maroc», es decir, que echaron mano de lo menos consistente que tenían. Nadie puede desarraigar en el extranjero la idea—nosotros no hacemos nada por desvanecerla—de que estamos muy atrasados, de que la gente de aquí se pasea por el mundo casi con taparrabos.

El aprendiz de cirujano que desde Berlín se plantó en Santander, se encontró perplejo y sin saber qué partido tomar; su asombro fué grande al advertir cómo operaba Madrazo. Era éste un gran maestro. No sirviendo el ayudante para el caso regresó á Alemania. Y en segunda remesa le enviaron un auxiliar mejor, pero con tales pretensiones respeto á sueldo que hubo necesidad de licenciarlo.

Y ya Madrazo se las arregló como quien dice, con los de casa. Tiene de segundo, de su «alter-ego» al doctor Quintana, hijo del marqués de Robrero y aun creo que marqués él mismo. Este en vez de seguir la fácil y estéril senda de los herederos de título y fortuna que no hacen nada, se dedicó á estudiar de firme y hoy es un hombre de ciencia, una notabilidad. Trabaja como un león, con gran inteligencia, con ese ojo clínico y esas manos expertas que caracterizan á los grandes cirujanos, patrimonio del insigne Federico Rubio y del no menos ilustre Madrazo.

Luego, allí, en el Sanatorio, hay una verdadera «pepiniére», un plantel de operadores, de sabios. Hi-

ce una visita tan rápida, me subyugó además tanto el espectáculo que no me acordé de apuntar nombres. Sólo me han quedado grabados en la memoria con los de Madrazo y Quintana, los de Rodríguez Sierra y Santiuste. Hago extensivo mis pobres elogios de lego en la ciencia á todos los demás. No esperarán ellos seguramente verse ensalzados en Cuba, en el gran periódico *El Mundo*, donde estas líneas no han de sonar á reclamo. De allá no vendrán los enfermos á curarse y operarse en España. Sobre que en Cuba abundan y no faltan los insignes médicos y cirujanos. El bombo es desinteresado.

II

El doctor Quintana me sirvió de guía y me enseño el «Sanatorio». Paso por alto su descripción que yo no sabría hacer con las debidas palabras, apropiadas, técnicas. Baste decir que en su conjunto y detalles produce el efecto de ver dedicado á hospital un Casino confortable y lujoso á la usanza de Niza, en las condicciones naturales de Niza tan semejantes á las de Santander. Existen allí unas comodidades tales que la mayor parte de los operados no las tendrán en su casa. Y además un enfermo puede vivir uno ó varios meses en el Sanatorio—los que hagan falta hasta recobrar su total salud—en compañía de su mujer, de su madre, de su hermana, de su familia. Es la «individualización» del hospital, suprimido és-

te como conglomerado de seres distintos. En el establecimiento de Madrazo nadie ve el cuadro de las penas y desdichas de los otros operados. Cierra su cuarto y puede imaginarse perfectamente que está en su hogar propio.

En el Sanatorio del doctor Madrazo se opera como pueda hacerse por los mejores cirujanos extranjeros. Tal vez no haya nada que le aventaje ó iguale en Francia y se acerca á los primeros Sanatorios de Alemania. Los médicos que lo visitan procedentes de las grandes universidades y clínicas del mundo se quedan gratamente sorprendidos, maravillados de que eso exista en España. No podían sospecharlo. Madrazo está en correspondencia constante con los más ilustres sabios alemanes. Aquí en Santander se hace lo que haga un Bergmann, el que extirpó el cáncer de la cara al señor Romero Robledo.

No es una aseveración gratuita. Lo prueban multitud de testimonios, el clamor de agradecimiento de los que han hallado en la clínica quirúrgica de Santander la vida y la salud. La cirugía no es sólo «cortar», es «sanar cortando». Madrazo no se anunció jamás en los periódicos, apenas si se escribió una línea en su alabanza y no obstante la fama del Sanatorio crece y se extiende por toda la península. Hacen la publicidad, la «réclame», las víctimas arrancadas á la muerte. Es ese el mejor prospecto, el auténtico, el que no falla.

Las salas de operaciones son una preciosidad. Limpias, aseadas, parecidas á jaulas claras y risueñas, con vistas al mar Cantábrico. El recluso por fuerza no

siente ganas de emprender el vuelo, no experimenta la nostalgia de la salud y la libertad. Se ven desinfectantes por todas partes, la «asepsia» llevada á un grado extraordinario, constituyendo casi una manía. Y el Sanatorio, á pesar de su magnitud, se va haciendo pequeño, tantos enfermos acuden de todos lados de España en busca de que los operen. Y luego el aire puro de Santander que es por sí un antídoto, un preservativo contra la «septicemia».

Aquellos doctores en la gran ciencia, en la más positiva ciencia de curar que es la cirugía, todo el año están operando. Por lo menos, realizan una operación diaria y de las más difíciles. Enumerarlas equivaldría á llenar *El Mundo* con nombres técnicos y relatos que parecerían milagrosos, increíbles, nunca vistos.

Sí, Madrazo es una voluntad. Con una vocación y una fe admirables en su seguro éxito, se habrá gastado en el Sanatorio más de dos millones de pesetas, lo cual en España, sobre todo, es una regular cantidad. Y no obstante ya resulta insuficiente, estrecho. A la vuelta de muy pocos años no cabrán los que en peregrinación vayan á la Clínica Quirúrgica de Santander, de fama universal.

III

Pero Madrazo no se limitó—y esto es lo que más me ha interesado, lo confieso—á curar, á operar, á establecer en su patria un Sanatorio modelo. Madra-



zo que está en la alta línea de los Cajal, de los Simarro, de los Cardenal, de los Cortezo, de los Lluria, de los Albarrán — á este último lo cuento casi como nuestro por ser cubano—ha escrito un libro este año que se titula «¿El pueblo español ha muerto?», donde recoge sus impresiones respecto al estado actual de la sociedad hispana. Sintiendo intensamente los males de su país con el patriotismo de un buen ciudadano y de un ser «vital» —perdón por la palabra—se entregó con fe robusta á verter en el papel los pensamientos que brotaban espontáneamente de su alma. Es el libro de un ingenuo, pensado y escrito de un tirón, vaciando su espíritu de patriota y su cerebro de pensador. Adolece de la incorrección que acompaña á toda espontaneidad, pero es de un positivo, de un alto é indiscutible mérito. Acaso no se ha hecho entre la fecunda literatura que subsigió á la derrota del 98, nada tan fresco, ni tan original. No se parece á obra alguna, no guarda semejanza si no con Madrazo.

Lo escribió en la Vega de Pas, célebre por sus nodrizas, las «pasiegas». Fué produciendo cuartilla sobre cuartilla, capítulo sobre capítulo y sin propósito ninguno de enseñar, con el afán sencillo de exteriorizar lo que uno lleva dentro y pugna por salir, ha compuesto un verdadero tratado de lo que pudiéramos llamar «psicología» del pueblo español. Ni una vez se lee en aquellas cuatrocientas páginas de nutrida escritura la frase consagrada por el uso de la «regeneración» de España. El hace algo mejor, trasmite la fe que atesora en las energías de nuestra raza, de nuestra nacionalidad.

Rebosa el libro por todos los poros un sano optimismo, la creencia absoluta, sin dudas ni desmayos en la fuerza rehabilitante del pueblo español. Es un creyente, en ocasiones, demasiado creyente. Y es que mira á su esfuerzo, á lo que él ha realizado, y, claro es, todo le parece posible. Acostumbrado á disputar á la muerte sus víctimas más indiscutibles, y á vencerla, es natural que no conciba la probabilidad siquiera de que un pueblo pueda morir. Y lo opera sí, lo opera quitándole el tumor, el quiste de su propia ignorancia acerca de lo que vale y puede.

Procede por cuadros sintéticos de extraordinario colorido. Va estudiando región por región, todas las de España, sin omitir defecto, pero sin desconocer virtud.

Habla del «gallego» y dice entre otras muchas cosas atinadas:

«Con su instintiva tendencia al ahorro, prevé todas las adversidades y malos tiempos, que nunca faltan al andar de la vida; esta cualidad sirve de excelente fundamento á la formación de la familia, y esta previsión y constante preocupación del porvenir, lo hace prudente por un lado y por otro le anima á desembarazar el espíritu por el procedimiento del trabajo, que es el que resuelve casi todos los problemas de la existencia, el que pone á cubierto de estrecheces y caídas.»

Y después de ensalzar, como es justo, con la poética fuerza en la expresión de un Zola, la cualidad de más primordial importancia en esta raza, la «fecundidad», pinta á Galicia devorada por el caciquismo,

por una oligarquía sin entrañas, como si toda la vida hubiera andado por las sinuosas veredas de la política.

Habla del «aragonés» y entre otras muchas cosas exactas, propias de su ciencia de observación, dice: ...«El aragonés todo lo tiene igual, cuerpo y alma, cuerpo fuerte y alma fuerte. De arquitectura sólida, su máquina goza la resistencia del acero; de ordinario, come fuerte también, como ningún otro en España y come buenos alimentos y bebe mejor; pero si hay necesidad, come ratones, como en Zaragoza, ó no come, porque así conviene y así se hace si su voluntad se lo manda...

»Su espíritu ofrece tres caracteres distintivos, tan espontáneos, que por donde quiera que le toquéis salta su chispa, y si fuera posible que estos sentimientos se perdieran en la historia, bastaría contar con las cenizas de un aragonés para que vivos y exuberantes resurgieran: me refiero á su sentimiento de justicia, á la fiera determinación de su voluntad y á la lealtad de su corazón. Sintetizo el espíritu del pueblo aragonés por las tres gracias; pero en forma que, además de la particular belleza de cada una y en vez de cogerse de la mano, unieran sus hermosos rostros y pegaran sus labios en íntimo y amoroso beso, para que de su conjunto se infundiese un alma de tales sentimientos poseída»...

«Habla del «castellano» y tras de decir que es una planta que se tira á la greña con el ambiente que vive y más que un hijo del terruño parece por su contextura, un romano de la República, exclama:

»Acuérdate, Castilla, de tu brillante período histórico, de aquel que tuviste antes de que la monarquía imperialista viniera á hacer de tí el instrumento para servir sus ambiciones sin límites; antes de que con ciega obediencia blandieses el cuchillo que en tu mano puso el monstruo de las dos cabezas»...

Habla en fin, de Cataluña, y se asombra de su tenaz lucha con la naturaleza y la historia, con la tierra pobre y un sin fin de calamidades y guerras civiles:

«La guerra de sucesión á la terminación de los Austrias, hizo soportar principalmente á aquella región las consecuencias de una lucha entre hermanos, por si debieran ser esclavos de una ú otra familia; la invasión francesa en parte alguna dejó sentir sus efectos de destrucción y muerte como en Cataluña, y cuando pasaban los franceses comenzaban los ingleses á quemar sus puertos y viceversa; y para último remate, en las dos guerras civiles, núcleos de importantísimas facciones escojen por campo de operaciones las asperezas de aquellos montes, que parecían levantados para que allí pudiera guarecerse toda protesta armada contra la tranquilidad y el reposo de un pueblo condenado á perpetua guerra. En este ambiente de cañones, humo, sangre y fusilamientos, se ha constantemente mecido el pueblo catalán, y no sólo no ha podido con él, sino que aún le han sobrado energías para fundar de nuevo una sociedad inteligente, laboriosa, y adornada de una cultura perfectamente europea, siendo una excepción entre todo lo restante del país, como no contemos á su lado las provincias vascongadas»...



IV

Tal es el libro de Madrazo. Una sola de sus páginas ingenuas é incorrectas vale por muchas obras atildadas y correctísimas. Desde que lo leí no me abandona noche y día.

Y cuando yo le preguntaba al doctor Quintana como había podido el doctor Madrazo, con la labor tremenda que sobre él pesa, escribir un libro, me contestó, sin contestarme concretamente á la pregunta, evidenciando un hecho curioso. Casi todas las notabilidades europeas, en ciencias naturales, en medicina y cirugía, alcanzaron ó alcanzan larga vida. El que menos de los sabios existente hoy, oscila entre los setenta y los ochenta años. Y, sin embargo, continúan escribiendo, trabajando como en su verde juventud, mejor que en su juventud. El estudio, la existencia de laboratorio ó clínica es á modo de elixir. Y Madrazo apenas pasa de cincuenta. Esperemos de él, si no marra la regla, algo en la vida moral é intelectual de España, como su «Sanatorio Quirúrgico» de Santander, de extrema grandeza.



OYENDO A LOS SOCIALISTAS

PEREZAGUA

Casi del tren me fuí al Centro Obrero, allá, muy lejos, en un barrio extremo de la ciudad, en una calle de cuyo nombre no puedo acordarme. En el Centro celebraban una reunión los socialistas, bajo la presidencia de Perezagua. Hablé dos palabras con éste, y como el momento no era oportuno, dilaté mi tarea de interrogarle hasta el día siguiente.

—Espéreme usted en el Ayuntamiento á las diez de la mañana.

A las nueve y media ya estaba yo allí, en el palacio municipal de Bilbao. El conserje me condujo al través de aquella espléndida mansión, casa del pueblo como apenas hay otra en toda España y aun en muchas capitales del Extranjero. La sala de sesiones, con bancos para los ediles que parecen, por lo cómodos, sillas de coro de una Catedral; el regio salón árabe, á imitación de las estancias de la Alhambra,

y sobre todo la monumental escalera, me dejaron gratamente sorprendido.

—¿Dónde se sientan los socialistas?

—Ocupan casi toda la izquierda; son *nueve* concejales; Perezagua, Carretero, Pascual, Nájera, Cerezo, Merodio, Salsamendi, Las Heras, Aldaco... Nueve en un Ayuntamiento en que los demás partidos apenas asisten á las sesiones, son una fuerza considerable. ¡Y si les oyera usted hablar! Se llevan de calle á todo el mundo. Hacen campañas formidables.

Mientras esto me decían, pensaba yo que, en efecto, es un partido, y un partido fuerte en una ciudad como Bilbao, donde tanto significa la riqueza, el dinero, aquel que consigue enviar nueve obreros á administrar la hacienda suya y la de todos los vecinos. El Poder municipal, el primero de todos, resulta *intervenido*. Con una oposición semejante, los socialistas tienen que ser árbitros de los destinos de Bilbao. ¡Y sin embargo, no se sienta un diputado suyo en las Cortes! ¿Habrá prueba mayor de lo que fueron y son las elecciones en España, y particularmente en lo que los ingleses llaman *distritos podridos*?

De estas cavilaciones me sacó la presencia de Perezagua, puntual á la cita. Abordé en seguida la materia de la interview. Es él hombre muy inteligente, y á la primera palabra comprendió mi deseo; se dió clara cuenta de que nuestra campaña de información lleva aparejada una gran imparcialidad. Campo neutral estas columnas para todas las opiniones, habla siempre el interrogado y el preguntador desaparece, se elimina, en cuanto excitó las confidencias. El *com*-



pañero Perezagua dijo lo que piensa, y además ha leído y aprobado estas cuartillas. Por esta vez al menos carecerá de fuerza el argumento, en varias ocasiones esgrimido con justicia, de que alteran sus ideas.

***

—Soy enemigo de la coalición con los republicanos, y lo somos la inmensa mayoría de los obreros que figuramos en el partido socialista. Advierta usted el hecho, lo digo sin ofensa de nadie, de que casi todos los partidarios de la coalición, al menos en las regiones que yo conozco como Bilbao, proceden del campo republicano ó del campo ácrata. Verdaderos socialistas, de principios, de origen, se pueden contar por los dedos de la mano los que resultan abogados de esa alianza. Así se explicará el resultado de la reunión del domingo. Por una mayoría compacta y resuelta de cien votos triunfó el criterio de ir á las elecciones municipales solos, sin ayuda, inteligencia ni confusión con partido alguno.

Nadie me podrá convencer de la necesidad, ni sobre todo de la conveniencia política, de coligarnos con los republicanos en la próxima lucha de Noviembre. Consideremos el problema primero con respecto á Bilbao, y después con relación al resto de España.

En Bilbao, la batalla, la ruda pelea, es de clase, no es de partido ni de formas de gobierno. Aquí somos los obreros contra los burgueses, y los burgueses contra los obreros. Y frente á nosotros, formados en la misma línea, están monárquicos y republicanos,

conservadores y liberales, y por de contado bizkaitarras, última expresión de los extremos á que conduce la oligarquía dominante. Planteada así la cuestión, ¿qué tenemos que ver con el artículo 21 que se invoca, ni tampoco con las conclusiones del último Congreso del partido socialista? ¿De cuanto acá son aplicables en las circunstancias presentes esos preceptos?

En la provincia, en la región ésta, habrá de 30 á 40.000 obreros. Existen 5.000 afiliados á las Sociedades de resistencia, aparte de los comprendidos en el Censo de la Agrupación socialista. Aunque se busque con un poderoso reflector, con los rayos X, que penetren en las conciencias, no se encontrará ún obrero político á semejanza de los que en Barcelona y en otras partes votan á los republicanos. Esto probará que el sentido universalmente preponderante aquí es de protesta del proletariado contra la burguesía.

Pero, además, abonan nuestro criterio una infinidad de razones. Los republicanos—hay que decirlo así, pues que es absolutamente cierto—fueron los que en Bilbao, en Vizcaya, empezaron á enseñar á los demás partidos el camino de la compra de votos. Esto no lo podremos olvidar fácilmente, y menos después de los deplorables espectáculos que presenciamos en las elecciones últimas de diputados á Cortes. Entonces el contagio corruptor invadió nuestras propias filas. En el postrer Congreso, el elemento radical del partido—es decir, otros amigos y yo—formulamos una seria protesta contra la compraventa

de votos, proponiendo fuera eliminado el que tal hiciera.

¿Y es á esta hora, cuando estamos en el deber de realizar una campaña moralizadora, la hora de pedir que nos unamos, que nos aliemos, á los que actuaron de precursores en la tarea de corrupción, y por lo mismo pueden—yo no digo que lo hagan—volver á las andadas? No; nosotros solos, sin ayuda de nadie, sacaremos cuatro concejales socialistas. Eramos nueve; tienen que salir tres; resultaremos, por consiguiente, diez. Ganaremos uno. Este partido se satisface con triunfos que podrán parecer modestos, pero que son de gran trascendencia por su constancia y repetición. Con tal de no perder un palmo de terreno ganado...

No se olvide tampoco, y todos son elementos de juicio, que al presentar los socialistas de Bilbao una proposición en el Ayuntamiento pidiendo la jornada de *ocho horas* para los obreros municipales fueron los republicanos los que más nos combatieron. ¿Es ó no la nuestra una lucha de clases? ¿Qué tenemos de común, de afín, con ellos?

*
* *

Miremos al problema en relación con el resto de España. Idealmente, teóricamente, si á mí se me pregunta qué prefiero, Monarquía ó República, contesto sin vacilar; *prefiero la República*. Es más: si algún día es necesario, si los republicanos intentaran una revolución de veras, y no una cuartelada ó pro-

nunciamiento, nosotros somos capaces, más capaces que nadie, de trabajar por la revolución.

Pero no es ese el problema, no lo puede ser, en Noviembre de 1903. Lo que se nos propone y aconseja no es que trabajemos para la revolución, sino para sacar unos cuantos concejales más republicanos. ¿Vale la pena eso de plegar nuestra bandera? ¿Puede renunciar á su integridad el partido socialista? Aunque quisiera no podría, porque no somos todavía mayores de edad y la masa obrera no posee aquella cantidad de reflexión consciente que á ese fin hace falta.

En la proposición de Quejido, á quien yo respeto y quiero, veo, ante todo y sobre todo, un asunto de oportunidad á debatir. Ahora, en este año que corre, *es pronto*, es prematuro, es temprano, para una alianza con los republicanos. Y no se argumente diciendo que la famosa carta de Bebel quiere significar eso. ¿De dónde, cómo? Las condiciones de aquel país y las del nuestro no tienen punto posible de comparación. Bebel habla desde Alemania y en Alemania; son los burgueses los que se unen con los socialistas, mientras que aquí, en España, se pretende todo lo contrario: que los socialistas *nos unamos con los burgueses*... ¿Se comprende la diferencia? ¿Cómo ha de aconsejar Bebel, ni en Alemania, ni en España ni en parte alguna, que los socialistas, perdiendo su fuerza y su razón de ser, vayan en busca de la burguesía? Lo que hace Bebel y nosotros es abrir los brazos á cuantos estén á punto de contrición...

Pero, en fin, pasemos en hipótesis por todo eso.



Supongamos que es necesario y conveniente aliarse con los republicanos. ¿Por qué ahora y no antes? ¿Por qué con motivo de las elecciones municipales, de carácter primordialmente *administrativo*, y no con motivo de las elecciones generales, de carácter primordialmente *político*? Si ha sonado la hora, sonó el 26 de Abril, no en Noviembre, habiendo perdido esa ocasión única. En el Parlamento, y no en los Municipios, es donde se hace política general, política que afecta á la forma de gobierno. El Congreso de Gijon, el célebre art. 21, hablaba, precisamente, de diputados á Cortes, no de concejales.

El 26 de Abril, uniéndonos á los republicanos, hubiéramos prestado un servicio positivo á la República; ahora no le podemos prestar ninguno. Entonces se hubiera evitado un peligro inmenso para la República del porvenir, que no debe jamás, sin suicidio, apoyarse en los ácratas. Piénsenlo bien los que puedan pensarlo. Todas las Repúblicas del mundo descansan hoy sobre los robustos brazos del socialismo. ¿Dónde ni cuándo vivirá una República anarquista?



Estamos ahora abocados á una huelga de mineros. Estos han enviado una solicitud al Centro patronal de las minas, pidiendo que en vez de pagárseles el jornal por meses, se les abone por semanas. La razón es óbvia: cuanto más fresco sea el dinero y más puedan satisfacer al contado las cosas, la vida resultará

en condiciones de mayor baratura. Lo que hay es que á los patronos no les conviene, porque en una forma ó en otra continúan las *cantinas obligatorias*, cuchillo del proletariado, horcas caudinas del proletariado. Y repárese que los comerciantes libres son partidarios del jornal semanal, porque así podrán concurrir y acabar con las cantinas. El celemín de garbanzos que cuesta siete reales en Bilbao, cuesta once reales en la región minera. El 7 de Septiembre se ha de resolver ese conflicto; verá usted cómo se resuelve mal, en contra de la justicia. De ahí la huelga...

Con grandes dificultades tenemos constantemente que luchar. ¡Y se nos dice que pleguemos la bandera, que nos aliemos con los republicanos, por punto general burgueses, como los monárquicos! Otros podrán olvidarlo; yo no he olvidado los trabajos inmensos que nos costó fundar el partido socialista en Bilbao.

Yo soy de Toledo. Desde el 79 formé en las filas de «El Porvenir», Sociedad de trabajadores en hierro. Vivía en Madrid, y ganaba un jornal en la Casa Meneses. De allí me despidieron por decirse en el *Boletín* que publicábamos lo que era justo decir. No lo escribí yo; pero me arrojaron á causa de ser el director del *Boletín*. Y no encontré faena, por más que la busqué en Madrid. Se transmitieron la consigna los patronos.

Vine á Bilbao en 1885. Busqué y hallé trabajo en la fundición de metales de Aguirre. Pero trabajaba once horas y media, en vez de las diez de Madrid;

y ganaba dos reales menos que en la corte. ¡Qué tiempos aquellos en Bilbao! En las minas se empezaba la jornada diaria á toque de corneta, entre dos luces, y entre dos luces terminaba. Los burgueses disponían de capataces que eran de la gente del bronce, y á menudo presidiarios. Además, cada patrono tenía á su servicio una verdadera guardia negra.

Comenzamos unos pocos la propaganda. El año 90, fecha de nuestra primera batalla al capital, el ejército socialista se componía de 46 individuos, y en la comarca minera eran cuatro los que seguían nuestras ideas. Y, sin embargo, estos 50 hombres resueltos logramos el verdadero prodigio de organizar la manifestación de 1.° de Mayo, de hacer venir á Iglesias, y que le oyeran, y de provocar la más seria huelga que haya estallado aquí. Antes del 90 no se leían periódicos en las minas; ahora existen diez ó doce vendedores de periódicos en la zona minera, que viven únicamente de eso. Antes del 90, los crímenes eran frecuentes por cuestiones fútiles, de si uno era catalán y el otro andaluz, éste vasco y aquél gallego. Después les enseñamos la doctrina de la solidaridad, y los delitos disminuyeron en proporción considerable. Antes del 90, en los cuarteles mineros, se leían extraños carteles, como este: *Por dos piernas, 40 duros; por dos brazos, 20; por dos manos, 10.* Era una ley de accidentes, ya por fortuna desaparecida, que habían *promulgado* los patronos. Antes del 90, en fin, la jornada era de catorce ó quince horas, y la huelga la redujo á diez horas...

¿Cómo olvidar aquello y no prever la posibilidad de nuevas batallas?

Yo he estado preso varias veces; yo he tenido que huir, que emigrar, con los compañeros Carretero y Pascual, á consecuencia de la causa y condena por supuesto insulto á la fuerza pública en un mitin; yo he vivido en París, y he trabajado allí en casa del constructor de automóviles Dion-Bouton; yo he sostenido y sostengo rudas peleas en el Ayuntamiento. No son de ayer; son todavía de hoy los padecimientos. Ahora mismo estoy amenazado de desahucio de la casa que habito, no por falta de pago, sino por oponerme, como concejal, á la subvención de las fiestas de la Virgen de Begoña...

¿Que peligran las libertades públicas y debemos unirnos á los republicanos? Lo que peligra es la vida de los pobres perseguidos y arrojados de sus hogares, como en los tiempos de la Edad Media, por ideas religiosas... Y cuenta que en el Municipio los republicanos votan lo que cualquier clerical vote.

Concluyó Perezagua de hablar, y yo lo consigno sin añadir punto ni coma. Mañana hablaré con el compañero Carretero, que opina precisamente lo contrario, que es abogado decidido de la coalición con los republicanos. No hay otra manera, que yo sepa, de formar juicio y de ilustrar á la opinión.



EN BILBAO

OYENDO A LOS SOCIALISTAS

CARRETERO

En la calle de Hurtado de Amézaga hay una librería muy pequeña, pero muy llena de libros. En el escaparate se ven obras de Ibsen, de Dumas (padre), de Schopenhauer, de Büchner, de Darwin, de Voltaire, de Rousseau, de Reclús, de Zola, de Víctor Hugo, de Kropotkine: mezclada la literatura y la ciencia de los grandes maestros modernos. Y en el centro de todos esos tomos, llamando la atención de los transeuntes por lo que salta á la vista, la orla con los retratos de los diputados de la minoría republicana de 1903.

En el interior libros y más libros, objetos de escritorio, chucherías ó *bibelots* para niños, y hasta devocionarios. Esto último no impide que á la librería del concejal socialista Carretero se la conozca con el nombre de la *tienda del judío*. Los que compran devocionarios no le perdonan que tenga allí tantas obras de máximos ingenios, de lo que ellos llamarían herejes.

Le espero un largo rato, y Carretero no viene. Le ha anunciado mi visita el compañero Perezagua; lo cual prueba que, á pesar de su divergencia en el tema candente de la alianza republicana, viven en completa amistad y buena armonía. Cuando al cabo se presenta, me explica la causa de su tardanza. La noche anterior estuvo ocupado en la organización de la nueva Sociedad «La Biblioteca», Sociedad que se propone difundir la cultura, dar entrada á cuantos sientan ideales y aspiraciones progresivas, sin exclusión de partidos.

* * *

—El debate entre Monarquía y República—dice Carretero—no nos interesa á los obreros del mundo, de aquí y fuera de aquí, sino en un grado muy relativo. Al revés de lo que opinan algunos, yo no creo que esa sea una cuestión teórica, ideal, sino que depende de las circunstancias y se plantea ó no según los casos en determinados países. La mayor suma de derechos y libertades se puede encontrar en Inglaterra, que es una Monarquía, y en cambio puede obscurecerse la declaración de los derechos del hombre en un Estado constituído en República, como Francia. Inglaterra no mejoraría de proclamarse el régimen republicano, que de hecho practica, y Francia tuvo con el proceso Dreyfus y con la lucha entre republicanos y socialistas, de un lado, monárquicos y nacionalistas, de otro, el ejemplo más elocuente de la fuerza que alcanza allí todavía la reacción.

Claro es, yo no lo desconozco ni lo niego. Francia,

tras esa fiebre eruptiva reacionaria, volvió á su salud y á su normalidad gracias al socialismo, gracias á la obra de un Jaurés, de un Viviani, de un Millerand, de un Clemenceau, de un Waldeck-Rousseau y de otros muchos, los unos aceptando y los otros dando consistencia al *bloque* socialista-republicano. El actual presidente del Consejo, Combes, jamás hubiera podido ejecutar la ley de Asociaciones sin el auxilio formidable y decisivo de nuestros compañeros y correligionarios de allá. La obra no es, pues, fundamentalmente de la República, sino de la República sostenida por el socialismo.

En el orden político, escasas ó nulas ventajas podemos lograr los obreros del régimen republicano puro, y en el orden económico, el único provecho positivo consistirá en la disminución de gastos, que permitan aumentos en instrucción pública ó en otras atenciones del Estado. Pero, por lo demás, la mudanza de instituciones deja la sociedad en sus fundamentos, tal como estaba, ni mejor ni peor que estaba. Ni siquiera las leyes sociales obreras son privativas de las Repúblicas, porque Inglaterra, Alemania, Bélgica, etc., países monárquicos, han legislado en esa materia.

Por consiguiente, se engañan ó nos calumnian los que propalan la burda especie de que somos republicanos, y á la forma de gobierno, cosa accidental y transitoria sacrificamos nuestras convicciones socialistas, nuestro afán de perfección y de revolución de la sociedad, nuestro credo, que mira primordialmente y ante todo al régimen económico, social, y no al político.

Ahora, que puede llegar un instante en la vida de un pueblo—en esas circunstancias nos encontramos en España—en que la opinión, y la masa obrera singularmente, aspire, desee, pida, un cambio de forma en las instituciones del Estado. Yo no creo que el hecho de que venga la República agrandará la mesa del banquete social y todos podremos sentarnos á ella y seremos felices. Pero la multitud, la mayoría, si no se forja tales ilusiones, está muy cerca de soñar en que se realizarán un día, y que el medio de realizarse es la República. ¿Con qué derecho los socialistas nos vamos á negar á que se haga el experimento á la hora en que por estar unidos los republicanos nos parece probable ó seguro su triunfo? ¿Cuál no sería nuestra responsabilidad si el intento fracasase por falta de auxilio del pueblo, de la masa? Pues qué, ¿la intervención de esta masa no imprimiría carácter serio de sacudimiento nacional á lo que de otro modo constituiría un motín, una asonada, pretexto á una jugada de Bolsa?

Y no se nos diga que no estamos en el caso previsto por el Congreso de Gijón al hablar de nuestra cooperación al movimiento revolucionario republicano, en el trance de que peligren las libertades públicas. Yo no sé, ni me importa por el momento, dilucidar si las libertades peligran hoy más que ayer. Yo sé que existen una multitud de cuestiones, la de las huelgas, la del derecho de asociación, la religiosa, la de educación nacional, en que todos los obreros tenemos un capital interés. Y dígaseme si podemos confiar en que el actual Gobierno, cuyo programa

único es el de dar la *batalla á la democracia,* sea el que resuelva tales problemas en sentido progresivo.



Yo comprendo bien la resistencia de los socialistas de Bilbao, en su gran mayoría, á una alianza con los republicanos. Ven á los republicanos de por acá, tienen presentes sus deplorables ejemplos, y juzgan por éstos á los republicanos de toda España. El año 1891, en las primeras elecciones del sufragio universal luchó un republicano contra un Urquijo en Bilbao. Las dos partes combatientes peleaban á golpes de duros, comprando votos. El tipo medio de cada voto era de 100 pesetas. De entonces acá, las costumbres de los enemigos de la Monarquía, pero que viven dentro del sistema recibiendo los provechos y las consignas de los caciques monárquicos, no han cambiado en un ápice.

En el Municipio estamos siempre frente á frente republicanos—los que se llaman tales, aun cuando no lo son—y socialistas. Votan contra nosotros en todos los asuntos, no sólo en el de las fiestas de Begoña, ya de por sí muy importante, por cuanto significa un inútil derroche de cincuenta mil duros, sino en lo que vale más, en nuestras proposiciones de *colonias escolares* y de *cantinas escolares.* Y lo hacen por el sentido laico que, naturalmente, infundimos á esas reformas, de tan supremo interés.

Los concejales socialistas queríamos que el Ayuntamiento elevase una exposición, una súplica, á la

Diputación provincial en el sentido de suprimir los gastos de las fiestas de Begoña. La petición, que á primera vista parece ilegal, no lo es, porque en Vizcaya, merced al concierto económico, al régimen de autonomía administrativa, la Diputación hace los oficios y las veces de Estado central. Contra esa demanda justa votaron los republicanos, en causa común con neos, bizkaitarras, etc.

Pero además, y prescindiendo de las fiestas de Begoña, que sostienen por su carácter inconfesado de clericales, ¿qué motivo serio, justo, convincente, les impedía apoyar la idea de las *colonias escolares* y de las *cantinas escolares?* ¿Es así como van á ganarse la voluntad del proletariado, ni siquiera de los intelectuales de su partido? ¿Es que la colonia escolar no la predican y practican republicanos de otras regiones, como, por ejemplo, la asturiana? ¿Es que la cantina escolar no es necesaria en este Bilbao, en que el trabajador no puede hacer vida de familia nada más que por la noche? ¿Qué es de los niños abandonados en tanto, ó teniendo que sucumbir á los alimentos pésimos de las tiendas patronales? El aire viciado de esta ciudad, que aún no conoce la higiene más que de oídas, aconsejaba la colonia escolar. Los republicanos prefieren que no se respire, que prosiga la existencia de la juventud en una atmósfera corrompida, insana, en lo material y en lo moral.

¿Quién viendo todo esto, no tiene su ánimo predispuesto en contra de la alianza republicana? Es cierto; y de ahí la votación del domingo último, contraria á la coalición. Teníamos que luchar, primero,

frente á la invencible repugnancia que á los socialistas les producen los ejemplos republicanos y, segundo, frente á los compañeros Perezagua, Villanueva y otros, que tomaron la cosa con extraordinario y verdadero ahinco. Nosotros lo fiamos todo sin esfuerzo á nuestras predicaciones y consejos. Fuimos vencidos, y es gran lástima.

En vano argumenté. Les expuse que los socialistas de Bilbao no debíamos prejuzgar el pleito de la alianza en toda España. No era nuestro derecho. La proposición Quejido deja en libertad al partido de que resuelva, según las circunstancias *locales,* en cada lugar y tiempo la conveniencia ó no de coligarse con los republicanos. No podemos, no debemos, votando en contra de la coalición, oponernos á que en Madrid, Barcelona, Almería, Córdoba, Sevilla, Zaragoza, Valencia, allí donde no tengamos fuerza propia bastante para triunfar solos, se malogre la victoria de republicanos y socialistas, luchando desunidos.

Les expuse que, de adoptar esta intransigente actitud, seguirán las gentes calumniándonos, diciendo que somos el obstáculo al advenimiento de la República y, lo que es peor, el sostén del caciquismo monárquico. Haremos, sin saberlo, obra antidemocrática, dando fuerza á quien no la tiene, facilitando la elección de concejales que de otro modo jamás saldrían. Aquí en Bilbao, no, porque los socialistas nos bastamos y sobramos á dar la batalla en nombre de la democracia. Pero ¿y en los demás puntos, acaso no votaremos indirectamente á nuestros principales enemigos? ¿O es que vamos á predicar la abstención,

el retraimiento, conducta que siempre hemos censurado con razón en los republicanos?

A pesar de los pesares, los socialistas triunfaremos, no sacando cuatro concejales como supone Perezagua, sino acaso, acaso, ganando cinco ó seis puestos. Son habas contadas, números que se pueden hacer con datos incuestionables, resultado y estudio de anteriores elecciones. Con los concejales que tenemos y los que saldrán airosos en la batalla de Noviembre, el socialismo es el árbitro en la Casa del pueblo. Ahora, que queda la espina de lo que se hubiera podido lograr con la coalición, queda por hacer lo que el Congreso de Gijón nos ordenaba, lo que la masa obrera espera, con razón ó sin ella, de la República.

*
* *

Es gran lástima, no por los frutos del momento, sino por las esperanzas del porvenir. En España, el proletariado necesita, de día en día más, un trabajo hondo de educación, desposeyéndole de su complexión, de su tendencia revolucionaria *á outrance*. Cuanto más piense y mejor obre, más se acercará la hora de su victoria económica.

Fué un gran mal que en la división de socialistas y anarquistas, allá cuando se separaron Bakounine y Karl Marx, escindiéndose en dos bandos la poderosa «Internacional», los delegados españoles se inclinaran del lado del primero y no del segundo. Los anarquistas de España han disminuído desde enton-

ces, en vez de aumentar; pero continúa siendo nuestra patria el más importante centro ácrata del mundo. Y luego, sean muchos ó sean pocos, lo lastimoso es que aquí los obreros—no me refiero á Bilbao, sino á la nación en general—estén insuficientemente educados y disciplinados, soñando en un dos por tres con la huelga general. «No habrá Gobierno, no habrá autoridad, no habrá organización», dicen los libertarios, y, tras de proclamarlo, se quedan en el surco, padeciendo agravados los daños del régimen capitalista. No; lo que es necesario enseñarles es á crear el esfuerzo continuado para destruir el edificio burgués. El edificio social de mañana ya se construirá, y de nada sirve imaginarlo utópicamente, hecho de una pieza, la víspera misma de la revolución.

En Bilbao no hay anarquismo, y el número de obreros con temperamento de ilusos está reducido á la más mínima expresión. Y no obstante, aquí, en una comarca en que la masa es consciente por excelencia, también se ofrece el espectáculo de imperdonables, tremendas, caídas, por prestarse los trabajadores, sin saberlo, al juego de los patronos.

Mucho hemos progresado; pero no todo lo que hacía falta. Tres años atrás estalló una buena mañana la huelga de carpinteros y ebanistas. Se sostuvieron tres meses, y estaban ya en camino de ganarla, cuando pintores y hojalateros, sin razón ninguna que les apremiase para ello, se declararon igualmente en huelga.

Resultado práctico: que los patronos se reunieron en su Centro industrial, y aliados, preparados á la

lucha, arrojaron á la calle á los albañiles, como última serie de los huelguistas de aquella temporada. A poco se reanudaron los trabajos por sí mismos, perdiendo la huelga; hojalateros, pintores, ebanistas, carpinteros... Lo quisieron todo y todos de una vez, y se quedaron sin nada. Habían prevalecido las doctrinas insensatas, aquel principio absurdo de que *el céntimo puede con el millón.*

¿Qué sería de nosotros, qué sería de los obreros socialistas de Bilbao, si en las grandes luchas del 85 al 91 hubiéramos observado tan delirante cónducta? Probablemente á estas horas subsistiría la atroz jornada de las minas y subsistirían los *cuarteles*, en que vivían los obreros en promiscuidad repugnante. No yo, el general Loma, cuando vino el 90 declarado en estado de guerra Bilbao, dijo que los mineros estaban acampados en un rancho de cerdos...

Habla Carretero con la convicción y la experiencia del que estuvo diez veces preso, en largo martirio.

*
* *

Felipe Carretero Merino dió por terminada la conversación recordando que, aunque natural de un pueblecito de Santander, conoce bien á sus hermanos de Bilbao, porque aquí vive hace treinta y cinco años, y cuenta treinta y seis de edad. Por conocerlos bien, confía en que su educación se completará, y en días próximos, para fines muy altos, la alianza republicana socialista será un hecho.

LA CUESTIÓN DE LA MARINA

LOS ASTILLEROS DEL NERVIÓN

Es esta una cuestión de actualidad en España. La visita que hizo á los Arsenales del Estado el ministro del ramo señor Cobián; la publicación del folleto del señor Sánchez de Toca quien combatía duramente á Villaverde por su renuncia á la construcción de una escuadra; la retirada de Silvela, quien fúndase para abdicar la jefatura en la resistencia del país, resistencia según él absurda á la alianza con Francia y restauración del poder naval; los insistentes rumores que circulan sobre el reparto de Marruecos sin nuestra intervención ni consejo, ni ayuda, desdeñados por Europa cual una cantidad «negligeable», todas esas son causas que contribuyen á dar un excepcional interés á la cuestión de la Marina.

No voy á teorizar acerca de este punto. Me bastará con citar un ejemplo elocuente, evocando rápidamente la historia desastrosa de aquellos «Astilleros del Nervión» en los que se construyeron el *Infanta María Teresa,* el *Vizcaya* y el *Oquendo,* cruceros protegidos que sucumbieron casi sin combate

en las aguas de Santiago de Cuba. Si se ha de repetir la infausta historia vale más que no hagamos escuadra, que abandonemos sueños imposibles de grandeza, hoy por hoy, y que nos dediquemos á la modesta pero fecunda tarea de labrar el suelo nacional, de poblarlo. La colonización interior de España es una empresa de harto más alcance que la de arrojar millones y millones al mar.

Y como no hablo de memoria voy á contar la visita que hice este verano, aún no ha transcurrido un mes, á los Astilleros del Nervión, de los que bien se puede decir con el poeta, que estos campos de soledad, mustio collado, fueron un tiempo Itálica famosa...

I

Conservaba yo, reciente, como si fuera ayer, la impresión de mi visita á los Astilleros del Nervión allá en Agosto de 1890, una semana antes de la botadura del *Infanta María Teresa*. Y quería revivir ante el contraste de lo que fué y de lo que es, en los mismos lugares en que estuve hace trece años, la emoción intensa de lo que ví, una fábrica prodigiosa, unos talleres inmensos en que se hacían desde la quilla á los cañones de los barcos de guerra en un tiempo en el que restaurar el poder naval de España parecía una realidad y no como ahora conversación de puerta de tierra. Las fiestas que entonces se celebraron, el entusiasmo patriótico que por aquellos días



hubo en Bilbao y que repercutió en toda la península, cantado por la prensa unánime, es de los espectáculos que nunca se olvidan, de perdurable memoria. Fueron fiestas organizadas por un Nabab en medio de una ciudad oxigenada por la fe en los destinos de la patria. Fueron las bodas de la industria particular con el Estado. Fué tirar la casa por la ventana en una explosión de júbilo nacional.

Y como lo recordaba, pedí reiteradamente á los hermanos señores Martínez Rivas, que pasan largos meses en el verano, el uno en las Arenas de Bilbao y el otro en Portugalete, que me enseñaran los Astilleros. Yo me forjaba la ilusión del poder hallar un artículo interesante en esa visita para enviarlo al *Mundo* de la Habana. Contar cosas, observar la realidad, entiendo que es la primera obligación de un periodista.

Movíame además un sentimiento piadoso, semejante al de quien deposita un recuerdo, una corona de flores en la tumba de un ser conocido que deslumbró en vida por su grandeza y poderío. Ya me preparaba á entonar elegías á lo que existió, al mundo de obreros, á la famosa colmena de trabajadores. En el año 90 las calderas estaban encendidas, cientos de máquinas en estrepitoso movimiento y ahora todo estaría apagado, silencioso y muerto.

Me equivoqué en todo, de medio á medio. Los señores Martínez Rivas oponíanme una resistencia pasiva á enseñarme los Astilleros, como asustados de la publicidad incluso al través de los mares, allá en esas Antillas, rehacios á andar en lenguas de la gente, muy á su gusto, viviendo en el silencio proyectado

alrededor de su obra. Y erré también al reputar muerto lo que resucitó este año con nuevo poder, libre ya de las ligaduras del Estado. El artículo subsistía, pero el interés que en él pudiera haber variaba totalmente de índole, de finalidad. Ya no se trataba del contraste entre lo que fué y lo que es, si no en describir lo que es de distinta manera. Era como la lección que emana de muchas cosas de Bilbao, de su fuerza extraordinaria para reponerse y sanar de los mayores desastres. ¡Ojalá tuviera esa fuerza toda España!

Por fin, venciendo repugnancias y excusas, empeñando mi palabra de honor de no escribir en España acerca de los Astilleros y no porque tuviesen nada que ocultar, sino para evitar discusiones enojosas, me los mostraron. Y aquella mañana de Septiembre me trasladé en tren á Portugalete, desde Portugalete por el puente colgante de Vizcaya á las Arenas, y en las Arenas nos embarcamos don Francisco y don José María Martínez Rivas, su hijo Santiago, el diputado provincial señor Cruceño, el boticario señor Espada y yo. Formábamos una reducida pero alegre partida que iba en busca de los balandros que corrían las regatas fuera del puerto en prueba decisiva de velocidad y valor, con objeto de resolver el empate de los dos días anteriores entre el «¡Ay!, ¡Ay!» de Bilbao y el «Aufa» de San Sebastián.

Soplaba un fuerte viento Sudoeste que convertía en peligrosas las regatas. Quién pronosticaba una «galerna» y quién por el contrario decía que el viento se encalmaba. Yo pertenezco, en buena hora lo di-

ga, al número de aquellos que como el baturro del cuento preguntado si se mareaba contestó: «¿y pa qué?» Por algo estuve en travesías largas, en Cuba y en Africa.

La travesía en el «Lily», un hermoso yate de 40 toneladas, comprado en Inglaterra, que acusaba bien su procedencia por ser un bello «bijou» flotante, un gentil barco, de los que prueban á maravilla el saber vivir de la raza sajona y de estos vascos que tanto tienen de ingleses, resultó muy agradable, un paseo delicioso. Salimos de la ría y más allá de la boca del puerto, al mar libre. Con los anteojos divisamos en la línea extrema del horizonte á los balandros de las regatas que luchaban con las olas y el viento, un viento formidable huracanado. Si aquello no era «galerna» se le parecía mucho.

—El «¡Ay!, ¡Ay!» ha volcado tres veces—, nos gritaron desde una barca al pasar.

Y en efecto, el siempre vencedor y casi invencible «¡Ay!, ¡Ay!» venía á palo seco, remolcado, resignados ya sus tripulantes á no ganar la «copa», premio de las regatas. El «Aufa» de San Sebastián se la llevó con poco esfuerzo. Otro año será, pensaron los bilbaínos, no sin tristeza, porque el «¡Ay!, ¡Ay!» mantuvo en cien ocasiones la bandera y la honra de la capital de Vizcaya. Sólo que con aquel vendaval dada su ligereza y por lo mismo su débil resistencia á las furias del viento, era imposible triunfar. Las regatas debieron suspenderse y para nosotros fracasaron.

—¡Al «Desierto», á los Astilleros!...

El «Lily» puso la proa en viaje de regreso al puerto y á la ría. En aquel yate se podría ir perfectamente á lo largo de la costa azul del Mediterráneo, y por un momento cerrando los ojos me veía á bordo caminito de Niza, de Malta ó con rumbo á la lumimosa Grecia. De buena gana me haría trasportar á las playas históricas de la civilización y de la poesía en la primavera próxima. El «Lily» obligaba á soñar, á reproducir *in mente* las aventuras de Maupassant en el «Bel Ami», lejos del mundo, en plena mar ó besando la rumorosa costa...

II

Desembarcamos en Sestao. Visitamos primero San Francisco, después la fabricación del cock y de acero, luego el horno de acero, en seguida los talleres de laminar. Delante del horno de acero, nos detuvimos algún rato y tuve la visión de lo que debe ser un volcán en erupción con sus lavas hirvientes contemplado de cerca. Allí dentro, en el mostruoso recipiente de fuego, hacía una temperatura de la friolera de «1.300 grados». ¡1.300 grados, lo suficiente para abrasar Bilbao y aun una ciudad mayor! Gracias á unos cristales azules, y á unas gafas azules puestas ante los ojos, podíamos mirar sin peligro de perder la vista la formidable hoguera. Era como encararse con el sol en pleno medio día. El ígneo espectáculo más que asombrar atemoriza. ¡Y los obreros están allí,

al lado, sin conmoverse, insensibles al achicharramiento en vida, connaturalizados con el terrible horno!

Visto éste y los trenes de laminar, subimos á una locomotora, y andando á los grandiosos talleres de los Astilleros. En los Astilleros todo es extraordinario, inmenso, con naves como Catedrales. Pasamos despacio escudriñándolo todo por aquellas naves vastísimas que pueden contener un mundo de trabajadores. Pasamos por la forja, el taller de cañones, el de maquinaria, el de calderería, el de herrería, el de carpintería. No se acaba nunca, es un pueblo, un pueblo muy grande. Y lo que pasma, es como se levantó surgiendo de la nada en pocos meses tan colosal obra, toda ella hecha aquí, en Bilbao, sin ayuda de la industria extranjera. El 20 de Septiembre de 1889 se ponía la primera piedra y á fines de Agosto de 1890 se botaba al agua el *Infanta María Teresa*. Los Sres. Canalejas y Rodríguez Arias, eran entonces ministros de Fomento y de Marina respectivamente, y fueron á inaugurar el uno el puerto nuevo, el otro los nuevos Astilleros. Bien se puede asegurar que son y serán las obras más duraderas de la capital de Vizcaya.

La diferencia entre entonces y ahora subsiste aunque no es tan grande como yo creía. En la actualidad trabajan en los Astilleros mil trescientos hombres, en la buena época del 90 trabajaban más de cuatro mil. Fué de una fecunda actividad que se llevó la trampa como nuestra escuadra en las aguas de Santiago de Cuba.

Pero, en fin, dejémonos de pensamientos tristes y sigamos. Allí se veían con las quillas ya puestas cinco airosos barcos pesqueros para Lequeitio y Ondárrua. Allí se ve el dique, grande como una plaza de toros, que puede contener muy bien un trasatlántico. Allí se ven las gradas del *Infanta María Teresa,* del *Oquendo* y del *Vizcaya,* de infeliz recordación por aquel final que no merecíamos, ni el país, ni los que los construyeron, ni los que lo defendían. Allí he visto los planos, el modelo de otro yate más grande que el «Lily», mucho más grande, y producto de la industria naval española. El nuevo yate de nombre «Carmela» será de quinientas toneladas. «En ese sí—me decían—se podrá hacer el viaje á Grecia y aun dar paseos por mares más alborotados que el de las costas helénicas».

Después de todo, tras el desastre causado por el Gobierno, los Astilleros libres ya de la molesta y perjudicial intervención del Estado, resucitan para ser tan potentes como eran. Aquí en un año se han agotado ocho millones de pesetas y la inmensa fábrica vuelve á vivir ¡y á qué paso! El 14 de Julio último se hizo la primera *colada* y dentro de la primera semana de Octubre se laminarán toda clase de hierros y de aceros, pudiendo salir de allí desde una vigueta de construcción hasta ún acorazado.

Los Astilleros son una de las más importantes, si no la primera fábrica y fundición de España. Y lo que vale más, es aquella una obra debida exclusivamente á un particular,—sin empresas, sin sociedades anónimas ó de otro género—, que sacrificó su tiempo



y su dinero cuando quiso servir al Estado. Durante diez años permaneció en mortal parálisis, á riesgo de perderse un caudal de la patria.

III

Hablaba yo con los ingenieros D Angel Jimeno y D. Fernando Molina que con sus blusas azules, sus alpargatas, más parecían capataces ú obreros distinguidos que gentes de carrera. Pero bien pronto al dar las explicaciones de las cosas, al enseñarlas, caía el disfraz revelándose hombres de ciencia, espíritus muy inteligentes. Como que allí en el Nervión hay todo un cuerpo de ingenieros incluso navales. Están además de Jimeno y Molina, los Sres. Aldecoa, Ortiz y otros cuyo nombre no recuerdo.

Los ingenieros me decían que á todo el personal técnico le asusta, le horroriza la idea de que vuelva á hacerse allí trabajo para el Estado. No se desea, sino que se teme, vuelvan los Astilleros á ser algo como un arsenal oficial. Recuerdan con invencible angustia el tiempo en que funcionaba una comisión inspectora paralizándolo todo, diciendo que los magníficos barcos estaban corrompidos por el orín, y que el dique no era dique, no obstante las protestas en Consejo de ministros del propio Beranger actual almirante.

No; ellos no trabajarían más en los Astillero si éstos recibieran encargos del Estado. Les anima y fortalece en su labor, á ellos y á los obreros también la

promesa formal, el juramento del dueño, de Martínez Rivas, de no entrar jamás en tratos con el Gobierno, de no haber entrado ni intervenido en eso que se llamó *trust* ó sindicato naval. «Bien estamos solos, olvidados de que existimos. Si se acordaran de nosotros, si en las regiones oficiales pensaran en nosotros todo estaba perdido».

«Ahora como antes dentro de los Astilleros se puede hacer todo. Llega el mineral desde la mina y se transforma en barcos, máquinas, cañones, materiales de construcción, cuanto hace falta. ¿Para qué el auxilio del Estado como no fuera para esterilizar y matar nuestros esfuerzos? Claro es que en otro país se hubiera fomentado un establecimiento de esta suprema importancia nacional. Pero olvidémoslo y que nos olviden, no sea que de nuevo vengan y tiren á deshacer lo hecho y nos engañen otra vez con toda clase de fantásticas promesas».

Y una voz allí resonó convencida poniendo como comentario al temor de los ingenieros tan fundado...

—Sí, tienen razón, en España al que trabaja se le envía la guardia civil como si fuera un ladrón...

Allí se ve la triste historia de la restauración del poder naval en España. Se ensayó, se intentó durante breves días ó meses y luego en vez de seguir en el propósito se abandonó procurando deshonrar la industria nacional. Cuando tengamos alguna guerra, si la tenemos, compraremos á doble ó triple precio unos cuantos barcos de *desecho,* si es que entonces se encuentra alguien que ncs los quiera vender.

Toda la maquinaria de las demás fábricas está he-

cha en el extranjero. En los Astilleros en cambio, el material entero del horno, de los trenes de laminar, y en general toda la maquinaria es obra de aquellos talleres, su obra exclusiva. Pueden llevar un rótulo con el nombre de Nervión semejante al que con tanto orgullo legítimo ponen los alemanes á sus productos industriales: *Made in Germany*.

Y cuenta que no es el único daño el habernos privado por torpezas del Gobierno de una flota de guerra, es que la paralización de los Astilleros cerró sus puertas á la marina mercante. Si los bilbaínos hubieran construído en su casa en lugar de comprar en el extranjero las *chancas* que ahora por fuerza es preciso reponer, otra sería la suerte de este comercio y de estas casas navieras. ¡Lo que todavía se puede hacer!

Dígalo el «Uriarte número 1», ese hermoso barco de la matrícula bilbaína que lo están pintando en el dique de los Astilleros del Nervión. Díganlo los planos de un buque mercante de cinco mil toneladas que se va á construir en breve en los Astilleros del Nervión. Dígalo la flota de balandros para correr la «copa» en las regatas del año próximo que aparece allí en los Astilleros del Nervión con su lindo, gentil, airoso modelo ya casi terminado. Dígalo, en fin, cuanto se descubre en una visita por rápida que sea.

Y no hay que esperar cosa alguna del Gobierno ni respecto de la marina de guerra, ni respecto de la marina mercante. Basta pensar en el género de ayuda que pretende dar el actual ministro Sr. Cobián á la marina mercante quitando «los derechos

de abanderamiento», lo cual no hará sino agravar su triste situación presente. Al menos que no se decidiera á devolverles lo que al parecer tan injustamente ha pagado España.

IV

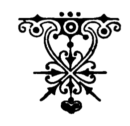
En el muelle de los Astilleros y con una grúa colosal estaban desembarcando los mármoles, tremendas piezas, con destino al monumento que hace el ilustre escultor Blay al bilbaíno de duradera memoria, Chávarri, infausta unas veces como político y fausta otra como industrial.

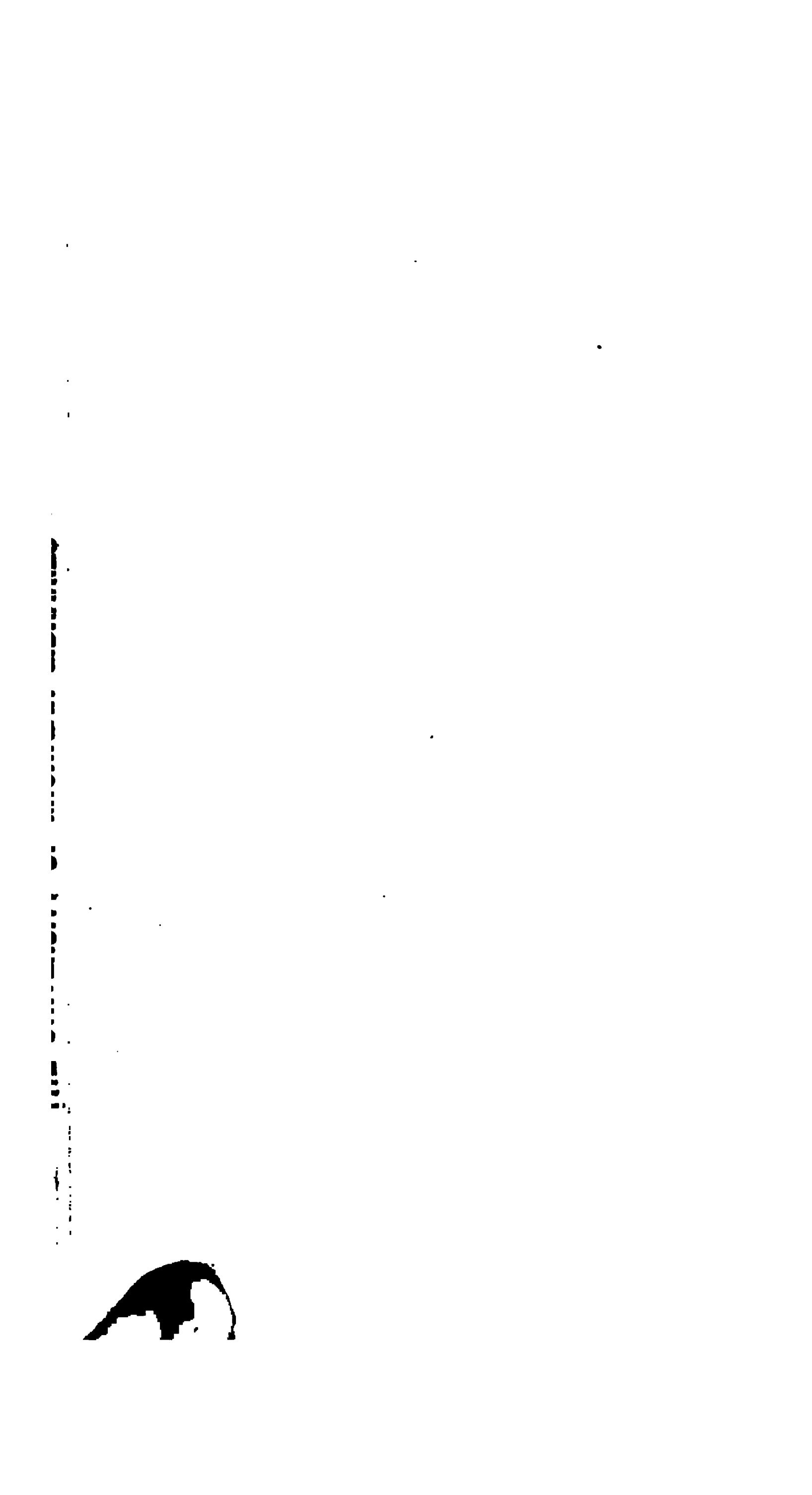
En tanto entramos en las oficinas de los Astilleros y allí vimos el modelo del *Infanta María Teresa,* de aquel barco tan hermoso, tan bien hecho, de tan buen andar que se perdió en las aguas de Santiago de Cuba. Los Martínez Rivas permanecían callados contemplando el barco con la misma mirada de pena con que se ve al cabo del tiempo y por mucho que pase, el retrato de un hijo querido y malogrado. Recordaban sólo como un hecho, sin recriminar á nadie, á la fatalidad que fué nuestra musa el año 98, lo dicho por un general de la marina inglesa hablando de estos cruceros, del modo horroroso como sucumbieron casi sin lucha:

—«El espolón era su arma ofensiva terrible y la máquina su arma defensiva... Ninguna de las dos pudo funcionar en Santiago de Cuba, en la huída...

Ni acometieron con el espolón, ni alcanzaron á ganar á los yankees por velocidad...»

Un cierto y angustioso malestar nos invadía á todos. Y á él nos arrancamos regresando en el «Lily» á las Arenas, mientras el viento seguía, pero más calmado, con tendencias á extinguirse, á convertir en tranquila tarde lo que había sido tempestuosa mañana. También como las cosas del cielo las de la tierra se inclinan á recobrar su normalidad y los «Astilleros» tantos años perdidos, por el esfuerzo de una voluntad poderosa, volverán á ser aún más de lo que fueron, laminándose ya esta semana próxima toda clase de hierros y aceros... Pero sin nada de poder naval, sin marina de guerra...





LA HUELGA DE BILBAO

EL TRUCK-SYSTEM

I

La populosa é industriosísima villa de Bilbao, la «Barcelona del Norte», como con justicia se la llama, ha sido teatro en el espacio de pocos días, en el mismo mes de Octubre, de dos tentativas de revolución, la primera ocasionada por el problema religioso, la segunda promovida por el problema social. En ambos casos se ha derramado sangre en abundancia, dando el principal contingente de víctimas los republicanos y los obreros.

Yo salí de Bilbao con dirección á San Sebastián el día 6 de Septiembre á medio día y ya dejé planteadas las dos cuestiones, la *religiosa* y la *social*, con caracteres agudos. No me han sorprendido por consiguiente los sucesos de Octubre, pero nunca pude pensar que el Gobierno fuese de tal modo inepto, imprevisor y torpe, que consintiera llegaran las cosas á este desenlace sangriento.



Salí, como digo, de Bilbao el día 6 de Septiembre y de tal suerte me asombraban é indignaban los hechos que presenciaba que iba hablando solo por la calle, expuesto á que los clericales la emprendiesen conmigo á palos ó á tiros, como poco después lo hicieron con los republicanos bilbaínos y aun con los republicanos de Santander, que movidos por un sentimiento de solidaridad se trasladaron á la invicta capital de Vizcaya.

La Virgen de Begoña á cuya sombra se lanzaba el «Viva Bizkaya», demostración completamente separatista, encendió la guerra civil en Bilbao. Y ocurrió lo más inaudito que cabe ver en este siglo XX y es una batalla en las calles entre clericales y anticlericales, armados los primeros por frailes y curas. Como en los tiempos de la *Saint-Barthélemy* en Francia, se cazaba á los republicanos y librepensadores cual si fueran hugonotes. Y para la mejor propiedad del argumento dirigían la matanza desde los púlpitos ó desde las torres de las iglesias, los ministros de una religión de amor, los representantes en la tierra del Crucificado.

Aquello se acabó de cualquier manera; de mala manera desde luego, pues salvo dos ó tres curas que quedaron presos, las demás detenciones hechas en montón, por grupos, recayeron en republicanos. El diputado por Bilbao, el ultramontano Urquijo, tuvo una cuestión con la Guardia civil y después injurió por telégrafo al Gobierno y no le pasó nada. Ahí está en el Congreso tan tranquilo gozando de una inmunidad que no le valió al diputado republicano señor

Nougués, preso en Tarragona, no por amenazar á la Guardia civil, ni por injuriar telegráficamente al Gobierno sino por el «grave» delito de reproducir un artículo de Lerroux de *La Publicidad,* artículo ni siquiera denunciado. Pero, en fin, en algo se había de conocer que el gobierno de Villaverde es clerical y reaccionario. Mima á los suyos, aunque sean separatistas y aunque le insulten.

Sobre esos rescoldos que dejó la guerra religiosa que ensangrentara las calles de Bilbao, ardió la hoguera social con resplandores de revolución de los pobres contra los ricos. Y cuando aún no había cesado la Cruz Roja de recoger los muertos y los heridos de la primera refriega, ya funcionaban las camillas en la segunda y terrible asonada. Lo de Bilbao ha sido más serio y más grave que la huelga general de Barcelona en Febrero de 1902. En eso, si no en otras cosas vamos á la cabeza de Europa. Y cuenta que si lo de Barcelona obedeció á una agitación anarquista, en Bilbao han conducido el movimiento los socialistas. Esto probará que los trabajadores habían agotado todos los medios legales de hacerse oir por los patronos y que si recurrieron á la fuerza fué obligados por las circunstancias. No trato de disculpar sus violencias, las explico.

Todavía no se conoce toda la verdad de lo ocurrido en Bilbao y acaso tardará bastante tiempo en saberse. El Gobierno turco que disfrutamos cortó desde los primeros momentos la comunicación entre España y Bilbao, declaró á esta villa en estado de guerra y suprimió para periódicos y hasta para par-



ticulares el telégrafo y el teléfono en absoluto. Esto ha contribuído á aumentar la alarma en vez de disminuirla y se habla equivocadamente sin duda de centenares de muertos y heridos. Sean los que sean el cuadro es terrible y asolador y tristísimo. Veinte mil obreros cuando menos, todos los de la inmediata cuenca minera bajaron á Bilbao y resistieron á la Guardia municipal primero, á la Guardia civil después y al Ejército por último. La paz meramente material se restableció cuando Bilbao fué ocupado militarmente. La paz moral se restablecerá si el general Zappino, capitán general del Norte logra, como se cree, imponer una solución de concordia á capitalistas y proletarios.

Júzguese de la gravedad de los hechos, advirtiendo que durante unos días Bilbao ha sido un campamento, donde no había pan, donde no circulaban los trenes y donde no se publicaban periódicos. Desde hace muchos años, un cuarto de siglo por lo menos, en España no se alzaban barricadas. Las *barricadas,* con que se ilustran cincuenta años de la historia constitucional nuestra, han vuelto y han vuelto levantadas no por motivos políticos, sino por motivos sociales, cosa harto más temible, no al grito de «¡Viva la libertad!» sino al grito de «¡Viva la Social!», no para conquistar el derecho sino para conquistar el pan. Conste que no exagero nada y que me quedo muy corto en los comentarios.

II

¿Causas de la huelga de Bilbao? El día 7 de Septiembre, al siguiente de mi salida de Bilbao, vencía el plazo que los obreros de las minas otorgaron á sus patronos para contestar á su demanda referente á la abolición de las *cantinas obligatorias* y al pago semanal y no «mensual» como viene haciéndose hasta hoy de sus salarios. La cosa es inicua, impía, antinatural y los obreros tienen razón por encima de la cabeza. No piden ni reducción de horas de jornada ni aumento de jornal, piden lo suyo, que se les satisfaga cada sábado el fruto devengado de su sudor. Y á eso se les responde con la perduración del *truck-system* que está ya abolido en casi todas las legislaciones del mundo civilizado.

¿Y qué es *truck-system*? Se llama así—no tiene traducción la palabra en castellano—al régimen explotador capitalista que consiste en comerciar con el hambre y la miseria. El patrono minero se guarda durante treinta días el jornal de sus obreros y sólo se lo entrega al fin de mes. ¿Y que les da entonces en realidad? Les da lo que no es bastante á enjugar sus trampas, un puñado de metal blanco con que tapar malamente las fauces de la usura. Porque es claro, un mes es suficiente tiempo para que la usura cause estragos por siempre irremediables.

La situación del obrero no puede ser más terrible

y angustiosa. Supongamos el caso más fovorable, el de aquel trabajador que entra un primero de mes incluso con ahorros al servicio de una mina. Tiene por delante treinta días en que ha de comer y ha de beber y ha de fumar y ha de vestir. Todo eso suponiendo que sea soltero y no tenga bocas que mantener, esposa é hijos que le pidan pan, agota rápidamente sus ahorros. Y agotados éstos empieza su calvario que no terminará nunca.

Allí, en la boca misma de la mina, se abre una cantina que es del patrono. Si no se surte de ella lo despiden por indisciplinado, por anarquista. ¿Además, quién va á Bilbao cada día á comprar pan, alubias, carne, arroz? Sobre que aún suponiendo que le dejaran bajar á la villa, cosa que no le consienten, resultaría para él la imposibilidad casi absoluta de proveerse de alimentos. Se le acabó el dinero, volaron los ahorros. ¿Con qué va á pagar el arroz, la carne, las judías, el pan y el vino?

En tanto, allí en la boca misma de la mina está la tentación, está la cantina del paternal patrono que le vende cuanto le hace falta «al fiado». Cierto que se lo vende malo y caro y además le cobra intereses por la demora forzosa del obrero en el pago. Lo que en Bilbao cuesta cuatro ú ocho, en la cantina de la mina cuesta diez ó veinte y con el suplemento de los réditos quince ó treinta. Por otra parte, adquirir las cosas «al fiado», es un incentivo al relativo derroche del trabajador. Abajo en Bilbao bebería una copa porque la tendría que pagar en el acto, mientras que arriba en la mina se bebe una botella forjándose



la ilusión de que no tendrá que pagar nunca. Resultado, que al finalizar el mes, el obrero que entró incluso con ahorros, caso el más favorable, liquida con déficit, está arruinado y entrampado. Debe una cantidad enorme, enorme para sus ingresos, de vino, pan, judías, carne, arroz, tocino, aceite, luz, vivienda, y hasta calzado y vestido. Ha hecho un negocio redondo metiéndose á minero.

Llega el 30 ó el 31 del mes y por fin cobra sus salarios acumulados de cuatro semanas y media. Es un ser feliz. Si está soltero se gasta el jornal, deducidas deudas é intereses de las deudas, en una noche en la taberna. El salario de un mes se lo lleva en un santiamén la cantina y la taberna. No hay que decir lo que le ocurrirá si es casado, cuando vuelva á su hogar la noche del 30 ó del 31 y se encuentre que se debe todo, desde los zapatos de los chicos, hasta la manta de la cama. Su felicidad ha durado veinticuatro horas y al día siguiente resulta el hombre más desgraciado de la tierra con un porvenir negro de otros treinta días de hambre ó de trampas, sucumbiendo de nuevo á la usura del paternal patrono y cantinero.

Y así un mes se sucede á los otros, llegando un día en que tiene que empeñar hasta la mujer para pagarle al patrono, á quien le ha trabajado de balde y encima le debe un dineral, un dineral para él, mísero paria. Aun ganando un jornal de cinco pesetas diarias, el jornal se lo lleva la trampa. Los intereses compuestos son capaces de tragarse una fortuna, cuanto más el exiguo presupuesto de un obrero. A

eso no hay quien resista y el minero de buena gana se quedaría bajo tierra, en el fondo del pozo, con tal de no ver el sol que alumbra semejantes infamias patronales.

Pasan los meses y los años. Un día, en 1890, se cansa de sufrir, sale á flor de tierra, tira las herramientas, se entiende con sus compañeros de desgracia y se declara en huelga. ¿Contra qué protesta y qué es lo que pide? Protesta contra la cantina obligatoria, contra el pago mensual del salario y contra los barracones ó cuarteles obreros; pide que le dejen comprar la comida donde él quiera y se la den más barata, pide que le paguen por semanas, pide que le permitan vivir en habitaciones de persona y no en pocilgas de cerdos.

Porque has de saber pío lector que á la infamia y á la ignominia de la cantina obligatoria y del pago mensual de los jornales, se une otra no menor, la de los barracones ó cuarteles. El patrono que no quiere perder su condición de padre con respecto á los obreros les obliga á vivir y dormir en común á hombres y mujeres, en tal hacinamiento de zahurda ó prisión, que ni siquiera sus habitantes pueden desnudarse á solas, pues lo han de hacer, incluso las doncellas, delante de todos los hombres. Así como animales ó peor que los animales vegetan los obreros, hasta que se cansan y protestan y cometen lo que los hombres de orden llaman barbaridades, delitos, violencias de las *turbas*.

En 1890 las cometieron los trabajadores de las minas de Bilbao y á su huelga se les contestó declaran-



do el estado de guerra, matando á unos cuantos y enviando á otros, los caudillos de la agitación á presidio por temerarios é insensatos. Lo único que se consiguió entonces por la mediación del general Loma, fué hacer desaparecer en parte, no en totalidad, los inmundos, vergonzosos barracones, pero todo lo demás subsistió, el *truck-system* continuó funcionando á despecho de la huelga y de su evidente justicia. Los obreros volvieron á bajar á la mina, encontrando en su boca la cantina obligatoria y no recibiendo el fruto de su sudor ganado sino al final de cada mes, cuando ya la usura causó todos sus estragos.

A los trece años de aquello, en 1903, los obreros se acuerdan de sus demandas y otra vez vuelven á subir del fondo de la mina, se conciertan, se reunen, redactan una exposición á los patronos, renuevan la exigencia razonable y justísima de 1890. Como ahora están asociados se forjan la ilusión de ganar y al vencer el plazo que les concedieron los capitalistas, se arrojan á la huelga. ¡Infelices! No cuentan con la falta de corazón de sus amos, con que la sociedad burguesa estará frente á ellos y con que la Guardia civil y el Ejército están allí para ametrallarlos. Hasta cañones de montaña se han llevado á Bilbao con el fin de reducir una insurrección que sólo cuenta con piedras ó á lo más con revólvers.

¿Qué dicen los patronos? No defienden, claro está el *truck-system* porque es humanamente indefendible, pero alegan que cederán con la condición de que los trabajadores pidan individualmente y no por medio de sus sindicatos ó comités la abolición del

oprobioso régimen. Es decir, que se niegan hipócritamente á todo arreglo razonable.

¿Y qué dicen las autoridades, el ministro de la Gobernación, el ministro de la Guerra y el Presidente del Consejo? Pues dicen que se sometan los obreros y vuelvan al trabajo y después hablaremos. En suma, la misma teoría famosa de la guerra con la guerra aplicada en Cuba y en Filipinas que tan portentosos resultados dió. No quisimos ceder ante los cubanos y tuvimos que rendirnos ante los yankees. Es un admirable modo de discurrir propio de una tribu marroquí.

Por fortuna parece que el general Zappino más humano que el Gobierno ha entrado en Bilbao con ánimo de meter en la cárcel á unos cuantos patronos, con lo que éstos se han asustado y ya convienen en pagar por «quincenas». Algo es algo, aunque no la entera justicia. Al *truck-system* ó sea la cantina obligatoria, le asestaremos entre todos los periódicos el golpe de muerte que merece, obligando al Gobierno á presentar un proyecto de ley aboliéndolo.

III

¡Oh! El Gobierno no descansa ni duerme. Es una águila para la resolución del problema social. Tenía ahí en los archivos del Congreso desde el año 1901 á 1902 unos proyectos arrumbados y mohosos de «huelgas» y «consejos de conciliación» y en cuanto estallaron los sucesos de Bilbao los sacó á luz.



Villaverde, actual presidente del Consejo de Ministros, leyó hace dos años en la Academia de Jurisprudencia un discurso tratando de este tema: «Las coligaciones industriales y las huelgas de obreros ante el derecho.» Ese trabajo era notable, no por exponer su opinión, sino por exponer la opinión de los demás. Aparte de esto, hacía un resumen bastante completo de la legislación del mundo entero, en tal materia.

Azcárate, el docto catedrático y diputado republicano que sabe bastante más que Villaverde, ha explicado en un artículo de la revista *Nuestro Tiempo*, el estado del problema de las huelgas en el mundo.

En 1791, la Asamblea Nacional Francesa dictó un famoso decreto, el que prohibió á empresarios y trabajadores tomar acuerdo ó celebrar deliberaciones sin formar reglamentos sobre sus «supuestos comunes intereses», disposición que ha estado en vigor hasta tiempos muy recientes, por extraño que parezca. Y no ya extraño, sino á primera vista incomprensible resulta la contradicción que implica reconocer la libertad en todas las esferas y en especial en la económica, y al propio tiempo prohibir la asociación libre; pero, como observa con razón el Sr. Fernández Villaverde, no hay verdadera antinomia, dado el predominio del sentido exclusivamente individualista á la sazón imperante.

El antiguo régimen imponía desde arriba una organización que llevaba consigo la intervención del Estado en toda la vida social, en lo máximo y en lo

mínimo, de donde resultaba reglamentada la acción individual, cuando no negada; y al reobrar la revolución contra ese estado de cosas, no pudo menos de inspirarse en el sentido individualista que animaba al propio tiempo á políticos, filósofos, juristas y economistas; de ahí la prevención contra todo lo que revistiera un carácter social y corporativo, llevado hasta el extremo absurdo de desconocer la posibilidad de intereses comunes entre obreros y entre patronos, y entre unos y otros. Pero importa hacer notar que mientras el decreto de 1791 sometía á una misma regla á empresarios y trabajadores, el Código Penal de 1810 castigaba las coligaciones de los primeros, sólo cuando tuvieran por fin forzar la baja de los salarios «injusta» y «abusivamente», mientras que las de los segundos se castigaba en todo caso, diferencia que ha subsistido en Francia hasta 1849.

Progresaron los tiempos y en Inglaterra, en Francia, en Bélgica, en Alemania, etc., desaparecieron sucesivamente los artículos del Código Penal en que se castigaban como ilícitas, como *delitos* las huelgas. Prueba del cambio operado en la esfera del pensamiento es la confirmación de individualista tan calificado como Bastiat, consistente en decir que si uno sclo tiene el derecho de suspender el trabajo, de igual modo les asiste á dos mil ó tres mil, razonamiento á que obedeció la ley inglesa de 1875 al decir en sustancia: «el hecho que siendo de uno no es delito, tampoco lo es porque sea de muchos.» De ahí las reformas introducidas en casi todas partes en el último tercio del siglo próximo pasado, en el sentido de ad-

mitir el *derecho* á la coligación y á la huelga, comenzando por Inglaterra y Francia.

En suma, las dos leyes más adelantadas, completas y orgánicas en esa materia, son la ley de 1895 en Nueva Zelanda estableciendo el arbitraje entre patronos y obreros de una manera absoluta y general, y la ley Waldeck-Millerand de 1899 en Francia, que consagra el arbitraje y la misma huelga obligatorios.

El publicista Mètin ha escrito un libro admirable sobre esta ley de la Nueva Zelanda y en él prueba que gracias al arbitraje obligatorio es aquel «un país sin huelgas», el paraíso de los obreros y también de los patronos...

IV

Y en España, ¿qué legislación hay sobre huelgas? En España subsiste, aunque no se cumpla jamás, porque es imposible cumplirlo, el artículo 556 del Código Penal que envuelve la prohibición de las obligaciones, resultando así nuestro país entre los contados que mantienen ese principio, ya que los más han reconocido la necesidad de admitir y regular el derecho de coligación y de huelga.

En España hay en lo relativo á huelgas con el carácter de intento, ensayo ó tanteo, no de realidad, lo siguiente:

1.° Una ponencia de la Comisión de Reformas Sociales suscrita por los señores Fernández Villaverde, Moreno Rodríguez, Piernas y Hurtado y Sanz Escartín.



2.° Un proyecto del ex ministro de Gobernación don Alfonso González.

3.° Un dictamen de la Comisión del Congreso que presidía el señor Azcárate.

4.° Un proyecto del Ministro de la Gobernación señor García Alix.

Y 5.° Un dictamen de la Comisión del Senado, que es el que ahora se va á discutir con motivo de los sucesos de Bilbao.

La ponencia de Villaverde y consocios individualistas era muy mala; el proyecto de don Alfonso González era peor que la ponencia; el dictamen de Azcárate mejoraba la ponencia y el proyecto primitivo, y por último, el proyecto y dictamen nuevos de García Alix y el Senado dejan tamaños todas las anteriores desdichadas intentonas. De suerte que vamos progresando como los cangrejos, hacia atrás.

La maldad de la ponencia, del proyecto primitivo, del proyecto nuevo y del dictamen novísimo consisten en que declarando la licitud de la huelga, establecen que «toda huelga tendrá que anunciarse á las autoridades y al patrono con 13 días de anticipación.»

La bondad del dictamen de Azcárate consistía no sólo en declarar derogado el artículo 556 del Código Penal, sino en afirmar el derecho á la coligación y á la huelga; consistía en limitar la necesidad del previo aviso á los servicios de agua, luz y transportes, reconociendo su licitud cuando se llene ese requisito; consistía en no añadir á los casos de amenaza y violencia el de *vejación*; consistía en suprimir la prohibición del paro general, entre otras razones, por la decisiva



que no debe vedarse lo que fácilmente puede eludirse.

En resumen y para sacar la filosofía de todo esto, que es bien triste: los gobiernos en España sólo se acuerdan de Santa Bárbara cuando truena, y aun entonces, en vez de poner pararrayos, le encienden una vela á la Santa. ¿Habrá mayor insensatez?

Una palabra y con esto concluyo: Canalejas intentó crear el *Instituto del Trabajo*, en cuyo programa figuraba naturalmente la abolición del *truck-system*, el establecimiento del arbitraje entre patronos y obreros, el derecho á la huelga, la inspección de fábricas y minas, la estadística obrera, el contrato del trabajo, etc., etc.

¿Sabéis qué se ha hecho de todo eso que era el germen de un verdadero Ministerio? Pues leed el cuento de Cervantes en *Don Quijote* sobre las caperuzas ó monteras de Sancho cuando éste era gobernador de la Insula Barataria. Sancho, encarnado en el gobierno conservador, ha creado el Instituto de Reformas Sociales y lo ha dividido en varias caperuzas y monteras, que ninguna puede cubrir una cabeza natural y racional. En vez de un Ministerio del Trabajo en pequeño, que en eso consistía el Instituto, hay una oficinita en Agricultura, otra oficinita en Gobernación, otra oficinita en Gracia y Justicia. Con lo cual es claro se cultiva el jardín de la burocracia y se coloca á los amigos. Sigue el régimen colonial dentro de España... Y vengan huelgas hoy en Bilbao, mañana en Barcelona ó Jerez. El final será una catástrofe que nos cojerá á todos inconfesos y mártires de la inepcia gubernamental...

—

LO QUE DICE LÓPEZ DOMÍNGUEZ

Los trenes no enlazaron, y en poco estuvo que se me estropeara el día. El de Francia salió como todos los días, á su hora, á las nueve y cuarenta y ocho de la mañana, de Hendaya; pero en cambio el de España, el que á las ocho y veintiséis arranca de San Sebastián, llegó á Hendaya á las diez. Imposible continuar el camino hasta las doce y media.

—¡Cosas de España!—exclamaban los viajeros á coro.

Como yo, se proponían, naturalmente, almorzar en Biarritz y aprovechar bien la mañana. Se oían ternos y tacos internacionales. Pero no me apuré por eso, y en seguida busqué un coche.

—¿Quieren ustedes ser de la partida?—les dije al notable pintor Llaneces, que ha hecho un admirable retrato del Rey, y á nuestro amigo el general Rodríguez...

Corrimos, volamos, por la carretera de Hendaya á Biarritz, carretera que es como una sala, que por su

limpieza, solidez, falta de polvo, entre una alameda de árboles, parece subvencionada por el Casino de Biarritz, la ciudad cosmopolita. El panorama no puede ser más delicioso, y hacía un día que ni de encargo para viajar; ni el sol apretaba, ni llovía. Estaba en este término indeciso, agradable y fresco de los tiempos nublados.

Antes de las doce entrábamos al trote de las dos jaquitas, renovado el tiro en San Juan de Luz, por las calles de Biarritz. Los milagros de una oportuna propina, del indispensable saqueo de *pourboires*, nos permitió estar á hora conveniente donde queríamos.

En el *Royality-Biarritz,* coche parado, balcón al que se asoman mañana y tarde españoles, rusos, ingleses y algún que otro francés, para ver pasar el mundo de beldades seductoras, encanto de la villa; en aquel café tan conocido y concurrido estaban el general López Domínguez y su ayudante, secretario y amigo, el simpático Vicente Sanchís. Me recibieron con los brazos abiertos; pero el general movió la cabeza en señal de duda de que yo le pudiese sacar nada del cuerpo. Otros más duros de confesar tropecé en mi camino este verano, y sin desanimarme poco ni mucho quedó convenido en que nos volveríamos á ver á las dos de la tarde en su morada, en el *Pavillon Henri IV,* al lado de la villa Labat y de la iglesia rusa, frente á frente del incendiado *Hotel du Palais*.

A las dos entraba yo en el *Pavillon Henri IV,* hotel precioso, espléndida instalación para familias de gran alcurnia, y á las cuatro me despedía del general



López Domínguez. Fueron dos horas en que me dijo muchas cosas, en que estuve pendiente de su conversación amena, volviendo á vivir con el recuerdo los años aquellos del despertar de la democracia en España, vencida la Revolución, preparándose la aventura prontamente malograda de la *Izquierda*...



Me separé del partido liberal—decía el general López Domínguez—con un «hasta luego», con la secreta esperanza de que al reconstituirse pudiéramos hallar otra vez cabida en su seno los afines en ideas, siempre, es claro, que su propósito de renovación democrática fuera sincero y no engañoso.

Dejé allí muchos amigos, conservé grandes amistades, con que me honro, y nunca creí que no había de llegar la hora de ser todos unos, todos los que ponemos la libertad por encima de instituciones y de formas de gobierno. La libertad fué constantemente dueña de mis pensamientos, y á ella me tengo que abrazar, sin fijarme en personas, ni discutir jefaturas, ni sentir ambición de ningún género. Lo que discutiré son *programas*, no *hombres*.

Por eso, defendí, propagué, voté, reiteradamente en favor de una extensa, gran concentración democrática, en las vísperas de entrar á reinar el actual Monarca. Pensaba yo, y sigo pensando, como Cánovas, que á *reinados nuevos* corresponden *partidos nuevos*, y jamás me pude resignar á la idea de que desapareciese de España el partido liberal, que tan-

tos servicios prestó al Derecho y á la paz en el postrer cuarto del siglo XIX.

Los partidos de la Restauración no fueron los de la Regencia, y no había motivo para que los del nuevo reinado continuaran siendo los de la Regencia. La política cambia, está en una incesante mudanza progresiva de ideas, como que los problemas de ahora no son los de ayer, ni los de hoy serán los de mañana. Basta fijarse, por ejemplo, en las cuestiones social, religiosa y económica para comprender que los gobernantes que se quedan parados resultan barridos por la obra del progreso. Es un contrasentido enorme, es la negación de la Historia, suponer que las ideas de la Revolución del 68, aun constituyendo el programa avanzado que constituyeron, van á servir como substancia del Estado en el siglo XX.

Todavía podía ser posible ese prodigio en el caso de que los partidos conservador y liberal hubiesen permanecido fuertes, nutridos, y en condiciones de ir evolucionando hacia delante, á medida que los problemas planteados lo exigieran. Pero el menos iniciado en la política española convendrá conmigo en que eso no era así. El partido liberal—y no hablemos del conservador, disuelto á la muerte de Cánovas, aun no restablecido de aquella gran pérdida, en período de formación, con dos ó tres jefes—conservaba meramente la osamenta, la estructura; mas no la carne ni la vida. Aparte de que muchos de sus elementos directores quedáronse atrás de su tiempo en materia de ideas, faltaba lo que no puede faltar en un partido, so pena de muerte inmediata, y es la



voluntad de andar y, en esta ocasión, de imponer las soluciones democráticas.

Porque no basta decir yo soy muy liberal, yo soy liberal de toda la vida, yo caeré siempre del lado de la libertad. Por culpa de unos y de otros, de haber sido nuestros estadistas, principalmente los liberales, largos en promesas y cortos en el cumplimiento de las mismas, el país está vuelto de espaldas á la política gobernante. De ahí el crecimiento de los republicanos, que predican no cómo será la República, sino que será de diferente manera que la Monarquía. La mitad ó las tres cuartas partes de los votos que aquéllos alcanzaron el 26 de Abril, son una negación, no son una afirmación. Del 81 al 93, en el gran período del partido liberal, existían también partidarios de un cambio de forma de Gobierno; que por añadidura lo pedían con las armas en la mano. Y, sin embargo, ni Ruiz Zorrilla con todo su prestigio y su indudable fuerza de protesta, ni Salmerón con todo el poder de su palabra y de su elocuencia portentosa, lograron conmover un momento el edificio político. ¿Por qué? Porque el partido liberal no lo era de nombre, sino de hecho. El gran Castelar no hubiera apoyado á fracciones disueltas; pero sostuvo, sí, á una masa enorme de opinión y al Gobierno monárquico que la representaba aliado con la democracia.

Yo pedía una gran concentración democrática en las vísperas de entrar á reinar el actual Monarca, primero para dar satisfacción á las necesidades de progreso y libertad del país, con lo cual no soñaría éste con revoluciones que lo trastornarían, acabándolo de

arruinar, y segundo, para que el nuevo partido y Gobierno fuera una escuela de constitucionalismo al que, joven y con indudable buena voluntad, quisiera ser un Soberano moderno, liberal, Rey demócrata á la usanza inglesa ó italiana. Sí, escuela de constitucionalismo; la más difícil de aprender, la que decide en sus principios de los gloriosos ó desdichados reinados. La Reina Victoria fué lo que fué en la Historia, el gran Soberano del siglo XIX, porque encontró en los comienzos de su mando maestros de libertad.

El Poder constitucional no se tiene como ciencia infusa venida de lo alto, sino que se aprende con los ejemplos de todos los días, con las enseñanzas de los buenos consejeros y estadistas. Recuérdese á aquel lord Palmerston, quien, habiendo ido á la Reina Victoria con un decreto para que se lo firmase, no lo logró y obtuvo la negativa de la sanción. Lord Palmerston insistió, lord Palmerston se negó á presentar la renuncia suya y de sus ministros, lord Palmerston notificó á la Reina su decidido propósito de reunir aquel Tribunal ó Consejo que la declararía loca al no querer firmar lo que el Parlamento, supremo soberano de la nación, había hecho. El triunfo de la recta doctrina constitucional enalteció la Monarquía, salvó la libertad, continuó esa labor maravillosa del pueblo más libre de la Tierra.

Y no necesitamos acudir á Inglaterra para hallar ejemplos semejantes con que el poder de los ministros se afirma frente á los Reyes, y pues que es el único responsable, justo es que sea también libre, dueño de sus actos. Estos días precisamente estaba



yo leyendo las *Memorias del general Córdova*, y con su lectura recordaba una de las hazañas más memorables del duque de Valencia. Todas las oposiciones combatían al Gobierno, creyendo que no estaba bien firme en la confianza regia, y hasta deslizando la idea de que el propio Rey D. Francisco conspiraba. El general Narváez, agotada su paciencia, se fué un día á Palacio, y entrando en la Cámara Real, forzando consignas de etiqueta palatina, arrestó al Rey en sus habitaciones. De la estancia del Rey se dirigió á la de la Reina; habló con ella y salió diciendo que doña Isabel aprobaba el arresto de su esposo. Así el Consejo de ministros se presentó á la tarde siguiente en las Cortes más fuerte y prestigioso que nunca.

Para no llegar á esos extremos que la Historia cuenta y que el Monarca constitucional gobierne constitucionalmente, siendo la cifra y la gloria de una Monarquía democrática, última expresión de la voluntad del pueblo, quería yo que en 1902, como ahora en 1903, hubiese un partido fuerte, escuela de *self-governement*, guía primero de los pasos de un Rey á la moderna, á la usanza inglesa ó italiana, allí donde la *nacionalidad* se identifica con la soberanía histórica y legítima. Las cualidades de este Rey de los españoles, que ha recibido la educación de tiempos bien adversos, podrían elevarse engrandeciendo la patria, sanándola de sus heridas. La libertad y el país lo agradecerían.

***

Los artículos 110, 111 y 112 de la Constitución de 1869, que hoy mantengo como antes, no significan lo que se ha querido que significasen. Lejos de mí ha estado siempre la idea de dar un carácter de inestabilidad á la Monarquía, para que estuviera ésta á merced de los embates de los partidos y de las sorpresas de las Cortes.

En el discurso que pronuncié á raíz de la *izquierda*, y después en otros muchos discursos del Senado, expliqué, creo que satisfactoriamente, el alcance y la transcendencia de tales artículos.

La forma de gobierno, decía Cánovas, puede transformarse por una ley ordinaria. Está bien, y no lo dudo. De Monarquía á República se puede pasar por una simple votación parlamentaria. Así sucedió el año 73, y ocurrió así precisamente porque regía la Constitución de 1869. Pero yo lo que deseo es que exista un procedimiento legal que no haga necesarios profundos trastornos, sacudidas violentas, revoluciones sangrientas, á la hora en que el país cambie radicalmente de instituciones fundamentales, hoy por hoy suceso imposible. Siempre habrá una ventaja en que sea una solución jurídica lo que podría ser una solución revolucionaria. El espíritu previsor, en esos casos y en todos, debe mirar á la paz de la patria ante todo.

Pero, en fin, sosteniendo como sostengo los artículos 110, 111 y 112 de la Constitución del 1869, reconozco que no es éste un problema de la palpitante actualidad que tenía en otros tiempos. La universalidad del sufragio, la libre expresión de la voluntad



de todos los partidos españoles, ha facilitado el camino de los derechos del pueblo, logrando que nadie seriamente piense en revoluciones trastornadoras. Y en el día se imponen otros problemas con mayor urgencia, con una fuerza tal, que hace inevitable hallarles soluciones. Me refiero á la cuestión religiosa, á la social, á la económica, á la militar, etc.

En la cuestión religiosa mis ideas son bien claras. Opino que es necesario someter al *derecho común* á todas las Comunidades monásticas. Someterlas obligándolas al estricto cumplimiento del Concordato, que jamás autorizó más que las que allí aparecen nombradas. Es imposible consentir que el Poder civil abdique sus fueros, permitiendo por más tiempo interpretaciones abusivas del Concordato. De esa clase de interpretaciones es el *modus vivendi* de los liberales en Abril de 1902, y no hay que decir si lo sería el decreto concordado de los conservadores. Si el Concordato estuviera en discusion, si ya no se pudieran remediar sus daños, ¿qué duda cabe que el Gobierno soberano de un país constitucional puede y debería hacer una ley nueva regulando el derecho de asociación, incorporando al derecho común las Comunidades no concordadas?

En la cuestión social mis ideas también son bien explícitas. No he de negar que nací á la vida política, como todos los de aquella época siendo individualista. De entonces acá, ha pasado mucha agua por el molino, y he visto rectificarse muchos conceptos. La patria del librecambio, por ejemplo, Inglaterra, cuando se ve amenazada por la invasión abrumadora

de Alemania, rectifica su política arancelaria, y hoy Chamberlain á sus numerosas jefaturas, une la de un partido abogado de la protección á los productos ingleses. Pues del mismo modo se cambia en todo, y el individualismo ha quedado desterrado, sino de las ideas, al menos de las esferas del Gobierno, en todas las naciones del mundo. Ser hoy gobernante equivale *ipso facto* á ser intervencionista, á legislar en materias obreras, sin otro límite que el de la prudencia, el del oportunismo, para no matar la industria; pero yendo tan lejos como resulte necesario.

En la cuestión económica, íntimamente ligada con la defensa nacional, con la reorganización del Ejército y de la Marina, yo no puedo recordar sino con pena aquel presupuesto de la paz que nos impusieron los hombres y las circunstancias y que tantos desastres atrajo sobre la patria. A mí se me decía que era preciso suprimir tales ó cuales capítulos del presupuesto porque no tendríamos ya guerra ninguna. A semejantes absurdas hipótesis contestaba yo: «El peligro de la guerra, subsistirá mientras tengamos Melilla y Cuba.» Y me negué á ciertas supresiones, y ojalá me hubiera negado á todas. A poco estallaba la guerra en Melilla y Cuba, y todo fué preciso improvisarlo, yendo sin preparación á ambas contiendas.

No; la redención de España yo no la veo posible con la simple nivelación de los presupuestos. Es obra más honda, es obra de reconstituir nuestro poder militar, nuestro buen nombre en el mundo, perdido en la insensata lucha con los Estados Unidos. Hablo



del poder militar por mar y por tierra, porque los dos se completan, y nada podría el uno sin el otro ni seríamos factor en las posibles, soñadas, alianzas, que ahora no discuto. La regeneración del país está, se encontrará seguramente, por los mismos caminos que la halló Francia, la cual no se limitó á pagar las deudas de su guerra y á restañar las heridas de la *débâcle*, sino á tener un ejército y una escuadra; por eso es respetada. Francia atendió por igual medida al presupuesto de Instrucción pública y al presupuesto de Guerra y Marina. Las acciones fueron paralelas, y la salud ha venido tomando tónicos de educación nacional; pero también teniendo soldados y barcos. Imítese su ejemplo, y nuestra patria se restablecerá en el mundo, en la opinión de Europa. Lo malo es que ahora ni tenemos escuelas ni soldados, y á pesar de la nivelación vamos para abajo desde el 98.

* * *

Con varios buenos liberales estoy en contacto, y muchos amigos me han escrito hablándome de una jefatura que no deseo ni ambiciono. Lo primero es hacer un partido fuerte, radical, acentuadamente democrático, porque el caudillaje se dará por sufragio público al que mayores méritos ó servicios tenga del lado de la libertad sin vacilaciones. Se me atribuye la frase de que quiero una Monarquía con la substancia de una República conservadora, y yo asiento; pero quitándole el adjetivo. Repúblicas conservado-

ras hubo y hay en la Historia que se quedarían muy atrás en punto á democracia, tal como yo la entiendo y anhelo que se halle establecida en mi país. El programa republicano es nuestro programa, como lo es de hecho en las Monarquías adelantadas; ejemplo, la inglesa.

El partido liberal en España habría de contener todo lo que fué históricamente y mucho que no ha sido todavía, pongo por caso, las ideas del Sr. Canalejas y de varios republicanos, que no se han de resignar á consumirse estérilmente en la oposición de por vida. Lo que fué históricamente el partido liberal formaría su derecha, y en la izquierda cabríamos, sin abdicar un ápice de nuestros pensamientos y antecedentes, cuantos demócratas alentamos en España. Lo digo con igual fórmula que Canalejas: de ese partido liberal que se cree, sería á gusto un soldado de fila; del otro, del que perdure maltrecho y disuelto, no sería jefe ni atado. Me parece que mi situación es clara.

Si la Asamblea que se trata de reunir en Octubre fuera lo que debería ser, Asamblea de todos los liberales antiguos y modernos, agremiados ó no en la comunión fusionista, con el fin de abrir cuenta nueva y no repetir «el decíamos ayer», yo acudiría á tal reunión al menor llamamiento, dispuesto á ser un soldado más del gran ejército de la democracia.

Pero yo, y conmigo otros muchos que ostentamos el título de liberales, no tenemos nada que ver con Asambleas que van á elegir un presidente del Consejo de ministros en disponibilidad. La cuenta nueva



significa: primero, un programa bien especificado, con soluciones concretas, inspiradas en la democracia más progresiva, y segundo, la resolución, el compromiso de honor, de cumplir las promesas, no volviendo á engañar al país con esperanzas fallidas. Parece, á primera vista, que pido mucho, y, sin embargo, no pido más que lo elemental, aquello sin lo que el partido liberal continuará muerto y con tantos jefes como tendencias ó grupos, así resulte ungido por unanimidad el caudillo de pelea y de mando.

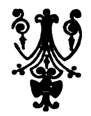
Soluciones concretas á todos los problemas planteados, y todas en una fórmula suprema condensada: *Patria*, *Libertad y Monarquía;* ese es, por su orden, el lema de nuestra bandera. Porque la libertad, entiéndase bien, la *libertad* es antes, mucho antes, que la Monarquía...

***

Terminó nuestra entrevista; salí del *Pavillon Henri IV*, y por la noche regresaba á San Sebastián, después de comer con el gran Sarasate, dejando á éste en el Casino á la hora en que todo Biarritz ardía en fiestas y sonaban músicas por todas partes. La tarde fué fecunda en impresiones, y huía yo de la ciudad cosmopolita con el fin de recogerme á pensar, á reproducir fielmente lo que me había dicho el general López Domínguez.

Cuando á media noche bajé del sudexpreso y entré en San Sebastián, parecía que ya estaba en mi casa, y ya no repetía con los viajeros de la mañana

aquel ¡cosas de España! que provocó en nosotros la falta de enlace de los trenes. Se está mejor en la patria, aun siendo Biarritz la primera estación veraniega del mundo, centro del placer, con el cetro de la alegría internacional...





EN SAN SEBASTIAN

—

HABLANDO CON NOCEDAL

La noticia de la llegada de Nocedal á San Sebastián que traía *El Pueblo Vasco,* me hizo entrar en ganas de hablarle inmediatamente. El periódico no decía la residencia del jefe de los integristas; pero como en esta ciudad todo el mundo se conoce y se encuentra siete veces al día en el Bulevar ó en el Casino, confié en su pronto hallazgo. Me salieron fallidos tales cálculos; no sólo no tropezaba con él, sino que nadie sabía darme razón cabal de su paraderc.

—Estará en casa del Sr. Sánchez Marco—me dijeron, y allá nos encaminamos mi amigo Pepe Herrero y yo, sirviéndome éste como de ilustre heraldo en morada para mí desconocida.

Se frustró la visita. Ni á Nocedal, ni á su adepto señor Sánchez Marco, encontramos en casa de este último. Y entonces se me ocurrió la malaventurada idea de dirigirme á cuantos carlistas hallaba al paso. Me despidieron con cajas destempladas y se fueron bu-

fando de lo que creían—juro de mi inocencia—pregunta impertinente.

Por fin, ya á la una de la tarde, transcurridas tres horas en aquella busca y captura, que sin duda reconocía por causa mi torpeza en las cosas y lugares de San Sebastián, acertó á pasar junto á nosotros un colega en periodismo—según supe después—que, al oir mis reiteradas preguntas, dijo:

—Está en Mundáiz.

Y á Mundáiz me fuí en seguida, caminito de Loyola. En la finca del Sr. Olazábal, no el famoso don Tirso, sino su pariente, el que fué diputado por Azpeitia, estaba Nocedal rodeado de partidarios, los más de traje sacerdotal. Estaba bajo los árboles, en un hermoso cenador, teniendo sobre las rodillas un hijo del dueño de la casa. Acompañaban á D. Ramón su esposa, la madre de Olazábal y su señora, y cada cinco minutos llegaba una comisión de entusiastas integristas á saludar al jefe y á oir su voz, sus esperanzas.

El no hablaba de política; sorbía una taza de café y fumaba cigarrillos, contando casos y cosas de su reciente viaje á Suiza, con aquella amenidad y gracejo que es su nota característica. Le interrumpí, bien á mi pesar; recibióme con mucha amabilidad, y abrió los ojos asombrado al requerirle para la deseada interview. El tono de la conversación, sencillo y familiar al principio, fué trocándose poco á poco en discurso, con esa elocuencia fácil que es también rasgo de su personalidad. Y cuando habló con pasión, con vehemencia, de lo que ha hecho en defensa de los intereses católicos ó, por mejor decir, espirituales,



un Emperador protestante como Guillermo, parecía que estaba en las Cortes. Los muchos clérigos que allí había le escuchaban con aire de admiración y embebecimiento. Fué un coro unánime de alabanzas, de frases, que repetían oyéndole: «Aquí está; ya tenemos con nosotros al que libra la buena batalla por la religión.» Y yo acostumbrado ya en esta campaña á toda clase de entusiasmos, tomaba entre tanto apuntes mentales...

*
* *

—No se podrá negar—empezó diciendo Nocedal—que el régimen parlamentario está atravesando una crisis gravísima. La crisis de Julio, como la anterior de Marzo y como las pasadas de Noviembre y Diciembre de 1902, prueban hasta la saciedad que no hay partidos, que el turno sigue, pero no gobierna, y que á este paso no tardará el día en que triunfemos los integristas, los únicos poseedores de la verdad. El parlamentarismo se deshace por sí, sin ayuda casi de nadie, en una serie de tropiezos y atrancos que están denunciando la falsía del sistema. Lo extraño es que dure tanto y que no se venga abajo de repente y con fragoroso estrépito. Nunca pudimos creer lo hicieran tan mal sus defensores.

No existen partidos, y eso á la vista está. Demostrarlo fuera empeñarse en demostrar un axioma. Los conservadores se encuentran destrozados, variando cada temporada de caudillo, viviendo antes Silvela y Maura de la misericordia de Villaverde y ahora Vi-

llaverde de la misericordia de Silvela y Maura. Para apoyarse mutuamente vénse obligados á guardar silencio ó á entretenerse sobre temas de política ó de sociología general.

Ni Silvela, ni Maura, ninguno de los dos tiene apego al Poder; lo toman sacrificándose, y lo dejan sin amargura. No participo de la idea que dicen profesaba Cánovas acerca de Silvela. Por el contrario, creo que es hombre de mucho entendimiento, sólo que vive más á sus anchas fuera del Gobierno. Así, para darle gusto, en provecho de su partido y en honra del Parlamento, yo le tendría siempre en la oposición, pronunciando agudos discursos de crítica, que es principalmente la musa que le inspira.

En cuanto al Sr. Maura, no sólo es hombre de talento, sino que además es uno de nuestros primeros oradores. Acaso en el Parlamento no halle rival. Su palabra es admirable, y constituye un regocijo del alma cada vez que se le escucha. Ahora que, con su falta de afición al Poder, con sus revoluciones desde arriba, con el prurito de sinceridad electoral que le acometió tan de repente, las horas de su mando estaban contadas. Era imposible que le perdonasen lo hecho el 26 de Abril: que el Rey tuviese que pedir permiso á los republicanos cada vez que salía á la calle. Esto, en un gobernante cualquiera del país ideal que se quiera escoger, se paga tarde ó temprano.

A pesar de eso, le hubieran defendido á Maura en la conservación del Poder sus aciertos. ¿Pero dónde están, que no se ven? Su revolución desde arriba quedó reducida á la pérdida casi total de unas elec-

ciones en las grandes capitales, que es donde importa, y á la reproducción de una ley Municipal, obra del Sr. Moret. En todo el resto de las reformas pro· prometidas, nada. Lo malo para los conservadores nuevos, para los actuales ministeriales, es que por el género de la crisis de Julio, no derrotados en el Parlamento, han salido como *víctimas* Silvela y Maura, y mañana, agotada esta combinación, pueden volver á entrar como vencedores.

Del destrozo en que están los liberales no hay por qué hablar. Sin jefe viven va para un año, y no se descubre en el horizonte visible el que lo será con el sufragio de todos. A unos se les tacha de viejos, y á los otros de eternos jóvenes inconstantes; á éstos de carecer de programa, y á aquéllos de carecer de voluntad. Lo que el país estaba harto de saber ya lo cantan ellos mismos, dando un cuarto al pregonero, con sus divisiones imposibles.

No hay más que un jefe en el partido liberal, y ese jefe huyó del campo á la hora de recoger la herencia. El Sr. Canalejas no debió salir jamás del Gobierno, ni mucho menos del partido. Si le hubieran cogido los acontecimientos de Diciembre y de Enero dentro de la grey, la crisis acaso se hubiera evitado, y, cuando menos, á la muerte de Sagasta nadie con títulos bastantes le disputara la jefatura. Le aconteció lo que á Silvela en vida de Cánovas: no tuvo paciencia, y se lo jugó todo. La peregrinación de ambos todavía dura, porque se puede peregrinar en busca de una autoridad indiscutible, incluso en la presidencia del Consejo. Recuérdese que esto no lo digo aho-

ra, que lo he dicho con tiempo, mucho antes de ocurrir lo que ocurrió.

Afirmé entonces que éramos él y yo los dos únicos con fe y con ideas propias en la política. A Canalejas le tocaba, y nos hubiera prestado un gran servicio incluso á los enemigos, ser el caudillo de todos los liberales y demócratas y republicanos de gobierno, atenuando sus declaraciones socialistas para que el capital y la propiedad no se escandalizaran justamente. El, defendiendo el liberalismo jacobino y revolucionario; nosotros, defendiendo la verdadera libertad; la batalla de los dos grandes partidos tendría su campo lógico, hermoso y noble de combate. La elección del país no se haría como al presente, entre mixtificaciones...

⁂

A esta hora, ya lo sé, el gran problema planteado por el Gobierno, pretexto de la crisis de Julio, es el de los cambios. He leído detenidamente el erudito folleto del Sr. Villaverde, y admirando, como admiro, su buen entendimiento, su saber, sus excelentes intenciones, declaro que, á mi parecer, está equivocadísimo. La razón natural, que desconfía de los técnicos, me dice que el desequilibrio imperante entre nuestra moneda y la del resto del mundo civilizado es un efecto fatal y necesario del desnivel de la balanza comercial. Se compra más de lo que se vende; se importa más de lo que se exporta, y el resultado tiene que ser la *plusvalúa* del franco sobre la peseta.

Los doctos opinan lo contrario; pero yo, como Montero Ríos, pienso con el cerebro de Sancho, que rara vez yerra en las cosas de la vida material. Su falta de idealidad romántica—también los números tienen su romanticismo—es una gran condición para el acierto.

Se compra más de lo que se vende. ¿Quién lo duda? A estas fechas, fenecido el Tratado con Francia, repuestas las viñas francesas de la invasión de la filoxera, apenas si exportamos vino. Ya en las grandes mesas de Europa no se bebe Jerez sino por casualidad. Suprímase el envío de la naranja de Valencia y de algunos otros frutos de la tierra, muy pocos, y dígaseme qué es lo que sale por la frontera.

Y no se nos venga con el argumento de que exportamos mineral, porque se me antoja no descubrir ningún Mediterráneo al afirmar que muchas de las minas están en poder de extranjeros, y el oro que producen es oro que se va á Inglaterra, á Francia, á Bélgica, á Alemania, qué sé yo dónde.

Es un constante vaciar dinero en manos extrañas, y no hay apenas ninguna Empresa de alguna entidad que esté regida por españoles, cuyos rendimientos se repartan entre españoles. Vivimos en una absoluta dependencia económica, y el que no lo estime así es porque cierra los ojos voluntariamente á la realidad.

La plata es como cobre. Hechos los empréstitos que anuncia Villaverde, de momento mejorará la situación; pero después los cambios subirán al 40, y aun al 50 por 100. Vendrá más oro, no para quedarse, para seguir el camino del que se fué. La balanza



comercial continuará desnivelada, y proseguiremos siendo tributarios del Extranjero.

Todo eso es de sentido común, y no sé cómo no caen en ello los técnicos. Lo apreciamos así los ignorantes, y los sabios parece como que no lo saben. Constituye un lastimoso contrasentido querer arreglar la cuestión de los cambios sin antes proceder al fomento de la agricultura y de la industria, á aumentar nuestra exportación. La agricultura, por los suelos; la industria, en crisis; ¿cómo no ha de estar nuestra moneda depreciada ó, como ahora se dice, enferma? Estaban á la par francos y pesetas cuando regía el Tratado con Francia, cuando vendíamos vino. Dejamos de venderlo, y el fiel de la balanza se quedó por los aires dando saltos. Los extranjeros, que en tiempos eran partidarios del bimetalismo, ahora que ya poseen oro en abundancia, imponen el monometalismo; por donde resultamos heridos y maltrechos por todas partes.



Vengo de Suiza; me voy desde aquí prontamente á Avila, y después á Madrid, á pelear en las Cortes, con la fe y el entusiasmo de siempre. Mi viaje á Suiza me ha confirmado en ideas firmes de toda la vida y hecho desesperar de este régimen nuestro, que acabó, ó poco menos, con la hermosa variedad regional, fuente de prosperidad, de riqueza y buen gobierno.

Vengo de Suiza entusiasmado. Si aquí no se hubieran quitado los fueros, atropellando el derecho y



la libertad tradicionales, otro gallo nos cantara. Navarra, las provincias Vascongadas, Cataluña, con su autonomía, con su administración modelo, con su espíritu de trabajo, con su personalidad fuertemente acentuada, no merecían el pago que les dió este liberalismo infecundo, que no es español, que obedece al patrón unitario napoleónico, causa de todos nuestros males.

Navarrra, las provincias Vascongadas, Cataluña, de haberse continuado nuestra historia en el Derecho civil y en el Derecho político, los dos bárbaramente violados por la Revolución, formarían un todo orgánico con el Mediodía de Francia, que ya poseímos casi todo entero. El Rosellón, la Cerdaña, nuestros debían ser por la Naturaleza y la Historia. Además, eso nos prepararía á la unión con Portugal, hoy imposible de hacer con el unitarismo. Imposible digo, porque no hay Estados, países, capaces de unirse á costa de la pérdida de su libertad é independencia. Con el régimen que el tradicionalismo español nos obligaba á seguir, la nación sería grande, varia y libre. Así es esclava y pequeña, aunque una ó, por mejor decir, uniformada.

De todo es culpable el liberalismo. Su atentado contra los Fueros fué, no obra de razón, sino de venganza, y así clavó el cuchillo en las entrañas vivas del país, desgarrándolas. Con más que no lleva trazas de rectificarse, sino todo lo contrario. La exacerbación jacobina truena á cada instante contra el catalán y contra el vasco. ¡Y en Suiza hablan tres idiomas, sin que por ello peligre la nacionalidad! ¡Y en

Suiza, italianos, franceses y alemanes, se rigen cada cual por su Constitución! ¡Y en Suiza hay patria, una patria feliz, unida, que por aquí no la soñamos siquiera! ¡Y en Suiza existe la libertad, el sufragio, todo lo que nos mienten por acá! ¡Y en Suiza el pueblo es amo, y en España es esclavo! ¡Y en Suiza la religión es fuerza gobernante, á más de ser fuerza moral!

Bien es verdad que las naciones latinas están decididamente dejadas de la mano de Dios. No explano por completo la idea, porque la reservo para uno de mis primeros discursos al abrirse las Cortes. ¡Qué gran tema de debate! ¡Qué lección para estas naciones que se titulan católicas la que les da el Emperador de Alemania! Sí; hemos abandonado los intereses morales, espirituales, del mundo, que son los del catolicismo, y de su defensa y guarda temporal se ha apoderado Guillermo II. Nuestra misión histórica era ésa. Los siglos presenciaron con orgullo la tradicional lucha por la causa del espíritu, de Francia y España. Hoy ya se ve cómo está Combes, cómo la República rueda por horribles despeñaderos; hoy ya se ve cómo España, en manos de conservadores y liberales, lo perdió todo, hasta su buen nombre en la Tierra. Y cuando el socialismo avanza, y nuevos bárbaros llaman á las puertas de Roma, el paladín de la causa santa es un Emperador no latino y no católico, que busca precisamente en los católicos la salvación del Imperio y de la Cristiandad.

¡Qué hermosa empresa! El Emperador tras del fracaso de Bismarck, tras de su ida á Canosa, tras de

besar el anillo del Pescador, toma á su cargo, bajo su escudo, la defensa de los intereses espirituales, que quiere decir católicos, del mundo. ¡Y es á la hora en que, vencido el *Kulturkampf,* cuando Guillermo II realiza esa labor portentosa, mostrando los instrumentos de que á las veces se vale la Providencia, cuando allá, en la católica Francia, arrojan á las Comunidades santas, y aquí, en España, se disponen á imitarla!

***

No hablemos de alianzas. Toda alianza es peligrosa, y yo no me inclino á ninguna. Caso de ir á la inteligencia con Francia y *El Siglo Futuro* la combatió con razones poderosas; no vayamos, por Dios, sin adoptar prudentes precauciones. La primera de todas sería la de dar un rodeo, buscando á Rusia, para que ésta se impusiera á Francia, y en condiciones ventajosas para nosotros. Directamente, la alianza franco-española es una perdición. El Zar contendría á la República en sus deseos y codicias de engrandecimiento en Africa, dejándonos íntegro aquello á que tenemos derecho, Marruecos.

Pero de la política del aislamiento se va á pasar á la política de los pactos impremeditados y costosos. Pensémoslo antes tres veces. No nos decidamos ni por los unos ni por los otros, y en caso de unirnos con alguien, unámonos con el más fuerte, no con el relativamente débil. No pongamos como en prenda el régimen, sino la patria.

Sería altamente temerario pagarse de entusiasmos y ovaciones sin alcance, debidas á la hidalga condición de un pueblo que da pruebas de respeto á la autoridad, al jefe del Estado, y no á la persona.

Lo de Estella carece de importancia; no significa nada, fuera de ese elemental respeto que yo mismo hubiera aconsejado, de encontrarme allí, sin abdicaciones, sin plegar la bandera, sin excesos de adulación cortesana. Pasará lo de Estella, y todo seguirá igual; no por ello el actual sistema parlamentario tendrá partidos, le brotarán ruedas con que conducir el carro que se despeña...



Volví á San Sebastián, en el momento en que se encontraba en su auge la batalla de flores, bajo una lluvia de *confetti*. Y pensaba yo que esta oposición de Nocedal al régimen parlamentario es eso, una batalla de flores. Bien dijo Sagasta que Nocedal, el jefe del integrismo, pese á sus protestas elocuentes y retóricas, estaba en las Cortes como el pez en el agua...





EN PAU

OYENDO A CANALEJAS

—Y puesto que la montaña no viene á mí, iré haçia la montaña— pensaba yo, mientras tomaba el tren en San Sebastián, y luego en Hendaya el rápido que me trasladara á Pau. Allí esperaba encontrar al Sr. Canalejas, de regreso de su viaje por Suiza.

Llegué á las diez de la noche y, naturalmente, no ví nada, fuera de la impresión rápida de una ciudad hermosa y bien cuidada, que se prepara á ser el confortable *home*, el lugar codiciado de muchos poderosos ó tristes de la Tierra durante los largos días del invierno, inclementes en el norte de Europa, tibios, benignos y soleados en este lugar prodigioso, balcón abierto á los Pirineos.

A la mañana siguiente me lancé temprano á la calle, viendo lo que es obligado ver al que por primera vez visita Pau, su *gran atracción*: el castillo famoso de la patria de Juana D' Albret, del Monarca Enrique IV, del General Gassión, uno de los vencedores

de Rocroi; de Bernadotte, el general de la República que más tarde fué Rey de Suecia y Noruega.

Y luego, en aquella estación de invierno, poco concurrida en verano, emplea el viajero el tiempo, y, por mucho que tenga por delante, todavía le falta, en la contemplación de sus bellas y suntuosas *villas*, moradas de españoles, de franceses, de rusos, de ingleses, ricos Nababs ó de alta alcurnia nobiliaria, que recuerdan y evocan las figuras de los generales de los dos Imperios, de la ex Emperatriz Eugenia, de lores británicos, de familias que lloran la extinción de estirpes de dos ó tres siglos en la guerra con los boers. Allí se refugian á buscar consuelo á la pérdida de seres queridos. Muchas casas podían ostentar el epitafio de una víctima de la cruel batalla de Ladysmith, en el sitio de las ciudades de aquel Transvaal inconquistable. Y para el alivio de un dolor intenso no hay como el panorama de los Pirineos, panorama único.

En Pau, la gente no es partidaria de la *duplex*, sino de la *triplex*; de la unión de Francia, Inglaterra y España. Bien ó mal, casi todo el mundo habla algo de castellano y mucho de inglés. El Municipio ha gastado centenares de miles de francos en hacer el nuevo boulevard de los ingleses; en comprar, casi por un millón, el parque espléndido que rodea un magnífico cursal, llamado *Palacio de Invierno*, donde empezarán las grandes fiestas nocturnas el 18, é inaugurará las mismas Coquelin, representando *Le gendre de M. Poirer*, sucediéndole luego eminencias dramáticas y líricas de los mejores teatros franceses.

Sí, allí se encuentra uno bien, gozando de igual y suave temperatura, recorriendo el Parque, los alrededores del Palacio de Invierno, el boulevard de los Pirineos, la plaza Gramont, las calles de la Prefectura, Serviez, plaza del Bosque, etc. Allí, en la gran terraza, por poco inclinado que esté el ánimo á los sueños venturosos, se advierten los signos indicadores de la orientación hacia el valle de Baztán, hacia Jaca, Roncesvalles y los Pirineos españoles. Los besos de la patria llegan en auras perfumadas.

A medio día, y mientras entretenido estaba en admirar los preparativos que para la campaña de invierno se hacen en el hotel Gassión, surgió de pronto el Sr. Canalejas, en la alegre compañía de varios de sus sobrinos, que contaban y no acababan de su expedición por la incomparable Suiza. No le dejé descansar, y le interpelé en el acto.



Canalejas comenzó á hablar con la abundancia de ideas que en él es proverbial, mientras yo procuraba con todas las veras de mi alma fijar en la memoria lo que oía.

—Hace quince días que nada he sabido de España, porque, desgraciadamente, ni la Prensa suiza, ni la francesa é inglesa, han publicado de nuestra patria otra cosa que lacónicas noticias del viaje regio, comentarios sobre un supuesto ó real pánico de la representación consular española en Marsella y algún que otro *infundio* financiero de índole grosera, pero

perjudicial á nuestro crédito. Varios periódicos franceses importantes insertan con letras gordas, sin recato, en el sitio más visible de su plana de publicidad, algo que resulta á modo de pregón difamatorio, suponiendo que los optimismos de Villaverde, han fracasado y que el crédito de nuestro Tesoro inspira sospechas.

Allí se lee, y queda el ánimo entristecido; *Dernière heure. Mauvaises nouvelles d'Espagne.* VENDEZ DE SUITE SANS HÉSITER RENTE EXTÉRIEURE ESPAGNOLE... Y luego siguen edificantes detalles de lo que se va á perder en cada título de la Deuda y de lo que se hará por salvar á los tenedores franceses. Así se tratan los asuntos nuestros más vitales en el Extranjero, y en tanto que el Gobierno de España muéstrase celoso en extremo rectificando conceptos sin importancia acerca de un Consejo de ministros tomado á la carrera por *reporter* madrileño, vamos en lenguas ajenas, en periódicos europeos de gran circulación, y nadie se entera ni se cuida de enmendarlo.

Antes de salir de San Sebastián para Suiza recibí muchas cartas de amigos míos sobre los inicuos atropellos de que están siendo objeto los Ayuntamientos adictos á la política democrática por parte de los delegados del Gobierno, que les ofrecían dejarlos en paz si les entregaban sus representaciones. La lectura de las noticias referentes á los mitins suspendidos, á mi juicio, con la más censurable arbitrariedad; la amenaza con que se pretende amordazar á los catedráticos liberales y republicanos, la cual, de consumarse, supondría inaudita afrenta á la Constitución, y, en

suma, una franca y peligrosa campaña reaccionaria, dirigida á querer conquistar, equivocándose, altas benevolencias, son hechos que hacen subir del corazón á los labios un grito de enérgica protesta. Ya se comprende que el Gobierno no tenga tiempo para enterarse de la opinión que merece por el mundo.

En el mismo problema *clerical*, si bien este Gobierno no está dispuesto, y le aplaudo, á publicar el decreto del Gabinete anterior, convenido con Roma, deja, en unas ú otras formas, con tales ó cuales pretextos, pasen las fronteras, adquieran fincas y se establezcan en España religiosos extranjeros; los hechos en estas provincias han desmentido en absoluto aquel reciente programa de Villaverde, el de *contener el excesivo crecimiento de las Ordenes monásticas*. No habrá decreto para dar carácter concordatorio á todo lo establecido, pero sin carácter concordatorio, no va á crecer, sino que ha crecido extraordinariamente en pocos meses, la importación de frailes extranjeros.

Mucho me temo que la natural y legítima propaganda y defensa de los intereses de los partidos monárquicos degenere en menudencias ó artificios. Lo que se prepara, en vista de las elecciones municipales próximas, la carta blanca otorgada á caciques altos y bajos, no son síntomas para tranquilizar á nadie.

Y no sé más sino que algún periódico supuso, con evidente error, que había yo salido de *Miramar* con otros ánimos de los que entré. A mí, lo declaro con sinceridad, me enciende el rostro tener que rectificar esas cosas. No creo que hombre político ninguno

vaya á Palacio á contar chismes, ni consultar actitudes, ni rehacer programas, ni recibir consejos.

Yo no he hablado jamás con los Reyes de política, sino siendo ministro ó en respuesta á la consulta regia en caso de crisis. Fuera de eso, con sobriedad, que no supone falta de afecto ni falta de respeto, he cumplido, en este como en otros años, el grato deber de cortesía de cumplimentar al Rey y á la Reina madre. Acerca de las relaciones entre los Reyes y los hombres públicos tengo opiniones firmes, que he practicado en el Gobierno y profesado en las Cortes.

Creo que cada día se va limitando más la zona de influencia de la hipótesis constitucional sobre *irresponsabilidades*, y pienso que no hay nada más peligroso para los Soberanos que el frecuente trato de los que les lisonjean y halagan, pretendiendo suprimir todo motivo de contrariedad, á que los Reyes, como los humanos todos, están expuestos, y toda posibilidad de error, saliéndose de su esfera para invadir con insinuaciones hábiles la propia conciencia del Monarca ó facilitando al poder Real ocasiones en que dilate los dominios de su potestad, ponderada por la Constitución.

Ahora mismo, en la crisis última, el hecho de ser ministro de la Guerra un general que no es diputado ni senador, habiendo hasta representantes por derecho propio de la milicia en el Senado; el hecho de ser ministro de Estado persona que no era diputado ni senador, y otros episodios que habré de discutir en las Cortes, salvando los respetos debidos á hombres dignísimos, están dentro de la letra, pero

fuera del espíritu de la Constitución; y los que no pedimos reformas constitucionales como fundamento de programas democráticos, tenemos más obligación de velar por que no se alteren su espíritu y su sentido, ni desde arriba, ni desde abajo.

Reconociendo en el Sr. Villaverde muy recta intención; no pareciéndome mal que se prescinda de Gobiernos de relumbrón y fantasmagoría, y siéndome personalmente simpáticos algunos ministros, creo que este Gabinete ha nacido mal, vivirá con grandes dificultades y tiene por única esperanza la de los merecidos aplausos que despierten las campañas en obras públicas, desenvolviendo el pensamiento que expuse hace años en un discurso sobre el presupuesto de Fomento, acerca del concierto de las iniciativas del Estado y las provincias, los Municipios y aun de los particulares. Si el Gobierno logra algún éxito, será por acometer estos problemas, y no por solucionar la cuestión de los cambios, que siguen, ¡pena causa decirlo!, á 35; será por la defensa del crédito, no por arañar unas cuantas pesetas en economías fútiles; será, en fin, inspirando confianza en su política económica y financiera...

***

En esta temporada se ha hablado mucho del partido liberal, y es el de su jefatura tema de moda. No conozco las interviews últimamente publicadas; pero de las noticias que me da deduzco, y por ello me fe-

licito, que todas aquellas exageraciones y todos aquellos radicalismos míos son admitidos y hasta acentuados por los personajes más conspicuos del partido liberal, y aun del partido conservador. Dijérase que hay entre los estadistas españoles, de algún tiempo á esta parte, un honroso pugilato, una noble emulación, por aparecer más y más radicales, singularmente en el llamado problema social.

Pertenece á la Historia lo de considerar demagógicas ciertas campañas mías de sentido jurídico, y ahora, el que más y el que menos habla como yo lo hacía meses y años atrás provocando protestas. Con eso vamos ganando todos; gana sobre todo el país, y ya no se tendrá que agregar la *cuarta excepción*, la de nuestra carencia de leyes sociales, á las tres excepciones por Cánovas señaladas cual muestra del atraso de España.

Sé por un ministro, no el de Hacienda, que el Gobierno actual estudia con espíritu muy radical la transformación del impuesto de Consumos; leí con deleite las manifestaciones acerca de los tributos *confiscadores* de un hombre tan competente y equilibrado como el Sr. Urzáiz; me dí el parabién al encontrar idénticas tendencias en lo declarado por una autoridad económica y financiera como Puigcerver y por hombre tan estudioso y discreto como Rodrigáñez, y sin embargo, cuando yo lo dije siendo ministro y lo consigné en el programa del partido, marcando el método evolutivo merced al cual llegaríamos á la supresión de los Consumos, me calificaron de *iluso* y *demagogo*.

Sí; en eso, como en los problemas obreros, la evolución progresiva es evidente. El marqués de la Vega de Armijo, recordando su discurso ante el Trono en Mayo de 1902, en el que se ratifica por entero; el señor Montero Ríos, dando pruebas de un espíritu muy avanzado en tales materias y haciendo honor á su historia revolucionaria; el Sr. Urzáiz, llegando hasta no temer que se le califique de socialista; el general López Domínguez, declarando noblemente que abandonó hace tiempo el bagaje individualista de los hombres que nacieron á la lucha política el 68; los republicanos gubernamentales, enumerando las reformas que inmediatamente pueden acometerse en la legislación obrera, y, en fin, el Sr. Maura, con su afirmación de que aquí no hay más que pueblo, lo cual obliga á gobernar *para el pueblo;* todos, en suma, entran en el camino de las reformas, tan flageladas, que inicié el año último con el *Instituto del Trabajo*. Por si faltara algo, se oye al ministro de la Gobernación hablar con empeño de la ley de huelgas; al presidente del Consejo, consultar con el docto Azcárate medidas que den satisfacción á las aspiraciones del proletariado, y á la cabeza de todos los conservadores descúbrese al Sr. Dato, acentuando su influencia real en la política española como reformador social.

En el problema de las Asociaciones pasó lo mismo. Yo no sé de dónde ha sacado alguien que he puesto sordina á mis pensamientos. Procede esto de la famosa farándula de las *fórmulas* y las conjunciones. Varios hombres han dicho cosas contradictorias y pro-



puesto soluciones antagónicas á los mismos problemas; pero se reúnen y piden inspiración á la calumniada musa del patiotismo, respetan la virginidad de su modestia y redactan unas cuantas cláusulas anfibológicas «para que nadie prevalezca ni se imponga». Es decir, que con el propósito de que no abdique uno, abdican todos.

Yo no pienso así; no me propongo imitar tales modelos. Para que me lo recuerden, si algún día soy Gobierno, tomen nota de lo que he dicho dentro y fuera del Parlamento, desde el banco azul y desde el escaño rojo, seguros de que no he de alterarlo, porque podría hacerlo si fueran opiniones personales, no cuando se trata de convencimientos formados mirando al interés público. Creo que el programa de las fuerzas políticas que dirijo—el mismo pactado en 19 de Marzo del año último, leído después en el Parlamento como credo del partido liberal—es irreemplazable, y que esas soluciones hay que acometerlas con virilidad, porque si se aplazan ó atenúan serán contraproducentes.

Cuanto más se tarde en acometerlo, más radical será el avance, y quien se forje la ilusión de contentar á todos, no suscitando dificultades ni protestas, se engaña. El dejar que pase el tiempo sin hacer nada ó aparentar que se hace, no haciéndolo, no es formal, ni digno ni patriótico. Importa penetrarse bien de la gravedad de las soluciones que corresponden á la gravedad de los problemas. No hay que suprimir los obstáculos en la previsión, para que de improviso los desate la realidad. Si no estuviera tan desacreditada

por el mal suceso se podría invocar la urgencia de una *revolución desde el Poder.*

Yo he sostenido siempre, sin vacilaciones, el sufragio universal *tal como en el día se halla establecido;* el Jurado y la libertad de conciencia en todas sus expresiones, ahora bastante mutiladas, por cierto; el servicio personal obligatorio, que es una ignominia siga en proyecto; la legislación del contrato de trabajo, abandonada, salvo la responsabilidad por accidentes, á una verdadera arbitrariedad jurídica: nadie que rebusque desde mi infancia á la fecha encontrará en mis discursos y escritos la menor contradicción sobre todo esto. De lo que me arrepiento es de haber cedido alguna vez en otros asuntos, por no aparecer disidente. Recobrada mi independencia, impórtame poco inquirir si me cierro ó abro los caminos del Gobierno; lo que me importa es que la propia conciencia acuda solícita al primer llamamiento y en ella no se descubra apostasía.

***

He dicho cien veces, y lo repetiré otras tantas si hace falta, que no me interesan los problemaa de la jefatura, ni aspiro á la propia, ni me preocupo de optar entre las ajenas. Por eso aplaudo la noble actitud en que he encontrado al general López Domínguez, con quien sin haber pactado nada, porque eso de los pactos renueva en mí recientes y dolorosos desengaños, estoy total y completamente de acuerdo.

Creo que la mayor de las abdicaciones sería propo-

ner á la corona que por insaculación ú otro lance de azar designara el jefe; creo que los que—y son muchos, por desgracia, mejor intencionados que felkes en el acierto—pregonan semejante enormidad, agravian la sinceridad constitucional de la Monarquía.

Además, no hay que forjarse ilusiones; designado por quienquiera el jefe, en ausencia de la opinión del país, sin programa, sin principios, con un hábil epítome de prestidigitación por todo evangelio político, sería una especie de compadre *Gilito*, aquel de que hablaba Mellado en su ameno y primoroso cuento. Para ir tirando, para hacer á ocho amigos ministros y establecer 49 cacicatos, para sustituir con efugios las afirmaciones, me parece bueno cualquiera que se preste á tan ruin oficio. Pero no quiero, no puedo, agraviar á ningún prohombre liberal, creyéndole capaz de eso.

Claro es que el programa ó declaración de Abril, aplaudido por la mayoría liberal, y cuyas bases fundamentales no abandonaré jamás por nada ni por nadie, abordaba las cuestiones palpitantes de actualidad. Pero otras muchas solicitan con apremio actitudes resueltas y fórmulas concretas. Ni podemos continuar en el aislamiento del mundo, ni despreocuparnos del irresistible apremio de los problemas obreros, agravados por la imperiosa ley de la lucha por la existencia. Para afirmar nuestra personalidad política, intelectual y económica hay mucho que hacer, y que hacerlo pronto. Todo ello, fundamentalmente se resume en vigorizarnos para la competencia: emulemos, sin envidiarlos, á los demás pueblos.



A mi juicio, ha llegado la hora de que los hombres que se interesen por la patria digan con toda claridad que, combinándola con la nivelación del presupuesto, pero, si no se pudiese, aun á riesgo de desnivelarlo, hay que emprender una campaña de *difusión de cultura*, sin la cual todo lo que se edifique se cimentará sobre arena; en la roca viva de una población vigorosa é inteligente se han fundado todas las grandes organizaciones nacionales modernas. Grandes, para este efecto, son lo mismo Bélgica ó Suiza que Inglaterra ó los Estados Unidos.

Al visitar ahora á la ligera nuevamente los portentosos establecimientos de enseñanza que á centenares se encuentran en cualquier rincón de Suiza, como al conferenciar con ilustres fundadores de la *Escuela de Ciencias políticas y sociales*, que mediante el concurso de hombres eminentes se inaugurará en París el 9 de Noviembre próximo; al estudiar lo mucho y bueno que se ha escrito sobre el valor económico de la instrucción industrial y mercantil, por ejemplo, y al acordarse uno de lo poco que hay en España, se entristece el ánimo y se persuade de la inmensa responsabilidad que hemos contraído *todos* los gobernantes españoles por haber perdido medio siglo en la empresa primordial de la educación y cultura.

Sería insensato aconsejar en España que levantasen edificios pedagógicos de la noche á la mañana, puesto que probablemente habían de estar vacíos de maestros y discípulos; sería locura pensar en repartir á granel las prebendas y los títulos docentes; pero no

hay que perder una hora en la tarea educativa, y es preciso prepararse á ella, dedicándose durante cuatro ó cinco años (ese tiempo basta) á llevar al Extranjero y traer de allí gente con devoción científica, que funde verdaderas instituciones de enseñanza.

Y en todo lo mismo. La defensa nacional, la instrucción militar de los ciudadanos, entre los que hay que universalizar el servicio, como se universalizó el sufragio, aunque reduciendo el tiempo de permanencia en las filas mediante escuelas de tiro y asambleas mayores, debe ser objeto de la preocupación de todo gobernante. Y así en el problema de la higiene y el de la mortalidad, porque antes y con más urgente eficacia es preciso pensar en *desinfectar las inteligencias* que en desinfectar ciénagas ó cloacas. Y así en el problema obrero, cuya solución está en gran parte en la mayor productividad en el menor tiempo, en que el factor *trabajo,* por más inteligente, sea más productivo y pueda ser, por tanto, más remunerado.

Este es un problema de existencia nacional. Otros cincuenta años de retraso, de tímidos tanteos ó alharacas vanas nos arrebatarían incluso el humilde puesto que ocupamos como pueblo el más culto entre los incultos, descendiendo á confundirnos con ellos. Esa es obra social, cuya dirección compete al Estado, si bien es cierto que ya la función directora, estimulante é iniciadora del Poder público ha dado buena cuenta en todas las latitudes, con todas las razas y para todas las esferas de la actividad humana de las exageraciones atribuídas á los fundadores del indivi-

dualismo, que no dijeron nunca lo que sus discípulos han dicho y la ignorancia general acoge.



De la frontera allá no conozco lo que pensarán los diplomáticos bien enterados de los secretos de las Chancillerías; pero no hay que negar que el vulgo cree que España tiene ya muy adelantada la obra de su inteligencia con Francia. Me parece bien, y creo que supone menoscabo á la fidelidad de los recuerdos achacar tantos males á la alianza francesa. Este es un problema en el que no hay que mirar á ningún interés de partido, sino al nacional, y en el que es preciso ver las consecuencias políticas y económicas de todas las amistades y compromisos internacionales.

En un discurso que pronuncié en el Congreso, hace ya tres años, dije algo que con gusto he visto mantenido por el señor conde de San Bernardo: recordando cómo y para qué se hizo el Arancel, y cómo, cuándo y para qué efectos fenecieron ó se trasformaron en *modus vivendi* antiguos pactos internacionales; recordando los convenios celebrados por diferentes potencias en los últimos años, ó las estipulaciones que preparan ahora países que vivían en actitud de hostilidad, es evidente que se impone por lo menos una revisión del Arancel, poniendo orden en esta anarquía de nuestras relaciones mercantiles.

La gravísima dificultad de proporcionar nuevos motivos de pugna y de lucha, porque armonizarlas y satisfacerlas á la par y por completo es imposible,

entre las aspiraciones de la agricultura y de la industria, es desde hace años el gran problema en todos los Estados, y bien instructivo ejemplo ofreció recientemente Alemania. En España el problema de la producción vinícola, que en parte se va resolviendo por la destrucción que opera las plagas del campo, y el de la industria catalana y vizcaína, desenvuelta en un medio propenso á tendencias peligrosas, añaden á los obstáculos generales otros particularísimos.

Pero no porque eso sea difícil hay que dejar de abordarlo. Con esta criminal desidia, que abandonando los problemas los agrava, vamos camino de perdición. Como no se puede separar el aislamiento político del aislamiento comercial; como no podríamos ni deberíamos comprar auxilios bélicos al precio de la ruina económica, creo que carecemos de datos los extraños á las intimidades del Gobierno para juzgar de esta inteligencia que la razón, la historia y la sangre estimulan.

Respecto á la Marina—hablando de acuerdos internacionales es imposible prescindir de hablar de escuadra—, creo, como todos ó casi todos los españoles, que es *necesaria;* pero no votaremos ni un solo céntimo con ese patriótico destino sin saber bien lo que se va á hacer y cómo se va á hacer. La famosa idea del Sindicato, cuyos agentes técnicos han visitado parte de Europa, me parece totalmente inadmisible. Si la Marina es necesaria, porque así lo pide la suprema atención de la defensa nacional, hágase; pero en provecho exclusivo de la patria, y con

todas las garantías de rapidez, eficacia y economía que el interés público exige.

***

Calló el Sr. Canalejas y se quedó pensando. Tenía sobre la mesa un libro en que se leía *Guide du Musée international de la Guerre et de la Paix*. Al notar que yo me fijaba en el folleto, salió de su abstracción, y otra vez reanudó el discurso, apasionado y elocuente.

Con lo que me dijo acerca de su visita al Museo internacional de la Guerra y de la Paz habría para componer otra carta mucho más larga que la presente. De su interés juzgue el lector pensando que el Museo contiene el desarrollo histórico de la guerra al través de los tiempos primitivos, de Grecia y Roma, de la Edad Media, de la guerra de treinta años, de las guerras de Napoleón I, de la contienda franco-prusiana del 70, del conflicto ruso-turco del 78, de la epopeya del Transvaal, de nuestras últimas guerras coloniales, dedicando frases que parecen una vindicación al comentario de la horrible tragedia de Santiago de Cuba. Y agréguese á ello la descripción gráfica de una fortaleza, de los efectos destructores de todo género de armas en el cuerpo humano, de los servicios sanitarios, de la organización de los ejércitos de tierra y mar, de los trabajos de defensa, de la construcción de puentes y vivacs... Y coronándolo todo, las sentencias, los pensamientos, las doc-

trinas compendiadas de los más célebres maestros del mundo en el Derecho de Gentes.

—Como que ese Museo—me decía Canalejas—tiene cual hermosa finalidad preparar el ánimo á la paz con la contemplación del desarrollo histórico de la guerra con todas las maravillas de las artes descriptivas modernas. Su misión es científica y ética. Reemplaza la demostración histórico-filosófica por la enseñanza *ad oculos* sobre la guerra. Y el alma se eleva, protesta, no con la apelación romántica á los sentimientos humanitarios, sino mostrando la influencia ejercida por la paz en el bienestar nacional. Con el lenguaje elocuente de las cifras y de los cuadros estadísticos, prueba el Museo las consecuencias económicas y sociales á que arrastraría fatalmente el choque de los ejércitos y las escuadras de Europa.

Esa es Suiza, uno de los primeros pueblos del mundo, si no el primero—concluía Canalejas—: esa es Suiza, que practica la máxima de ser fuerte por la cultura, para ser respetada en su independencia, en su personalidad, en su espléndido *essor* de democracia y civilización. De ahí su admirable instrucción militar, sus maniobras periódicas, que en estos días agitan y preocupan al país entero. Como progreso, paz, cultura, tolerancia, libertad y, al propio tiempo, energía eficaz para defender su derecho, es un pueblo modelo.

Y habló luego de la tendencia, que cada día se acentúa más, hacia la *unidad*, hacia la creación de un Estado en que, sin fundirse, se compenetren las íntimas é históricas diversidades...



EN SAN SEBASTIAN

LO QUE DICE MURO

En el paseo de Salamanca, en una casa que se diría es un mirador levantado sobre el mar, entre el rompeolas y la Zurriola, teniendo una constante y espléndida vista, vive el ex ministro de la República D. José Muro.

Se negó á hacer declaraciones, afirmando con sincera modestia que su opinión no podía influir poco ni mucho en la marcha general de la política. Pero de una en otra pregunta, y explicándome lo que yo tenía interés en saber, la verdad de lo ocurrido en Pasajes con motivo del mitin republicano último, quedó hecha una interview importante, que transmito á mis lectores.

—Hay en Pasajes—me decía Muro—dos pueblos totalmente diferentes: el uno muy liberal, y el otro muy reaccionario. Pasajes de San Juan, donde está la casa que habitó Víctor Hugo en 1843, es liberalísimo; Pasajes de San Pedro es en su mayoría carlista.

Con estos antecedentes, y con la lucha que se mantiene por tradición muy ásperamente entre los dos bandos, se comprenderá bien que los republicanos de Pasajes lo sean á machamartillo, de convicciones á prueba de bomba.

En un barrio formado en la carretera, en sitio llamado lo Ancho, muy á la vista de todos los que pasan, se alza una casa, domicilio social, centro de reunión de los republicanos. Y para que nadie lo ignore, en uso de un perfectísimo derecho, haciendo cosa que la ley no prohibe ni podía prohibir en un país libre, un gran rótulo denuncia al transeunte que allí está el *Centro republicano*. Naturalmente, por aquel lugar ameno y hermoso suelen ir de paseo más de una vez altas personas, huéspedes perennes de San Sebastián durante el verano, y el actual era el primero en que se veía el rótulo, por haberse constituído un Comité en Febrero y haberse también aumentado el número de mis correligionarios en Pasajes.

Yo no sé lo que pasó, ni voy á reproducir lo mucho que en esta corte estival se ha murmurado acerca del caso. Lo que conozco por relación de varias personas es que al presidente del Centro republicano, de oficio tonelero, catalán de origen, de probados convencimientos, se le hicieron insinuaciones oficiosas—el gobernador jura, y yo lo creo, que no intervino para nada en el asunto—con el fin de que quitara el rótulo del balcón del Centro.

Ni amenazas, ni promesas de dádivas, ni intervención de los industriales, ni razón ninguna, disuadieron al buen presidente de su firme resolución de no



suprimir el letrero. El consideraba, con justica, que lo hecho por él no constituía ningún delito. Viendo que no le quebrantaban, acabaron por dejarle.

En este estado las cosas, acordaron los republicanos celebrar un mitin de propaganda. Fueron tan allá en su prudencia; conocen tan bien el espíritu de San Sebastián, que vive de los forasteros y todo lo teme; tomaron tantas precauciones para que sus discursos no sonaran á provocación, después de la historia del rótulo, que aguardaron la ocasión de viajes y ausencias con el objeto de verificar entonces en santa paz el anunciado mitin. Y comenzó éste con regular asistencia de vecinos de Pasajes, de Irún, de otros varios pueblos. El local rebosaba gente, que se extendía hasta la carretera.

Al primer discurso se suspendió el mitin por el delegado de la autoridad. El orador, un muchacho llamado Bellido, hablaba, en tono de mesurada crítica, de la política del Gobierno, censurando sus procedimientos, su marcada inclinación á perseguir á los republicanos, á ganar por todos los medios las elecciones municipales del próximo Noviembre. Ni por casualidad dirigió la más remota alusión á otros Poderes, ni mucho menos refirióse al pleito del rótulo del Centro republicano. Era la propia sensatez el primer orador del mitin de Pasajes.

Pero de pronto, y como obedeciendo á un propósito predeterminado, más por torpeza que por otra razón, extralimitándose de las instrucciones del gobernador, creyendo que no cumplía con su deber, si no justificaba su presencia disolviendo la reunión,

el delegado puso el bastón sobre la mesa, y el mitin quedó suspendido. Es decir, quedó suspendido, pero no sin mi protesta. Ante el natural alboroto que se armó, para calmar los ánimos, para reivindicar nuestros derechos, hablé y dije que era un atropello la suspensión, porque lo único vedado, reprensible ó ilegal, era juzgar de la persona del Rey, que la Constitución ampara. Sostuve en definitiva y en cuatro palabras, con menor elocuencia y sabiduría, la doctrina que el jefe Salmerón defendió en las Cortes.

No valió de nada mi protesta. El delegado alegó la teoría absurda, nueva en los anales constitucionales de España, no practicada al menos hace muchísimos años, atentado al derecho y al buen sentido, de que no se puede hablar criticando *la política del Gobierno*. Así lo consignó en un parte kilométrico dirigido al gobernador de San Sebastián. Nótese bien que en ese parte el delegado confiesa implícitamente que no hubo nadie que atacara á la Monarquía ni al jefe del Estado. Lo cual no impidió que Bellido fuese preso, habitara la prevención durante veinticuatro horas y que quedara procesado por el crimen horrible de combatir *la política del Gobierno*.

Y así estamos; todo eso es lo que vamos progresando. Antes, en los tiempos más duros de la Restauración, se estableció siempre diferencia entre el Poder Real y el Poder ministerial. El primero, sagrado, intangible; pero el segundo, ampliamente censurable. De ese derecho usaron los conservadores contra los liberales y los liberales contra los conservadores, en forma bastante más fuerte que la emplea-

da por el orador de Pasajes. Si no hubiera sido así, ¿como era concebible la vida en un Estado moderno? Si el Gobierno de un país parlamentario y representativo es *irresponsable,* ¿qué queda para los países incivilizados y sin las garantías de la Constitución? Hasta en Marruecos es lícito hablar *mal* del Gobierno, y no conozco pueblo alguno regido por el despotismo que escape á ese derecho de crítica.

Será el caso de Pasajes, el inaudito caso de Pasajes, objeto de una interpelación en cuanto se abran las Cortes. Y yo lo ofrezco como muestra de que la doctrina de los partidos *legales é ilegales* resucita, proteste cuanto quiera de nuestra acusación el señor Villaverde. Sólo á los republicanos se les prohibe hablar mal del Gobierno, cuando hasta los propios conservadores hablan y aun gritan en contra suya. Resultará la enormidad de haber declarado augustas las personas del Gobierno, su presidente y sus secretarios. A eso jamás se llegó en España, ni en época de la mayor reacción. Y no se olvide el contraste entre esas persecuciones y la actitud de nuestros amigos de Logroño, y de otras partes durante el viaje del Rey.

* * *

El Gobierno había dicho que se disponía con sus actos á contrarrestar la opinión de la mayoría parlamentaria con la opinión del país. Si los conservadores ortodoxos le abandonaban, los españoles neutros le sostendrían. ¿Por qué medios? Haciendo una la-



bor fecunda; decretando en la *Gaceta*, y durante el interregno parlamentario, la revolución desde arriba que no supo ó no quiso realizar el Sr. Maura.

Se acerca Octubre, acabará el verano, se echará encima la apertura de las Cortes—y cuanto más la dilaten, más estarán en peligro de muerte,—sin que el Gobierno haya dado señales de contrarrestar con la opinión del país la opinión de la mayoría parlamentaria. Los tres meses han sido de vacaciones, y no se conocería la existencia del Ministerio si éste no se dedicase á preparar las elecciones.

No se alegará, pienso yo, como revolución desde arriba las modestas economías proyectadas por el Sr. González Besada. De eso á lo que espera el país hay mundos de distancia. La reorganización de servicios continúa en el limbo de los planes y de las esperanzas. Y de otras medidas económicas no hablemos, porque ya en las Cortes tendremos que discutir el famoso programa de los dos empréstitos, que se nos ofrece en calidad de panacea.

La obra hidráulica, el plan de caminos vecinales, los proyectos, en fin, del Sr. Gasset merecen aplauso, al menos por su buena intención, por su excelente deseo de acometer reformas de altísimo interés. Pero temo mucho, y el país lo teme conmigo —no obstante que el ministro de Agricultura en su razonado preámbulo se puso la venda antes de la herida,—que eso sea frustrado en manos del caciquismo.

Resulte ó no nuestro temor confirmado, y ojalá que no se confirme, no creo que, hasta tanto los planes se conviertan en realidades, es posible cargar en



el haber de los positivos triunfos lo que, vuelvo á repetir, merece elogios, como aspiración noble del señor Gasset.

En Instrucción pública no se ha hecho nada. Era hora de demostrar que la crisis de Julio tenía alguna finalidad y que, efectivamente, se rectificaba la política de las grandezas por la política de las obras, al parecer pequeñas, que labran en el alma nacional surcos profundos de progreso. Y así no habrá escuadra, que todo el país consideraba necesaria; pero tampoco habrá escuelas, que urgentemente pedían los órganos de la victoriosa conjura. ¿En qué se ha aumentado el presupuesto de Instrucción pública? ¿Cuáles son las nuevas partidas de un programa pedagógico?

Pero, en fin, existía una esfera de acción en que el Gobierno pudo y debió iniciar reformas, ó cuando menos prepararlas, para que las Cortes, al abrirse, tuviesen inmediata tarea, conjunta y alternativamente con los presupuestos. Me refiero, es claro, al problema social, que no tiene espera. Y en él, ¿qué piensa, estudia, tiene en el telar, el Gobierno? ¿Será la manoseada ley de huelgas, que hace tiempe debió ser aprobada?

El reformista del partido conservador, el Sr. Dato, fuera del Gobierno se halla, y su obra por continuar. ¿Se atreverían los actuales gobernantes con una ley de la trascendencia de la de los accidentes del trabajo? ¿Adoptan los proyectos relativos á la cuestión batallona de las pensiones de retiros á la ancianidad y á la invalidez? El solo exponer tal pensamiento

asusta al Gobierno. ¡Estamos en época de nivelación, de economías!

***

Y hablando de la obra legislativa obrera del 73 y de la República, fuimos insensiblemente á parar al problema internacional, á las alianzas tan discutidas.

—Yo no he de defender ninguna—dijo Muro,—ni esto es tarea para desentrañada ligeramente. A mí me basta con traer á la memoria recuerdos de sucesos pasados y recientes, que prueban el cariño, el amor de hermanos que nos une á españoles y franceses. La raza, digan lo que digan en contrario, todavía puede algo en el mundo.

Recordaré el espectáculo altamente emocionante de los profesores del Liceo de Bayona, viniendo el año pasado á la inauguración de curso del Instituto de San Sebastián. Y recordaré también, como una de las impresiones más gratas de mi vida, callando la intervención modesta que en ello tuve, el espectáculo, que nos arrancaba lágrimas de júbilo, del reparto de premios este año en el Liceo de Bayona, cuando se gritaba *¡vive l'Espagne!* por el profesorado francés, teniendo á la cabeza al rector de la Academia de la Facultad universitaria de Burdeos.

Un pueblo, en delirio, nos aclamaba, en tanto oíamos hacer elogios de nuestra patria y demostrar elocuentemente los lazos que nos atan á la vecina y republicana Francia. Y esto no son romanticismos, porque la intelectualidad es una fuerza cuando al



unísono piensa y trabaja. Allá, en el Liceo de Bayona, reciben educación muchos españoles, y allá, su *provisseur,* M. Cazac, escribe libros sobre libros hablando de España, con conocimiento de causa.

Obsérvese la peregrinación constante de los franceses del Mediodía á nuestras provincias del Norte. Véanse las relaciones comerciales que aún subsisten, no obstante no habcr Tratado. Dígaseme si no hay semejanza entre los problemas allá y aquí planteados. Y por encima de todo, y si de alianzas se trata, no se alegue, por Dios, el argumento de lo que hemos perdido siempre uniéndonos con Francia. La otra experiencia, la de las *costas* que hubiéramos pagado en el caso de ir del brazo y bajo la tutela de una nación que no es de nuestra raza, está por hacer, y quiera Dios que no se haga. Entonces tal vez se realizaría el sueño, á expensas de nuestra personalidad, del *Imperio ibérico.*

Y diciendo esto el Sr. Muro, evocaba yo el recuerdo de aquella casita de Víctor Hugo, en Pasajes, donde se ve, entre verdes enredaderas, una inscripción en castellano, en francés y en vascuence, que anuncia al viajero que allí vivió el cantor inmortal de la *Leyenda de los siglos,* el que sublimó á todos los desheredados de la tierra. *Ici vécut Víctor Hugo*, *Bizizan Víctor Hugo, Aquí vivió Víctor Hugo,* y al leer en los tres idiomas los peregrinos del otro lado de la frontera la lápida conmemorativa, se descubren, y algo pasa por ellos que es afirmación de comunes destinos históricos...

EN SAN SEBASTIAN

—

LO QUE DICE DATO

Formamos en la terraza del *Hotel du Palais* luego que se concluye el almuerzo y la comida, una alegre tertulia de gentes de todos los partidos y condiciones sociales, unidas por el lazo común de gustos y temperamentos iguales, que á estas horas y con estos calores no piensan más que en solazarse, olvidadas de todo lo que los divide. La tertulia está compuesta de D. Eduardo Dato y familia; de D. Félix Urcola y su señora, (una sevillana guapa y elegante, muy simpática y atractiva); el duque de la Roca, su hermana la marquesa de la Coquilla, el conde de Faura, (un carlista de los de buena cepa que peleó como tal en estas montañas); don Enrique Sancho, (el verdadero tipo de la clase neutra, muy equilibrado espíritu que hace nuestras delicias con su imperturbable *humour* á la inglesa); la marquesa viuda de Falces y su linda sobrina; Quejana el ex director de *El Español*, uno de los periodistas más distinguidos de Madrid,

que trae á esta reunión el agradable tufillo escéptico de los que han vivido mucho y está enterado de todos los secretos de la política, y un servidor de ustedes. Otros suelen agregarse, pero los nombrados forman el núcleo principal de esta fraternalísima tertulia.

Asistiendo todas las tardes y todas las noches á ella he ido confesando sin sentirlo á mi amigo Dato, ex ministro de Gobernación y de Gracia y Justicia, que es una de las columnas más fuertes del partido conservador. Ahora desde la crisis de Julio está fuera del Gobierno, y es gran lástima porque le daba tono, y además—esto es lo más importante—le imprimía un carácter muy acentuado de reformista social. Era, es, mejor dicho, pues ha de volver á ocupar el banco azul, un estadista á la moderna, que se paga de ideas y no de frases, que legisla y no hace juegos malabares retóricos. El día en que adquiera el total predominio en su partido, á que tiene legítimo derecho, habrá variado la mentalidad de los hombres públicos españoles, y se ocuparán éstos un poco más de los problemas que interesan á todos, y un poco menos de los problemas que sólo á ellos afectan.

Y ahora oigámosle, que vale la pena de oirle con atención. Prescindamos de los rumores de la alegre tertulia y recogiéndonos un tanto, vamos con su confesión interesante. A quien no le parezca bien, demostrará que no está enterado de la importancia capitalísima de los problemas sociales, aquí y fuera de aquí. Esto es lo primero, y sin ello los Gobiernos vivirán pero no *gobernarán*.



El partido liberal—me decía el Sr. Dato—realizó el programa liberal, ó sea la reivindicación de la personalidad humana, de los Derechos del Hombre, del Sufragio, Jurado, prensa y tribuna, asociación y manifestación consentidas y respetadas, etc. Entiendo por partido liberal, es claro, no ésta ó la otra agrupación presidida antes por Sagasta y ahora por quien sea, sino la gran familia liberal, compuesta de demócratas, monárquicos ó republicanos. Realizó ese programa y se encontró exhausto de contenido, sin sustancia, sin porvenir, casi sin soluciones, que aplicar. El hizo una gran obra, la de poner un término jurídico á las revoluciones, á tanto y tanto derramamiento de sangre, como fué la nota característica del siglo XIX en España. Y cumplido eso, apenas tiene razón de ser en el mundo. No la tendrá si no evoluciona, si no se convierte en instrumento de progreso, en armonía con los tiempos y aun adelantándose á ellos. No lleva camino de conseguirlo, primero con sus divisiones, y segundo por haberse quedado muy atrás de lo que exige la época en materia de cuestión obrera.

En cambio, el partido conservador tiene que realizar y ha comenzado á realizar el programa social, *intervencionista* social, en los conflictos del capital y el trabajo. Para confirmarlo, yo no me cansaré de repetir las palabras sabias y profundas, verdaderas adivinaciones proféticas de Cánovas del Castillo, el cual, adelantándose á su tiempo y al espíritu reinante en su patria, decía: «Es imposible permanecer estúpidamente sordo é indiferente á los ayes de los vencidos

en la lucha por la existencia». Y á eso añadió varias veces en discursos de Academias, Ateneos y Parlamentos, la crítica del derecho *justinaneo* que no se puede conservar hoy en toda su integridad por lo que mira al capital y á la propiedad.

No hablemos de la trascendental labor realizada por las Encíclicas del Papa León XIII. En ellas va contenida una verdadera revolución jurídica social. No hablemos tampoco del inmenso vuelo tomado por el partido socialista cristiano ó católico, malamente llamado socialista, porque en el fondo es eso, *intervencionismo* del Estado. Todo el mundo sabe y yo el menos enterado de todos, conozco lo que significa Decurtins en Suiza, Herzen en Austria y Ketteler y Gibbons y Manning como ilustres cardenales de la iglesia, que se emplearon ó emplean en tal obra de justicia. No me gusta la erudición ni tengo caudal de saber bastante para hacer alarde de ella.

Pero, en fin, sin ser erudito, puedo recordar las palabras de Gladstone en 1891 y el programa de Chamberlain de hace algunos años, cuando aún no había adquirido el problema obrero la importancia que hoy tiene. Gladstone decía, que á los hombres de su generación les había sido muy fácil gobernar, pues al cabo su obra se limitaba á la libertad que es una negación. Queda á los hombres de las nuevas generaciones— añadía Gladstone—afirmar, construir, edificar, y esto es lo más difícil, lo más peligroso; pero también lo más noble de acometer con valentía y resolución. En cuanto al programa de Chamberlain, basta recordar que entre otras muchas cosas muy

avanzadas contenía un proyecto de cajas de retiro para los obreros que ya lo quisiéramos ver implantado en España.

En general, el sentido del mundo en esta materia, es no sólo el de no permanecer estúpidamente sordo á los ayes de los vencidos en la lucha por la existencia, sino intervenir curándoles, ó por lo menos consolándoles para que no se entreguen á una desesperación que á nadie conviene. El partido conservador está en mejores condiciones para realizar esta obra que el partido liberal por un triple orden de razones: 1.ª Porque siendo quien es, y teniendo á su defensa los intereses que tiene, no puede inspirar á nadie, sobre todo á las clases capitalistas, desconfianzas y recelos; 2.ª Porque hace labor de pacificación social, que en los demás sería imposible so pena de que sonara á guerra y provocación; 3.ª Porque los antecedentes conservadores son eso, y los antecedentes liberales son en cambio *individualistas*, disgregantes de la sociedad, no mirando más que á la libertad individual; al átomo y no á la masa.

En resumidas cuentas es lo que decía Le Play, el célebre sociólogo: «Hay que completar y rectificar la obra de la revolución que, según los principios estrictamente liberales, queda manca é incompleta».



A mí—sigue el Sr. Dato hablando—no me llevaron á estos estudios ni utopias, ni doctrinas, ni propagandas socialistas más ó menos realizables.—Me indujeron á ser lo que soy y al papel modesto de re-

formador que los hechos me adjudicaron, los estudios jurídicos, mi profesión de abogado, la contemplación diaria de las injusticias sociales.

Cuando entré en el poder en 1899, creí que mi primera y más urgente obligación era la de hacer aprobar la ley de accidentes del trabajo. No la entregué al examen de la comisión de Reformas Sociales, aunque sí después la ley reglamentando el trabajo de las mujeres y los niños, porque quería ganar tiempo y no malgastarlo en tanteos y deliberaciones. Recuerdo que presentada la ley en el Congreso, tuve una conversación con el docto Azcárate en los pasillos de la Cámara. Azcárate me decía: «Falta aplicar la ley á los obreros del campo, faltan una porción de retoques y detalles jurídicos».—Conviniendo en ello le pregunté: ¿pero usted qué prefiere, la ley, aún siendo imperfecta, ó nada, la ausencia de legislación? Y Azcárate con su sinceridad acostumbrada me replicó: «Eso no cabe duda alguna, la ley con todos sus defectos y en seguida.»

No quiero enumerar las dificultades con que tuve que luchar para obtener la aprobación de la ley de accidentes del trabajo, incluso en el seno del partido conservador y de la misma comisión parlamentaria. Un día hube de cuadrarme y decirle á la comisión: «Venga el dictamen, aunque sea desfavorable al proyecto.»—El dictamen se presentó, y cosa rara, salió la ley apenas sin discusión. Intervine únicamente para aclarar tres ó cuatro conceptos que les parecían dudosos.

Pablo Iglesias, el jefe de los socialistas de España,



reconocía últimamente que mi proyecto—y lo cito no para alabarme, sino porque es un hecho—era mejor que la ley, conforme se aprobó en el Parlamento. Así es, y no por culpa de nadie, sino por el atraso espiritual de las gentes en tales materias.

La ley de accidentes del trabajo es una ley que se cumple. Hoy van cobrados más de tres millones de pesetas en indemnizaciones á los obreros inutilizazos. Hoy se va creando una jurisprudencia favorable á los trabajadores. Pero además la ley sirve para otra cosa, sirve para prevenir los accidentes, porque á los patronos les cuesta más caro no adquirir los aparatos preservativos ó protectores de los accidentes, que pasarse sin ellos y luego tener que pagar las indemnizaciones. El día en que se haga una estadística seria, se verá cómo han disminuído los accidentes. Lo que no hace la justicia y la humanidad, lo hace el interés económico, el ahorro patronal y burgués.

Se ha luchado con dificultades graves en esa ley, como en todas, verbi gratia, la del trabajo de las mujeres y los niños. Los obreros fueron los primeros en protestar de la ley, porque les resultaba más ventajoso seguir con la explotación de la niñez y del trabajo femenino. Un jornal, dos jornales, cuatro jornales, por míseros que resultasen de la esposa y de los hijos, eran una ayuda para el hogar, un ingreso en el reducido presupuesto del pobre. Y es que en España, como en Francia, en Inglaterra, en Alemania, en todas partes, los bajos jornales de las mujeres y de los niños haciendo la competencia á los

hombres y abaratando la mano de obra, han dilatado la solución del problema social. Ahora, que cuando los obreros se enteran de los males que eso les produce, vuelven ellos mismos la vista al legislador y se colocan á su lado con el fin de defender la ley.

Morato, el inteligente escritor socialista, ha dicho recientemente, en un artículo del *A*, *B*, *C*, que las comisiones locales de Reformas Sociales velando por el cumplimiento de esas leyes, eran una gran cosa, un organismo casi perfecto y que no se necesitaba más si en efecto se les socorría con el auxilio de la autoridad para cumplirlas. Y es natural que así ocurra. Las comisiones locales ponen en contacto á los obreros y patronos que van acostumbrándose á conocerse y á intervenirse mutuamente en sus negocios. Produce el efecto inapreciable y beneficioso de no extrañar la legislación.

Ultimamente se ha creado el Instituto de Reformas Sociales que dará excelentes resultados. No se ha adoptado el título que tenía en el programa de Canalejas de Instituto del Trabajo, pues pareciéndome bien, creyendo que debía existir no ya una dirección sino un ministerio, teníamos que guardarle consideraciones al Parlamento. La ley Canalejas de creación del Instituto del Trabajo, aprobada en el Congreso, quedó pendiente de aprobación en el Senado y no hubiera estado bien hacer por decreto lo que las Cortes aún no habían hecho por medio de una ley.

Se destinan 150.000 pesetas en el presupuesto general para atender á las necesidades del Instituto de Reformas Sociales. Y no es mucho, no es una canti-



dad excesiva. No hay que olvidar que el presupuesto general del Estado en España, importa mil millones. ¿Es que de mil millones no se van á destinar unos cuantos miles de pesetas, 150.000 miserables pesetas, á los obreros? ¿No tendrían éstos derecho á indignarse y á quejarse si esto no se hiciera?

Tal medida se completaría enviando obreros al extranjero á estudiar. Es preciso crear escuelas de capataces y dar instrucción al proletariado á toda costa. Esa es una necesidad elemental en todo Estado á medio organizar no más.

***

Insensiblemente se va elaborando, construyendo un derecho nuevo, no sospechado, ni adivinado siquiera antes. Cuando existía la esclavitud, el Derecho Romano la sancionaba. Marcharon los tiempos y se creó otro derecho, el de la libertad, el de la personalidad humana. Hoy no satisfacen tales reglas aplicadas al mundo novísimo de la industria con sus increibles progresos. La teoría clásica de la culpa no sería aplicable á los accidentes del trabajo. Esto es evidente y no necesita para demostrarse mayores desarrollos.

El dominio es de los derechos más perfectos y completos del mundo. Y sin embargo, el dominio se limita. Nadie puede obligarme á mí á vender lo que yo no quiero vender y no obstante viene la expropiación y me priva mediante indemnización de las tierras por causa de utilidad pública, para construir

una carretera ó ferrocarril. Esta es una nueva noción del interés social superior al interés de los individuos que antes no se comprendía, no se sentía, no se adivinaba siquiera. Siendo la hipoteca garantía que voluntariamente se pacta en los contratos que los celebran, la ley establece hipotecas forzosas, que se llaman legales, cuyo objeto es garantizar á la mujer en los bienes que entrega á su marido, ó al huérfano cuando ha de confiarse la administración de sus propiedades á manos extrañas. En estos casos es harto patente la acción protectora de la ley en beneficio de los débiles, como son la mujer, el niño y el incapacitado. ¿Quién negará pues la protección á los obreros que son también débiles por su condición de pobres y desheredados?

En virtud de ese interés social se rectifica todo y el derecho civil se reforma y hasta el derecho penal. Yo, gobierno, no puedo aplicar el derecho penal ordinario á las huelgas y de hecho, en la práctica, están suprimidos los artículos que castigan la coligación de los operarios para holgar. Cuando treinta ó cuarenta mil obreros protestan y paran en su tarea yo no puedo llevarles al Juzgado, como en una guerra civil yo no podría abrir sumarios á cada uno de los facciosos, ni siquiera, á cada una de las partidas levantadas en armas. De ahí la inutilidad de las leyes para reprimir las huelgas. No hacen falta, podemos pasarnos sin tales proyectos.

Y esto lo han de comprender por igual los obreros y los patronos. Disminuirán las huelgas en un noventa por ciento el día en que funcione el Instituto de

Reformas Sociales, haciendo una estadística verdad, creando una inspección y funcionando los Jurados mixtos, reformas todas ellas incluídas en el programa del partido conservador.

Se aminorarán también los terribles conflictos sociales el día en que se apliquen importantes sumas al estudio del problema social. Yo le diría por ejemplo á un hombre tan entendido como el profesor señor Buylla: «Vaya usted al extranjero y estúdieme usted, á conciencia lo que hay sobre pensiones ó cajas de retiro para ancianos é inválidos. Estúdieme la legislación comparada, la jurisprudencia, los libros, el resultado de los ensayos hechos.» Y pagándolo espléndidamente en ese caso como en otros que se podrían citar obtendría resultados seguros.

La Comisión de Reformas Sociales que creó hace veinte años Moret es un organismo admirable y una honra y gloria de la patria. Pero siendo sus funciones gratuítas es imposible que haga mayores milagros. No se le puede decir á un abogado, á un ingeniero, á un médico que viven de lo que ganan en su profesión que roben varias horas al día ó á la semana para trabajar de balde en beneficio del Estado y de la sociedad. Todo eso es preciso remunerarlo si la labor ha de ser fecunda.

¡Ah! Mucho hay que hacer; mucho para pacificar socialmente é ir poniendo los jalones á la solución de estos problemas, de las luchas entre el capital y el trabajo. Como ejemplo de aquello á que está obligado un gobierno se puede citar el indulto que los conservadores dimos á los reos de Montjuich. No lo di-



go ahora, lo he dicho en un discurso público en el Congreso. La muerte de Cánovas se debió á la reacción del proletariado del mundo entero contra los supuestos tormentos de Montjuich. Aquella campaña de mitins y artículos en París, Londres y Bruselas armó el brazo de un iluso, del asesino de Cánovas, de Angiolillo.

Pues bien; hay que disipar con actos esa atmósfera que sin razón se nos ha creado en el mundo á los españoles. Por eso otorgué el indulto á los de la *Mano Negra,* para evitar la horrible campaña de prensa, de folletos, de libros en el extranjero. A toda costa había que impedir el mitin de Londres. Y se evitó afortunadamente. ¿Quién sabe las consecuencias que hubiera podido traer? Acaso una nueva Santa Agueda, otro gobernante que cayera en la cruenta lucha que aún estaba en período agudo.



Lo dije en mi discurso de Vitoria con motivo de la fiesta de la distribución de premios á los obreros. No basta con legislar, sino que es preciso, urgente, utilísimo, preocuparse de estos problemas. Es necesario trabajar para enaltecer la condición moral de los obreros, igualarlos jurídica y educativamente á las demás clases, completando la obra política de la revolución, dándoles intervención en el gobierno de su país. ¿Para qué si no se les otorgó el sufragio?

En el discurso de Vitoria lo decía yo: «¿Creéis



justo, señores, que después de largos años de honrado trabajo, cuando los músculos se niegan á sostener la pesada herramienta, y las piernas á mantenerse en pie durante las horas de la fábrica al obrero anciano, sea el lecho de un hospital el único medio de subsistencia, el único consuelo del que trabajó penosa y honradamente durante cincuenta años? No; hay aquí una injusticia social que urge reparar... El obrero extenuado por el trabajo necesita en la vejez un pedazo de pan y hay que dárselo». Los aplausos que resonaron al pronunciar yo estas palabras prueba una cosa bien sencilla: que acerté á dar forma á una idea por todos sentida.

En esto no todo le corresponde hacerlo al Estado porque les corresponde también á los industriales con su capital y á los obreros con su ahorro. ¡La iniciativa particular! ¿Qué duda cabe que puede y debe realizar grandes y útiles cosas? Ejemplo, la sociedad de «Gasificación» que se ha constituído en Madrid introduciendo la buena medida de la participación en los beneficios. Según los Estatutos, el capital tiene derecho á percibir un seis por ciento de las ganancias. Pero después el remanente de lo que se gane se dividirá en tres partes. Una destinada al aumento de interés al capital, otra para los obreros como participación en los beneficios ó ganancias y la tercera que ha de emplearse necesariamente en la creación de hospitales, escuelas, economatos, etc., todo en provecho de los trabajadores de la fábrica de «Gasificación». Y cuenta que la empresa es de treinta y dos millones de pesetas y constituye un seguro negocio. Así todas

las asociaciones particulares industriales debían imitar ese ejemplo, extenderlo y popularizarlo.

No se olvide tampoco que el descanso dominical es de una necesidad perentoria. Es un problema en apariencia fácil y sencillo, en la realidad social difícil y complejo. Preguntad á individualistas y á socialistas, á católicos y á librepensadores, á monárquicos y á republicanos, á obreros y á patronos, á comerciantes y á dependientes de comercio, y todos reconocerán en principio que es legítima la aspiración al descanso en los que trabajan y todos ó la mayor parte convendrán que el día señalado universalmente para el descanso es el del domingo. Pero llevad este problema á las esferas del Gobierno y á los parlamentos para traducirlo en proyectos de ley, y entonces, ¡ah!, entonces algunos observarán que el descanso produce disminución del trabajo y que merma por consiguiente la riqueza.

Nadie más respetuoso que yo con la libertad individual. Pero, ¿cómo desconocer los límites que en cada caso cabe imponer á esa libertad para bien de todos? Allí donde elementos útiles al fin común padecen, y aún peligran amenazados de próxima muerte, allí ha de hacerse sentir necesariamente la acción protectora del Estado en nombre del supremo interés colectivo. El derecho y la libertad del individuo están circunscriptos por el derecho y la libertad del organismo social en que viven y del que no son sino una parte.

El descanso responde á fines higiénicos, responde á fines económicos y á fines morales y religiosos; por



atenderlos el Estado, la provincia y el municipio cierran sus oficinas los domingos; los tribunales de justicia suspenden en ese día sus augustas funciones; se apagan las calderas de las máquinas; callan los talleres; no suben los obreros al andamio; no bajan al fondo de la mina; y sin embargo, repárese bien, en la injusticia, los dependientes de comercio, los que trabajan mayor número de horas al día, puesto que generalmente se abren los establecimientos de siete á ocho de la mañana y no se cierran sino á las nueve ó diez de la noche; los que prestan sus servicios en condiciones menos higiénicas por lo reducido de los locales en que se ven precisados á trabajar, esos, por regla general, no tienen descanso en el domingo; parecen como condenados á reclusión y trabajos perpetuos.

Macaulay dijo hace ya medio siglo, en la Cámara de los Comunes de su país, que si sus antepasados no hubieran descansado los domingos, Inglaterra no sería tan rica ni estaría tan civilizada. De ahí que un sociólogo tan eminente como Julio Simón, dijera, no hace muchos años aún, en Francia, con aquella precisión, con la profundidad y claridad que son tan admirables en este gran pensador, que el trabajo sin descanso es la muerte del cuerpo y la muerte del alma. Por eso en el congreso de Higiene celebrado en Ginebra en 1882, se adoptaron en ese sentido terminantes conclusiones.

La propaganda que siendo ministro hice en tal sentido mereció para mí el mayor de los premios, el aplauso público, la felicitación que recibí de Buenos

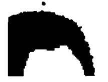
Aires de la sociedad «Unión de Dependientes de Comercio» que en representación de ciento cincuenta mil dependientes se adhirió á mis campañas diciendo que «son excepciones dignas de tener en cuenta el que en los gobiernos haya hombres de verdadera conciencia que sepan interpretar fielmente las múltiples necesidades de un gremio, el más importante y numeroso, cual es la dependencia mercantil».

*
* *

He concluído. Este es el problema vital, el de mayor *actualidad* política. Cuanto se haga en las demás cuestiones será bordear sin resolverla la regeneración de España, su pacificación. Los peligros de hoy no están en los trastornos políticos, sino en los trastornos sociales. Nadie encontrará masas, pueblo para hacer una revolución política, pero le saldrán al paso para hacer una revolución social.

¿Qué decir por tanto de lo que podría llamarse, sin ofensa de persona alguna, «menudeo» de la política? Solo sé y me consta, puedo asegurarlo, que el partido conservador cumplirá sus deberes. Ya no es un partido con uniforme y que camina marcando el paso. En el día gobiernan coaliciones no partidos á la usanza antigua. Y eso no sólo en España sino en todas partes. En Francia republicanos y socialistas, en Inglaterra conservadores de toda la vida y radicales de ayer...

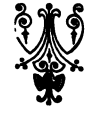
Haremos lo que piense y mande el jefe, el único jefe Sr. Silvela, con la mira puesta en dilatar todo



lo posible la vida de las Cortes y sacar de ellas la substancia para nuevos gobiernos.

* * *

Al acabar Dato, la habitual tertulia se había disuelto, estábamos solos, iban á apagar las luces de la terraza del magnífico Hotel *Du Palais*. Y ni aún en aquel momento quiso abrir su pecho por entero, decirme la verdad de lo que pensaba tocante á la existencia del gobierno del Sr. Villaverde cuyos días están contados.



DE BURDEOS A SAN SEBASTIAN

TESTAMENTO POLÍTICO DE SILVELA

Mi emoción era vivísima—lo confieso—cuando á las 7,12 hizo su entrada majestuosa en la estación el sudexpreso. Venía atestado de viajeros; era un tren largo, que no se acababa nunca. Recorrí con ansia los coches, especie de *Pullmans-cars*, de cabeza á cola. Nada, Silvela no estaba... Por fin, en el último vagón, descubrí á D. Francisco, acompañado de su distinguida esposa, de Jorge Loring y su lindísima hija.

—¡Buenas noches!...

Silvela se quedó mirándome como quien mira una aparición.

Me preguntó de dónde salía. Y explicado todo, pasado el primer momento de sorpresa, no sé si agradable ó desagradable, pues en su exquisita cortesía me acogió afablemente, comenzó nuestra conversación. Digo mal, la interview no empezó hasta después. La interrumpieron, al primer minuto de entablada su interesante confidencia, los llamamientos

de los mozos del restaurant. Buscamos en vano una mesa para cinco personas. No pudo ser, dada la excepcional aglomeración, y me resigné á aguardar. Jorge Loring me refería en tanto lo bien que le habían sentado á su cuñado las aguas de Carlsbad, su estancia en París, el deseo del ex presidente de que le dejaran tranquilo...

A la media hora sentábame yo á una mesa con Silvela, y hablaba éste mientras yo hacía por la vida. Llevó su bondad hasta ese extremo, adivinando mi anhelo de no perder un minuto, de confesarle por completo. Así, cuando el tren se detuvo en Biarritz, y entraron el hijo mayor de Silvela, que veranea allí, y el barón del Castillo de Chirel y Saturnino Esteban Collantes y otros amigos, la operación de apoderarme de los secretos que él quiere revelar, estaba consumada. Había hablado largo y tendido, no sólo el ex presidente, sino el *ex político* D. Francisco Silvela, como luego verá el lector, si sigue el hilo de su discurso.



—Mucho se ha fantaseado—empezó por decir Silvela—acerca del origen y causas de la crisis de Julio, que motivó la salida de Maura y mía del Gobierno. Leí las declaraciones del Sr. Urzáiz, y en verdad que me sorprendieron por lo que en ellas se desnaturaliza un hecho bien explicable y explicado. No; no existe falta de Julio, ni escarmiento de Noviembre, ni el resultado de la jornada del 26 de Abril determi-

nó un cambio de política que estaba mucho antes resuelto en mi conciencia y voluntad.

La crisis data, no del 20 de Julio, sino del 25 de Marzo. Entonces estalló un disentimiento doctrinal, de hondo fundamento entre los que componíamos el Gobierno. No necesito recordar cómo se formó la situación al caer los liberales y entrar los conservadores en el Poder en Diciembre último. Se constituyó una fuerte, fortísima, coalición gobernante, compuesta de los Sres. Maura, Villaverde y el Jefe en aquella época del partido, es decir, yo. Nos dispusimos los tres, asistidos del consejo de nuestros compañeros de Gabinete, de la voluntad de todo el partido y de la confianza regia—esto no necesita expresarse, por cuanto nos confió el mando,—para realizar una obra importante y, en mi entender, fecunda: la de emprender la reconstitución militar, naval del país, con que hacer frente á las contingencias de lo futuro, á imperiosas necesidades de la posición de nuestra patria en el mundo. En esta segunda etapa del partido conservador después del desastre, se nos presentaba como una obligación inexcusable la de proveer á la defensa nacional. Así el señor Maura como yo lo afirmamos públicamente y en los Consejos de ministros, por creer que realizada ya la liquidación de nuestras guerras coloniales y exterior, era la hora de restaurar nuestras decaídas fuerzas.

La garantía de éxito de la nueva y trascendentalísima tarea estaba en la presencia del Sr. Villaverde en el Gobierno. Nadie le podía aventajar en nombre, en fama, en crédito, ante el Extranjero. Su ges-

tión afortunadísima en la Hacienda pública, sus triunfos felices, prestábanos á todos una singular autoridad. Puesto que él, con nosotros, atrevíase á acometer los gastos de la escuadra, de nuestra regeneración militar, no quedaba reparo ninguno en los que desde fuera nos observan, y ya no dudan de la solvencia de España, de sus recursos.

Pero llegó un día, el 25 de Marzo, cuando era la ocasión de preparar definitivamente los nuevos presupuestos y organizarlos de suerte que fuese una realidad el empeño de la defensa nacional, de la Marina de guerra, y surgió el disentimiento formal de criterio. El Sr. Villaverde creyó por razones que yo respeto, pero de las cuales no participo, que aún no había sonado la hora de empezar esa obra, que aún era necesario atender á la liquidación económica, que no disponíamos de la suficiente fuerza con el objeto de atender á una obra que, claro es, no rechaza.

Discutimos todos, como hombres de buena fe, sin ningún propósito personal, poniendo cada uno por delante los intereses impersonales de la patria, y fué imposible persuadir al Sr. Villaverde de la bondad de las ideas que defendíamos Maura y yo, y claro es que, con nosotros, los ministros del ramo, los que tenían á su cargo las fuerzas de mar y tierra. Todos quedamos, eso no es preciso declararlo, tan unidos como estábamos, formando una sola y única comunión política. El Sr. Villaverde salió del ministerio de Hacienda en absoluta armonía con nosotros en cuanto al resto de los problemas planteados.

Salió el Sr. Villaverde, y el Gobierno que yo presidía continuó; pero desde aquel mismo instante me consideré totalmente *vencido* en mis aspiraciones. La dimisión de la presidencia del Consejo la tuve desde el 25 de Marzo, no sólo formulada ante mi conciencia, sino extendida ante la Corona. De ello notifiqué al Sr. Villaverde, para que se preparara á ser Gobierno muy luego. No me fuí en seguida no abandoné en el acto el Poder, porque hubiera constituído una deserción de mis deberes políticos hacerlo en presencia de unas elecciones generales. Urgía constituir unas Cortes, poner en función el instrumento de gobierno que permitiera, no á nosotros, sino á nuestro sucesor el Sr. Villaverde, el desarrollo de sus planes.

A eso queda reducida la fantástica é inexistente conjura. No hubo jamás conspiración en la mayoría, y mucho menos la hubo por parte del actual jefe del Gobierno, de cuya lealtad y apoyo nadie dudaba un momento. El Sr. Villaverde era presidente del Consejo á partir del 25 de Marzo. ¿Dónde están, pues, las cábalas antiparlamentarias, los supuestos obscuros orígenes de la injustamente llamada *crisis oriental*? ¿A qué sacar las cosas de quicio, imaginando lo que no es y tiene vida más que en la fantasía de los que lo inventaron? Y el voto de las Cortes, la aprobación del Mensaje, no implica una contradicción con la crisis de Julio. La mayoría afirmaba con tal voto lo que afirmará también ahora: la unidad del partido, la confianza absoluta en sus jefes, cualesquiera que éstos sean.

Las elecciones del 26 de Abril tampoco ejercieron

ninguna clase de influencia, ni de cerca ni de lejos, ni directa ni indirectamente, en la solución de la crisis. El que los republicanos hubieran triunfado en Madrid y en unas cuantas importantes capitales de España, no podía implicar cambio alguno de política ni de Gobierno.

Esas crisis se producen cuando el que ejerce el poder ministerial carece de mayoría en las Cortes y le es imposible sacar adelante sus proyectos de ley. Esas crisis estallan por una derrota en los comicios, y nadie puede sensatamente interpretar que treinta ó más diputados representan el país y no lo representan doscientos diputados. La proporción de los republicanos á los monárquicos conservadores era esa: de un poco más de treinta á un poco menos de doscientos. ¿Cuándo Gobierno inglés, francés, belga, alemán se retiró con una mayoría semejante? ¿Pues qué, Combes, ó Balfour, ó Zanardelli, no gobiernan con insignificantes mayorías? Además, esas son consecuencias inevitables del sufragio universal, y ni el Sr. Maura ni yo habíamos venido al Gobierno á suprimir la voluntad de una parte de los electores del país. Puesto que existe una opinión, mucho menos considerable de lo que se cree, pero al fin viva, es justo y legítimo que goce de representación en las Cortes de su patria. Ese es el régimen representativo, y no hay forma, siendo hombre parlamentario, constitucional, guardador de las leyes, de entenderlo de otro modo.

Los movimientos de opinión se crean y se deshacen por sí mismos, en virtud de leyes naturales polí-



ticas que sería prolijo enumerar. Los efectos del 26 de Abril quedarán en Noviembre rectificados por los propios republicanos, sin que el Gobierno tenga necesidad de intervenir para nada, como no sea con el ejercicio legítimo de sus derechos, que consiste en avivar la fe y la conciencia monárquicas. No vivirá mucho quien no vea desatarse lo que se ató y desaparecer, ó por lo menos debilitarse en su fuerza, la unión republicana. El ejemplo de las luchas entre federales y unitarios habla por mí. Igualmente es demostrativa la ambición de ocupar los cargos concejiles, ambición fustigada por un escritor republicano de incontestable autoridad en su partido. Es decir, que en definitiva, todo hace esperar que la jornada de Noviembre sea mejor para los conservadores que la de Abril, y, cuando menos, queden mediados en su triunfo los ediles republicanos y monárquicos.

No; ni conjura fantástica é inexistente, ni efecto de las eleciones de Abril; nada de eso produjo una crisis que estalló por un desacuerdo ideal, doctrinal, de hondo fundamento en el Gobierno, el 25 de Marzo último. Y la prueba está en que, abiertas las Cortes, el ministro de la Gobernación que presidió las elecciones obtuvo triunfos parlamentarios como tal vez nunca consiguió gobernante alguno. Y la prueba está en que hasta las oposiciones más extremas nos hicieron justicia, afirmando por labios elocuentes, por los del Sr. Salmerón, que el 26 de Abril significa en nuestra historia electoral *un progreso evidente*.

*
* *

¿Por qué no podíamos seguir, no obstante tener mayoría en las Cortes y apoyo en la opinión del partido y la total, absoluta, confianza regia? ¿Por qué abandonar el Poder á la hora misma de un voto parlamentario favorable que afirmaba la unidad, no interrumpida ahora, del partido? La razón es obvia, y me extraña mucho que se oculte, por grandes que sean las pasiones políticas, á los hombres imparciales que juzguen de los hechos con sereno juicio.

Nosotros no ocupábamos el Poder á título simple de hacer unas elecciones obteniendo mayoría parlamentaria. El Gobierno de Diciembre, con la triple representación á que antes he aludido, se formó teniendo como *programa,* reconstituir las fuerzas militares del país, sus fuerzas navales singularmente. Pero para tal fin, tan grande, tan hondo, tan transcendental, necesitábamos el consentimiento de todos, la unanimidad perfecta de criterio. Al faltarnos, no diré el apoyo, porque ese siempre lo prestó el Sr. Villaverde, pero si la fuerza espontánea de sus convicciones, era imposible de todo punto seguir adelante en la empresa común.

¿Cómo? ¿Ibamos á hacer escuadra, íbamos á acometer tan importantes gastos cual la escuadra significa, teniendo que luchar, no con la oposición, pero sí con el desacuerdo y el alejamiento del Sr. Villaverde de esa obra? Él era la firma, la prenda y garantía ante el Extranjero, y, quisiéranlo ó no, aun cuando se sacrificara en aras del partido, sólo con no coadyuvar con nosotros desde el Gobierno, la opinión nacional y extranjera deduciría fatalmente que



emprendíamos aventura peligrosa é insensata para la que no contábamos con medios.

Pero, además, y no se olvide esto nunca, en el régimen parlamentario en que vivimos se gobierna *con la opinión* y *no contra la opinión*. El país resueltamente se pronunciaba contra nosotros; no quería escuadra ó, por lo menos, no imponía su construcción á costa de todo, por encima de todo, con grandes sacrificios. Su error, lo que yo estimo error de mi país en los actuales momentos, nace, sin duda, ó de una profunda desconfianza en los políticos ó de la desviación de su voluntad á causa de los últimos desastres. Sea lo que quiera, lo que resulta evidente es que, la necesidad absoluta y perentoria de restaurar el poder naval, no se formula en la conciencia del pueblo español con el imperativo categórico de un problema nacional, de una exigencia de vida ó muerte para la patria.

Todavía hubiéramos podido intentar la realización de nuestro propósito, arrostrando las resistencias del país, y el gravísimo inconveniente de la falta del señor Villaverde, si detrás de nosotros, empujándonos á tal intento, sirviéndonos de acicate y espuela, hubiera existido un partido, el liberal, que formulase nuestro mismo programa, imprimiéndole el carácter de obra común del régimen gobernante. Si los liberales dicen con entera formalidad: «lo que vosotros no hacéis, lo haremas nosotros al ser Poder», hubiéramos acometido la empresa, pese á todos los obstáculos. El partido liberal afirmaba, sí, la aspiración genérica de construir barcos; pero sin concretar su

pensamiento, y aun presenciando indiferente nuestro desacuerdo, salvo para aprovecharse políticamente de él.

Ni país, ni partidos, ni la opinión unánime del Gobierno de Diciembre, roto en su contextura y en su unidad de alma el 25 de Marzo. Entonces, ¿qué hacer? ¿Desarrollar nuestro pensamiento internacional sin escuadra? ¿Ir á la inteligencia con Francia, al requerimiento que se nos haría forzosamente en el porvenir, de una ayuda de intervención en Marruecos, con el singular poder naval del *Carlos V?*...

Nótese bien. En Europa se está operando un cambio importantísimo en la política internacional. Ya no son la duple contra la triple, ó la triple contra la duple, las alianzas que actúan, aunque se conserven externamente los pactos y uniones entre Estados. Lo que nace, es algo más trascendental. Inglaterra sale de su espléndido aislamiento y brinda con la paz á todos los pueblos. Italia se acerca á Francia, el 14 de Ocrubre lo dirá, rectificando una política de treinta años, adversa á la República, de espaldas á la raza. El Zar, aliado de Francia, conferencia con el Emperador de Alemania, el enemigo de aquélla. El Pontificado se alza como un poder moral entre los Príncipes cristianos, aun de los disidentes de la fe católica. Y los Soberanos de la comunidad internacional entera afirman el *statu quo,* renuncian á toda rectificación de fronteras europeas. Un nuevo Derecho de Gentes, antes no sospechado, se va insensiblemente forjando por los hechos en el mundo. Sólo en España, mal enterada por lo común de estos proble-



mas, se puede acoger la insensata fantasía del Imperio ibérico, que algún periodista desocupado echó á volar. Eso significaría el intento de borrar la labor de la Historia, las respectivas independencias de España y Portugal, cosa que, ni en hipótesis, admite ningún estadista ó Soberano de Europa. En el supuesto imposible de que lo pensase Inglaterra, Francia no lo consentiría.

Pero al propio tiempo, y por lo mismo que las corrientes universales son de paz, se opera también un acuerdo, á fin de resolver los problemas puestos sobre el tapete de los pueblos por civilizar. Uno de ellos es indudablemente Marruecos, cuyo estado de permanente, de increíble y escandalosa anarquía á las puertas de Europa, es insostenible por más tiempo. La hora de una solución sonará. La solución sólo se podría encontrar con la inteligencia de Francia y España y el consentimiento de Europa, y especialmente de Inglaterra. ¿Debemos renunciar á la ayuda mutua que se nos preste y se nos pida? Sin escuadra y sin ejército, ¿habrá quien piense en el santo de nuestro nombre? Ese es el problema en toda su desnuda realidad...

Y es una equivocación tremenda, producto de la mala fe ó de la ignorancia, suponer que la alianza con Francia se pactaría teniendo por único móvil intereses dinásticos. No; ni para tales fines hace falta la inteligencia, ni Francia—y lo mismo cabe decir de Europa entera—tendría nunca ningún género de motivos para perturbarnos. Ni hoy, ni ayer, existe en la comunión internacional Estado alguno que

imponga sus propias instituciones fundamentales. Todo lo contrario; el respeto al régimen peculiar de cada país, es la base de la paz de Europa. ¿Se propuso Francia llevar la República á Rusia al unirse á ella?



Pero, en fin, y vuelvo al comienzo de mis reflexiones. Vencido,—vencimiento que no supone especie alguna de contrariedad personal—, en lo que era programa de Gobierno, á mí y á los que conmigo pensaban, no nos quedaba otro recurso que resignarnos saliendo del Gobierno después de las elecciones.

Y ahora nuestro deber está bien marcado, no es discutible siquiera. Nuestro deber es apoyar resueltamente al Gobierno del Sr. Villaverde. No nos separamos el 25 de Marzo por ningún desacuerdo entre los hombres, sino por un disentimiento en las ideas. Las suyas, y no las nuestras, prevalecieron. Es una obligación moral sostener lo que triunfó, ¿por qué no decirlo? en la conciencia del país, en la voluntad de España, que no quiere nuevos gastos, que no quiere escuadra, en estos momentos al menos.

Apoyar al Gobierno del Sr. Villaverde, y no para que apruebe los presupuestos únicamente, no como un Gabinete de carácter provisional, sino definitivo, por mucho tiempo. Yo jamás he considerado la situación creada en Julio como algo transitorio y contingente. Deseo y aspiro, haré cuanto esté de mi parte, á fin de que dure meses y años.



Con tales propósitos, firmes, resueltos, decididos, obra de mi convicción más honda, iré á las Cortes dispuesto á luchar, venciendo cualquier dificultad, tanto para proveer la presidencia del Congreso como para empeños más graves. En la presidencia del Congreso se sentará por voluntad de todos el Sr. Romero Robledo, y en todo lo demás ayudaremos al Gobierno.

Es necesario que éste resuelva el problema de los cambios y todas las demás cuestiones relativas al fomento de los intereses morales y materiales que figuran en su programa. Es necesario que subsista al frente de los intereses públicos, puesto que nuestro intento de reconstitución militar, de defensa nacional, fracasó. Lo exigen así la paz pública, el bien de la patria, la duración de las Cortes.

Todos los demás problemas, ó están resueltos, ó en caminos de solución. No alienta ya, por fortuna, la cuestión clerical. Nosotros trabajamos por conseseguir, y conseguimos, la paz de los espíritus. De acuerdo con Roma llegamos á lo único á que tiene derecho y obligación á un mismo tiempo de llegar el Poder civil.

La muerte del Papa interrumpió nuestra obra; pero es seguro que se reanudará, ultimándola, pues sólo falta ultimarla. La base del concierto con el Santo Padre ya es conocida: ninguna Congregación religiosa se establecerá en lo sucesivo en España sin llevar á la *Gaceta* el decreto autorizándola. Eso tendrá dos ventajas: primera, la de que su nacimiento sea legal, público y conocido de todos; segunda,

la de que el Estado se reserve el derecho de conceder ó no la autorización, potestad de que no puede desposeerse. ¡Y luego se combate el decreto concordado! ¿Pero es que hay en España, se sabe que exista en España, partido gubernamental capaz de decir «yo expulsaré á los frailes?» Si existe, que se me declare. Hoy por hoy yo no lo conozco, ni siquiera entre los republicanos de gobierno.

No hay que añadir que el problema social ú obrero puede resolverlo, del mismo modo y con igual criterio que nosotros, el actual Gabinete. Las reformas iniciadas ó preparadas por el Sr. Dato son programa común de todo el partido. Nuestro apoyo resuelto lo tendrá el Sr. Villaverde para cuantos proyectos de ley presente á las Cortes en tal sentido.

¿Qué queda de la imaginaria conjura de nuestros soñados disentimientos, de los comentarios de la crisis de Julio ó de los rumores de nuevas crisis, absolutamente infundados? Queda mi irrevocable resolución de abandonar la jefatura del partido conservador y de abandonar la vida pública, luego que se haya consolidado esta situación y realice su programa el Sr. Villaverde. Pero esto necesita mayores esclarecimientos, y es, por decirlo así, mi *declaración fundamental.*

***

Se me pregunta qué sucederá si, lo que no deseo ni espero, sucumbe el actual Gobierno, y mi respuesta es categórica. Ocurrirá, con la voluntad de la Co-

rona, es claro, que se forme un nuevo Gabinete conservador, con la presidencia del Sr. Maura, ó del general Azcárraga, ó de cualquier otro hombre político que cuente con la confianza regia y de la mayoría. Lo que no ha de volver á ocurrir jamás, es que se constituya un Gobierno bajo la presidencia mía. Eso nunca; eso juro no hacerlo más.

Las razones de mi resolución inquebrantable son múltiples. Es la primera porque, hecho examen de conciencia, confieso ante la faz de mi país que no me encuentro con fuerzas bastantes, con las supremas energías que hacen falta para contrariar su voluntad resueltamente hostil á todo lo que forma la substancia de mi programa de defensa y de política internacional. El empeño es de aquellos que es imposible acometer sin una fe honda en sí mismo. Esa fe no la tengo.

Es la segunda razón, y también de grave importancia, que nadie, al verme aparecer de nuevo al frente de un Gobierno, podría estar seguro de que continuase en él y no se reprodujera la anterior historia. Por dos veces abandoné el Poder sin que mi partido lo abandonara, porque no era sazón de caer. Por dos veces dejé la presidencia, y la tercera es como ensayo superior á mis energías, propósitos, formal resolución. Aquel á quien le ocurre ese fenómeno de repetida renuncia, debe darse por notificado. Son anuncios providenciales de que Dios no le llama por tales caminos. Y aunque la pasión política me niegue todos los demás sentidos, no podrá negarme, en la cosa pública se entiende, el sexto sen-

tido el de hacerse cargo. Soy resuelta y definitiva é irrevocablemente hombre que ha terminado su destino en España, si alguno me otorgaron las circunstancias, que no mis méritos.

Mi más viva aspiración es que triunfe en su programa y actos el Sr. Villaverde. De no poderse lograr, y haré cuanto esté en mi poder para lograrlo con absoluta lealtad, deseo que continúe el partido conservador en el Gobierno y subsistan las actuales Cortes. De fracasar todo, de ser inevitable el llamamiento de los liberales, anhelo que se reconstituyan, que formen un partido fuerte, con un jefe respetado. No tengo preferencia por ninguno. Sea quienquiera el más apto, el más inteligente, el que sume mayor número de voluntades, el que tenga historia más indiscutible, el que sepa infundir en las dispersas huestes más temperamentos de Gobierno, el que responda más á su misión, merecerá mis aplausos en nombre de la Patria y de la Monarquía.

Pero eso visto, contemplado con impersonal criterio desde mi retiro y voluntario ostracismo. Mi jefatura ha acabado y mi vida pública también. Y no quiero pronosticar si seré ó no diputado en el porvenir, para que, recordando hechos pasados, no se despierte una desconfianza que ahora no tiene fundamento. Ni siquiera hay amargura ó escepticismo en mis palabras. Habla un hombre que tranquilamente se va y no echa de menos lo que deja, que se ha confesado por dentro y hace completo propósito de enmienda y declara sus culpas.

Fuera del Gobierno, fuera de la jefatura de mi



partido, fuera de la vida pública, ayudando, si alguna vez es menester, las soluciones políticas que imponga el patriotismo, me dedicaré á mis estudios, á mis vocaciones queridas, á escribir un libro, ya pensado y planeado en mi mente. El libro se titulará *Historia de la Etica en España,* es decir, influencia de los principios morales al través de todos los tiempos y de todos los regímenes en las leyes y en las costumbres. El último tomo—porque se compondrá de varios, que sucesivamente irán publicándose—ha de referirse á las postrimerías del siglo XVIII y á todo el siglo XIX. Y ese tomo, remate de la obra que tan de cerca toca á mi vida, ese no verá la luz pública hasta después de mi muerte... En eso se va á emplear el que algunos imaginan presa de hondo pesar ó maquinando obscuros desquites. El político ha concluído, y ya sólo ocupará el resto de mi existencia la *Historia de la Ética en España...*

*
* *

El tren se detuvo, y en cada estación subían unos cuantos fieles amigos á saludarle. En Irún le esperaban Dato, Villamayor, Villaamil, etc. Y Silvela, sonriéndose, se alegraba mucho de que fuesen tan pocos, de no tener que *soportar* la pesada carga del Poder, con su acompañamiento de Comisiones, músicas, vítores, aplausos y petición obligada de mercedes. En tanto que le oía, pensaba yo que el Sr. Silvela

no se olvidará en uno de los capítulos de su *Historia de la [illegible] en España*, de escribir su autobiografía. Será interesante, porque es uno de los políticos más [illegible], pero más [illegible], de la rica variedad que en un siglo ofrece nuestra patria.





EN IRUN

LO QUE DICE GULLON

La casa de D. Pío Gullón, su finca la *Carlotenea,* en Irún, es la última casa de España. Su posición es admirable, y el cuadro que desde allí se divisa es superior á toda comparación. Deja á la espalda á Irún, mira al frente á Fuenterrabía y el mar, y á la derecha está Hendaya, la frontera francesa, el puente internacional sobre el Bidasoa, descubriéndose á lo lejos, sobre una alta loma, el castillo, magnífico, de la más pura Edad Media, que les ha alquilado á los Larios el Instituto de Francia.

A primera hora de la tarde, tomando una taza de aromático café en la terraza de *Carlotenea*, viendo el espléndido panorama, fija la contemplación en el mar, que parece un espejo bruñido, comienza el ex ministro de Estado á hablar sobre cosas antiguas y presentes y yo á oirle con suma atención. Habla en el estilo pausado, correcto y elocuente que le es habitual, y, cuando toca cuestiones que pusieron sin

motivo en entredicho su arraigado sentimiento del deber y su patriotismo durante aquel año terrible del 98, su voz se vela por la emoción.

El Sr. Gullón me explica que hasta en los más nimios detalles se revela en él el afecto á la patria. Ha ido á construir su casa en el último extremo de la frontera española, separado únicamente por minutos de distancia de la nación vecina; pero no ha querido trasponer ese límite, porque dentro de nuestra tierra es donde el espíritu se halla mejor y respira más á sus anchas. Y cuando todos le aconsejaban que edificase del otro lado del puente, en condiciones extraordinariamente favorables, lo consideró casi como un agravio. Y cuenta que la tentación de aquellas riberas del Bidasoa, á la otra parte del límite, en los terrenos baratísimos de sus márgenes, en el suelo hospitalario de Francia, es de las que atraen y subyugan. La primera casa de Francia, no; la última de España, sí. Es un romanticismo que no todos comprenderán, nota delicada y noble que el ex ministro expresaba con suma sencillez.

De esto hace ya doce ó trece años, cuando empezó á levantar la *Carlotenea*. Por aquellos tiempos, el marino Viode, el primero de los escritores franceses de cosas exóticas, el que se ha ganado un sillón en la Academia por haber descrito como nadie países ignorados y extraños, el que fué á Africa y al Asia, el que ostenta en el mundo de las letras el nombre famoso de *Pierre Loti*, era el vecino constante de D. Pío Gullón. Loti mandaba un vaporcito de guerra en las aguas del Bidasoa, y allí, en una de las



fiestas internacionales, se encontraron por primera vez el hombre político español y el literato francés. Y disputaron cortésmente sobre quién de los dos era más patriota, en una competencia de alabanzas á sus respectivos países, que, por lo ardiente de la defensa, llegaba hasta olvidar lo que allí celebraban. En medio de su discordia ideal, en algo se ponían de acuerdo: en la necesidad imperiosa de la unión estrecha de Francia y España, ramas del mismo tronco que la Naturaleza y la Historia hacen vivir de idéntica savia.

Y evocando esos recuerdos, el Sr. Gullón parece como que se rejuvenecía, como que cobraba nuevos alientos para disipar las nubes, si existieran, que pretenden empañar su lealtad á España, por encima de todas las razones transitorias de gobierno que determinaron su proceder como ministro de Estado en aquellos angustiosos, mortales, días que precedieron á la guerra con los Estados Unidos.



No me gustan las exhibiciones, ni soy partidario de que se prodiguen tanto las interviews. No me creo con méritos ni títulos bastantes para que nadie me interrogue y se publiquen en los periódicos mis opiniones sin alcance, sin trascendencia, sin importancia. Ocupo un lugar muy modesto y secundario en la política española, y lo que yo diga, sea blanco ó negro, no ha de alcanzar ninguna resonancia. Que hablen los jefes, que se confiesen los directores de



fuerzas y de partidos. Yo aquí, en mi residencia veraniega, en este oculto, tranquilo y silencioso retiro, leo y aprendo. He desempeñado varias veces el cargo de ministro, por las bondades del ilustre Sagasta, y hasta que él no descubrió en mí cualidades para ejercer la dirección del Banco de España, yo ni siquiera las sospechaba.

Ya sé bien, y por ello me resigno con gusto á ser confesado, que el *Heraldo* realizó este verano su campaña con caracteres tales de discreción, de tino, de brillantez, prestando relieve á los políticos, que puede uno darse con un canto en los pechos, si la fortuna, que no los propios méritos, llama á sus puertas y le pide opinión. Los inconvenientes del atomismo de creencias individuales quedan compensados con las ventajas de que lo que piensa el político es mejorado en tercio y quinto por el periodista.

La disciplina del partido no puede ser una regla externa, hecha de convencionalismos y de mutuos engaños. Y se engañaría quien creyese que no hay necesidad de restaurar los lazos que unían antes al antiguo y fuerte partido liberal. Hoy por hoy, el ejército existe, está en disposición de luchar con bríos, puede aún dar días de gloria á la patria; pero carece de caudillo. Los jefes de taifa, muy esclarecidos y muy valientes, son incapaces de llevarnos á la victoria. Es urgente que se congreguen, que abdiquen sus personales y tal vez legítimas ambiciones, eligiendo un director, un guía por unanimidad, por sufragio universal. Quien ha de resultar el jefe, no ofrece dudas.



Aquel que tiene una representación histórica democrática; aquel que fué el ministro reformista de la revolución; aquel que desempeñó durante muchos años la lugartenencia del partido; aquel que el ilustre muerto buscaba en las ocasiones graves como su consejero; aquel que ha sabido concretar el programa de todos, en fórmulas claras, con firmeza y elasticidad de criterio á la par; aquel que representa la suma mayor posible de liberalismo gobernante, pues en la cuestión religiosa tiene por norte la estrella polar de la democracia norteamericana, y en la cuestión social llega donde llegue el más amplio de los intervencionismos del Estado, predicando la redención del obrero, su elevación de villano á ciudadano.

En la Asamblea de Octubre, no lo dudo un momento, será proclamado tal jefe. Y lo será, porque esa es la voluntad de los que tienen derecho á tener voluntad. No creo, no espero ni temo, que á la Asamblea concurran otras gentes que aquéllas que puedan ostentar una representación parlamentaria ó de Corporaciones populares. Extender los poderes más allá de esos límites sería entregarse, no á la democracia, sino al barullo de una pretendida democracia, ofreciendo al país lamentables espectáculos. No se trata de hacer unas elecciones á la usanza española, de invadir los colegios con *ruedas* de votantes, de convertir una Asamblea en el patio de la casa de Tócame Roque.

*
* *

El partido liberal necesita urgentemente proclamar un jefe adornado de las cualidades expuestas arriba, por múltiples razones, de las cuales dos son las capitales.

Es la primera el estado en que se halla el partido conservador después de las declaraciones que ha hecho en el *Heraldo* el Sr. Silvela. Su abandono de la jefatura, su abandono de la política, su abandono hasta de la investidura de diputado, dejan al actual Gobierno al borde del abismo. Un empujón más y rodará para no levantarse en mucho tiempo. Dos coaliciones en el espacio de pocos años no han sido bastantes á infundirle vida, unidad y cabeza. Está como al día siguiente de Santa Agueda: *sede vacante*.

El hecho es de tanta trascendencia, que errará quien crea se trata de un negocio interior é íntimo de un partido. Silvela, al retirarse para siempre, ha creado una situación imposible. Hoy, ante la Asamblea liberal de Octubre y ante la retirada á Yuste del heredero de Cánovas, se encuentran acéfalos los dos partidos gobernantes. Si el deber y mi propia insignificancia no sellaran mis labios, diría yo todo el fondo de mi pensamiento acerca del alcance tremendo de esos hechos. Sólo advierto que, tras de esa abdicación de Silvela, no debe extrañar nadie que los enemigos del régimen saquen las lógicas y naturales consecuencias del fenómeno más grave ocurrido hace treinta años.

No sólo es grave por lo que dice el Sr. Silvela, sino por lo que calla. Y aun en lo que dice hay bastante para tristes preocupaciones. El se va, él deja



el Poder y la jefatura y la política, afirmando, ó poco menos, que el país no tiene remedio. Su pesimismo trasciende á las energías de la patria misma. Niega la posibilidad de hacer nada, y lo niega advirtiendo que en el alma nacional no hay fuerza de reacción bastante para proveer con los políticos, ó contra los políticos, á las necesidades apremiantes de defensa de la independencia. Si eso no es gravísimo, venga Dios y lo vea.

Y en tales circunstancias de angustia, no habiendo nada serio preparado con que sustituir á lo presente, el partido liberal, ¿será tan ciego y tan suicida que no se reconstituya, eligiendo jefe, bandera y programa? El partido liberal, ¿no podrá gobernar como lo que era, volviendo su vista amorosa á los elementos que se le separaron, y que no pueden continuar por más tiempo una peregrinación brillante, esplendorosa, pero infecunda? El partido liberal, ¿renuncia también á ser la reserva de la Monarquía?

Y esta es la segunda razón á que me refería. No será posible que esos elementos democráticos, los de Canalejas, los del general López Domínguez y otros muchos, hasta las fronteras republicanas, se nos incorporen, si no constituímos una gran masa, y no de materia difusa, en estado gaseoso, de pura nebulosa, sino solidificada, formando ya un planeta político habitable. El día en que eso se verifique, y puede realizarse en la Asamblea de Octubre, á poco patriotismo y espíritu liberal que nos anime, recobrará todo su imperio una ley física y moral: la ley de atracción de las *grandes masas*. Las grandes masas, sin moles-

tia ni abdicación para nadie, absorberán á las pequeñas por el número, considerables por su fuerza ideal, su popularidad en el país.

La democracia de los unos no ha de hallar obstáculos, ni inconvenientes, ni recelos, en sumarse á la democracia de los otros; ha de dejarse absorber como lo que se ensancha y afirma, no como lo que se reduce y se suprime. Entrará con las banderas desplegadas y á tambor batiente, cual ejército aliado y no cual ejército enemigo vencido, obligado á la sumisión y á la entrega de las armas. Con eso ganaremos todos: el partido, el régimen, la patria y, sobre todo, la libertad, musa de todos nuestros afectos, ante la que prestamos juramento de por vida.

El partido liberal como reserva, el partido liberal como esperanza, el partido liberal como realidad del presente, porque nadie como él ha de renovar los milagros del 86 y el esplendor del 88 y el triunfo del 90, al inaugurar primero en paz la Regencia, al abrir después los horizontes de la nueva industria en aquella famosa exposición de Barcelona, y al votar, en fin, el sufragio universal, arrebatando su única bandera á la revolución, que no puede sostener la cantinela de que está detentada la soberanía nacional.



No; no me pregunte usted nada acerca de la impresión que me hizo el discurso último del Sr. Salmerón, en el Congreso, cuando nos acusó injustamente de que habíamos pospuesto la patria á la Mo-



narquía. Yo no dudo, no he dudado un momento de que el Sr. Salmerón, con su gran elocuencia, fuese fiel, sincero y veraz en la cita; lo que niego rotundamente es que Mr. Woodford tuviera derecho, estuviera autorizado por los hechos para lanzar sobre el Gobierno de España una aseveración de esa índole, que carece de exactitud y fundamento. De eso no hablaré, si no en las Cortes, ante la representación de mi país; ahora ni una sola palabra. La amargura de lo que es injusto y falso dislacera mi espíritu, y el mayor favor que puedo pedirle al *Heraldo* es que nó renueve la llaga de la herida. Se nos ha podido acusar de imprevisores, de débiles, por no resistir á la opinión en aquellos instantes en que todos los políticos de España, á excepción de Pí y Margall, y eso por profesar éste distinto concepto de la patria que la inmensa mayoría de los españoles, aparecían bélicos, empujándonos al desastre. ¡Pero acusarnos de malos patriotas! Si eso fuera cierto y la conciencia, con alguna sombra de sospecha, nos revelara que nuestros enemigos tienen razón, no habría derecho á gozar tranquilamente los últimos y ya cortos años de existencia.

No; ni una palabra acerca de este asunto. Habrá necesidad de volver sobre él, de aclararlo, de hablar, como hablaré en el Senado, diciéndolo todo, todo lo que pueda vindicarnos sin afligir ó herir á la patria más de lo que está. Entonces quedará al descubierto la conducta de los Estados Unidos y la conducta de España, y cómo el Gobierno que tuvo la desgracia de asistir al desastre, casi cual un espectador de catás-

trofes que le es imposible evitar, cumplió todos sus deberes. Entonces referiré una por una, sílaba por sílaba, mis conferencias con Woodford, en las que, naturalmente, por no saber inglés, tuve que valerme de intérprete, muy alto, muy ilustre y muy patriota, del que en aquella época era ministro de Ultramar.

Pienso que tenemos todos el deber estrecho, la obligación ineludible, de hablar, no reservando cosa alguna. Lo requieren los intereses del país, del régimen y de nuestro propio honor. ¿Qué especie de gobernantes, qué clase de españoles, hubiéramos sido los que, teniendo en nuestra mano la paz en servicio de la patria, hubiéramos ido á la guerra en servicio de otras causas? Fuimos á la guerra porque se nos obligó, forzó, violentó, á ello, y ni siquiera se puso en el platillo de la balanza la independencia de las colonias, la pérdida de las Antillas. Yo no digo lo que hiciéramos de habérsenos planteado tal alternativa; lo que juro delante de Dios y de mi conciencia es que nadie nos tendió ese cable para que nos salvásemos. Ya que fuimos desgraciados, que no se nos tilde encima de traidores. Eso lo rechazo con todas las energías de mi alma. En el Senado renovaré estos juramentos y el país creerá en su sinceridad. La patria es lo primero; es el culto y el amor de mi vida.



Dada la extraordinaria prudencia, la suma discreción, del ex ministro de Estado del 98, yo no pude obtener de él más ampliaciones á sus dichos; pero



parecióme interpretar que en su espíritu había profunda pena, más por el silencio de los diputados liberales, obligados á hablar en el acto que se lanzó el ataque, que por la misma acusación del jefe de los republicanos.

Dijo el Sr. Gullón las anteriores palabras empañados los ojos de lágrimas. Y para no resultar sentimental, esperando la ocasión solemne de vindicarse, cambió de conversación, refiriéndome una anécdota del viaje este verano á Guipúzcoa del hijo de D. Carlos de Borbón.

Vino á Irún, se dirigió á la iglesia, se encaró con el primer sacerdote que encontró al paso, y le dijo:

—Soy don Jaime.

—¿Qué don Jaime?

—Don Jaime de Borbón...

Y el presunto heredero de un Trono imposible creyó que se le recibiría con los brazos abiertos, rindiéndole pleitesía y homenaje á su persona augusta. El cura, con gran asombro de D. Jaime, se volvió, replicándole:

—Yo no soy de esos. Vea usted si en la *sacristía* halla lo que busca, partidarios...

Dió media vuelta y siguió rezando por los altares de la iglesia. D. Jaime tuvo en la iglesia de Irún un desengaño. Olvidaba que Irún se defendió de los carlistas en la pasada guerra con las uñas y los dientes. La libertad tiene aquí ardientes paladines. El Bidasoa no quiere ser carlista, sus aguas bañan una República y una Monarquía constitucional y democrática...

EN PONS

OYENDO A M. COMBES

Una nota oficiosa de la Agencia Havas, publicada en todos los periódicos, anunciaba que al día siguiente se trasladaría M. Combes á París, y que teniendo de nuevo que ausentarse durante una temporada, sometería á la firma del presidente de la República un decreto encargando á M. Vallé, ministro de Justicia el *intérim* del ministerio del Interior.

Estábamos Hermida y yo en el hotel Manas—*Panier-fleuri*—de Bayona, cuando leímos esa nota, é inmediatamente formamos la resolución de ir en busca de M. Combes, celebrando una interview con él. Nos quedaban veinticuatro horas por delante antes de que el presidente regresase á París. ¿Pero dónde se halla M. Combes? Y nos echamos á la calle preguntando, hasta que un periodista, amigo de Hermida, nos dijo que aquél estaba en Pons.

Pons es un pueblo cabeza de distrito, *chef-lieu* del cantón de Saintes, departamento de la *Charente In-*

ferieur, donde hay importantes canteras de piedra y renombradas aguas sulfurosas y ferruginosas, tituladas de *Joli Sable*. Pons, patria de Combes, es una villa de unos 15.000 habitantes, población bastante aumentada en esta época del año por los muchos *agüistas* que acuden buscando la salud.

Salimos de Bayona, y después de cinco horas de tren, llegamos á Pons. Era por la mañana, como á cosa de las diez, cuando nos presentamos en la morada del Presidente, una modesta casa, con más carácter aldeano que señor. Monsieur Combes salía aquella misma tarde para París, y no teníamos tiempo que perder. Yo no llevaba tarjeta, como de costumbre, y en la de Hermida, corresponsal de *La Discusión*, de la Habana, añadí con lápiz mi nombre y condición. A poco nos recibía, amablemente, un joven: el hijo de Combes y su secretario particular en la Presidencia del Consejo de ministros. Le expusimos nuestra atrevida pretensión.

—No sé si podrán verle, me parece que no. Está trabajando, y nos marchamos dentro de unas horas. Se halla dictando varios decretos, y entre ellos uno nombrando al doctor Jean Reveillaud comisario del Gobierno en la Prefectura del Sena. Además, llegan en mala hora. Mi padre está algo preocupado con la situación del *Sudoranais*, y espera la Memoria oficial sobre el ataque de El-Moungar. En fin, yo veré, y les advierto que, en caso de que les reciba, sólo podrán hablar con él breves instantes...

Dijo el hijo de Combes y desapareció. Nos quedamos contemplando la habitación, muy sencilla, sin



más que dos cuadros dedicados al presidente, de León Bonnat. Sobre la mesita-velador de la sala veíanse una porción de periódicos ilustrados, recuerdo de las recientes fiestas de Tréguier, reproduciendo las escenas más culminantes de aquel descubrimiento de la estatua de Renán entre bayonetas, las bayonetas de la libertad y de la República. La estatua de Ernesto Renán, el gran filósofo; Combes subido encima de una silla pronunciando su discurso en el banquete popular y teniendo á su lado á madame Psichari, hija de Renán; los alrededores de la Catedral, donde un batallón despeja la plaza y rechaza á los *blancos de Bretaña;* el claustro de Tréguier con la estatua de *Saint-Ives* levantada por los reaccionarios y clericales en el mismo sitio del emplazamiento primitivo del monumento al autor de la *Vida de Jesús;* los blancos gritando ¡Viva Cristo! delante de la Catedral; M. Combes asomándose á la ventana de la Casa de Renán, etc., fueron los grabados que más nos llamaban la atención, quedando impresos en la memoria.

Pasó el tiempo y ya desconfiábamos de ver á *M. le Président*, cuando en el dintel de la puerta de la sala se presentó un viejo de bigote y perilla blancos, de andar resuelto y de mirada firme, con una extraordinaria expresión de viveza en los ojos al través de los lentes. M. Combes, por su estatura, por su continente entre militar y eclesiástico, por su aire de bondad y hasta por su mismo rostro, es un Azcárraga flaco, sin nada de *embenpoint*. Teníamos delante al que suscita á la hora presente en Francia encarniza-

dos odios y calurosos entusiasmos, la maldición de muchos, pero también la adhesión y la fe del país republicano. Es un hombre *a poing* tal vez en mayor medida que aquel M. Constans que fué llamado en momentos difíciles á la gobernación de su patria. Con solo ver á M. Combes y mucho más al oirle hablar, se comprende que es un estadista convencido, incapaz de retroceder ante ningún obstáculo.

Nos repitió lo que nos había dicho su hijo, que estaba con el pie en el estribo y muy ocupado. «Voy á París esta misma tarde á fin de presidir un Consejo de Ministros y nombrar como sustituto, durante mi ausencia, á M. Vallé, Ministro de Justicia. Después saldré de Francia y no sé aún si iré á España, á Andalucía, con objeto de descansar de las fatigas del Gobierno en el espacio de quince días. El viaje no tendrá carácter ninguno oficial, por lo que les ruego me permitan ocultar el itinerario. Caso de que se realicen mis planes, es inútil que los periodistas de España me acometan con demandas de interviews. Ignoro vuestra política, y mi respeto á las instituciones y al Gobierno de los vecinos del otro lado de los Pirineos—nuestro lado—es absoluto; el que cumple á un Estado que mantiene con el español relaciones de la más perfecta cordialidad. Ignoro si entre vosotros hay también problema clerical, y las cuestiones de concordias, inteligencias y alianzas son cosas del ministro de *Affaires étrangers*, Monsieur Delcassé.»

Imposible sacarle de tal reserva, ni aun haciéndole preguntas capciosas de cuyas redes sabía salirse con



un argumento escolástico. Bien se descubría, por sus respuestas, al antiguo seminarista, al eclesiástico que colgó los hábitos, al conocedor de todas las mañas y distingos de la corte romana. Por nada del mundo nos permitía que le abordásemos el tema candente de la alianza con Francia, y cuando le referimos en substancia el fracaso de esa inteligencia que se desprende de las últimas palabras de Silvela, nos contestó con una sonrisa enigmática, que lo mismo podía probar su confirmación que su denegación. Nos resignamos á escuchar lo que nos quiso decir acerca de su política, de lo mantenido por él en el discursò de Tréguier. Renunciamos á saber más sino que Francia, á su entender, en el problema clerical y en todo, trabaja por el resto de Europa, obedeciendo á su misión histórica de extender el progreso y el derecho. Francia es—afirmaba M. Combes—el terreno de ensayo en que se acometen todos los nuevos experimentos de la civilización. Lo que la República, en sentido de triunfo ó de derrota, hace por las ideas liberales, por el laicismo de la sociedad, hecho queda para todas las demás naciones, que, sin sentirlo, sufren su influencia. Es la buena sembradora de gérmenes que luego, llevados por el viento de la revolución intelectual, prenden en todas partes, aun en las más apartadas y remotas latitudes.

En tanto que él hablaba, Hermida tomaba rápidos apuntes. Yo, siguiendo un hábito inveterado, confiábalo todo á la memoria; pero tengo que advertir que estas cuartillas, leídas á mi compañero de interview, se conforman totalmente con el texto de sus notas.

—Se me acusa—comenzó diciendo M. Combes—de insultar las creencias que, en nombre de una predicación de dulzura y de amor, nos han dado varios siglos de turbulencias, de guerras civiles y de desastres. Lejos de mi ánimo tal propósito. El cargo más importante contra la Iglesia, cien veces más importante que todos los ataques de sus adversarios, consiste en su propia conducta, en la bancarrota de su misión de paz, en haber anunciado una doctrina de caridad humana mientras consumaba toda clase de matanzas y de luchas. Es la quiebra, la bancarrota, no de Cristo, sino de los Poderes políticos, que no han aceptado el Evangelio sino para apropiárselo á su mentalidad de bárbaros dominadores del mundo, incapaces de sacar otra cosa que una organización de tiranía.

Así, en tanto que la fe vivió en las almas, la magia de las grandes máximas, de las admirables parábolas arrojadas por el Maestro á la Humanidad miserable, permitieron soportar los más crueles sufrimientos en la esperanza invencible de la salvación última. Conservamos aún, á todas horas y con el nombre de religión, la apariencia de las creencias; pero la fe sencilla, que movía los espíritus en las edades antiguas, esa desapareció para siempre de este bajo suelo. ¿Es posible imaginar que la Iglesia, despojada de su primitivo tesoro de energía, reducida al apoyo de las potencias laicas y egoístas, de que es el postrer reducto, realizará el milagro de transformación social, que fué superior á sus fuerzas cuando tenía á toda la Cristiandad, á toda la Europa en sus manos?



¡En qué ceguera del entendimiento y en qué angustia del corazón es preciso vivir para obstinarse en no ver que la renovación social no surgirá de los antiguos dogmas! Los nuevos políticos de la *troupe romaine* tienen que retroceder ellos mismos ante tan loca pretensión, y M. Jules Lemâitre, con muchos otros, se ve obligado á proponernos, en *L'Echo de Paris*, el volver á emprender sin la fe la acción de la fe sobre el planeta.

¿Puede darse mayor miseria que querer buscar como fundamento al porvenir humano la mentira y la hipocresía? Jesús era una fuerza como esperanza, como creencia, en la transformación del mundo. Hoy no lo es, porque sus ovejas dejaron de oir la voz del pastor, se abandonaron al combate de las pasiones terrenales en lugar de buscar su redención por las buenas obras de paz y caridad.

Sin entrar en el fondo de las creencias de nadie, y sin herir ninguna profesión de fe sincera, se puede afirmar que la fuerza social del Cristianismo, en cuanto á su empresa política al menos, se ha agotado, y que un poder nuevo se presenta con el fin de sucederle en la conquista progresiva de las almas. Ese poder nuevo empieza por distinguir lo que distinto es: la esfera de la Iglesia y la esfera del Estado, que deben ser absolutamente independientes. Por haberse convertido en un sofisma y no en una realidad aquello de «Dad á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César», nos vemos obligados á combatir las invasiones de Roma, poniendo cada cosa en su sitio.

No, yo no combato, no he combatido nunca *el de-*

recho de la Iglesia en su misión de paz rectora de las almas, depositaria de la fe. Lo que niego, lo que no estoy dispuesto á consentir es *su privilegio, su opresión* en nombre de Jesús de Nazareth, apóstol de una doctrina de amor y de dulzura, de paz entre los hombres de buena voluntad. Tal es la significación, tan decisiva como sencilla, de la estatua de Renán, que se alza en la plaza de la Iglesia, en Tréguier, símbolo del espíritu moderno que emprende—sin otra ayuda que la de su razón—todos los problemas de lo desconocido, de lo incognoscible.

—*Allèz prier, dit-il, aux paysans qui passent. Je pense pour vous.*

Eso dijo Renán, y eso decimos nosotros á la Iglesia: «Id á rezar mientras nosotros gobernamos.» El Gobierno de un pueblo no es el fin, no puede ser el fin de ninguna religión. Su derecho se limita á que respetemos el sagrado fuero de la conciencia individual. El Estado no es católico, ni protestante, ni cismático, ni islamita, ni judío: es Poder civil. Es poder civil que otorga igualdad de derechos y condiciones á la iglesia, á la capilla, á la mezquita y á la sinagoga.

¿Con qué autoridad, con qué razón, impondríamos á todos los franceses el *privilegio* de la Iglesia católica sobre la capilla, la mezquita, la sinagoga y el templo sin altar del libre-pensamiento? ¿Se nos puede negar el derecho de afirmar ante la imagen de un gran pensador, el poder del libre-pensamiento, cuando nuestro territorio se enriquece todos los días con algún monumento alzado en honor de la fe católica?



¿Dónde está nuestra pretendida *persecución* á la Iglesia?

¿Es que no existe en Francia una larga historia política de la *liberté de penser* y no fué la Bretaña el teatro de algunos de sus más dolorosos episodios en el siglo pasado? Han sido *les bleus de Bretagne* los que tomaron la iniciativa del monumento á Renán. ¡Qué recuerdos tristes, y al par gloriosos, evoca este nombre de *bleu! Le bleu* fué el soldado de la Revolución, que trae á la memoria luchas sangrientas y terribles contra el *blanco* en armas, bajo el pabellón extranjero, el *drapeau* del enemigo, para la dominación de la Iglesia contra la libertad. Una tremenda historia fué aquella; historia que no se puede suprimir, porque aún revive poderosa. Todavía existe en el siglo xx, y el pueblo bretón, instigado por los frailes, ha tratado de reanudar la tradición de sus padres, oponiendo un ejército faccioso á los soldados de la República, de la libertad y de la civilización.



En mi discurso de Tréguier lo dije, y no tengo por qué arrepentirme. Calificando á los reaccionarios y clericales de hoy, pronuncié estas palabras:

«*Ils ont les mêmes pasions aveugles, les mêmes intérets avides, les mêmes justifications sophistiques que les emigrés de la Revolution.* ILS SONT LES EMIGRÉS DE L'INTERIEUR.»

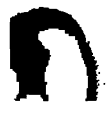
Así como sus predecesores no conocían las ideas y los sentimientos de su país y de su tiempo sino para



combatirlos por todos los medios, incluso los más infames y deshonrosos, así también los clericales franceses acudirían, si las circunstancias se prestasen á ello—afortunadamente no se prestan, porque la Europa ha cambiado,—al llamamiento, al socorro, del Extranjero. Lejos de desaprobar, por ejemplo, la conducta de los realistas de antaño, que desembarcaron en Quiberon, protegidos por los cañones ingleses, continúan honrándolos, cual si fueran héroes y mártires. ¡Héroes y mártires aquellos traidores á la patria, aquéllos que, entre Roma y Francia, elegían Roma! He ahí el patriotismo de los clericales.

A pesar de sus intrigas y de sus maniobras no han conseguido los clericales que la República riña y se enemiste con los demás Estados vecinos. Y no es porque no hayan trabajado á ese propósito. Europa comprende que nosotros ejercitamos un perfecto derecho de soberanía arreglando, conforme nos place, nuestros asuntos interiores. Que cada nación haga lo mismo, sacudiéndose de encima el *peligro negro*, la amenaza invasora de las comunidades monásticas.

Si Francia ha permanecido mucho tiempo en frialdad de relaciones con Italia, si en los tiempos de Crispi una funesta ruptura con nuestros aliados de 1859 era cada día inminente, es porque los clericales franceses no cesaban de amenazar con sus declamaciones furibundas la unidad de Italia, reclamando el restablecimiento del Poder temporal de los Papas. Cantaban á coro: «*Sauvez Rome et la France!*», lo que significaba que querían arrojar á los italianos de Roma y destruir la República en Francia.



¿Qué no han hecho esos clericales para *raviver* los antiguos odios de los franceses contra Inglaterra suscitando entre las dos grandes naciones liberales un conflicto armado? A oirles, y con el fin de conservar en el centro del Africa la posesión nominal de algunos metros de terreno, se hubiera ido á la guerra con Inglaterra, arrojando al país en una aventura sangrienta, de la que esperaban ver salir, no la victoria, sino una dictadura, y después una *restauración*.

Tan torpes designios se han desbaratado gracias á la prudencia de los republicanos franceses, como también—fuerza es decirlo en su honor—gracias á la inteligente alma de italianos é ingleses, que han sabido discernir entre el vocerío clerical ó nacionalista los verdaderos sentimientos del pueblo de Francia. La visita reciente del Rey de Inglaterra, la muy próxima del Rey de Italia, muestran el justo descrédito en que han caído en el Extranjero nuestros *emigrés de l'Interieur*.

Añádase á esto las maniobras empleadas por la reacción de todos los colores—incluso una parte del clero—contra la Hacienda de la República. Sucesivamente han tratado de oponerse á la cobranza de los impuestos, han trabajado para la baja de la renta del Estado, han impedido los depósitos en las Cajas de Ahorros; bajo todas las formas y en todos los terrenos querían disminuir el crédito de su país, castigándole por no dejarse gobernar por ellos. Con idénticos propósitos, *les chouans* de otros tiempos esparcían por millones los falsos asignados. Los *chouans*

del siglo xx, más impotentes, no pueden esparcir más que falsos rumores, malas nuevas, que extienden con una obstinación de tal modo sistemática, que se diría es una vasta conjura contra la patria.

Se habla de los *jacobinos* y de los procedimientos de los jacobinos, suponiendo que pretendemos restaurar el imperio del terror. ¡Ah! En aquella época un tribunal revolucionario hubiera dado buena cuenta de la campaña emprendida contra los fondos del Estado francés...

Que se regocijen cuanto quieran de la tolerancia con que les tratamos y de la mansedumbre con que gobernamos: la República se siente lo bastante fuerte para despreciar sus ataques, por pérfidos que sean. Si algún día las circunstancias adquirieran extrema gravedad, que vayan con cuidado jugando á conspiradores. Sin hacer de la guillotina un instrumento de gobierno, los republicanos sabríamos defender la democracia y sus instituciones contra los emigrados del interior.

Por eso el Gobierno de la República francesa, el Gabinete que tengo el honor de presidir mereciendo la confianza plena del país, está dispuesto á respetar el *derecho* de todos; pero no á consentir el *privilegio* de unos pocos facciosos. Y puesto que las Congregaciones fueron y son el baluarte de los emigrados del interior, su más poderosa fortaleza, el castillo desde donde bombardean á la República, jurando en vano el nombre de Cristo, les desalojaremos de allí, limpiaremos á Francia de la *foire aux rèliques,* hogar de enemigos de la patria. No; no consentiremos más



que se nos ataque tremolando la antigua bandera; *Sauvez Rome et la France!* Francia, para salvarse, llegará, incluso si hace falta, á la separación de la Iglesia y el Estado. Es de esperar que la Curia romana lo medite un poco antes de arrojarnos, por necesidad de defensa nacional y republicana, á la adopción de esa medida...

***

Y otra vez M. Combes volvió á hablar de Renán, de la fiesta de Tréguier, de la inauguración de la estatua entre las bayonetas de la libertad. Colmó de elogios, como era natural, á ese ejército francés, sostén de la patria y de la República.

—Contra el ejército de la República no podrán nada—nos dijo M. Combes—los emigrados del interior. El, ese ejército de ciudadanos, reclutado entre todas las clases, igualando las condiciones, sin hacer diferencias por el nacimiento ni por la sangre ni por la intelectualidad ó educacion, será como el ejército de la Revolución, que volaba en socorro de la patria, en peligro, y triunfaba gloriosamente de la Europa realista, coligada.

Y al despedirse de nosotros, el presidente del Consejo nos recomendaba la lectura del hermosísimo, grandilocuente, profundo, discurso de Anatole France en Tréguier. Anatole France, el heredero, por su espíritu, de Voltaire, dedicó casi toda su oración á estudiar la filosofía moral y política del autor de

la *Vida de Jesús;* pero también de *Caliban* y de *L'Eau de Jouvence.*

Hablando de Renán, dice que, como el místico aspira á confundirse y vivir en Dios, así él aspiraba á vivir en la Ciencia y para la Ciencia. Defendía el principio absoluto de la moral, porque de ella, y solamente de ella, nace el poder de las razas y naciones. El Gobierno mejor es aquel más favorable á los intereses de la Ciencia.

Y luego, evocando la figura de Pallas Atenea, que el escultor ha representado teniendo en alto, por encima de la cabeza de Renán, una rama de laurel, Anatole France exclama:

—*Moi, Pallas-Athéné, la déesse aux yeux clairs, je te dois de vivre encore. Mais c'etait peu de prolonger ma vie: je plains les dieux qui trainent dans les fades vapeurs d'un reste d'encens leur pale et morne declin. Tu m'as rendue plus belle que je n'etais et plus grande. Tu m'as nourrie de ta force et de ta doctrine, et par toi, par ceux qui te ressemblent, mon esprit s'est élargé jusqu'á pouvoir contenir l'univers de Kepler et de Newton...*





UN DISCURSO DE SALMERÓN

EL 17 DE JULIO

—

I

El debate político, con motivo de la contestación al discurso de la Corona, ha durado en el Congreso un mes y su final ha sido el grandioso discurso del Sr. Salmerón, verdadera bomba Orsini que ha hecho saltar en pedazos el gobierno de Silvela y de Maura. A estas horas se está constituyendo un nuevo gabinete bajo la presidencia de Villaverde, pero ese será un mal remiendo porque la monarquía resulta gravemente herida con el terrible ataque del más grande de nuestros oradores y de nuestros estadistas. Los republicanos españoles estamos de enhorabuena y el pueblo español también. Se acerca la hora de una salvadora revolución, de la venganza de los desastres del 98, del cambio fundamental de régimen.

Yo soy de los que nunca se hicieron ilusiones. Veía la República muy lejos de triunfar. Había una razón poderosa para esa desesperanza y es que aquí

en España, por primera vez en el mundo, quebró la ley universal de que toda pérdida de territorio, toda derrota, traiga necesariamente la ruina de las instituciones que tuvieron la culpa ó la desgracia de acarrear sobre la patria tamañas catástrofes. En Francia, la derrota de 1870 derribó el Imperio, el 4 de Septiembre fué la consecuencia inmediata de Sedán. Aquí tuvimos un doble Sedán, el de Cavite y el de Santiago de Cuba y á su pesar continuó la monarquía, y lo que es peor, con los propios hombres que prepararon y consumaron la ignominiosa *debâcle.*

Muchas veces, en el curso de estos últimos años, me he acordado de lo que me decían los revolucionarios cubanos, los patriotas cubanos, en el campamento de los Barrancones. Los soldados que mandaba el caudillo de aquella independencia, Máximo Gómez, afirmaban que á España le convenía la separación de las Antillas, el triunfo de la República de Cuba—nadie pensaba entonces que se pudieran emancipar tan fácilmente como se emanciparon las islas Filipinas—porque eso provocaría aquí un movimiento revolucionario que daría al traste con la dinastía. Y yo, al oir tales vaticinos, conociendo á mi pueblo, sabiendo de qué manera estaba entre nosotros extraviada la opinión, me permitía dudar del acierto de los fervientes correligionarios en República. Los hechos me dieron después la razón. Este país estaba como muerto y, como dijo el *Times*, España tomó demasiado «filosóficamente» el desastre.

¿La causa? No es difícil de explicar. También en

Francia se gritó ¡á Berlín! ¡á Berlín! también allí la guerra franco-prusiana fué grandemente popular; también allí se equivocaron lamentablemente sobre la fuerza y el poder de Prusia, como por acá erramos de un modo insensato acerca de la intensidad de la revolución cubana y de la fuerza y poder de los Estados Unidos. Pero en Francia hubo un Thiers que no se equivocó, que desaprobó la guerra, que se dejó apedrear y quemar la casa y por eso mismo cuando vino el desastre de Sedán, á él volvió los ojos el país, reconstituyéndose bajo una república, barriendo el Imperio causa de sus infortunios.

En España no hubo un Thiers. Ya sé que al leer esta afirmación mis lectores cubanos, y acaso mis lectores españoles, evocarán en su memoria la figura ilustre y sublime de Pí y Margall, que pronosticó á España, día por día, lo que forzosa y fatalmente le tenía que suceder. Pero desgraciadamente, Pí y Margall, valiendo intelectualmente más que Thiers, no era, en cuanto á gobernante posible, inmediato, del día siguiente á la derrota, un Thiers. Thiers «incompletos», es decir, no totales, hubo varios en España. Pí y Margall, como jefe de los federales; Salmerón, como jefe de los republicanos no federales; Pablo Iglesias, como jefe de los obreros socialistas, y escritores de tan distintas procedencias, como el reaccionario Mañé y Flaquer, como el liberal Genaro Alas, como el republicano Alfredo Calderón, como el independiente Joaquín Costa, como yo mismo, en mi humildísima esfera, votamos por la independencia de Cuba antes que la guerra con los Estados Unidos.

No hablo de los escritores, porque naturalmente, la influencia de éstos es siempre muy relativa, incapaz de variar una forma de gobierno, de alterar la conducta de un Estado. Circunscribiéndome á los otros, á los políticos, notad que ninguno de ellos estaban en posición de hacer de Thiers. ¿Y por qué? Pí y Margall, Salmerón, Pablo Iglesias, no podían jamás desempeñar ese papel salvador de la patria. Para ello fuera preciso que reuniesen las condiciones del estadista francés en 1870. Era éste un antiguo monárquico, un conservador, una garantía suprema de orden. Thiers fué la continuación de la monarquía sin rey, del imperio sin emperador, y, naturalmente, la sociedad francesa pasó por ese trastorno, sin casi sentirlo, sin darse cuenta de ello. Thiers venía además tras la *Commune* y fué para los burgueses un doble redentor, emancipándoles de las vergüenzas del 70 y de los terrores del 71. Jamás la humanidad realiza todo su ideal, y la revolución con los comunalistas llegó tan lejos, que la República de Thiers y de Mac-Mahon, en su principio representó algo así como una reacción. Proclamaron, por tercera vez, los Derechos del Hombre, continuaron la historia de 1789 y de 1848, después de horrendos, espantosos fusilamientos.

En España lo que ha faltado es un monárquico y un gubernamental, que antes que partidario de la dinastía fuese un patriota y un hombre de Estado. Y como no surgió, como carecimos de Thiers, la Monarquía salvóse pereciendo la nación lentamente. Carecimos de Thiers dentro de las instituciones, an-



tes y después de la derrota, pues los que la vieron como cosa cierta é inevitable, fatal, lógica, necesaria—v. gr., Sagasta y Moret—no la quisieron evitar y los que hubieran querido y podido evitarla—v. gr., Cánovas—jamás la vieron, ofuscados por su impía teoría de la guerra por la guerra. Unos y otros, Cánovas, Sagasta y Moret, aun puestos en ese trance de ejercer de Thiers, hubieran renunciado á su misión de salvar la patria ante la eventualidad de perder la dinastía. Y esto que es una profunda verdad y una acusación contra el régimen y sus hombres, aún no había sido dicho y probado. Salmerón ha venido al cabo á decirlo y probarlo. ¿Se comprende el éxito inmenso, prodigioso, colosal de su discurso y el que su efecto inmediato sea una crisis que barra á Silvela y á Maura, sin perjuicio de herir en el costado á la realeza?

II

Salmerón tiene incontestable autoridad para hacer lo que ha hecho. Era en Diciembre de 1894, tres meses antes de estallar la segunda y definitiva revolución de Cuba en los campos de Baire. Todo el mundo por acá estaba tan ciego que no veía en el horizonte antillano la tremenda tempestad que se estaba formando. Discutíanse casi plácidamente las deficientes, tardías reformas de Maura atenuadas por Abarzuza, que antes debían espolear la guerra que aplazarla. La insensatez universal entendía que Cu-

ba, ansiosa de ser nación libre, iba á contentarse con ser colonia más ó menos descentralizada. Y eran de oir las cosas estupendas que en las Cortes españolas se decían á propósito de las reformas de Maura, que á la inmensa mayoría de nuestros políticos se les antojaban excesiva concesión. En vano se llamaba á la razón y al interés de la metrópoli por algunas voces proféticas, como la de Montoro...

Se levantó á hablar D. Nicolás Salmerón, y dijo este hombre público eminente, este ex presidente de la República española, lo que nunca se me olvidará. Dijo que en la historia y vida de los pueblos acontecía cosa semejante á lo que sucede en la historia y vida de las familias: los hijos crecen, llegan á la mayoría de edad, adquieren el grado de razón necesario para regirse por sí mismos y entonces la justicia, la moral, la propia naturaleza, aconsejan ó mandan que sean emancipados por sus padres. Y añadía Salmerón: «Si eso no lo hacéis voluntariamente, lo haréis por la fuerza. Lo que á las colonias no les concedáis por espontáneo movimiento, reconociendo su derecho á la libertad, ellas se lo tomarán merced á la explosión revolucionaria...»

Palabras tan sensatas y tan prudentes no fueron oídas. Se ahogó su voz en medio de una tempestad de improperios. Le llamaron lo que entonces se llamaba á todo hombre justo, razonable y verdadero patriota: ¡filibustero! Filibusteros éramos todos los que pensábamos según las enseñanzas de la realidad y de la historia. El entonces ministro de Ultramar, Abarzuza, el torpe Abarzuza, fué osado á enviar-



le los padrinos á Salmerón. Este no necesitó casi admitirlos. Le bastó un gesto para desentenderse de tan extraña, absurda demanda. Eso, vuelvo repetir, ocurría en Diciembre de 1894 y en Febrero de 1895 estallaba la revolución en Cuba.

Han pasado los años, y Salmerón, después de un largo ostracismo, vuelve al Congreso. Vuelve como el vengador, á pedir cuentas, á exigir responsabilidades, á recordar sus palabras de 1894, tres meses antes de la guerra. Y como en todo este tiempo no ha habido nadie capaz de cantarle las verdades á la monarquía, el discurso de Salmerón ha producido los efectos de una bomba de dinamita explotando en las Cortes. Tres horas ha durado el escándalo, tres horas en que el incomparable orador discutió la Regencia y acusó á sus gobiernos con pruebas de haber sacrificado la patria á la dinastía.

Salmerón leyó en plena Cámara, á pesar de los furiosos campanillazos del presidente del Congreso, Villaverde, á pesar de los gritos de la mayoría, venciendo el clamoroso alboroto, el texto—traduciéndolo del inglés—de una carta de Woodford á su gobierno, relatando una conversación habida con el Sr. Moret, ministro de Ultramar, y con el Sr. Gullón, ministro de Estado, en el mes de Abril de 1898. En esa carta, que forma parte del «Libro azul», repartido á los representantes y á los senadores de los Estados Unidos, se contiene la acusación de que algunos gobernantes parecían preferir la pérdida y el deshonor de España á la caída de la Regencia, al cambio de régimen. ¿Qué merecen los que tal hacen, y cómo pueden se-



guir gobernando á un país? ¿En qué nación del mundo se consintió jamás semejante consciente ó inconsciente venta de su sangre, de su hacienda y de su honra?

Alguien parece que le dijo á Woodford—según éste cuenta y su afirmación no ha sido plenamente desmentida, no obstante tener ya cinco años de fecha —que el gobierno español prefería la paz á la guerra con la República norte-americana; pero que si la paz era la impuesta separación é independencia de Cuba, iríamos á la guerra para evitar la caída de la Monarquía sabiendo de antemano y teniendo descontada la derrota. Es decir, que pactaron el desastre, es decir, que entregaron al ejército, á la marina y á la patria, á cambio de sostener un trono que creyeron perdido, con motivo ó sin él. ¡Y todavía el pueblo español no se ha tomado la justicia por sus manos! ¡Y todavía los hombres del protocolo de Washington y del Tratado de París aspiran á volver á gobernarnos! ¡Y todavía Sedán no ha tenido como vindicación un 4 de Septiembre!

¡Ah! Yo me acuerdo de lo que me aconteció en aquellos terribles días del mes de Abril de 1898. Una noche se celebraba Consejo de ministros. Había la natural ansiedad por conocer su resultado. Èl director de *El Liberal* me envió á mí á casa de un ministro, verbo y alma del Gabinete. Entré en casa del ministro. Allí le aguardaba un redactor del *Herald* de New York. Y nos pusimos á hablar. Conociendo yo la actitud insensata de nuestro pueblo y de nuestro gobierno, hube de decirle al periodista yankee:



Eh bien! C'est la guerre!—«No lo crea usted, el ministro me ha jurado que España cederá reconociendo la independencia de Cuba.» Y yo que así lo deseaba, no lo podía sin embargo creer.

A la media hora llegó el prohombre á quien aguardábamos, satisfecho, sonriente, casi majestuoso. «No, no habrá guerra,—nos dijo al redactor del *Herald* y á mí.—Concederemos el armisticio que nos piden. Dejaremos que Cuba exprese libremente su voluntad. La independencia antes que la guerra, una guerra que sería el desastre, la deshonra, la vergüenza de la derrota. Así se lo he manifestado á la reina, así lo he sostenido en el Consejo de ministros. Y en último caso si mi parecer no prevalece, si soy vencido, si mi voz patriótica no es oída, yo salvaré mi responsabilidad, saliendo inmediatamente del Gobierno.» Admiré al estadista, ví levantarse ante mí la figura grandiosa y simpática del Thiers de España y le estreché la mano conmovido... A los cuatro días era España quien le declaraba la guerra á los Estados Unidos y el supuesto estadista continuaba en el Gobierno, ya no era Thiers...

Lo que sucedió es muy sencillo. Don Carlos de Borbón, el eterno pretendiente de España, el que encendió la guerra civil, el representante genuino y no adulterado de la reacción ultramontana y clerical, había lanzado un Manifiesto al país. Y en ese manifiesto se decía que él, D. Carlos olvidaría sus pretensiones al trono de San Fernando por ir á pelear á los Estados Unidos y si el Gobierno constitucional de la Regente, no cumplía su deber declarando la gue-

rra á los yankees, él con sus ejércitos de carlistas ametrallaría por la espalda á los cobardes liberales.

Y Sagasta, Moret, todo el Gobierno cobró miedo invencible á las bravatas de D. Carlos, que hubiera ó no cumplido, probablemente no, arrojándose de cabeza en la aventura insensata de darle los pasaportes á Woodford, de declararle la guerra á los Estados Unidos. Y hubo periódico que dijo que nuestra victoria era cierta porque la República norteamericana era como China, grande pero débil, en tanto que nosotros éramos como el Japón, pequeños pero fuertes ¡y más civilizados que los yankees! Se declaró la locura nacional y sucumbimos con la colaboración punible de un Gobierno dinástico, servil, cortesano...

Claro es que el vulgo, la masa, la mayoría indocta aunque generosa y noble de una nación, tiene que equivocarse por fuerza en este género de contiendas... ¿Qué sabían los habitantes de Madrid que apenas salieron nunca de Castilla de lo que eran los Estados Unidos? ¿Qué otra cosa les habían enseñado Gobiernos, periódicos, Parlamentos, sino una historia plagada de mentiras, la áurea leyenda de nuestro valor siempre triunfante? ¿Como no había de resultar doloroso abrirles los ojos á los españoles, mostrarles á los Estados Unidos, poderosos, fuertes, adinerados, sabios, con una potencia civilizadora, como jamás soñamos nosotros? Pero ese, el de batir las cataratas de España, corriendo el riesgo de una impopularidad al cabo pasajera, era un deber de nuestro Gobierno. Entre la Monarquía y la Patria, no había ni la libertad de la duda. La patria era lo primero. Los hom-



bres de 1808 así lo entendieron, los de 1898 entendieron lo contrario. Aquellos son inmortales, éstos merecen la eterna condenación de la historia aun antes de la guerra con los Estados Unidos, con solo empeñarse en sostener en Cuba un régimen imposible...

III

Salmerón leyó la carta de Woodford y se armó el estrépito consiguiente en la Cámara. Conservadores y liberales, todos se unieron ante el peligro común, desataron sus lenguas, y, enarbolaron sus bastones y sacudieron sus pupitres y el escándalo fué inmenso, innenarrable, jamás visto. Y entonces ocurrió una cosa hermosa, digna de los Parlamentos europeos donde hay pasión y se lucha por las ideas y los diputados manifiestan en voz alta sus convicciones así estén en pugna con el régimen establecido.

Entonces ocurrió que la minoría republicana se puso en pie y como un solo hombre sus 34 diputados gritaron ¡Viva la República! ¡Viva la República! ¡Viva la República! La hueste monárquica, trescientos diputados que eran como energúmenos, como epilépticos, replicaron gritando ¡Viva el Rey! Y de banco á banco, cruzáronse los apóstrofes, los ultrajes, las amenazas, los desafíos. Y las tribunas participando del escándalo general, mezclándose en la discusión, como el 89 en Francia y el año 8 en España y

en todas partes en las épocas revolucionarias, gritamos también ¡Viva la República!

Desde el 73, ó desde las Cortes Constituyentes de 1869, no se había presenciado tumulto igual, escándalo semejante. El viva á la República hacía treinta años que no resonaba potente y majestuoso en las Cortes españolas. Y el grito nacional, expresión de la voluntad de la patria, de los más y los mejores, produjo espanto, pánico en el palacio de Oriente, donde eternamente viven en una atmósfera de adulaciones y de espejismos. El aire de la calle, el viento revolucionario lo sacude todo y todo lo hace vacilar.

Al terminar la sesión, esperamos á Salmerón en un pasillo del Congreso y al aparecer prorrumpimos en un atronador ¡Viva el Presidente! subrayado con aplausos estrepitosos y prolongados. Y después entonamos á coro la Marsellesa, saliendo en manifestación á la calle que estaba tomada militarmente.

¡Qué discurso el de Salmerón! Después de todo casi fué un episodio lo de la lectura de la carta de Woodford que causó sensación, porque era la primera vez que se decía. Habló del problema religioso y fué una maravilla; habló de la enseñanza, del derecho del educando, á que no profanaran su conciencia enseñándole supuestas verdades reveladas en pugna con la ciencia; habló de la cuestión social entonando un himno al trabajo, único que tiene derecho á la vida; habló de la cuestión internacional, demostrando que las solas alianzas posibles de la monarquía española eran las del altar y el trono, con el



Vaticano y la caduca Austria; habló de nuestra regeneración por la República...

El más grande de todos los oradores vivos es Salmerón, pero á una distancia inmensa de casi todos los demás. Niego que nadie en España hable mejor y por de contado no hay nadie que piense más alto y más hondo. Cuando él se levanta, llena no un banco, sino diez bancos. Su figura, su tono, su gesto, tienen una majestad, como apenas logró orador alguno ni aun en estas gloriosas Cortes nuestras. Y á un hombre semejante, con tal poder de razón, de sabiduría, de patriotismo, pretenden oponérsele ¡los ministros del desastre! Su discurso es digno de un Gladstone, de un Cavour, de un Gambetta, de los reyes que fueron de la tribuna. España entera se conmoverá, palpitará al leerlo, como nosotros los que tuvimos la fortuna de oirle. Desde los tiempos de Castelar, apóstol de la democracia, verbo de la libertad, órgano universal del habla castellana, en dos mundos bendecida, no se había hablado con igual elocuencia...

El efecto ya se ha dejado sentir. Es una crisis que se ha planteado inconstitucionalmente, y que representa el principio del fin, el ocaso de un régimen, para dar lugar muy luego á la aurora de la España nueva que no se resigna á morir y pide á gritos su salvación redentora por la República. Sólo cuando eso llegue podremos darnos un abrazo de verdad con la libre América, reconciliados al fin sinceramente, purgados nuestros históricos pecados.

IV

Los conservadores están agotados, los conservadores no pueden engendrar ya ninguna situación duradera. Tienen el enemigo pagado dentro de casa, el huésped que acabará por desahuciar al verdadero amo. Y ese enemigo se llama Maura, es decir, el apóstol del clericalismo, el tribuno de la religión, el que ha sustituído y ha desbancado á Pidal, el que hablando en el banco azul con su verbo incomparable parece que va á levantar nuevas Cruzadas que conquisten infieles ó maten herejes. Jamás desde la presidencia del Gobierno se ha exaltado con tanto fuego y elocuencia la supuesta misión social de los frailes. Cánovas no se hubiera atrevido á hablar ese lenguaje ni aun en los tiempos de su dictadura indiscutida, y tras del vencimiento de la revolución. Y es que Cánovas no sentía ni pensaba eso, y en cambio Maura es sincero, verdaderamente sincero, cuando remontando el curso de la historia convertiría á España si pudiera en un Estado teocrático.

Por la derecha no hay salvación para el régimen, no hay siquiera la probabilidad de que se mantenga un prudente *statu quo* con la práctica del derecho democrático meramente establecido en el papel, pero no incorporado en el espíritu de los gobernantes. Aun eso, que es tan poco, desaparecerá si les dejan mimbres y tiempo á los conservadores, llámese su jefe Villaverde ó llámese Maura. Veríamos el sufragio



restringido, el jurado en suspenso, y como se hacía tabla rasa de todas las libertades, desde la de imprenta hasta la de reunión y asociación. Después, después, resucitada la doctrina de la *ilegalidad* de los partidos, se impondría á los republicanos la revolución á su pesar, contra todo lo que se ha predicado y se ha hecho durante los últimos años, á fin de que en España los más extremos radicales abracen el ideal evolucionista y pongan su fe en la conquista de la opinión, única soberanía de los pueblos libres. A los neoconservadores se debería entonces esta obra absurda y extraña, mirada desde el punto de vista de su interés, grata á la república y en definitiva á la Patria: la de lanzar por los caminos de la fuerza á los que aprendieron los caminos de la ley y casi olvidaron como se hacen las revoluciones.

Pero si no hay salvación para el régimen por el lado de la derecha, ¿la habrá por el lado de la izquierda? El partido liberal sin jefe—pues á tanto equivale el tener dos ó tres;—sin programa—porque el de Canalejas no cuaja donde se forja la lluvia y el buen tiempo;—sin voluntad, sin plan para el porvenir, derrotado y maltrecho en los últimos debates, con tantas opiniones como ex ministros, estático, quietista, momificado en su pensamiento y en su acción, cual sus supremos directores, ¿en qué, ni cómo puede servir de salva-vidas al barco que hace agua? Ya lo dijo Azcárate: un carro sin las dos ruedas no puede andar. Y no ha de sustraerse el régimen monárquico á las leyes físicas de la mecánica universal.

Además, y aun suponiendo que el partido liberal

se inspirase de verdad en el ejemplo y en la conducta de sus similares de Inglaterra y de Italia, su empresa resultaría frustrada. Yo recuerdo á este propósito lo que le decía no hace todavía un año D. Nicolás Salmerón al redactor del *Journal des Debats* que le interrogaba sobre este punto. El periodista francés, como perteneciente á un periódico muy conservador, le hacía reflexiones á D. Nicolás acerca de las dificultades y los peligros de provocar una revolución, y apuntaba la posibilidad de que, dentro de la monarquía, acaso pudiera caber la sustancia de toda democracia.

—«No, — exclamaba Salmerón —, democracia y monarquía son incompatibles, y lo son fundamentalmente, radicalmente. Todavía puede darse en la historia el caso excepcional de Inglaterra. Pero es que en Inglaterra no hay Borbones; pero es que en Inglaterra hicieron su revolución en 1640; pero es que en Inglaterra existe de hecho, sino de derecho, una república. Es imposible el ayuntamiento de esos dos principios antitéticos: monarquía y democracia. El uno tiene por base la *herencia*, el otro la *elección* y la soberanía nacional; el uno es el poder anterior y superior á la voluntad del pueblo, el otro es la voluntad del pueblo hecha carne; el uno es el pasado con todo su peso muerto, el otro es el presente y el porvenir; el uno es Maximiliano en Querétaro, el otro es Washington en el Capitolio; el uno es Suiza y es Francia y es la América libre é independiente, el otro es Rusia y es Turquía y es China y es Marruecos y es el Dahomey; el uno es el progreso que avan-



za, el otro es la reacción que se resiste; el uno es en España la inquisición, el otro es en Francia la declaración de los Derechos del Hombre; el uno se condensa en el tratado de París, el otro es la emancipación de un mundo; el uno es el gobierno de los menos aptos y de los privilegiados, el otro es el gobierno de los mejores; el uno es el derecho divino de los reyes, aunque atenuado por los tiempos, el otro es el único sistema compatible con la dignidad humana...»

Ni por la derecha, ni por la izquierda, ni con medicinas expectantes, ni con terapéuticas heroicas, tiene salvación lo que está aquejado de una enfermedad orgánica y crónica. Podrá elegir el género de muerte, no el evitarla. El régimen se acaba. Pero acaso no se acabará en paz, sino en medio de generales, tremendas convulsiones dejando memoria amarga de sus postreros días... Después de todo, eso es lo lógico, lo natural, lo obligado. Recordemos las palabras de Salmerón, del eminente orador: «El 98 aún no está expiado... Seríamos el primer pueblo de la tierra que en semejantes catástrofes no hizo efectivas las responsabilidades históricas.»

INDICE







